Al Excelentísimo Señor Presidente de la Nación
Gral. de Ejército Don JUAN PERON
y a la Jefa Espiritual de la Nación EVA PERON

H. C. D.
N° DE INVENTARIO 02584
UBICACION T21-4-12
INGRESO 22.2.35
MATERIA 92(32)
92(3)

BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS

Tomo I

92(82)
92(?)

JACINTO R. YABEN

Capitán de Fragata (R. A.)
Asesor de la Historia del Ministerio de Marina
Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano
Director General del Archivo General de la Nación
Vocal de la Comisión Nacional de Museos,
y Lugares y Monumentos Históricos.

BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS

Tomo I

Letra A

ANULADO
H. C. D.
BIBLIOTECA
ESTEBAN ECHEVERRIA
Nº DE INVENTARIO 6801
UBICACION III-257
FICHADO ANALITICO

CONCEJO DELIBERANTE DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA
"ESTEBAN ECHEVERRIA"

EDICIONES HISTORICAS ARGENTINAS
BUENOS AIRES



El autor es el único responsable del contenido de esta obra.

Quedan asegurados los derechos conforme a la ley

Hecho el depósito de rigor.

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

Tomo I

A mis queridos padres:

DON FRANCISCO YABEN
Y
DOÑA MARGARITA LEIS DE YABEN

OBRAS QUE HAN SIDO CONSTANTEMENTE CONSULTADAS PARA REDACTAR "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS"

"Los Tenientes de Artigas", por el general Enrique Patiño. Montevideo, 1936. 1 volumen.

"Jefes del Estado Mayor del Ejército en la primera centuria de la Independencia", por el general José R. Usera y coroneles doctor José Luciano Martínez y Orosmán B. Vázquez Ledesma. Montevideo, 1930. 1 volumen.

"Batalla del Palmar", por el coronel doctor José Luciano Martínez. Montevideo, 1935.

"La Revista de Buenos Aires". Buenos Aires, 1863 a 1871. 25 volúmenes.

"Album de la Guerra del Paraguay". Buenos Aires, 1896 al 1898. 2 tomos.

"Album de Ayacucho", por el capitán José Hipólito Herrera. Lima, 1862. 1 volumen.

"Historia Civil de Jujuy", por el doctor Joaquin Carrillo. Buenos Aires, 1867. 1 volumen.

"Partes Oficiales y documentos relativos a la Guerra de la Independencia Argentina", publicados por el Archivo General de la Nación. Buenos Aires 1900. 4 volúmenes.

"El General Lavalle ante la Justicia Póstuma", por Angel J. Carranza. Buenos Aires, 1880. 1 volumen.

"Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata", por Antonio Díaz. Montevideo, 1878. 12 tomos.

"Hombres de la Organización Nacional", por A. Rivero Astengo. Buenos Aires, 1937. 2 tomos.

"Legiones Italianas", por Luis C. Caronti. Buenos Aires, 1907. 1 volumen.

"Vidas Argentinas", por Octavio R. Amadeo. Buenos Aires, 1934. 1 volumen.

"Las Campañas de los Ejércitos Libertadores", por el coronel Juan Beverina. Buenos Aires, 1923. 1 tomo.

"Hombres de mar en la Historia Argentina", por el capitán de fragata Héctor R. Ratto. Buenos Aires, 1934. 1 volumen.

"Cuadros de la Guerra de Frontera", por el comandante Prado. Buenos Aires, 1935. 1 volumen.

"La Guerra al Malón", (1877-1879), por el comandante Prado. Buenos Aires 1934. 1 volumen.

"El General Güemes", por el general Ricardo Solá. Buenos Aires, 1935. 1 volumen.

"Monografía Histórica del Estado Mayor del Ejército Argentino". Buenos Aires, 1929.

"Memorias del General Gregorio Aráoz de Lamadrid". Buenos Aires, 1825. 2 volúmenes.

"Facundo", por Domingo F. Sarmiento. Buenos Aires, 1923. 1 volumen.

"Veinticuatro años en la República Argentina", por J. Antonio King. Buenos Aires, 1921. 1 volumen.

"Crónica de Córdoba", por Ignacio Garzón. Córdoba 1898. 3 tomos.

"Memoria del brigadier general Pedro Ferré". Buenos Aires, 1921. 2 volúmenes.

"Historia del General D. Martín Güemes y de la Provincia de Salta", por el doctor Bernardo Frías. Salta, 1902. 3 tomos.

"Historia de la Provincia de San Luis", por Juan W. Gez. Buenos Aires, 1916. 2 volúmenes.

"Historia de la Confederación Argentina", por Adolfo Saldías. Buenos Aires, 1892. 5 tomos.

"Episodios del sitio de Montevideo", por Félix San Martín. Buenos Aires, 1923. 1 volumen.

"Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo", por el teniente 1º H. M. Torres Queirel. Buenos Aires, 1923. 1 volumen.

"El coronel Lorenzo Barcala". Buenos Aires. 1 folleto.

"Papeles de D. Domingo de Oro". Museo Mitre. Buenos Aires, 1911. 2 tomos.

"Tercera Epopeya Nacional", por el general de brigada Ezequiel Pereyra. Editorial "Metrópolis", Alsina 321. Buenos Aires 1937. 1 tomo.
"Compendio de las Campañas Militares Argentinas", por el teniente coronel Félix Best. Buenos Aires, 1933. 3 volúmenes.
"San Martín y Bolívar. Entrevista de Guayaquil", por el general Gerónimo Espejo. Buenos Aires, 1931. 1 volumen.
"Apuntes históricos obre la Expedición Libertadora del Perú, por el general Gerónimo Espejo. Buenos Aires, 1867. 1 volumen.
"El Paso de los Andes", por el general Gerónimo Espejo. Buenos Aires, 1882. 1 volumen.
"Siluetas Militares", por Eduardo Gutiérrez. Buenos Aires, 1886. 1 volumen.
"Historia de la Provincia de Entre Ríos", por Benigno T. Martínez. Buenos Aires, 1900 a 1919. 3 tomos.
"El Capitán Luis Piedrabuena. Su centenario". Buenos Aires, 1933. 1 volumen.
"Iconografía de próceres argentinos", por José Juan Biedma. Buenos Aires, 1932.
"Memorias del Almirante Guillermo Brown". Buenos Aires, 1936. 1 volumen.
"Memorias de Garibaldi". Buenos Aires, 1910. 2 tomos.
"Mariano Moreno", por Bernardo González Arrili. Buenos Aires, 1935. 1 tomo.
"Historia de San Juan", por Juan Rómulo Fernández. Buenos Aires, 1919. 1 tomo.
"Vida de Dominguito", por Domingo Faustino Sarmiento. Buenos Aires, 1927. 1 tomo.
"Guerrilleros de la Independencia", por el general Ramallo. La Paz (Bolivia), 1919.
"Remembranzas", por Francisco Pita. Buenos Aires, 1928. 1 tomo.
"El brigadier general D. José Félix Aldao", por el teniente coronel Carlos A. Aldao. Buenos Aires, 1934. 1 tomo.
"Nobiliario del antiguo Virreinato del Río de la Plata", por el Dr. Carlos Calvo. Buenos Aires, 1924 a 1938. 6 tomos.
"Linajes de la Gobernación del Tucumán. Los de Córdoba", por Arturo G. de Lazcano Colodrero. Córdoba, 1936. 1 volumen.
"Historia de la República Argentina", por Vicente F. López. Buenos Aires, 1911. 10 volúmenes.
"Memorias del General García Camba". Editorial América. Madrid 2 tomos.
"Memorial de Lord Cochrane". Editorial América. Madrid. 1 tomos.
"La Revolución del 39 en el Sud de Buenos Aires" por Angel J. Carranza. Buenos Aires, 1919. 1 tomo.
"Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas", por Antonio Zinny. Buenos Aires, 1920. 5 tomos.
"Memorias del General García Camba". Editorial América. Madrid. 2 tomos.
"Lavalle", por Pedro Lacasa. Buenos Aires, 1921. 1 tomo.
"Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes", por Manuel F. Mantilla. Buenos Aires, 1928 a 1928. 2 tomos.
"Revista Histórica de la Universidad". Montevideo 1907 a 1951. 18 tomos.
"Juan Facundo Quiroga", por David Peña. Buenos Aires, 1906. 1 tomo.
"Crónica Histórica del Río Negro de Patagones", por José Juan Biedma. Buenos Aires, 1905. 1 tomo.
"Foja de Servicios del Coronel Jorge Reyes". Buenos Aires, 1926. 1 tomo.
"Recuerdos Históricos sobre las campañas del Ejército Auxiliador del Perú en la Guerra de la Independencia", por el coronel Lorenzo Lugones. Buenos Aires, 1855.
"Apuntes para una biografía del Dr. Francisco Pico (1803-1875)", por Alfredo T. Orofino. Buenos Aires, 1936. 1 folleto.
"El General Eugenio Garzón", por Telmo Manacorda. Montevideo, 1931. 1er. tomo.
"La Argentina en la época de la Revolución", por J. P. y G. P. Robertson. Buenos Aires, 1920. 1 tomo.
"Anales de la Defensa de Montevideo. 1842-1851", por Isidoro De María. Montevideo, 1885. 4 tomos.
"Revista Militar ALERTA". Director: Enrique Rodríguez Herrero. Montevideo, 1936-1938.
"Gaceta de Buenos Aires", de 1810 a 1821. 12 tomos.
"Historia de los Presidentes Argentinos", por Ismael Bucich Escobar. Buenos Aires, 1934. 1 tomo.
"El Cerro de Montevideo y su Fortaleza. 1520-1935", por el capitán Mariano Cortés Arteaga. Montevideo, 1936. 1 tomo.
"La Organización Definitiva de la Plaza de Montevideo durante la Guerra Grande", por el capitán Mariano Cortés Arteaga. Montevideo, 1932. 1 volumen.
"Recuerdos de la Guerra del Paraguay", por el general José I. Garmendia. Buenos Aires, 1891. 2 tomos.
"Vida del general Juan O'Brien", por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1904. 1 tomo.
"De la Marina Heroica. Cinco biografías de Jefes Navales", por el capitán de fragata, Héctor R. Ratto. Buenos Aires, 1936. 1 tomo.

"El Gobernador don Pedro Molina", por Silvestre Peña y Lillo. Mendoza, 1937.
"Memorias Póstumas del general José María Paz". Buenos Aires, 1926. 3 tomos.
"Don Pedro Andrés García. Coronel del Ejército Argentino" (1758-1833), por José Torre Revello. Sevilla, 1935. 1 tomo.
"Epistolario de los generales Ferré y Paz", por Francisco Centeno. Buenos Aires, 1923. 1 tomo.
"Fray Justo Santa María de Oro", por el doctor Juan B. Terán. Buenos Aires, 1937.
"José María Paz. 1791-1854", por el doctor Juan B. Terán. Buenos Aires, 1936. 1 tomo.
Apoteosis de Pringles. 1795-1895", por Juan W. Gez. Buenos Aires, 1896. 1 tomo.
"San Martín y Simón Bolívar", por el doctor Juan Esteban Guastavino. Buenos Aires, 1913. 1 tomo.
"Bibliografía del coronel D. Federico de Brandsen", por Carlos I. Salas. Buenos Aires, 1910. 1 tomo.
"Memorias inéditas del general oriental D. César Díaz", por Adriano Díaz. Buenos Aires, 1878. 1 tomo.
"El mayor general José Ildefonso de Machain", por Angel Vargas Peña. 1 tomo.
"La Guerra contra el Imperio del Brasil", por el coronel Juan Beverina. Buenos Aires, 1927-1928. 2 tomos.
"Revista Nacional". Director Adolfo F. Carranza. Buenos Aires, 1886-1907. 47 tomos.
"Memorias de Dámaso Uriburu". Buenos Aires, 1394. 1 tomo.
"Memorias Militares del general D. Ventura Rodríguez". Montevideo, 1919. 1 tomo.
"El coronel don Juan Ramón Rojas. Soldado y Poeta", por Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, 1877. 1 tomo.
"Rasgos Histórico-Biográficos del coronel Juan Pascual Pringles", por el general Gerónimo Espejo. Buenos Aires, 1888. 1 tomo.
"Campañas Navales de la República Argentina", por Angel J. Carranza. Buenos Aires, 1914. 4 tomos.
"Ensayo de Historia Naval Argentina", por el capitán de fragata, Teodoro Caillet-Bois. Buenos Aires, 1919. 1 tomo.
"Diccionario Biográfico Nacional", por Carlos Arrotea Molina, Servando García y Apolinario C. Casabal. Buenos Aires, 1817. 1er. tomo.
"Historia de la Guerra del Brasil", por el teniente coronel, J. Amadeo Baldrich. Buenos Aires, 1905. 1 tomo.
"Causa Criminal seguida contra los autores y cómplices de los asesinatos perpetrados en Barranca-Yaco, territorio de Córdoba, el día 16 de febrero del año 1835, en las personas del Excmo. señor brigadier general D. Juan Facundo Quiroga, comisionado del Excmo. Gobierno de Buenos Aires; su secretario, coronel mayor D. José Santos Ortiz y demás individuos de su comitiva". Publicación Oficial. Buenos Aires, 1837.
"Juan Facundo Quiroga", por Ramón J. Cárcano. Buenos Aires, 1931. 1 tomo.
"Los Marinos durante la Dictadura", por el capitán de fragata Teodoro Caillet-Bois. Buenos Aires, 1935. 1 tomo.
"Historia de López, por Ramón J. Lassaga. Buenos Aires, 1881. 1 tomo.
"Plácido Martínez", por Manuel F. Mantilla. Buenos Aires, 1887. 1 tomo.
"Observaciones sobre las Memorias Póstumas del Brigadier General D. José M. Paz", por el general Gregorio Aráoz de Lamadrid. Buenos Aires, 1856. 1 tomo.
"Escritos del coronel D. Federico de Brandsen", compilados por Federico Santa Coloma Brandsen. Buenos Aires, 1910. 1 tomo.
"Rosales", por el capitán de fragata Héctor R. Ratto. Buenos Aires 1936. 1 tomo.
"Espora", por el capitán de Fragata Héctor R. Ratto. Buenos Aires, 1935. 1 tomo.
"Saavedra", por Juan Rómulo Fernández. Buenos Aires, 1929. 1 tomo.
"Historia de los Premios Militares". Publicación Oficial. Buenos Aires, 1910. 3 tomos.
"Efemérides Americanas", por Pedro Rivas. Barcelona, 1884. 1 tomo.
"La Victoria de Maipú", por Carlos M. Urien. Buenos Aires, 1911. 1 tomo.
"La Campaña del Brasil y la batalla de Ituzaingó", por Carlos Correa Luna y Enrique Udaondo. Buenos Aires, 1927. 1 tomo.
"Aspectos de la Guerra Grande (1847-1851); Elección y caída del Presidente Giró (1852-1853); El Triunvirato y la Caída del Presidente General Flores (1863-1855)", por Eduardo Moreno. Montevideo, 1925. 1 tomo.
"Vida Militar y Política del General D. Dionisio Puch", por Juana Manuela Gorriti. París, 1869. 1 tomo.
"Poligrafía Urbana de las Capitales Argentinas". Guía Integral Argentina. Buenos Aires, 1933. 1 tomo.
"La Campaña de los Andes a la luz de las doctrinas de guerra modernas", por el mayor Leopoldo R. Ornstein. Buenos Aires, 1931. 2 tomos.
"Tomas de Razón", de 1740 a 1821. Archivo General de la Nación. Buenos Aires, 1925.
"De Caseros al 11 de Septiembre", por Ramón J. Cárcano. Buenos Aires, 1913. 1 tomo.
"Notas Biográficas", por José Arturo Scotto. Buenos Aires, 1910 a 1913. 6 tomos.

"Bosquejo Histórico de la Provincia de La Rioja", por el teniente coronel Marcelino Reyes. Buenos Aires, 1913. 1 tomo.
"Foja de Servicios del Coronel Gerónimo Espejo". Buenos Aires, 1870. 1 folleto.
"Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe", por el Dr. Manuel M. Cervera. Santa Fe, 1908. 2 tomos.
"Plazas y Calles de Buenos Aires, Significación histórica de sus nombres", por Enrique Udaondo. Municipalidad de Buenos Aires, 1936. 2 tomos.
"La Gaceta Mercantil de Buenos Aires (1832-1852)", extracto preparado por Antonio Zinny en tres tomos, publicado en Buenos Aires en 1912. Aparte de los tres tomos de Zinny, el autor de "Biografías Argentinas y Sudamericanas" ha consultado gran cantidad de ejemplares sueltos de la "Gaceta Mercantil de Buenos Aires" de diferentes épocas, en los juegos existentes en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca del General Mitre.
"Recuerdos Históricos sobre la Provincia de Cuyo", por Damián Hudson. Buenos Aires, 1898, 2 tomos.
"El País de Cuyo", por el Dr. Nicolás Larrain. Buenos Aires, 1906, 1 tomo.
"Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina", por Bartolomé Mitre. Buenos Aires, 1927-28, 4 tomos.
"Historia de San Martín", por Bartolomé Mitre. Buenos Aires, 1903, 6 tomos.
"Hombres Notables de Cuyo", por Pedro I. Caraffa. La Plata, 1913, 1 tomo.
"Un Soldado argentino". "Vida Militar de Prudencio Arnold". Rosario, 1893, 1 tomo.
"Biografía de D. Joaquín Lemoine", por Joaquín Lemoine. Bruselas, 1910, 1 folleto.
"Contribución Histórica y Documental", por Gregorio F. Rodríguez. Buenos Aires, 1921-1922, 3 tomos.
"Juan Martín de Pueyrredón", por Adrián Beccar Varela. Buenos Aires, 1924, 1 tomo.
"El General San Martín en Montevideo, 1829", por Plácido Abad. Montevideo, 1924, 1 volumen.
"Del Sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda (1852-1859)", por Ramón J. Cárcano. Buenos Aires, 1921, 1 tomo.
"Diccionario Biográfico Argentino", por Pillado y Biedma. Buenos Aires, 1898. 1 volumen.
"Diccionario Biográfico Contemporáneo Sud-Americano". Buenos Aires, 1898, 1 tomo.
"San Martín", por Adolfo P. Carranza. Buenos Aires, 1909, 1 tomo.
"Campaña del Paraguay", por el general Daniel Cerri. Buenos Aires, 1892, 1 folleto.
"Fructuoso Rivera. El Perpetuo Defensor de la República Oriental", por Telmo Manacorda. Madrid, 1933, 1 tomo.
"En la Penumbra de la Historia Argentina", por Carlos Ibarguren. Buenos Aires, 1932.
"Escritos Históricos del coronel Manuel A. Pueyrredón". Buenos Aires, 1929, 1 tomo.
"Varones Correntinos", por Valerio Bonastre. Buenos Aires, 1936, 1 tomo.
"Historia del General Cáceres", por Severo Ortiz. Corrientes, 1866, 1 tomo.
"Páginas Históricas", por Manuel F. Mantilla. Buenos Aires, 1890, 1 tomo.
"Fontana el territoriano", por Lorenzo Amaya. Buenos Aires, 1935. 1 tomo.
"Los Taboada", por Gaspar Taboada, 1929-1933. Tomos 1 y 2, publicados en 1931 y 1933.
"Estampas de Argentinos", por Carlos Ibarguren. Buenos Aires, 1935, 1 tomo.
"Pedro Echagüe", por Pedro Núñez Acuña. Buenos Aires, 1928, 1 tomo.
"Documentos Referentes a la Guerra de la Independencia y Emancipación Política de la República Argentina" (Paso de los Andes y Campaña Libertadora de Chile". Publicado por el Archivo General de la Nación. Buenos Aires 1917 y 1926. 2 grandes tomos.
"Bibliografía del teniente general Emilio Mitre", por el teniente coronel Manuel Rawson. Buenos Aires, 1 tomo.
"Campañas del Desierto", por el general José E. Rodríguez. Buenos Aires, 1927, 1 tomo.
"Tragedias de Nuestra Historia", por Ismael Bucich Escobar. Buenos Aires, 1936, 2 volúmenes.
"Episodios Militares", por el coronel José S. Daza. Buenos Aires, 1912, 2 tomos.
"Fray Luis Beltrán", por Alberto F. Rivas. Mendoza, 1936, 1 tomo.
"El Grito de Dolores", por Juan B. Selva. Buenos Aires, 1935, 1 tomo.
"Lamadrid y la Coalición del Norte", por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1927, 1 tomo.
"Pacheco y la Campaña de Cuyo", por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1927, 1 tomo.
"Acha y la Batalla de Angaco", por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1927, 1 tomo.
"El General José Miguel Carrera en la República Argentina", por J. C. Raffo de la Reta. Buenos Aires, 1935, 1 tomo.

"Juan Manuel de Rosas. Su Vida. Su tiempo. Su Drama" por Carlos Ibarguren. Buenos Aires, 1930, 1 tomo.
"Vida Militar de Dorrego", por Saturnino Uteda. La Plata, 1917, 1 tomo.
"Juan Manuel de Rosas", por Eduardo Gutiérrez. Buenos Aires, 1 tomo.
"La Mazorca", por Eduardo Gutiérrez. Buenos Aires, 1 tomo.
"Memorias y Autobiografías". Museo Histórico Nacional. Buenos Aires, 1910, 3 tomos.
"Los Taboada", por Gaspar Taboada. Buenos Aires, 1937. Tomo III.
"La Epoca de Rosas", por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1926.
"Lavalle y la Batalla del Quebracho Herrado", por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1927.
"La Guerra contra el Mariscal Santa Cruz (1834-1839)", por Miguel Angel Vergara. Jujuy, 1937.
"Papeles del Dr. Juan Ignacio de Gorriti", por Miguel Angel Vergara. Jujuy, 1936.
"La Vida de un Soldado o Reminiscencias de las Fronteras", por el General Ignacio H. Fotheringham. Buenos Aires, 1902, 2 tomos.
"El Poder Legislativo de la Nación Argentina", por Carlos Alberto Silva. Tomo I: Primera y Segunda Parte. Buenos Aires, 1937 y 1938.
"Archivo del General Juan A. Lavalleja" (1826-1827). Montevideo, 1935.
"Ante la Posteridad: Personalidad Marcial del Teniente General Julio A. Roca", por el general de División Francisco M. Vélez, 1 y 2 parte. Buenos Aires, 1938.
"Notas Catamarqueñas", por Gaspar Soria.
"Biografía del Coronel Pablo José Goyena", por Victoriano José Cabral. Montevideo, 1881.
"Biografía del General Manuel Guillermo Pinto", por José Luis Bustamante. Buenos Aires, 1853.
"Biografía de Cayetano Grimau y Gálvez", por Gotrán Ellauri Obligado. Buenos Aires, 1912.
"Apuntes biográficos sobre la vida pública del Brigadier General Nazario Benavídez", por Víctor Rodríguez. Buenos Aires, 1910.
"Corona Fúnebre del General Don Juan José Viamonte", La Plata, 1909.
"Mitre", por José M. Niño. Buenos Aires, 1906.
"El General Manuel Obligado", por María del Carmen Lobo Arraga de Ellauri. Buenos Aires, 1914.
"Album Biográfico del Excmo. Sr. Teniente General Nicolás Levalle", por el Capitán Rafael Guerrero. Buenos Aires, 1903.
"Estanislao López y el Federalismo del Litoral", por José Luis Busaniche. Buenos Aires, 1927.
"Brigadier General Martín Rodríguez". Apuntes Biográficos sobre la vida Militar y Política, por Adolfo F. Carranza.
"Sarmiento", por R. González Arrili. Buenos Aires, 1938.
"El Coronel de la Independencia D Jorge Torino de Viana", por Carlos Gregorio Romero. Salta, 1938.
"Recuerdos Históricos sobre las Campañas del Ejército Auxiliador del Perú en la Guerra de la Independencia en Esclarecimiento de las Memorias Póstumas del Brigadier General Don José María Paz", por el Coronel Lorenzo Lugones. Buenos Aires, 1888.
"Vida Militar del Coronel de la Nación D. Pablo C. Belisle", por Antonio Américo Díaz. Buenos Aires, 1900.
"General Ricardo López Jordán. Breve noticia de su vida política y militar", por D. Felipe Centeno. Buenos Aires, 1889.
"Rasgos de la vida pública del General Tomás Iriarte", por Dámaso Centeno. Buenos Aires, 1876.
"Rudecindo Alvarado", por Angel J. Carranza y Mariano A. Pelliza. Buenos Aires, 1877.
"Apuntes biográficos del Teniente Coronel Santiago Albarracín", por sus hijos. Bagneres, 1870.
"Reseña biográfica del Coronel del Ejército D. Juan Solá, actual gobernador de la Provincia de Salta", por Abraham Arce. Salta, 1886.
"Memorias" del Coronel José María Todd.
"Apuntes Históricos sobre Salta", por el Dr. Atilio Cornejo. Buenos Aires, 1934.
"Campaña de Humaytá", por el general José I. Garmendia. Buenos Aires, 1901, 1 tomo.
"La Cartera de un soldado", por José I. Garmendia. Buenos Aires, 1891.
"Segunda Campaña a la Sierra del Perú en 1821", por José I. Arenales. Buenos Aires, 1920.
"Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza". Tomos I al VIII. Buenos Aires, 1936 a 1937.
"Rasgos biográficos de hombres notables de la Rep. Oriental del Uruguay", por Isidoro De María. Montevideo, 1889, 1 tomo.

"Historia del General Alvear", por Gregorio F. Rodríguez. Buenos Aires, 1913. 2 volúmenes.
"El General Soler", por Gregorio F. Rodríguez. Buenos Aires, 1909, 1 tomo.
"Autonomía Catamarqueña". Homenaje en su Primer Centenario por el Padre Antonio Larrouy y D. Manuel Soria. Catamarca, 1821, 1 tomo.
"Perfiles Contemporáneos" por Ramón J. Cárcano. Córdoba, 1885, 1 tomo.
"Reseña de las Glorias Adquiridas por el Ejército de los Andes", por el General D. Enrique Martínez. Buenos Aires, 1873, 1 folleto.
"Los Taboada", tomos IV y V publicados en 1946 y 1950, respectivamente.
"La Guerra con el Indio en la jurisdicción de San Luis" por Reynaldo A. Pastor. Buenos Aires, 1942.
"De Garay a Roca", por Enrique Stieben. Buenos Aires, 1941.
"Crónicas Militares", por José J. Biedma. 1 tomo publicado en 1924 y el tomo 2 en 1931.
"Un Lancero de Facundo", por César Carrizo. Buenos Aires, 1941.
"Noticias Históricas de la República Argentina", por Ignacio Núñez. Buenos Aires, 1943.
"En Tiempo de los Virreyes", por el doctor Carlos Alberto Pueyrredón. Buenos Aires, 1932.
"Pringles; Retazos de Vida y Tiempo", por Gilberto Sosa Loyola. Buenos Aires, 1947.
"Epocas Militares de los países del Plata", por Eduardo Acevedo Díaz. Buenos Aires, 1911.
"El General Urquiza y la Organización Nacional", por Juan A. González Calderón. Buenos Aires, 1940.
"Historia de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires", por Ramón Cortés Conde. 1 tomo, año 1935. 2 tomos, año 1936.
"Don Joaquín de Achával. Primer Jefe de Policía de Buenos Aires", por el comisario Francisco L. Romay. Buenos Aires, 1944.
"Vida Política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia", por Julio Irazusta. 5 tomos 1 al 5. Buenos Aires.
"PERON: 1895-1942", por Enrique Pavón Pereyra. Buenos Aires, 1952.
"Federalismo Argentino", por Ernesto H. Celesia. Buenos Aires, 3 tomos, años 1932.
"El General don Justo José de Urquiza", por el teniente coronel Ignacio J. Camps. Buenos Aires, 1950.
"Compendio de las Campañas del Ejército de los Andes", por el coronel José María Aguirre. Buenos Aires, 1825.
"Memorias sobre la Revolución del 11 de Septiembre de 1852", por José Luis Bustamante. Buenos Aires, 1853.
"Los Cinco errores capitales de la Intervención Anglo-Francesa", por José Luis Bustamante. Buenos Aires, 1941.
"Historia del Libertador don José de San Martín", por José P. Otero. 4 volúmenes. Bruselas, 1932.
"El Santo de la Espada", por Ricardo Rojas. Buenos Aires, 1941.
"Crónicas y Linajes de la Gobernación del Plata", por Enrique Azarola Gil. Buenos Aires, 1927.
"Genealogías de Salta". "Los Fernández Cornejo", por Atilio Cornejo. Salta, 1940.
"Genealogías de Cuyo", por F. Morales Guiñazú. Mendoza, 1939.
"El doctor TOMAS PERON", por el doctor Luis Rovira. San Juan, 1951.
"San Martín y Bolívar en Guayaquil", por Julio César Chaves. Editorial Ayacucho. Buenos Aires, 1950.
"De Güemes a Rosas". Memorias de Miguel Otero. Buenos Aires, 1946.
"El Deán Funes", por Bernardo González Arrili. Buenos Aires, 1944.
"Berón de Astrada y la sorpresa de Pago Largo", por Gustavo de Olazábal. Buenos Aires, 1940.
"SERVICIOS NAVALES QUE EN LIBERTAR A CHILE Y AL PERU DE LA DOMINACION ESPAÑOLA RINDIO EL CONDE DE DUNDONALD". Londres, 1859.
"Diario de la Campaña de las Fuerzas Aliadas contra el Paraguay", por el coronel León de Pallejas. Montevideo, 1865.
"Campaña de Corrientes y de Río Grande", por José Ignacio Garmendia. Buenos Aires, 1904.
"El Hombre de Guayaquil", por el doctor Arturo Capdevila. Buenos Aires, 1950.
"La Pequeña Gran Logia que independizó a Bolivia": 1823-1825, por Marcos Beltrán Avila. Cochabamba, 1948.
"Vida del Chacho", por José Hernández. Buenos Aires, 1947.
"Memorias inéditas del coronel Manuel Alejandro Pueyrredón". Prólogo y notas de Alfredo G. Villegas. Buenos Aires, 1947.
"Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor". Cochabamba, 1915.
"Registro Oficial de la República Argentina", de 1810 a 1892. 30 tomos.
"Registro Oficial de la Provincia de Corrientes". 4 tomos.

"Registro Oficial de la Provincia de Entre Ríos". 8 tomos.
"Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires", de 1821 a 1860. 8 tomos.
"Vida de Sarmiento", por Manuel Gálvez. Buenos Aires, 1945.
"El Profeta de la Pampa: Vida de Sarmiento", por Ricardo Rojas. Buenos Aires, 1945.
"Hombres y Episodios de Córdoba", por Nazario F. Sánchez. Córdoba, 1928.
"MEMORIAS DEL CORONEL MANUEL DE OLAZABAL". "Refutación al Ostracismo de los Carreras". "Episodios de la Guerra de la Independencia". Buenos Aires, 1942. 2a. Edición.
"Registro Oficial de la Provincia de Santa Fe". 19 tomos.
El autor ha utilizado multitud de artículos periodísticos aparecidos en los diarios más importantes de la República: "La Prensa", "La Nación", y "El Diario", de Buenos Aires; "La Capital", de Rosario; y "Los Principios", de Córdoba.
Igualmente ha empleado numerosos artículos históricos aparecidos en el "Boletín del Centro Naval", en la "Revista Militar" y en la "Revista del Suboficial".
La colección completa de la revista "Caras y Caretas" que ha adquirido para este trabajo, le ha proporcionado muchos antecedentes y sobre todo, gran cantidad de retratos.
Igualmente la colección completa del "PBT".

PREFACIO

Con este volumen iniciamos hoy la reedición total de mi obra titulada "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS", que fué publicada entre los años 1937 y 1940 su primera edición con un total de 5.500 páginas comprendiendo un total de 2.000 biografías enriquecidas con cerca de 1.200 retratos de los personajes que ella contiene.

Desde que vió la luz el Tomo V proseguí mi tarea de investigación documental para enriquecer la información de dicha obra, con el fin de completarla, publicando en el futuro algún volumen suplementario; pero la investigación practicada proporcionó a su autor tan rica y variada concentración de antecedentes, no sólo de otros servidores de la Nación no incluídos en la primera edición, sino de gran parte de los considerados en ésta, lo que me hizo pensar en la conveniencia de una reedición total si fuese posible, para dejar un trabajo de tanto aliento, casi completo para la Posteridad. Esta última idea sólo ha sido posible llevarla a la práctica gracias al patriotismo de nuestro insigne Presidente, General Perón, que me aseguró su poderoso apoyo desde el primer momento que le expresé mi pensamiento de editar nuevamente la obra comprendiendo toda la información hallada después de su aparición.

Este primer volumen enaltece su valor histórico y se honra con una semblanza de la Jefa Espiritual de la Nación, la señora EVA PERON, seguida de la de su eminente esposo nuestro admirable Presidente, el General D. JUAN PERON; precedida cada una de tales semblanzas del respectivo hermoso retrato con la dedicatoria que ambos estamparon con tal fin. Las completísimas biografías de tan eminentes servidores de la Patria se están redactando con el fin de que ellas consagren todo lo que han hecho para el progreso de la Nación y en beneficio de su pueblo. La sistemática preparación de biografías redactadas con tan variada información lleva bastante tiempo, como me sucedió con las de los Generales JOSE DE SAN MARTIN y MANUEL BELGRANO en la edición conocida, que fué un lento y difícil trabajo de reducción de las obras fundamentales sobre tan dignos servidores escritas por el General Mitre: en el caso presente, si bien para inmensa desgracia de la Patria ya no existe la insigne Abanderada de su pueblo, en cambio se encuentra en plena ejecución la obra extraordinaria de Gobierno de nuestro Gran Presidente, de modo que su completa biografía de carácter sintético — como todas las de este agotador trabajo — registrará una buena parte de su acción gubernativa aún no completada en estos momentos, pero en ejecución o en vías de serlo. Las biografías de EVA PERON y del GENERAL D. JUAN PERON, ocuparán su orden normal alfabético con toda la extensión que corresponde a la extraordinaria gesta realizada en beneficio de la Patria y para gloria de la misma.

A continuación de las semblanzas espirituales y retratos de la señora EVA PERON y de su insigne esposo, se han incorporado algunos otros retratos de los nombrados para que la Posteridad tenga ante su vista la prestancia inigualable de un matrimonio que su belleza física corre aparejada con el gran corazón y superior inteligencia; hermosas cualidades

humanas estas últimas que fueron puestas al servicio integral del pueblo de la Patria.

A continuación sigue una larga exposición titulada "A MANERA DE PROLOGO", que es una rápida revista de los sucesos que han dejado huella imborrable en mi pensamiento a través de mi existencia; siguiendo a este escrito los discursos pronunciados en las exequias extraordinarias de la Jefa Espiritual de la Nación. A continuación se publica el Testamento de ésta, conocido públicamente por primera vez en el acto extraordinario del 17 de Octubre de 1952 y cuya lectura escuché desde la masa ciudadana concentrada en la Plaza de Mayo. Y por la importancia que tales exposiciones revisten, he agregado a continuación las disertaciones del General Perón pronunciadas en dos oportunidades últimamente: una, del 19 de septiembre de 1952, ante los universitarios chilenos y ecuatorianos, sobre la extraordinaria obra de Gobierno que está realizando; y la otra, la exposición magistral pronunciada en la Escuela Nacional de Guerra el 24 del mismo mes de septiembre, al inaugurar un curso acerca de la importancia del sindicalismo en la conducción de los destinos de la Nación. A continuación siguen las biografías de la letra A y siguientes.

Antes de cerrar este breve Prefacio, quiero recordar a mis conciudadanos de que esta obra integral encierra la más preciosa y documentada información que he podido hallar sobre tanta cantidad de personas. Al acervo documental y bibliográfico utilizado para la primera edición, he sumado una inmensidad de antecedentes obtenidos a través de doce años de investigación exhaustiva realizada en el riquísimo repositorio del Archivo General de la Nación, donde he revisado toda la documentación existente sobre las Invasiones Inglesas; todo el archivo que fué del Dr. Angel Justiniano Carranza, tarea realizada con singular precisión y con pleno conocimiento de la época histórica que abarca tan precioso repositorio, reunido por su dueño con paciencia y sistemático interés: dicho archivo comprende varios parciales, tales como el de los coroneles de marina Juan Bautista Azopardo y Antonio Toll; el del coronel Ramón Erasmo de Cázeres; el importantísimo del Gran Mariscal del Perú Guillermo Miller, que vino a esta República en razón de que su sobrino John Miller —a quien el Mariscal legara toda su documentación— casó con una nieta del insigne Almirante Guillermo Brown; e inmensa cantidad de documentos pertenecientes parte de ellos a la epopeya naval de la República Argentina, tanto en la Guerra de la Independencia, como en la del Brasil y en la larga y obstinada que se desarrolló durante la Dictadura. En particular, el archivo del mariscal Miller nos proporciona preciosa información sobre la campaña libertadora del Perú, precedida de sus Diarios de Operaciones en las campañas que dieron el dominio del Pacífico, en las que tomó parte Miller al comando de la tropa embarcada —a bordo de la nave insignia— en 1818, en la magistral campaña a las órdenes del Almirante Blanco Encalada; y en las de los años 1819 y 1820, comandando la escuadra chilena el Almirante Lord Cochrane; dichos diarios, que suman seis en total, han sido llevados por su ilustre Autor en forma sistemática e interesante, redactándolos en muchos casos, bajo el fuego enemigo, o estando Miller aún convaleciente de las 10 graves heridas que recibió en dichas campañas en distintas funciones de guerra —de resultas de una de las cuales murió cuarenta años después— y también convaleciendo de graves enfermedades contraídas en el duro batallar, en medio de las borrascas del Océano, mares procelosos, vientos huracanados, inclemencia natural por todas partes, lucha terrible contra los elementos desatados y contra los enemigos armados y dotados de valentía digna de tan extraordinarios contendores. Tales Diarios señalan a la Posteridad las dificultades tremendas que fueron superadas, y que en apariencia eran invencibles, para dar culminación a la tarea impuesta a tan dignos conductores navales; Blanco Encalada y Lord Cochrane; disputar el dominio de las aguas del Océano Pacífico a las fuerzas de la Real Armada Española, cuya tradición gloriosa nadie podrá

disputar y que por lo tanto, significaban ser un bravo y audaz enemigo, que se valdría de todos los medios que indicaba la táctica naval de la época y las artimañas que han dado renombre a grandes marinos de la Madre Patria. He revisado cuidadosamente cerca de 50 tomos encuadernados y 265 cajas grandes conteniendo recortes de diarios desde hace un siglo a esta parte, documentos originales y, también copias, fojas de servicios y multitud de retratos reunidos primero por el Dr. Angel Justiniano Carranza y continuada la tarea por D. José Juan Biedma, sobre infinidad de servidores de la Nación. También proseguí la revisación de legajos en el archivo general del Ministerio de Guerra y en la Contaduría General de la Nación, como lo hice para la anterior edición.

Igualmente he revisado cuidadosamente y concienzudamente multitud de otros legajos existentes en el Archivo General de la Nación —cuya Dirección General actualmente ejerzo por una bondadosa Superior Resolución del Exmo. Señor General Perón— que me han proporcionado menuda e interesantísima información para mi medular trabajo. Entre tales legajos se hallan todos los que contienen los partes de operaciones realizadas en la larga Guerra Civil que ensangrentó el país desde los albores de la Epopeya Emancipadora hasta el término de la Organización Nacional, espacio de tiempo que medido en años nos da exactamente tres cuartos de siglo en los cuales se luchó sangrienta pero heroicamente en defensa cada adversario de los ideales de Patria que consideraba eran los más convenientes para constituir la Nación. Desde 1812 hasta 1893, puede asegurarse que se combatió casi constantemente para organizar el país, y en este intervalo de tiempo no se dejó ultrajar la soberanía nacional por los distintos gobiernos que rigieron sus destinos, aún contra la poderosa presión ejercida por fuerzas navales de Inglaterra y de Francia —las dos primeras potencias navales del siglo XIX— a las cuales enfrentó la Dictadura de Rosas, con una resolución y un patriotismo que hace honor a la Nación. Igualmente, las guerras, del Brasil, contra la Confederación Perú-Boliviana regida por el Mariscal Andrés de Santa Cruz, y la de la Triple Alianza contra el Paraguay, para libertar pueblos y no para conquistarlos. Honra insigne de la Nación Argentina será eternamente la tarea gigantesca realizada por el ínclito General San Martín, el hombre más puro y más genial que ha nacido en tierra americana, para dar libertad a hermanos oprimidos por el yugo hispano; su concepción estupenda de emancipación trascontinental asombra a la mente humana, y el Gran Capitán, con genio esclarecido, visión extraordinaria, sistemática preparación de las fuerzas con las que iba a cumplimentar su insuperable plan de campaña, su travesía por la nevada Cordillera de los Andes con todo un ejército que al desembocar de las estribaciones de la montaña en territorio chileno entra inmediatamente en contacto con el adversario en la Cuesta de Chacabuco, donde logra una decisiva victoria; las instrucciones que imparte para el logro más feliz de las tropas de su comando a través de los pasos difíciles de la cordillera, llenos de precipicios, de trampas naturales que obstruyen a cada paso la marcha de las columnas expedicionarias, de frígidas regiones donde el más mínimo descuido es mortal para la existencia humana.

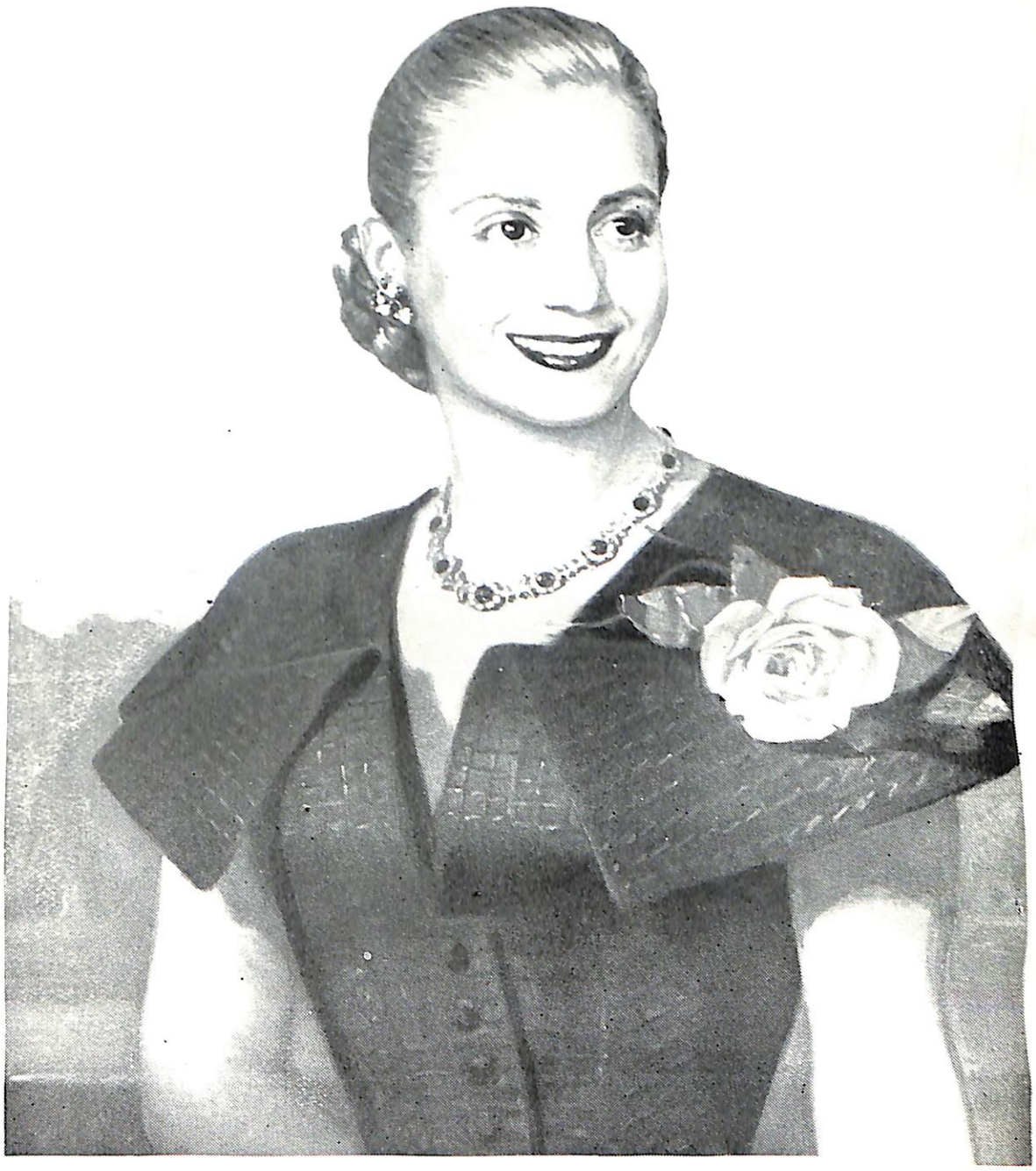
El pasaje de la artillería y la impedimenta de todo un ejército dan a este pasaje de los Andes el derecho de figurar entre las más extraordinarias empresas militares practicadas en el Mundo en todos los tiempos, conducidas éstas por los más Grandes Capitanes de la Historia, ya éstos se llamen Aníbal, César, Escipión, Alejandro, Napoleón, von Mackensen, von Rundstedt y otros eminentes estrategas de la Primera y Segunda Guerra Mundial. San Martín, a la inversa de estos últimos, debió forjar las armas que le dieron la victoria, crear sus tropas y formar sus jefes y oficiales en la más admirable escuela marcial que sea posible suponer, la que dió con el correr del tiempo las páginas más gloriosas de la Historia de la Eman-

cipación Americana, escritas con la punta de sus sables en una larga e inmortal jornada que se inicia en las márgenes del río Paraná — en San Lorenzo — hasta las cumbres nevadas del Pichincha. Gran parte de esta falanje de Héroes procedentes de la magnífica escuela sanmartiniana, que ilustraron los hechos más gloriosos de varios países de América, figura en esta obra, que consagra para la admiración de las generaciones presentes y futuras no sólo de la República Argentina, sino de otras naciones americanas a cuya libertad tan poderosamente contribuyeron orlando sus estandartes con la gloria que dió lustre a tan insignes soldados, dignos discípulos de su genial Maestro: el Héroe de los Andes, General don JOSE DE SAN MARTIN.

Entrego, pues, en las páginas cuajadas de preciosa información histórica, en síntesis estrecha pero verdaderamente comprensible, redacción exigida por una tarea gigantesca impuesta por un espíritu de justicia y un patriotismo que me honra — y que mis queridos e inolvidables progenitores me supieron inculcar desde los primeros años de mi niñez — la multitud de vidas que en gran parte de los casos he extraído del sepulcro en que los había cubierto el polvo del olvido, para que mis compatriotas y los hermanos de raza de América, admiren y dignifiquen, porque a tan preciosas existencias debemos la emancipación y formación de todas estas jóvenes Naciones. Esta tarea, cuya segunda edición entrego a la consideración pública, ha sido realizada bajo el lema de DIOS y PATRIA.



Para Biografías Argentinas y Sudamericanas
Buenos Aires



Para "Biografías Argentinas y Sudamericanas".-
Buenos Aires 12-3-952.

Eva Perón

EVA PERON

Eva Perón nació en Junín el 7 de mayo de 1922. Hija de una familia modesta, su niñez no se diferenció en nada de la niñez de millares de criaturas de su procedencia social. La escuela primaria, que cursó en la ciudad de su nacimiento, refirmó esa característica de común denominador que hacía de Evita una niña entre millares de niñas de su edad, de su humildad y de sus ingenuos sueños infantiles. Pero algo diferenció, sin embargo, a Evita de sus compañeras de escuela y de juegos. Un sentimiento fundamental que primaba en su espíritu desde la más tierna infancia iba moldeándola para la misión que el destino había reservado para ella. Ese sentimiento es su *indignación frente a la injusticia*. Ella misma lo expresa magistralmente en "La Razón de mi Vida", el libro que legó a los argentinos como fanal de luz para aclarar su vida y su obra misional: "Desde que me acuerdo cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella. De cada edad guardo el recuerdo de alguna injusticia que me sublevó desgarrándome íntimamente".

Este sentimiento de indignación ante la injusticia es lo que la historia llama en los santos "ira sagrada". San Juan no pudo dominarla ante el espectáculo de esplendor de pocos y de miseria de muchos, de sensualismo de la corte de Herodes. Jesús se sintió poseído por ella cuando levantó el látigo y expulsó a los mercaderes del templo. Todos los profetas que se sienten portadores de la "buena nueva" la sufrieron con idéntica intensidad y la proclamaron ante la faz de los poderosos para reivindicar la dignidad de la humildad y el camino hacia el bien de los pueblos. Y esa "ira sagrada" fué el sentimiento que iba modelando la personalidad y fortaleciendo el espíritu de Eva Perón para que ella pudiera culminar su marcha con el grandioso sacrificio que corona su vida y dió al pueblo, con el bienestar y la felicidad, la eterna abanderada de sus conquistas esenciales.

A los once años, ella que conocía ya por su propia experiencia que el mundo se dividía en pobres y en ricos, sin comprender aún las causas determinantes de esta realidad, oyó de un trabajador que "había pobres porque los ricos eran demasiado ricos" y no por una razón que pudiera considerarse natural. "Al oírlo — dice Eva Perón — me dí cuenta que aquel hombre tenía razón. Más que creerlo por razonamiento, "sentí" que era verdad". La indignación ante la injusticia, pues, estaba aparejada a la intuición en ella con la naturalidad con que se une lo determinante a lo determinado, el árbol a la sombra que proyecta. Porque si la indignación ante la injusticia modelaba su personalidad y la impulsaba firmemente en dirección de las víctimas de esa injusticia, la intuición le impidió aceptar la injusticia reinante como algo normal y predeterminado sabe Dios por qué leyes monstruosas de naturalidad en la biología social. La injusticia, para Evita, era un veneno. Y ella lo dice con la claridad con que nimba todas sus declaraciones, "yo no podía acostumbrarme al veneno y nunca, desde los once años, me pareció natural y lógica la injusticia social".

Hasta los catorce años su vida es una reiterada afirmación de rebeldía ante la injusticia, a la que no puede vencer ni domesticar porque tie-

ne, como las hidras, multitud de cabezas y una capacidad redoblada de resurrección cada vez que accidentalmente pierde una de ellas. Esa época es la única que señala en la vida de Evita un pesimismo superior a su optimismo vital —optimismo que se manifiesta en su confianza en el pueblo y en la nacionalidad. "Me resigné a ser víctima —confiesa Eva Perón en "La Razón de mi Vida". ¿Por qué esa sensación de impotencia que llega al renunciamiento total? La respuesta es sencilla. Impulsada por su indignación, Evita se había asomado a la prensa, al movimiento político, a la arena social. Y había constatado la vaciedad de la primera, la demagogia del segundo y los pecados mortales que se cometían en lo social, combatiendo las injusticias del bando de los poderosos con las ansias de injusticias aún peores por parte de los dirigentes —falsos apóstoles de la causa de los oprimidos—. "A mi natural indignación por la injusticia social —dice Evita— se añadió desde entonces la indignación que había levantado en mi corazón, las soluciones que proponían y la deslealtad de los presuntos "conductores del pueblo" que acababa de conocer". Fué entonces cuando se resignó a ser víctima.

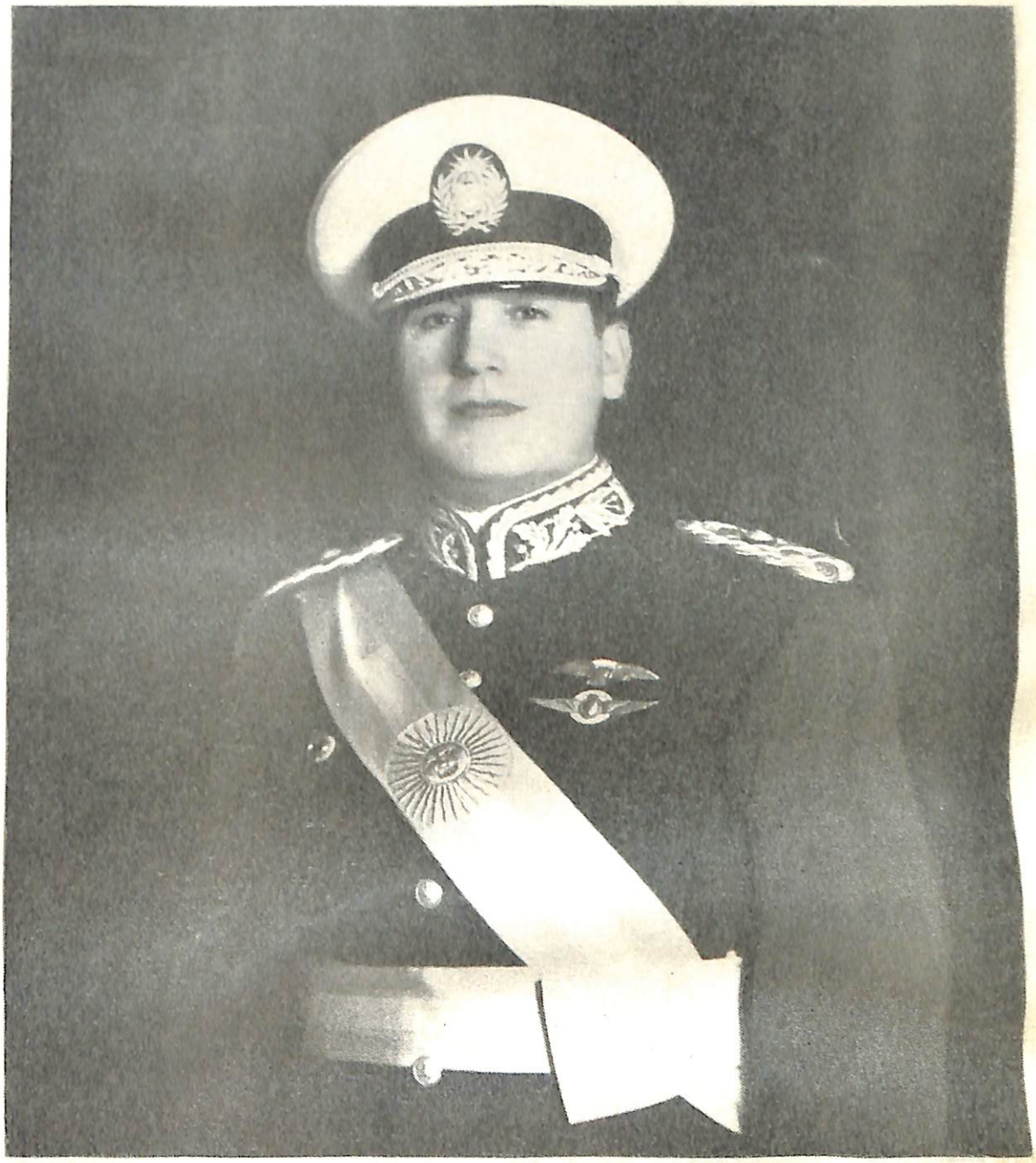
Y entonces llegó lo que ella llama "su día maravilloso". Fué el encuentro con Perón. Nadie mejor que ella misma lo sintetiza: "Yo lo vi aparecer desde el mirador de mi vieja inquietud interior. Era evidentemente distinto a todos los demás. Otros gritaban "fuego" y mandaban avanzar. El gritaba "fuego" y avanzaba él mismo, decidido y tenaz, en una sola dirección, sin titubear ante ningún obstáculo. En aquel momento sentí que su grito y su camino eran mi propio grito y mi propio camino".

Evita ya no vacila. Su resignación a ser víctima es superada. El despertar de todo un pueblo que se levanta tras décadas de modorra impulsado por el ejemplo de Perón, también dinamiza a la rebelde ya casi resignada. Ella, en su síntesis más estricta, era una combatiente y el espectáculo del combate la devuelve a la realidad, a su natural sentimiento heroico de la vida. "Me puse a su lado. Quizá ello le llamó la atención y cuando pudo escucharme atiné a decirle con mi mejor palabra: Si es, como usted dice, la causa del pueblo su propia causa, por muy lejos que haya que ir en el sacrificio no dejaré de estar a su lado hasta desfallecer. El aceptó mi ofrecimiento. Aquel fué mi "día maravilloso".

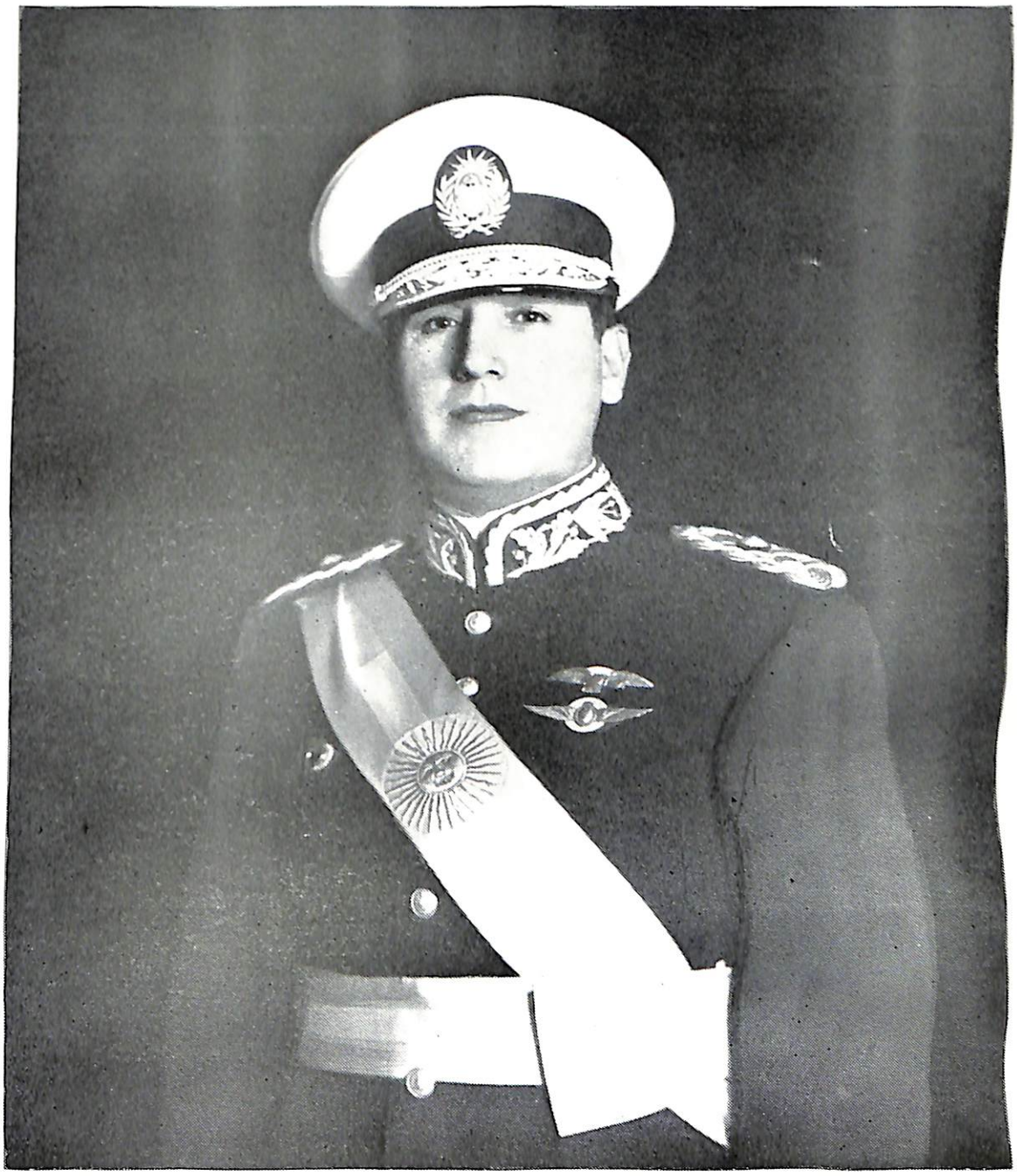
El golpe reacionario del 9 de octubre de 1945 la hiere como a todo el pueblo. Apenas si logra librarse de los sicarios de la reacción, que al identificarla, pretenden golpear en ella a la conciencia nacional que revive. Son esos días, hasta el 17 de octubre, días de fiebre, de búsqueda, de actividad junto a los gremios. La epopeya popular del 17, en la que participó activamente, es su propia epopeya. Había recorrido todos los barrios, todas las plazas, todos los hogares para dinamizar a los hombres y señalar a las mujeres su puesto de lucha. El triunfo nacional, que le devolvió a su Líder y a su esposo, suelda definitivamente su unidad con las vanguardias laboriosas del pueblo. Su amor por los descamisados no se desmentiría ya jamás.

Cuando Perón asume la presidencia de la Nación, Evita hace su composición de lugar: Prefiero ser Evita a la Señora del Presidente si con ese Evita..." es la síntesis cabal de su espíritu. Su vida, desde entonces, es una permanente entrega a la causa del pueblo, una tarea sin solución de continuidad en bien de los humildes, una refirmación constante de fidelidad al pueblo. Funda hogares-escuelas, policlínicos, hogares de tránsito, colonias de vacaciones. Trabaja 20 horas diarias en la atención de los necesitados. Y mantiene un contacto permanente y fraternal con los obreros organizados. Ella es el puente entre el pueblo y Perón, la abanderada de todas las reivindicaciones justas, la forjadora de los derechos cívicos de la mujer, la mensajera de los desamparados, que dejan de serlo por su acción y su ternura creciente. Su vida desde entonces es una renuncia permanente a sí misma para darse por entero a la causa de la na-

cionalidad. Los honores ni la seducen ni la atraen. El trabajo —en su más noble acepción y multiformidad — es su premio. El mejor de los premios para ella. El 22 de agosto de 1951 rechaza la Vicepresidencia de la Nación que el pueblo le ofrece con su amor y su respeto. Y comienza su calvario, su silencioso calvario. Ella, que ha estado por encima de las vanidades, también se coloca por encima del dolor. Se niega a descansar; trabaja como nunca. Su obra grandiosa se consolida al calor de su tremendo dolor. El 26 de julio de 1952, a las 20.25 entró en la eternidad. Jamás en la historia se ha visto un dolor de pueblo más hondo y desgarrado. Ni una consagración más amplia y cariñosa. Había nacido el 7 de mayo de 1922. Tenía, pues, 30 años, dos meses y 15 días al morir y era la Jefa Espiritual de la Nación.



Para "Biografías Argentinas y Sudamericanas".-
Buenos Aires, 17 de marzo de 1952



Para "Biografías Argentinas y Sudamericanas".-
Buenos Aires, 17 de marzo de 1952

JUAN PERON

Nace el 8 de octubre de 1895 en la localidad de Lobos, provincia de Buenos Aires. A los cinco años de edad sus padres se trasladan a Río Gallegos, territorio de Santa Cruz, extremo meridional de la Patria. En 1905 vuelve la familia Perón a Buenos Aires, concluyendo Juan Perón sus estudios primarios en el Colegio Internacional de Olivos, y los secundarios en el Colegio Internacional Politécnico. Siguiendo los dictados de su vocación, ingresa como cadete en el Colegio Militar el 1º de marzo de 1911, graduándose como Subteniente en el arma de Infantería en diciembre de 1913.

Poco después es destinado al regimiento 12 de Infantería General Arenales, donde revistó hasta el 15 de marzo de 1915. Pasó entonces al Distrito Militar Nº 58, con funciones de auxiliar, sorprendiéndolo allí su promoción al grado de teniente. Tres años después, el 16 de enero de 1918 toma servicio en el Arsenal Esteban de Luca, donde permanece un año para retornar a su anterior destino hasta el 16 de enero de 1920, cuando pasa a la Escuela de Suboficiales "Sargento Cabral", donde habría de permanecer seis años, alcanzando en la misma el grado de capitán. El 12 de marzo de 1926 pasa a prestar servicios en la Escuela Superior de Guerra, siguiendo en ella los cursos regulares para completar su preparación técnica y obtener el diploma de oficial de Estado Mayor.

Durante esos catorce años había estado en contacto permanente con la tropa. El cuartel era el termómetro de la realidad social del país. Anualmente, la incorporación de conscriptos permitía el estudio del nivel de vida de la población y de sus consecuencias en la formación del hombre argentino. El porcentaje de inaptos decía, con elocuencia, al joven oficial, la total incapacidad de un régimen para forjar el hombre sano y fuerte que presupone la defensa nacional y la salvaguardia de la soberanía. Procediendo de todas las capas sociales, los soldados permitían la valoración de sus diferenciaciones básicas. Junto a algunos jóvenes ricos de la mayor riqueza estaban allí infinidad de otros jóvenes pobres de la mayor pobreza. El panorama social argentino se iba dibujando a través de esa representación juvenil y cimentando en el espíritu del joven oficial las bases de las reformas exigidas para variar la correlación de valores sociales que daban esos resultados negativos.

El 26 de febrero de 1929, inicia Perón su carrera en los cuadros superiores del ejército pasando a revistar en el Estado Mayor donde permaneció hasta el 12 de septiembre de 1930 en que fué llamado a la Secretaría del Ministerio de Guerra para desempeñarse como secretario privado del titular. De allí pasó a la Escuela Superior de Guerra como profesor de Historia Militar. Fué promovido al grado de mayor el 31 de diciembre de 1931 mientras se desempeñaba en la Escuela Superior de Guerra como Oficial de Estado Mayor al mismo tiempo que como Ayudante de Campo del ministro de guerra.

Durante seis años ocupó la cátedra de Historia Militar en el citado instituto superior. Su profunda cultura profesional, su capacidad organizativa, su amor entrañable a la carrera destacaron entre sus iguales al joven profesor. Al contacto del conocimiento efectivo del hombre y del

medio, los grandes hechos de la Historia Militar se vivificaban y tenían expresiones nuevas de extensión y profundidad. El 28 de enero de 1936 es destinado para desempeñar las funciones de Agregado Militar en nuestra embajada ante el gobierno de Chile. Allí recibe su promoción a Teniente Coronel el 31 de diciembre del mismo año y poco después, el 7 de abril, su misión se amplía con el cargo de agregado aeronáutico. Permaneció en Chile hasta marzo de 1938, cuando regresó al Estado Mayor del Ejército a reintegrarse al claustro castrense en mayo del mismo año, asignándosele la materia de Operaciones Combinadas en la Escuela Naval de Guerra, sin perjuicio de sus otras funciones específicas. Su capacidad de trabajo, de planificación y de organización, su dinamismo creciente, permitían al entonces Teniente Coronel Perón cubrir sus múltiples responsabilidades sin descuidar el estudio permanente de los problemas militares y adentrarse más profundamente en los problemas sociales, factores y valores interdependientes. Una nueva misión en el extranjero que se le encomendó —misión de estudio y de especialización profesional— lo lleva a Italia, donde se incorporó en calidad de agregado al Comando de la Comisión Alpina Tridentina, en el Tirol, para pasar luego a la División de Infantería de Montaña Pinerolo, en los Abruzos y posteriormente a la Escuela de Alpinismo y Esquiismo de Aosta y a la Escuela de Esquí de Sestriere. Durante dos años, que es el lapso que insumió su misión en Europa, visitó y conoció Alemania, Francia, España, Portugal, Hungría y Albania. El 8 de enero de 1941 regresaba a la patria.

Se incorporó al Centro de Instrucción de Montaña como oficial de Estado Mayor, asumiendo su dirección interina el 17 de junio de 1941. El 31 de diciembre de ese año recibía su ascenso al grado de Coronel. El 1º de enero de 1942 fué designado jefe del Departamento de Montaña "Mendoza" en cuyo cargo apenas si permaneció 3 meses. En marzo se lo designó oficial de Estado Mayor en la Inspección de Tropas de Montaña.

El 4 de junio — día de la revolución — el coronel Perón es designado Jefe de Estado Mayor de la 1ª División del Ejército y cuatro días después ocupa la Jefatura de la Secretaría del Ministerio de Guerra. Toda su experiencia profesional, toda su preparación sociológica, todos sus anhelos patrióticos de reformador social —que busca valorar al hombre porque sólo la valoración del hombre dignifica a la sociedad y la capacita para la marcha hacia lo superior— se manifiestan de inmediato. Aceptando la presidencia del Departamento Nacional del Trabajo, transforma el viejo organismo estático en la dinámica Secretaría de Trabajo y Previsión, siendo nombrado su titular con retención de los cargos que ejercía hasta entonces. Entonces el coronel Perón se entrega en cuerpo y alma a la adecuación de esa Secretaría — que es la cuna de la justicia social argentina — a su alta misión histórica nacional. La renuncia del general Ramírez, que lleva a la Presidencia de la Nación al general Farrell, hace del coronel Perón ministro interino de Guerra, cargo en que lo confirma el decreto del 4 de mayo de 1944. El 7 de junio ejerce conjuntamente la Vicepresidencia de la Nación y el 25 de agosto se hace cargo de la Presidencia del Consejo Nacional de Postguerra.

Ya entonces la revolución de junio acusaba el contenido que habría de significarla como caldo de cultivo de las fuerzas que habrían de abocarse al reordenamiento nacional, en el triple aspecto de la economía, la política y el orden social. Fué Perón quien imprimió al movimiento revolucionario de junio, en su comienzo puramente militar, su significación social y sus bases doctrinarias. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, aplicando desde arriba los principios de justicia social que colocaron a nuestro país a la vanguardia de los países avanzados y progresistas, Perón ligó el ejército al programa de dignificación del hombre argenitno a través de una política distribuitiva más justa y más condigna de la condición humana. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Perón hizo frente —por primera vez en la historia de la República —, a las minorías

todopoderosas del dinero y la complicidad con los monopolios internacionales, reivindicando los derechos de los trabajadores. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Perón inspiró, redactó e impuso la legislación que hoy es el orgullo de todos los argentinos.

Una empresa de esa magnitud y de esa envergadura — la liquidación de un mundo de injusticia, de colonialismo y de privilegios — para substituirlo por un mundo nuevo de derechos sociales, de independencia y de fraternidad y unión nacional basado en la justicia colectiva, agrupó a todos los enemigos del progreso y de la libertad en el campo opuesto al forjado por el Coronel Perón. La oligarquía y el imperialismo, mancomunados para negar a la Argentina su mayoría de edad nacional, dieron el golpe del 9 de octubre de 1945, exigiendo a Perón la renuncia de todos sus cargos. Detenido luego, fué encarcelado en la isla Martín García. Pero la reacción y el imperialismo no contaban con el pueblo. Este, que identificaba en el coronel Perón al abanderado de sus derechos sociales y al Líder insubstituible de su valoración, ocupó la capital marchando desde toda la periferia hacia el centro y decidido a todos los sacrificios y dispuesto a la lucha, exigió la libertad de su Líder, imposibilitando la maniobra oligárquico-imperialista de copar el poder a través de una Corte Suprema con la complicidad de los partidos políticos arrojados del gobierno por la revolución militar de junio de 1943.

Liberado Perón por el más grandioso movimiento de masas de nuestra historia nacional, renunció al ejército para entregarse de lleno a la lucha por las reivindicaciones populares y nacionales argentinas. Electo Presidente de la Nación el 24 de febrero de 1946, en los comicios más limpios de la historia de nuestro civismo, por decreto del Gobierno del general Farrell fué reintegrado a la actividad de ejército y promovido al grado de general de brigada. El 4 de junio, entre las aclamaciones populares, asumió la primera magistratura. El 1º de mayo de 1950, el pueblo, por ley del parlamento, lo elevó al grado de General de División. En mayo de 1951 habiendo comunicado el Ministro de Ejército al parlamento que el general Perón reunía los requisitos para ser promovido al grado de General de Ejército, este lo ascendió venciendo la resistencia de él al ejercicio de ese derecho.

En las elecciones de noviembre de 1951, el pueblo argentino, consciente de la obra grandiosa de gobierno del General Perón, lo reeligió para un nuevo período presidencial. Esta acción de gobernante ejemplar se puede sintetizar así: dió a los argentinos la independencia económica liberando a la Nación de las coyundas de los trusts y monopolios del capitalismo internacional; sostuvo intransigentemente los derechos soberanos de la Argentina y forjó su unidad nacional por la vía de la justicia social. 76.000 obras en seis años testifican su labor de gobernante.









A MANERA DE PROLOGO

Me propongo en estas cortas líneas, evocar los sucesos que en el curso de mi ya larga vida he presenciado y que por su importancia, ya sea de orden general o de carácter personal, han dejado en mi mente imborrable recuerdo, ya que esta breve crónica la redacto sin el más mínimo apunte que auxilie mi mala memoria. Considero que esta evocación de acaecimientos que han dejado indestructible recuerdo en mi pensamiento, tienen mayor interés en ciertos puntos, que un prólogo común para esta segunda edición de "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS", como fué mi idea inicial al preparar el primer volumen de esta obra. Así que lo que a continuación se relata, es lo que mis ojos han visto o mis oídos escuchado, de sucesos cuyo recuerdo ha quedado enclavado en mi pensamiento en forma indestructible.

Nacido en la Capital Federal, a la edad de tres años marché con mis padres a la provincia de Buenos Aires, donde vi pasar los años de mi niñez, en los partidos de Ayacucho y de Rauch. Gran parte de mi educación primaria corrió por cuenta exclusiva de mis progenitores, que lograron inculcarme conocimientos, que cuando me incorporé al primer establecimiento de enseñanza — una escuela rural que existía en el partido de Ayacucho, en el campo de la estancia "San Laureano" perteneciente a la sucesión de Hilaria Rufino de Achaval — desde el principio fuí el alumno más destacado en ella y en los tres años que permanecí en clase de pupilo: 1899, 1900 y 1901, estudié las asignaturas que me permitiesen rendir con buen resultado el examen de ingreso al Colegio Militar de la Nación, pues mi primer pensamiento fué ser soldado y si más tarde ingresé a la Escuela Naval, lo hice cumpliendo los deseos de mi padre, que consideró más conveniente la Marina de Guerra para mi modo de ser.

Debo a mis progenitores el haberme sabido inculcar en forma inalterable, los sentimientos de ferviente patriotismo, firme lealtad y franqueza, que me caracterizan y que me honro en todo momento de poseer.

En 1902 pasé todo el año en el Colegio Sadi Carnot, en esta capital, — situado en la calle Europa 811 — dirigido por su propietario, don Enrique Loncán. En él completé mi preparación para las materias de ingreso a la Escuela Naval, y aunque no cursé ninguna academia especializada, me atreví a presentarme al examen de ingreso en marzo de 1903, en el cual pasé en todas las asignaturas aunque no tuve la suerte de ingresar porque el número de orden obtenido no estuvo dentro de los 15 primeros que obtuvieron becas, y de los dos siguientes, que también se llenaron porque les fué concedida la baja a los recientemente ingresados, los ciudadanos Juan A. Guixá y Eloy Escobar.

En el verano de 1904 completé mi preparación en la Academia de nuestro inolvidable Director, el ingeniero don Luis Manfredi — ex capitán de artillería del ejército italiano que al mando de Baratieri fué destruído en la campaña de Abisinia de 1896 — y no habiendo podido presentarme al exámen de ingreso a la Escuela Naval en marzo de 1904 por haberse perdido la documentación que debía presentar, lo hice al año siguiente, después de haber cursado otro período de 3 meses en la Academia de Manfredi.

El período comprendido entre los dos exámenes que rendí para ingresar a la Escuela Naval Militar, no solamente lo aproveché para intensificar mi preparación intelectual para la carrera que iba a seguir, sino que

también, y con muchísima dedicación, dediqué buena parte de mi tiempo a mi preparación física, realizando ejercicios de fuerza y destreza que me dieron sólida musculatura y practiqué intensamente el deporte de natación, aprovechando la proximidad del arroyo Langueyú, que corre entre los partidos de Ayacucho y Rauch en aquella zona, y en el cual logré una resistencia y agilidad como nadador, que con el correr de los años me sería de singular utilidad.

Rendí el examen de ingreso a comienzos de marzo de 1905, saliendo en él con altas clasificaciones, especialmente en matemáticas, historia y geografía, por lo que obtuve el 3er. puesto en el orden de mérito, y con fecha 17 de dicho mes se me dió de alta como Aspirante de Marina. El 19 de marzo hice mi presentación a la Escuela Naval — situada en el Caballito, en Rivadavia 4923 — siendo al día siguiente el indicado para que se incorporaran los aspirantes de 2º, 3º y 4º año. Recuerdo que el que se presentó primero en la tarde del 19, fué el de 3er. año, Osvaldo Repetto — hoy vice almirante — y poco más tarde, el de 4º: Enrique Navarro Malbrán, quienes se entretuvieron bondadosamente con los que ingresábamos relatándonos sucesos y episodios referentes al "manteo", que por cierto, ambos nombrados, jamás nos hicieron objeto de ninguna dificultad, extremando su caballerosidad hacia nosotros, que me complazco en registrar aquí, muy en particular por la gran amistad que me une con el Vicealmirante don Osvaldo Repetto.

Era jefe del Cuerpo de Aspirantes el entonces teniente de fragata Pedro Escutary — muerto en la jerarquía de contraalmirante — y su 2º jefe, el entonces alférez de navío D. Pedro Etchepare. Este último tenía — y aun se conserva vivo su recuerdo — en toda la Marina de Guerra, la fama de ser un oficial extraordinariamente exigente en las funciones del servicio naval. No era exagerado en ninguna forma el prestigio del alférez Etchepare, el cual desde el primer momento que hicimos nuestra presentación empezó a reunir para hacernos leer el "Manual del aspirante alumno", comentándolo y haciéndoles infinitos agregados o modificaciones a una buena parte de sus artículos. Realmente, en mí causó tan distinguido oficial la mejor de las impresiones, porque comprendí que él interpretaba que la formación del que se va a dedicar a la dura carrera de las armas, debía ser en concordancia con la inflexibilidad con que debían encararse todos los distintos puntos vinculados con su activa y vigorosa preparación. Sentí sin desmayo las exigencias — que muchos no aceptaban — impuestas por Etchepare en todo el primer año, y me vanaglorio, que gran parte del orden y de la disciplina que he puesto en práctica no solamente en mis funciones cumplimentando el servicio naval, sino también en la preparación y desarrollo de mis trabajos, de debérsela a tan gran instructor que más tarde fué mi amigo dilecto.

Recuerdo siempre mi dedicación a la gimnasia en la Escuela Naval, donde no solamente me resultaron de singular influencia mis ejercicios previos de la época anterior al ingreso, sino también la constitución natural que había heredado de la raza vascongada, cuya sangre corre por mis venas como la mejor herencia paterna que he recibido: mi abuelo era natural de Navarra y mi abuela de Guipuzcoa habiendo recibido por la línea materna, sólo sangre gallega, pues mis abuelos — padres de mi madre —, eran nativos de aquella provincia española.

En todas las horas de recreo, el gimnasio o la sala de esgrima, fueron mis atractivos. En segundo año, practicando en la barra el "Remolino del Gigante", en una oportunidad, en el momento en que pasaba de la posición vertical de dominación para iniciar la primer vuelta, se me abrieron las manos y fuí proyectado violentamente hacia adelante, y después de dar medio salto mortal en el aire, caí clavando la cabeza en la arena, a varios metros de distancia de la barra: todos creyeron que me había desnucado, pero no fué así, pues al levantarme del suelo, sólo me salió por la nariz

un pequeño chorro de un líquido como clara de huevo, que muchos años después, médicos amigos han opinado que tal líquido únicamente pudo ser "céfalo raquídeo". A pesar de los 46 años transcurridos, nunca he tenido novedad alguna por tan tremendo golpe.

Continuando en mis ejercicios favoritos, llegué a levantar pesos no inferiores a 75 kilos con el brazo derecho y a 60 con el izquierdo. Desde 3er. año practiqué con todo éxito la "Cruz en las argollas", siendo el único en aquellos años que logró realizar tan violento ejercicio. En fin, contemporáneamente marchaban armónicamente, el vigor físico con la preparación intelectual.

En 1907, encontrándose embarcada toda la Escuela Naval en el crucero-torpedero "PATRIA", en el embarque anual del mes de Enero, y en circunstancias de hallarnos fondeados en el puerto de San Nicolás de los Arroyos, los aspirantes se bañaban una tarde en el costado de babor del buque: se estaban arrojando al agua por el tangón, cuando la mala suerte quiso que se rompiese el pinzote de éste, cayendo éste al agua y con él varios aspirantes. Felizmente ninguno de los que estábamos en el agua fué golpeado por el grueso palo, pero tres de los que se habían caído, se me echaron encima, sabiéndome buen nadador: uno de ellos, Miguel Tanco —más tarde senador nacional— me propinó un puntapié en el cuello, prendiéndose al mismo tiempo de los cabellos de su compañero de promoción, Alberto Coulomb, que también se me había echado encima mío. No recuerdo quien fué el tercero al que serví de boya, pero esta circunstancia me significó hundirme varios metros debajo del agua. El ingeniero Carlos Rodríguez Jáuregui —actual Ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires— recuerda este episodio, pues se hallaba tomado de la "Barloa" del buque en esos momentos.

El 19 de enero de 1906 falleció en horas de la mañana el teniente general Bartolomé Mitre, el ilustre historiador de San Martín y de Belgrano. Los aspirantes de 2º año estábamos embarcados en el acorazado "INDEPENDENCIA", fondeado en la Rada de los Pozos: inmediatamente se envió un remolcador para que nos embarcáramos a fin de ser conducidos al puerto, de modo que juntamente con los cadetes del Colegio Militar hicimos las primeras guardias al ilustre muerto, estando aún en su lecho mortuorio. Poco después concurrían los aspirantes de los años superiores, constituyéndose toda la Escuela Naval para rendir los honores al eminente personaje fallecido. Correspondióme, como componente de la 3ra. sección de la compañía, y bajo el mando directo del 2º jefe del cuerpo de Aspirantes, don Pedro Etchepare, escoltar el féretro del general Mitre desde la casa mortuoria hasta la Casa de Gobierno, donde se estableció la capilla ardiente para ser expuesto el cadáver del ilustre muerto al público, que con el fervor cívico que supo forjar en el alma popular el ciudadano ejemplar fallecido en su larga actuación, por espacio de tres días se sucedió sin interrupción el desfile de hombres y mujeres que querían contemplar por última vez la fisonomía del gran patricio.

En sus exequias se le tributaron los más altos honores, correspondientes a Presidente de la República en el ejercicio del cargo, siendo la afluencia popular en todo el trayecto desde la Casa de Gobierno hasta la Recoleta, simplemente extraordinaria.

Antes de terminar las vacaciones de ese año, el 12 de marzo de 1906, falleció el Dr. Manuel Quintana, Presidente de la Nación en esos momentos. La Escuela Naval concurrió a rendir los honores reglamentarios a medida que iban llegando los aspirantes desde los distintos puntos a donde habían ido a pasar sus vacaciones. Por la circunstancia especial de venir para Buenos Aires de regreso en esa fecha, fuí el segundo de los que se presentaron a la Escuela, habiéndolo hecho primero el actual capitán de navío (R) D. Julio Cárrega, si mal no recuerdo. En el sepelio se le tribu-

taron al Dr. Quintana los honores correspondientes a su alta investidura con gran afluencia popular.

El 17 de Julio de 1906 falleció el Dr. Carlos Pellegrini, a quien la Escuela Naval rindió los honores que correspondían a la alta investidura que ejerció de 1890 a 1892, siendo igualmente sus exequias una elocuente manifestación popular del prestigio general que había logrado formar en la masa ciudadana de la Nación.

Pocos meses después partió el crucero "25 DE MAYO", de nuestra Marina de Guerra, bajo el comando del entonces capitán de fragata Diógenes Aguirre, para el puerto de Valparaíso, en el Pacífico, para embarcar allí los restos del gran servidor de la Independencia, general Juan Gregorio de las Heras, llevando a su bordo una Comisión especialmente designada por el Superior Gobierno, la que estaba constituída por el General José Ignacio Garmendia y el vice almirante Enrique Howard. A las 12 del día 20 de octubre de 1906 amarraba el "25 DE MAYO" en la Dársena Norte frente a la tribuna presidencial. El Dr. Figueroa Alcorta llegó a las 12 y 50 y a la hora fijada se desembarcó la urna conteniendo los restos del prócer, que fué colocada en la cureña en la que conjuntamente al pabellón argentino, tremolaban los de las Repúblicas de Chile, del Perú y Oriental del Uruguay.

Pronunciados allí los discursos oficiales, iniciados por el Presidente de la República, bien pronto se puso en marcha el convoy a los acordes de las marchas militares y civiles. Se había formado una banda lisa con 400 clarines y tambores, que tenía la misión de tocar la diana triunfal en homenaje del gran soldado que había salvado la libertad naciente de la América en la luctuosa noche de Cancha Rayada.

La Escuela Naval y el Colegio Militar por ambos lados, custodiaban la urna funeraria en su marcha lenta y majestuosa, como una marcha triunfal, — y que en realidad lo era —, por el Paseo de Julio, en dirección a la Plaza de Mayo.

Estaba exaltada la fantasía popular ante la perspectiva estupenda de la diana triunfal: 400 bocas de metal sonoro enalteciendo la resonancia inaudita de la gloria militar. El Pueblo argentino vibra siempre con la fusión de sus instintos generosos y se embriaga de entusiasmo con el recuerdo de las gestas gloriosas de la Patria: empujes de luchas formidables, bélicos estruendos, sacrificios y heroísmos, espadas y laureles, la diana que canta la victoria y pone santo ardor en los pechos. Es la religión del pasado: su culto es inmortal.

Por eso el pueblo se desbordó en la hora propia del orgullo nacional; por eso llenaba la plaza San Martín y se revelaba, como una evocación secreta, ante la estatua del Gran Capitán de los Andes — del Padre de la Patria — y vibraba como un parche templado ante el recuerdo del glorioso general Las Heras, fulgurante de heroísmo, y la perspectiva resonante evocadora de las más puras glorias argentinas.

Aquel correcto despliegue de fuerzas militares que circundaban la plaza sobre cuyo suelo, el coronel San Martín dió temple a sus Granaderos a Caballo, que debían escribir con el filo de sus sables, las páginas más gloriosas de la Historia de América, daban carácter particular al cuadro. En su centro y a espaldas de la estatua del Héroe de los Andes, que estaba cubierta con los colores argentinos y guirnaldas de flores, ocupaba ancho espacio la inmensa banda lisa, y todo el escenario estaba adornado con banderas y trofeos nacionales.

De estas galas pendía la curiosidad del público mientras arribaba el convoy conduciendo los sagrados despojos. Engañaba su ansiedad legítima por escuchar la diana triunfal y con evidente preocupación desesperada de su tardanza: eran las dos de la tarde.

En este momento cruzó el espacio un agudo toque de clarín: la muchedumbre atravesando en tropel la plaza, fué a situarse en su costado Norte.

Entonces empezó su preludio la banda lisa: sonó la voz de la historia en aquellas bocas metálicas que evocaban la gloria de los grandes días de la Independencia, y cuyo sonido fué engrosado con el batir sordo de los tambores hasta hacerse potente y atronar el espacio.

Como la gigantesca campana de bronce que finge la leyenda gala, agitada por cien brazos para que la voz amorosa de la hija llegase al corazón de su padre, encerrado en las profundas entrañas de la tierra; esta diana levantada por cien pechos es la voz incontrastable de la patria que llama a uno de sus grandes padres, en su hora póstuma, para gozar del amor y respeto de la vida inmortal de la historia.

El pueblo electrizado, escuchó con emoción y recogimiento la diana grandiosa evocando la augusta sombra de Las Heras, saludada en el sarcófago que guarda los restos cinerarios del prócer, la gloria patricia de un grande de la posteridad.

Por eso cuando la urna venerada ofreció su severidad a los ojos ávidos de la multitud, ésta, descubierta y silenciosa, se inclinaba reverente mientras la masa de clarines y tambores dejaba oír, más poderosa, la resonancia de su salutación suprema, evocadora de gloriosos triunfos.

Bajo una tupida techedumbre de banderas de todas las nacionalidades, atestados los balcones de familias y repletas las aceras de tupida muchedumbre, la procesión inició su desfile por la calle Florida.

Al vibrar en la esquina de la plaza San Martín la diana que anunciara con sus ecos de victoria la aproximación de la columna, se hubiera dicho que de un extremo a otro de la calle la voz del patriotismo vibraba en todos los corazones.

La extraordinaria banda lisa atronaba el espacio, mientras que desde todos los balcones de la calle Florida las damas arrojaban flores al paso de la cureña conteniendo los gloriosos despojos del Héroe de Cancha Rayada, que volvían a la Patria después de 80 años.

Al llegar a la esquina de Córdoba, se hizo un breve alto y en esos momentos la banda lisa dejó hacer vibrar los clarines y tambores, y cuando sus ecos se extinguieron, la procesión volvió a emprender la marcha.

Después de los batidores del Escuadrón de Seguridad seguían las secciones de las escuelas de cadetes y la cureña cubierta con la misma bandera que cubrió los restos del general Mitre en sus exequias.

Llevaban los cordones el Presidente de la República y sus ministros siguiendo un brillante séquito de jefes y oficiales de las fuerzas de mar y tierra. De trecho en trecho se repetían los altos, los clarines y tambores echaban dianas y la multitud se sentía cada vez más embargada por profunda emoción patriótica.

El avance se proseguía mientras las bandas inundaban el ambiente con sus músicas.

La representación oficial, el cuerpo diplomático, la comisión y el grupo de caballeros que marchaban tras la cureña ocupaban aproximadamente dos cuadras, siguiendo la Escuela Naval, y a continuación el extraordinario acompañamiento.

La apoteosis era digna del Héroe. En ese ambiente caldeado por el entusiasmo, flotaba un solo sentimiento: la glorificación del general Las Heras, el homenaje póstumo a su memoria, su consagración por la posteridad, allí, en el corazón de Buenos Aires, por la capital, en nombre de toda la República.

Cuando pasó el último regimiento, formóse una nueva columna popular para desfilar también ante el templete, en el que el pueblo argentino quiso honrar la memoria de uno de sus más grandes capitanes, velando sus restos como los romanos los de Julio César.

El desfile por la calle Florida duró hora y media.

Cuando la cureña que conducía la urna funeraria llegó a la Plaza de Mayo, frente al templete levantado allí, los miembros de la Comisión de Homenaje transportáronla al sitio designado. El Presidente de la Repú-

blica, los Ministros, miembros de la Comisión y los altos funcionarios civiles y militares subieron también al templete y permanecieron allí breves instantes, dirigiéndose después a la Casa de Gobierno por la Plaza de Mayo.

En el templete comenzó la serie de discursos, y terminados éstos, se colocaron al pie de la urna las coronas y placas enviadas por las diversas corporaciones. Un piquete de soldados hizo guardia de honor en el templete, y depositada la urna en éste, una compañía del 11 de Infantería, estableció la guardia de honor compuesta por cinco soldados armados.

El pueblo, que desde temprano llenaba la plaza, extendiéndose por la Avenida de Mayo y calles adyacentes, en una enorme masa compacta, así que creyó llegado el momento, avanzó hacia el templete, ansioso de ver de cerca, de palpar casi, la urna de bronce depositaria de los restos del Héroe.

En el centro del templete el busto del general Las Heras, irguiéndose envuelto en la bandera del 11 de Infantería, cuyos pliegues caían sobre el cóndor que, como emblemático guardián, cubría con sus alas la urna funeraria. Al pie de ésta, rodeándola, las placas conmemorativas del homenaje de su pueblo.

Poco antes de cerrar la noche era tal la afluencia de público, que fué necesario desalojar el templete. Sólo permanecieron en él la familia del general Las Heras, y los miembros de la Comisión de Homenaje.

La iluminación dió nueva vida a la Plaza de Mayo, que repleta siempre de concurrencia, recibía no obstante nuevos contingentes de público que llegaba de todos los puntos de la ciudad, a rendir el tributo de su admiración al glorioso guerrero. Poco después de las 21 horas se reanudó el desfile del público por el templete, el que continuaba a las 23 y 30 con la misma animación que en el primer momento.

En las primeras horas del día siguiente, de todos los ámbitos de la ciudad comenzaron a llegar grupos de gente del pueblo a la Plaza de Mayo, reanudándose el interminable desfile de la víspera ante el templete que cobijaba los restos del general Las Heras. A medida que transcurría el tiempo, las filas ensanchaban sus proporciones para adquirir bien pronto aspecto de enorme concurrencia en torno al sarcófago del prócer.

Tuvo lugar entonces el desfile de las innumerables escuelas, en filas interminables de niños de ambos sexos, que llevaban banderas, e individualmente escarapelas nacionales en el peinado o en la solapa y manojos de flores en las manos.

Las tropas que debían rendir los honores estaban ya en sus puestos, apoyando la cabecera en el frente de la Catedral. Continuamente las bandas de música ejecutaban trozos marciales y el pueblo inundaba la Plaza de Mayo y formaba murallas compactas en las aceras. Azoteas y balcones veíanse coronadas de espectadores y confundidas entre la multitud las familias se asociaban al homenaje poniendo en el conjunto la nota femenil, sin la que diríase no existe gloria. Próximo al templete el enorme coro de señoritas aguardaba el momento de entonar el himno resonante de la patria.

El desfile infantil fué calculado en 15.000 niños, asistiendo entre ellos hasta de los establecimientos más distantes del municipio.

Abierta de par en par la entrada del centro de la Catedral, en el interior de ella se encontraba el arzobispo monseñor Espinosa y altas dignidades del clero, que se adelantaron para recibir los sagrados despojos. Poco después de las 10, llegó el Presidente Figueroa Alcorta y descendió de su carroza frente al templete.

Aun faltaban muchas escuelas por desfilar, pero como se hiciese tarde, fué necesario suspender el desfile. Poco después centenares de voces femeninas entonaban las estrofas de la canción patria, mientras una banda militar hacía oír los acordes musicales del himno.

El cofre conteniendo los restos fué conducido desde el templete a pulso, por la calle Bolívar y doblando por Rivadavia hasta el atrio de la Catedral, donde pronunciaron su discurso el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto y el canónigo Duprat. Luego pasóse al interior del templo para oír la solemne misa de *Réquiem*.

Después de los responsos, la urna fué conducida junto al sepulcro del general San Martín para ocupar el puesto que la Nación ha señalado a los restos del general Las Heras, quedando así reunidos, el General en Jefe y su más eficaz subalterno en la difícil noche de Cancha Rayada.

Me he extendido más de lo deseado en el relato del traslado de los restos de este gran soldado, porque tal suceso produjo en mi espíritu de adolescente un recuerdo imborrable, que exaltó profundamente el sentimiento patriótico, que vibró al unísono de los recuerdos de las gloriosas tradiciones nacionales.

El 15 de octubre de 1907 falleció el teniente general Luis María Campos, al que le rindieron honores de Ministro de Guerra y Marina en el ejercicio del cargo, por cuya razón la Escuela Naval y el Colegio Militar compartieron en la noble tarea de rendir guardia de honor a sus restos y en la formación para el sepelio del General a quien la Nación le debe el heroico gesto de la batalla de San Ignacio contra la montonera alzada en el interior, gracias al cual el general Arredondo pudo lograr su gran victoria que salvó las instituciones de la República, en guerra con el Paraguay en aquellos momentos.

El 10 de diciembre del mismo año falleció el ex Presidente Luis Sáenz Peña, a quien se le tributaron los altos honores correspondientes al elevado cargo que había ejercido. Como en los casos análogos, la Escuela Naval conjuntamente con el Colegio Militar prestaron su concurso en la guardia de honor y en la formación militar en el acto de las exequias.

En diciembre de 1908 rendí las asignaturas del 4º año de la Escuela Naval, egresando del establecimiento como aspirante de 5º año embarcado. Mientras cursó el 4º año acelerado la promoción siguiente, estuvimos distribuídos en los buques de la escuadra movilizada, cuyo comando en jefe ejerció el inolvidable Contralmirante Manuel José García Mansilla — nuestro querido ex Director de la Escuela Naval en 1907 y 1908— el cual desempeñó tan importante cargo, con alta eficiencia operativa, realizando la escuadra bajo su dignísima dirección los ejercicios tácticos más variados y combinados, como jamás volví a verlos ejecutar en los numerosos períodos de adiestramiento en que me tocó participar en los años siguientes, ya como oficial de las planas mayores de buques pertenecientes a la Flota de Mar, o comandando alguna de sus unidades. Sin embargo, con gran sorpresa de todos, en el mes de mayo de 1909, el Ministro resolvió relevar al almirante García Mansilla por el contralmirante Hipólito Oliva, por desacuerdos producidos entre el primero y el segundo, perdiéndose así la última parte del período de adiestramiento de ese año, la ejercitación final que tan notables enseñanzas hubiera proporcionado para las planas mayores y tripulaciones de los buques de la escuadra.

El 14 de agosto de 1909 zarpamos con la Fragata Escuela "PRESIDENTE SARMIENTO" en el IX viaje de instrucción, los aspirantes de 5º año de las promociones 34ª y 35ª de la Escuela Naval.

El 16 de septiembre se fondeó por la tarde en las inmediaciones del faro flotante de Sandy Hook, en las afueras de la entrada a Nueva York, continuando el viaje a las seis y media de la mañana siguiente, para ir a fondear a las 8,25 a. m., en Tompkensville, saludándose la plaza con 21 cañonazos, contestados por la batería de Governor Island.

En esos días habían llegado al puerto de Nueva York numerosos buques de guerra extranjeros, que concurrían en representación de sus

respectivos países a las grandes fiestas preparadas allí con motivo de cumplirse el tercer centenario del descubrimiento del río Hudson por Hendrick Hundson, que llegó a aquellas costas con el "HALF MOON", entrando el 12 de septiembre de 1609 en el estuario que hoy lleva su nombre y sobre cuyas orillas está construída la monumental ciudad norteamericana. También se conmemoraba el primer centenario de la fecha en que Roberto Fulton había realizado su formidable invento de la navegación a vapor, haciendo surcar las aguas del río Hudson con su buque "THE CLERMONT". Con tales rememoraciones se prepararon en Nueva York monumentales fiestas bajo el título de "HUDSON-FULTON CELEBRATION", concurriendo a tan brillantes festejos fuerzas navales de las principales potencias del mundo, encabezando Inglaterra con sus cruceros de batalla "INFLEXIBLE" e "INVENCIBLE" —de reciente construcción— y Francia con la división de acorazados "VERITE", "JUSTICE" y "LIBERTE"; siguiendo a estos potentes acorazados para esa época, unidades japonesas, holandesas, alemanas, etc.

La Fragata Escuela "PRESIDENTE SARMIENTO" ocupó gallardamente su puesto en la línea internacional de buques de guerra fondeada a lo largo del Hudson, correspondiéndole el puesto señalado por la antigüedad en el empleo de Capitán de Fragata de su Comandante, don Luis E. Almada. Al llegar al fondeadero a ocupar su puesto en la línea, se cambiaron los saludos al cañón y visitas de etiqueta con los buques que ya se hallaban en su puesto y los que ocuparon posteriormente el que se le asignó por el ceremonial marítimo.

De acuerdo con el programa de las fiestas, el 25 de septiembre fueron presentados en el "Astor Hotel", todos los almirantes y jefes extranjeros, incluso el de nuestro buque, al Vicepresidente de la República, Gobernador del Estado de Nueva York y al Intendente de aquella monumental ciudad.

En la comida de recepción a los almirantes y jefes de los buques extranjeros dada a bordo del buque insignia norteamericano "CONNECTICUT", por el Comandante en Jefe de la Flota, almirante Seaton Schereder, éste pronunció un especial y largo brindis por la República Argentina, en el que dijo:

> "Cuando la Escuadra Norteamericana, en su viaje alrede-
> "dor del mundo, pasó frente a las costas argentinas, no pudieron
> "sus buques por falta de agua, visitar sus puertos. Como una
> "compensación a esta poca agua fué grande la fineza y hospita-
> "lidad de los argentinos, los que enviaron una división naval
> "para saludar la Escuadra Americana a su paso".

El batallón de desembarco que conducía a su bordo la Fragata, y que había sido organizado en Río Santiago con los mejores elementos de la escuadra en lo que a personal se refiere, y que los aspirantes de mi promoción instruyeron activamente en los dos últimos meses antes de partir a viaje, con el fin de que rindieran grandes honores al General San Martín en Boulogne-sur-Mer —causa por la cual, oficiales, aspirantes, clases y conscriptos habían puesto su máximo espíritu militar y gran entusiasmo patriótico; desembarcó y participó en el desfile de las fuerzas internacionales de Marina que lo hicieron por las calles más importantes de la ciudad de Nueva York; recibiendo el comandante Almada las más calurosas felicitaciones por la marcialidad con que desfilamos en aquella oportunidad. El capitán Almada en su parte de navegación, al referirse a este acto, dice literalmente:

> "En el desembarco, el batallón desfiló correctamente, ha-
> "biendo el que subscribe recibido felicitaciones por ello. Los
> "oficiales que concurrieron a la tribuna, en sitio separado, oye-

"ron entre el público que los rodeaba y que ignoraba que ellos "eran argentinos, buenos comentarios sobre la corrección, mar- "cialidad y vigor de nuestros marineros".

El 1º de octubre, a las 14,35, zarpó la "SARMIENTO" de su fondeadero frente a la calle 63 en el río Hudson, pasando a las 18,25 por el faro flotante Sandy Hook, poniendo rumbo directo al puerto de Boulogne-sur-Mer; siguiendo la derrota general aconsejada para los transatlánticos de Nueva York a Isla Scilly.

Durante la travesía, el 5 de octubre, a las 15,50 aproximadamente, se produjo un incendio a bordo; hora en que se oyó una explosión, proveniente al parecer de la santabárbara de popa, seguida, casi inmediatamente del toque de zafarrancho de incendio: salía mucho humo por la escala de oficiales que se encuentra junto a la repostería y especialmnte por el tambucho que desemboca a la cubierta principal frente al camarote del 2º Comandante. Este, que se encontraba en su camarote, al sentir la detonación, descendió por la escala que se encontraba a su frente, pero llegado a la 2ª cubierta, no pudo continuar la bajada que queda allí para la tercera cubierta, que conducía a los pañoles de contramaestre, galleta y harina, maestro de armas y electricista, quedando allí también la entrada a la santabárbara; debido a la gran cantidad de humo que ya salía por la escotilla de la bajada. Tampoco pudo cerciorarse bien del lugar donde se había producido el incendio, el contramaestre de 2ª Luis Trelaun, que desde el primer momento se encontró allí y bajó más de dos o tres escalones de la escala de bajada. En estas condiciones, dado que el fuego era en la misma santabárbara o en sus inmediaciones, con gran intensidad a juzgar por la gran cantidad de humo producida desde el primer momento e imposibilidad de poder bajar a la tercera cubierta, no quedó otro recurso que inundar inmediatamente la santabárbara, abriendo las válvulas respectivas e inundando también todo el compartimiento bajo de los pañoles mencionados, abocando a la escotilla de bajada el mayor número posible de mangueras.

Todo el personal concurrió a cumplir con las funciones que le estaban asignadas en el zafarrancho de incendio pronta y ordenadamente, permaneciendo tranquilo a pesar de haberse corrido la voz de que el incendio era en la santabárbara: antes de transcurrir tres minutos, después del toque de alarma, y el tiempo en estos casos siempre parece largo, ya había cuatro líneas de mangueras establecidas en la 2ª cubierta que daban agua y se establecían las de la cubierta principal.

El tiempo transcurrió normalmente, en el sentido, que al cabo de unos 10 minutos se pudo establecer que el fuego había estallado en el pañol de electricista, donde al querer iluminar con un bombillo un conscripto, incendió alguna lata conteniendo nafta, estallando ésta y otras que se encontraban contiguas. Afortunadamente, como a las 6 de la tarde el fuego estaba prácticamente dominado, encontrándose inundado todo el compartimiento de popa. Una vez apagado el incendio, se dió principio al achique de la santabárbara y compartimiento de pañoles. Para tener una idea del peligro que había corrido el buque, recuerdo que el pañol de estopa que se encontraba en esa época al costado de la escala de descenso a las máquinas, se incendió a través de los mamparos caldeados de la santabárbara, que no había volado gracias a la rapidez con que el 2º Comandante, capitán Ugarriza, ordenó la inundación de aquélla. En esos momentos solamente se encontraba como a 5 millas a estribor un vapor que navegaba paralelamente a la "SARMIENTO".

Continuó la navegación la Fragata rumbo a las costas de Europa, llegando al Canal de la Mancha con varios días de anticipación a la fecha prevista en el itinerario, debido a que habían sido muy bien aprovechados los vientos reinantes en esa quincena de travesía. Finalmente, después de

soportar al ancla un temporal en la Mancha, entramos a Boulogne-sur-Mer el 18 de octubre. Al día siguiente entraron los cañoneros "PARANA" y "ROSARIO", recientemente terminados en astilleros británicos, los que atracaron al costado de estribor de la "SARMIENTO", que a su vez estaba amarrada con su banda de babor al muelle del puerto.

Desde el primer momento en que desembarcamos en la ciudad donde vivió sus dos últimos años el general San Martín, nos impresionó el fervor popular por nuestro Héroe máximo que se reflejaba en una franca simpatía a "Les argentines", como nos llamaban los habitantes de la ciudad. Esta simpatía extraordinaria nos proporcionó infinitos momentos de satisfacción y halagó notablemente nuestro espíritu nacional.

El 24 de octubre de 1909 tuvo lugar la solemne inauguración del monumento al Gran Capitán en la ciudad donde se cerraron para siempre sus ojos y dejó de latir el corazón más generoso que nació en tierra americana. La fragata "SARMIENTO" desembarcó su batallón elegido, el que estaba encuadrado con los 24 aspirantes embarcados, que habían tenido la tarea de reclutarlo en Río Santiago —como ya se dijo— y que desfiló correctamente, a la par de las tropas francesas de las tres armas que concurrieron a este trascendental acto, en el que formó el Escuadrón de Granaderos a Caballo que había conducido desde esta Capital el transporte de la Armada Nacional "PAMPA", y que estaba al mando del capitán Don Tesandro Santa Ana —hoy teniente coronel en retiro— el que desfiló en el emocionante acto, en forma brillante.

Previamente al acto inaugural del monumento, había tenido lugar en la Municipalidad un almuerzo de 500 cubiertos, ofrecido por las autoridades municipales a las autoridades, marinos y militares argentinos. En la cabecera de la mesa tomó asiento el Ministro de la Guerra de Francia, general Brun; el Ministro Argentino Dr. Ernesto Bosch; el "Maire" de Boulogne, Mr. Perón; el Embajador de los Estados Unidos, Mr. White; el Subsecretario de Guerra, Mr. Sarraut; el Prefecto Marítimo de Cherburgo; el Ministro Argentino en Roma, Dr. Roque Sáenz Peña; el Ministro Argentino en Bruselas, Dr. Enrique Moreno; senadores, diputados, jefes de la "SARMIENTO" y del Regimiento de Granaderos a Caballo. En el momento de los brindis, el "Maire" de Boulogne Mr. Charles Perón, formuló un caluroso elogio del general San Martín y el ministro Bosch anunció que simultáneamente a las fiestas que se celebraban allí, se realizaba en Buenos Aires un homenaje entusiasta a Francia. Después hicieron uso de la palabra el Ministro de la Guerra, general Brun y el diputado Fargon.

En medio de un delirante entusiasmo de la muchedumbre que se había congregado, fué inaugurado el monumento. Habló en primer término el presidente de la comisión organizadora, Dr. Viera; el Ministro Bosch; el general Brun; el Ministro del Brasil, señor Toledo Piza de Almeida; el Embajador de los Estados Unidos de Norte América; los ministros de Chile, Perú y Colombia, y el Dr. Belisario Roldán, que había sido designado orador oficial por el Gobierno de la República Argentina.

Cuando fué descorrido el velo que cubría la estatua, la multitud estalló en prolongadas aclamaciones. El "Maire", Mr. Perón, dió lectura a un telegrama que acababa de recibir de su colega el Intendente Municipal de Buenos Aires, dando cuenta del homenaje que en esos mismos momentos se tributaba a Francia en esta Capital.

Al ser descorrido el velo que ocultaba el magnífico monumento —que bueno es recordar que a pesar de los violentísimos bombardeos aéreos soportados por la ciudad de Boulogne en la segunda Guerra Mundial, no ha tocado ni siquiera una esquirla la estatua del Gran Capitán— la multitud estalló en prolongadas aclamaciones.

Terminados los discursos, tuvo lugar el desfile de las fuerzas que se hallaban formadas. Participaron en él: un destacamento de infantería

francesa, un cuerpo de artillería y un escuadrón del 4º Regimiento de Coraceros, el Escuadrón de Granaderos a Caballo, el batallón de desembarco de la Fragata "SARMIENTO" y fuerzas de marinería de los cañoneros.

Al día siguiente tuvo lugar una revista militar en la que tomaron parte compañías de desembarco de la fragata, y el Escuadrón de Granaderos a Caballo. El mismo día tuvo lugar una matinée a bordo de la "SARMIENTO", en retribución de las atenciones recibidas de parte de las autoridades francesas, fiesta que estuvo muy concurrida. Después de todos estos actos, los oficiales y aspirantes se trasladaron a la ciudad de París para visitar museos y conocer aquella hermosa ciudad.

La visita a la tumba de Napoleón fué el acto más trascendental de nuestra estada en París y todos quedamos con el anhelo de repetir esta visita en el futuro para satisfacer una vez más nuestro gran deseo de rendir el homenaje admirativo al extraordinario conductor militar que marcó una etapa trascendental en el difícil Arte de la Conducción de la Guerra.

Después en una corta estada en Portsmouth, que aprovechamos los aspirantes para trasladarnos a Londres, donde permanecimos tres días, visitando numerosos museos y monumentos históricos; al regreso de aquella populosa ciudad, tuvimos la emotiva satisfacción de visitar el navío "VICTORY", a cuyo bordo perdió su vida el gran Almirante Horacio Nelson en la histórica jornada de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805.

De Portsmouth nos dirigimos a Cherburgo, en las costas de Francia, donde estuvimos solamente 48 horas, pero de esta corta estada guardo un imborrable recuerdo personal que no olvidaré en el curso de mi existencia; así como también otros vinculados con el mismo y que tuvieron por escenario la ciudad de Boulogne-sur-Mer.

Visitamos La Rochelle y de allí pasamos al Ferrol, Lisboa, Gibraltar, Nápoles, puerto en el cual visitamos las grandes fábricas de cañones "Armstrong-Pozzuoli" y un gran acorazado italiano en construcción, el "DANTE ALIGHIERI". El puerto inmediato fué el de Venecia, ciudad singular que dejó en nuestros espíritus una impresión notable por sus singulares características. De allí pasé a Padua, para una de cuyas viejas familias llevaba cartas de presentación de familiares amigos residentes en Buenos Aires. Visité la famosa Universidad, donde Galileo dictó su cátedra con el brillo que la historia ha consagrado, conservándose el pupitre desde donde daba sus magníficas lecciones. En Venecia visitamos el famoso Museo Naval y otras curiosidades dignas de aquella notable ciudad.

De Venecia pasamos a Pola, donde se hallaba la flota austro-húngara que acababa de realizar períodos de adiestramiento bajo el comando superior del Almirante von Ripper; asistiendo los oficiales y aspirantes a varios festejos en su honor. Desde Pola nos trasladamos a Fiume a visitar la fábrica de torpedos en un cazatorpedero austríaco, "EL CAIMAN".

Visitamos el puerto del Pireo de donde nos trasladamos a visitar la ciudad de Atenas, siendo para los aspirantes singularmente interesante la visita de las ruinas de la antigua capital ateniense, que dejó en nuestros espíritus jóvenes la impresión de grandeza y de admiración que despiertan los notables monumentos que hoy es dado contemplar.

Visitamos el puerto de La Valetta, en la isla de Malta, donde se hallaba la escuadra británica del Mediterráneo, y después de tocar en el puerto francés de Bizerta, proseguimos viaje a Santa Cruz de Tenerife, donde las autoridades y sociedad nos brindaron la más cordial acogida, razón por la cual la estada que por itinerario era de 3 días, se alargó hasta 8 días.

Desde Tenerife zarpamos el 23 de enero de 1910 con rumbo a Río de Janeiro, puerto al cual llegamos el 11 de febrero, y donde los actos más

notables se realizaron en el Palacio de Cristal, en Petrópolis, donde el Barón de Río Branco asistió a una matinée brillantemente organizada, así como todo el cuerpo diplomático y buena parte de la sociedad carioca.

El 16 de febrero, a las 16 horas zarpamos de Río de Janeiro rumbo directo a Ushuaia. Fué en esta parte del viaje, donde en circunstancias de haber sido enviados los aspirantes a sus puestos de maniobra, nos encontramos con Francisco J. Ariza — hoy capitán de fragata en (R. A.)— y Juan P. Micchetti ya fallecido, en la cruceta del palo trinquete. El buque rolaba un poco y en esos momentos, el aspirante Micchetti, que era de naturaleza poco vigorosa se sintió descompuesto y tuvimos que realizar con Ariza los esfuerzos más violentos para evitar que no se cayese desde donde se encontraba, y con verdadero trabajo pudimos finalmente bajarlo hasta cubierta. Tuvo la suerte nuestro compañero en esos críticos momentos, que se hallaban con él dos aspirantes de singular constitución física, gracias a lo cual pudimos auxiliarlo con eficacia, pues los rolidos de la fragata y el punto en que nos encontrábamos no eran circunstancias muy apropiadas para un buen resultado en el caso que referimos.

Nos tomó el primer temporal que en el curso de mi carrera presencié en las costas inclementes de los mares del Sur: desde el 26 al 28 de febrero soplaron violentos chubascos arrachados, que obligaron a cargar el paño de la fragata, rifándose el juanete y el sobre juanete del triquete y el perico. El día 27 fué necesario ponerse a la capa por la amura de estribor, recibiendo a las 6 de la mañana el buque un gran golpe de mar que inundó toda la cubierta y tronzó el botalón de petit jaque. Debido a los continuos golpes de mar, se rompieron los asientos de los calzos de la primera lancha a vapor, al tangón de estribor le fueron arrancadas las maderas planas superiores y averiado el farol verde de navegación. A las 4,30 de la mañana del 28 de febrero, habiendo amainado el tiempo, se rompió la capa y se continuó la navegación al Sur verdadero en demanda de la entrada del famoso Estrecho de Le Maire.

A mediodía del 1º de marzo se avistó la Isla de los Estados, un poco envuelta en la bruma, avistándose un poco más tarde el crucero acorazado "GARIBALDI" que salía del Estrecho con rumbo al Norte; a las 17,40 fondeó la fragata en Buen Suceso, zarpándose a la mañana siguiente, para ir a fondear en Ushuaia a las 20,15 del 2 de marzo.

En Ushuaia nos encontramos con el viejo acorazado "ALMIRANTE BROWN" que había encallado pocos días antes en el Canal de Wáshington, en una piedra no marcada en las cartas, en la zona del Cabo de Hornos, buque que estuvo a punto de naufragar y que sólo lo salvó la pericia y decisión de su personal, que realizando una tarea ímproba, ejecutada con singular habilidad marinera, lograron desprender el buque de la piedra en que estaba incrustada su proa, pasando los palletes de colisión en forma correcta y con algunas reparaciones de suma urgencia, el buque fué conducido hasta la bahía de Ushuaia, donde se le preparó para el largo viaje hasta Puerto Belgrano.

El 10 de marzo zarpamos de Ushuaia para Punta Arenas por los canales, encontrando mal tiempo en el Brecknok; llegando a aquel puerto el día 12, continuando el 15 de marzo nuestra navegación por la costa Sur, donde entramos en cuanto puerto y fondeadero existe para práctica de los aspirantes. En la mañana del 5 de abril de 1910 fondeó la fragata en la Rada de La Plata, presentándose poco después la Comisión Examinadora que presidió el contralmirante Manuel José García Mansilla e integrada por los capitanes de navío Adolfo Díaz y Vicente E. Montes. El 7 de abril entrábamos al puerto de Buenos Aires.

Promovidos a guardia-marinas el 12 de abril — con antigüedad de 1º de enero los de mi promoción — fuimos al día siguiente distribuídos en los buques de la escuadra organizada, tocándome a mí ser destinado al

acorazado "ALMIRANTE BROWN", que se encontraba en el dique seco de Puerto Belgrano donde se le estaba colocando provisoriamente un enorme tapón de madera en la proa, en que el acero había sido arrancado en una extensión de 13 metros en la encalladura sufrida en el Canal Wáshington. Listo de este arreglo provisorio, se incorporó a la escuadra que al mes siguiente fué a fondear a la Rada de Buenos Aires, con motivo de las fiestas que iban a tener lugar al cumplirse el Centenario de la Revolución de Mayo.

La participación de la marina de guerra en estos festejos extraordinarios fué importante. La concurrencia de numerosos buques de guerra extranjeros a estos actos dió motivo a innumerables fiestas desarrolladas a bordo de tales buques o en los de nuestra escuadra, pero el más interesante de estos festejos fué la llamada "Fiesta Veneciana", que tuvo lugar en el puerto de la Capital, y para la cual cada buque de nuestra escuadra o extranjero preparó sus lanchas a motor o a vapor, engalanándolas para tan interesante fiesta. Esta dejó en el ánimo de todos los concurrentes — y bueno es hacer notar que todos los buques amarrados en la Dársena Norte y Dique estuvieron repletos de concurrencia deseosa de participar en una fiesta tan original — la impresión más agradable y que seguramente no habrán olvidado nunca los concurrentes.

La presencia de la Infanta Isabel, que llegó de la Madre Patria a bordo del transatlántico "ALFONSO XII", dió gran realce a los festejos del Centenario. Acompañaron a la ilustre dama personajes de gran importancia en los destinos de España. Igualmente, fueron extraordinarias las embajadas enviadas por numerosos países europeos y sudamericanos. La de Chile estuvo presidida por su primer mandatario, el Presidente Montt, a quien acompañaba su canciller, señor Edwards.

Fué extraordinaria la concurrencia al Tedeum celebrado en la Catedral el día 25 de mayo: el Presidente de la República iba a la derecha y el Presidente Montt a la izquierda de la Infanta Isabel cuando la comitiva se trasladó al templo desde la Casa de Gobierno, y lo mismo al regreso a esta última, para desde sus balcones presenciar el gran desfile de ese día.

A la cabeza de la gran columna que desfiló ese día, en que mandó la línea el teniente general Eduardo Racedo, desfiló la Escuela Militar de Chile, fuerzas de desembarco del crucero norteamericano "TENNESSEE", del acorazado español "CARLOS V"; y de los buques uruguayos, japoneses, franceses, austríacos, alemanes y portugueses presentes en el puerto de la capital. A continuación defiló la Escuela Naval y demás instituciones de marina, fuerzas de desembarco de la escuadra movilizada, y a continuación el Colegio Militar, institutos militares y los distintos cuerpos de nuestro glorioso Ejército Nacional. Me tocó desfilar en mi calidad de guardiamarina, a cargo de una sección de artillería de la Escuela de Aprendices Artilleros que funcionaba a bordo del "ALMIRANTE BROWN", comandando toda la batería de artillería de dicha Escuela el entonces teniente de fragata José Gregores. Fué un desfile magnífico, que por lo brillante y la diversidad de pabellones extranjeros que flamearon al pasar frente a la Casa de Gobierno, dejaron en el ánimo de todos una impresión inolvidable. Era el gran homenaje que la Argentina de entonces rendía a los que dieron el grito de libertad y lucharon denodadamente para lograr tan nobles ideales, y que no satisfechos con obtener el cumplimiento de estos últimos, a la cabeza del insigne Capitán de los Andes, escalaron las más altas Cordilleras del Globo y en una gesta sin paralelo en la historia de las naciones, blandieron sus armas victoriosas para dar la libertad a otros hermanos de América, sin preocuparse de las dificultades y grandes peligros que debían arrostrar.

En este desfile, mandó las fuerzas de marina el contralmirante Manuel José García Mansilla, quien recuerdo que tenía entre sus ayudantes al entonces teniente de fragata Eduardo Harriott. Fué un día magnífico

para los que sentíamos intenso fervor patriótico, glorificando a los próceres de la Revolución de Mayo, que bien puede llamarse la cuna de la libertad americana.

Acompañado de la Infanta Isabel y del primer magistrado chileno, el Presidente Figueroa Alcorta revistó el 21 de mayo en la Rada de Buenos Aires las fuerzas navales allí fondeadas. Flameaban los pabellones patrios de las siguientes unidades de guerra: acorazado español "CARLOS V", cruceros acorazados: "GUICHEN", francés y "PISA", italiano; crucero explorador "CHESTER", norteamericano; cruceros: "BREMEN", alemán, "UTRECHT", holandés y "MONTEVIDEO", uruguayo. En la fragata "SARMIENTO" se habían embarcado las altas autoridades nacionales y extranjeras, desde donde se pasó la revista a toda la flota fondeada, enarbolando su insignia de comandante en jefe de la escuadra argentina el contralmirante Hipólito Oliva, en el crucero acorazado "SAN MARTIN'. Posteriormente todos los buques entraron al puerto de la Capital para los actos que tuvieron lugar de acuerdo al programa general de festejos. También llegó el acorazado austríaco "KARL VI".

El 27 de mayo se inauguró solemnemente el Monumento al Ejército Libertador en la plaza San Martín, asistiendo al acto el presidente Figueroa Alcorta acompañado del colega chileno Montt y del Embajador de los Estados Unidos, general L. Wood y de gran cantidad de personalidades.

A comienzos de Julio pasé al cañonero "PARANA", con el cual marchamos en el curso del mes siguiente 15 días de estación naval a Montevideo. De regreso, nos destacaron a la ciudad del Rosario, donde permanecimos un par de meses. En esta estada, fuimos invitados por los jefes y oficiales del Regimiento 11 de Infantería, que estaba destacado en puerto San Martín, para lo cual el cañonero se trasladó a aquel punto. De allí fuimos el 22 de septiembre de 1910 a visitar el Convento de San Lorenzo, y un grupo de oficiales nos llevó de visita con algunos compañeros del "PARANA" a la casa del Dr. José Verd, antiguo médico de aquel pueblo, donde conocí a la que después fué mi compañera por el resto de mi existencia, la señorita Josefa Esther Capella, hijastra del mencionado facultativo, que era muy querido en el histórico pueblo.

En los pases de fines de 1910 fuí destinado al crucero "9 DE JULIO", comandado a la sazón por el capitán de fragata Virgilio Moreno Vera.

Habiendo estallado una revolución en el Paraguay encabezada por el Dr. Riquelme, ex-Ministro de Relaciones Exteriores de aquel país, para derrocar el gobierno del coronel Albino Jara, el Ministerio de Marina dispuso que varios buques zarpasen para la Asunción a fin de custodiar los intereses argentinos. Una noche de comienzos de marzo de 1911, a las 3 de la mañana fuí despertado para embarcarme inmediatamente en la torpedera "PINEDO", cuyo comando le fué conferido al entonces alférez de navío Emilio Talhasso, del cual fuí designado 2º, integrando la plana mayor el ingeniero maquinista de 3ª Miguel Cárdenas.

Tan pronto se abasteció a la torpedera de carbón, municiones y víveres, zarpamos para Rosario, donde completaríamos combustible y víveres. En este puerto el comandante me autorizó a trasladarme a San Lorenzo por breve tiempo, donde en casa de mi novia me abastecieron de ricos vinos y otras cosas interesantes para nuestra pequeña Cámara de Oficiales, gracias a la bondad de los dueños de casa, el Dr. José Verd y su esposa doña Victoria Campligio de Verd — que había contraído enlace en segundas nupcias después de varios años de viudez de D. Antonio Capella, padre de mi actual esposa. Por supuesto, a mi antiguo amigo y compañero, el en ese momento comandante Talhasso, hombre a quien deleitaba la buena mesa y sabrosos vinos, recibióme triunfalmente a bordo después de haberme telegrafiado — de acuerdo con lo convenido antes de salir de a bordo — su inolvidable despacho: "Guardiamarina Yaben. San Lorenzo: "VENGASE CON TODO". — Talhasso".

Inmediatamente de llegar a bordo, zarpamos rumbo al Paraguay. Al pasar frente a San Lorenzo, saludamos con nuestra sirena el histórico campo de batalla que consagró en América la fama militar naciente del glorioso Capitán de los Andes, y también a familias que desde la orilla del Paraná agitaban sus pañuelos deseándonos feliz viaje en la misión que íbamos a desempeñar al servicio de la Patria, en un país completamente enervado por la guerra civil sin cuartel que allí se desarrollaba en estos momentos.

Recuerdo que al llegar a la entrada de Asunción, una batería de artillería colocada en la costa estaba haciendo ejercicio de tiro tomando de blanco a los camalotes que iban descendiendo merced a la corriente: al aproximarnos a su plano de tiro parecía que los paraguayos no se habían apercibido que nos íbamos acercando rápidamente para entrar al puerto y recién cuando estábamos muy próximos suspendieron el fuego momentáneamente. El Comandante Talhasso había ordenado que todo el personal descendiera al interior de la torpedera en la eventualidad que aquellos artilleros tan entusiasmados con su ejercicio de cañón no suspendiesen éste para darnos libre paso.

En el puerto ya se encontraba el viejo monitor "EL PLATA", llegando después la torpedera "THORNE" y el cañonero "ROSARIO", donde enarboló su insignia de jefe de división el contraalmirante Eduardo O'Connor.

En Asunción nos enteramos de que las fuerzas revolucionarias se habían apoderado de 25 buques argentinos de distintos tipos y que los utilizaban para sus movimientos de fuerzas. El comandante Talhasso, recibió la misión de colaborar con el "ROSARIO" para recapturar todos aquellos buques: las noticias que nos proporcionó la legación argentina era de que el ejército revolucionario se hallaba concentrado en gran parte, con su jefe a la cabeza, el Dr. Riquelme, en punto muy cercano a la Asunción, que se llama "Emboscada", que queda en una curva del río Paraguay, en cuyos riachos estaban una parte de los buques argentinos tomados por los rebeldes. Allí se dirigieron el cañonero "ROSARIO" y la torpedera "PINEDO".

Al llegar al lugar mencionado se intimó a los jefes revolucionarios la inmediata entrega de nuestros buques y se ordenó a la "PINEDO", que penetrase en un riacho importante donde había numerosas embarcaciones. El ejército rebelde, con más de 5.000 soldados se encontraba allí, con todos sus elementos de combate: artillería, medios de movilidad, etc.

El cañonero "ROSARIO" —comandado por el capitán de fragata Francisco Borges y en el cual flameaba la insignia del contraalmirante O'Connor— se estacionó en el centro del río Paraguay, con toda su tripulación en "puestos de combate", con sus obuses de 15 cms. y demás artillería cargada con munición de guerra, dirigiendo todos sus cañones sobre el centro del ejército revolucionario, listos a disparar sobre éste si presentaba la menor resistencia a la entrega de los buques, como se le había intimado. Entretanto la "PINEDO" con sus cañoncitos y ametralladora de 37 mm. cargados y todo el personal en "puestos de combate", penetró en el riacho, aproximándose el comandante Talhasso —que no desmintió en ningún momento la sangre guerrera que corría por sus venas, pues era de origen griego y en la marina tenemos nombres ilustres que han contribuído a cosechar los laureles más gloriosos en acciones navales, pertenecientes a dicha nacionalidad— lo más cerca posible a los revolucionarios: cada uno de los oficiales y suboficiales empuñaba uno de los pocos fusiles existentes a bordo, con su correspondiente dotación de municiones, para utilizarlos en caso de necesidad. Felizmente, los jefes revolucionarios dieron cumplimiento a la intimación "amistosa" y empezaron a salir de las profundidades del riacho numerosos buques en los que habían substituído la bandera argentina por la paraguaya, hasta conducir nosotros hasta el centro del río 17 en total, entre ellos recuerdo uno de mayor to-

nelaje denominado "ALEMANIA", en el cual los revolucionarios habían instalado cuatro cañones de campaña con largos travesaños de madera.

Dichos buques fueron conducidos hacia el puerto de Asunción para ser reintegrados a las compañías o dueños de los mismos. El comandante Talhasso recibió orden de recorrer el río Paraguay hasta Concepción, situada 24 horas al Norte de Asunción. Al llegar cerca de "Emboscada", al obscurecer una noche, la "PINEDO" detuvo su marcha y desembarcó el comandante para ir a entregar al jefe de las fuerzas rebeldes un oficio que le enviaba la legación argentina. Quedé a cargo de la torpedera, con la orden de que si notaba alguna anormalidad, procediera con la violencia posible, pero felizmente el comandante Talhasso llegó al cabo de un tiempo que pareció más largo debido a la preocupación que significó la espera en circunstancias tan tensas. Al tiempo de llegar el comandante al campamento del ejército revolucionario, en éste se tocaron algunos toques alegres como dianas triunfales (1).

Al día siguiente avistábamos, procedente de Asunción, la escuadrilla gubernista compuesta de los vapones "TRIUNFO", "LIBERTAD" y "ADELA", cargados de tropas hasta la "perilla", con mucha artillería visible en cubierta, flameando la insignia presidencial del coronel Jara. Como el alférez Talhasso era conductor de un oficio para este último, me ordenó embarcarme en la lancha a vapor para trasladarme al "TRIUNFO" para hacer entrega del mismo al Presidente Jara. Previas las señales correspondientes, detuvo su marcha la escuadrilla paraguaya y la torpedera "PINEDO", embarcándome en la lancha tan pronto el buque estuvo parado; pero al llegar al costado del "TRIUNFO", allí me dijeron que se hallaba en el "LIBERTAD" al que me dirigí. Posteriormente supimos que en efecto, el coronel Jara se había embarcado a bordo del "LIBERTAD" a las 13,30 del día 13 de marzo en Asunción para dirigir personalmente la expedición al norte. En este último buque pasé a su bordo, y no bien pisé su cubierta no pude dar más que algunos pasos, deteniéndome porque me recibieron el oficio y me dieron su conformidad los edecanes de Jara.

Continuando la "PINEDO" el cumplimiento de las instrucciones recibidas, el comandante Talhasso prosiguió su navegación por el río Paraguay, con la finalidad de capturar todos los buques argentinos que hubiesen sido apresados por los revolucionarios. En el cumplimiento de esta

(1) Ya escrito este trabajo tuve la suerte de encontrar un extracto del Parte de navegación de la torpedera "PINEDO" en el viaje que estamos tratando, el cual proporciona los datos siguientes:

Río Santiago: 1º de marzo	Llegada a Asunción el 10 de marzo de 1911.
Asunción: 10 de marzo	Llegada a Emboscada y Copopobó, el mismo día.
Villa del Rosario: 12 de marzo ...	Llegada a Emboscada, el mismo día.
Emboscada: 13 de marzo	Llegada a Puerto Emiliano, el mismo día.
Puerto Emiliano: 14 de marzo ...	Llegada a Villa del Rosario, el mismo día.
Villa del Rosario: 14 de marzo ...	Llegada a Asunción, el mismo día.
Asunción: 14 de marzo	Llegada a Concepción el 15 de marzo.
Concepción: 15 de marzo	Llegada a Santa Isabel, el mismo día.
Santa Isabel: 15 de marzo	Llegada a Villa del Rosario el 16 de marzo.
Villa del Rosario: 16 de marzo ...	Llegada a Asunción, el mismo día.
Asunción: 21 de marzo	Llegada a Bouvier el mismo día.
Bouvier: 21 de marzo	Llegada a Asunción el 22 de marzo.

El 26 de marzo la "PINEDO" salió de Asunción para Corrientes, yendo a su bordo el alférez de Fragata Aníbal Sánchez Pertierra en mi reemplazo por haber pasado yo al cañonero "ROSARIO", alternando con el anterior en las funciones de navegación y conocimiento de la zona en que actuábamos. El 27 de marzo llegaron a Corrientes y el 29 salieron para Puerto Arazá, volando la caldera en este viaje. El 3 de abril salió la "PINEDO" a remolque de Puerto Arazá, llegando a Corrientes el mismo día. El 18 de abril se me despachó desde el "ROSARIO" en el vapor de la carrera para Corrientes, puerto del cual zarpamos a remolque para Río Santiago, a donde llegamos el 29 de abril, con un total de 2.964 millas navegadas en el viaje redondo. De regreso tocamos: en Bellavista, Cartagena, La Paz, Paso del Chapetor, Villa Urquiza y Rosario. De ida solamente en: Rosario, La Paz, Corrientes, Formosa y Asunción.

misión, llegamos a Concepción que se halla a 24 horas de viaje al norte de Asunción. Allí se había producido una rebelión de fuerzas revolucionarias contra sus jefes y existía un clima anárquico, que completó nuestro estafetero —un cabo señalero— embriagándose y enfrentándose con la policía. Por orden del comandante marché a tierra para reducir a la obediencia al mencionado individuo, lo que cumplimenté por la violencia embarcándolo en la lancha y conduciéndolo a la torpedera.

Zarpamos inmediatamente de Concepción, nuevamente hacia Asunción. Desgraciadamente por la noche en un recodo del río encontramos un vaporcito fondeado en un punto que impedía el paso: tratamos de realizarlo y la hélice de la torpedera tomó vuelta en la cadena del ancla del vaporcito y tuvimos una dura tarea de once horas para cortar la cadena que se nos había enredado y quedar libres para continuar la navegación. Al llegar a la altura de la Villa del Rosario nos enteramos que se acababa de librar el combate entre las tropas rebeldes acaudilladas por Adolfo Riquelme y las del gobierno mandadas por el Presidente Jara en persona. Esta acción librada en aquella fecha —17 de marzo de 1911—, fué fatal para la causa revolucionaria que sufrió una derrota completa cayendo prisionero el jefe de la revolución.

Por orden del comandante Talhasso desembarqué en el lugar donde se había librado la acción horas antes, con un pliego del Ministro Argentino en Asunción por el cual se rogaba al Presidente Jara toda la clemencia posible con sus adversarios en el caso de que los derrotase como días atrás se presumía. En tierra, bien pronto me vi rodeado por varios jefes y oficiales y se adelantó uno que lucía cordones de edecán de S. E. y me atendió. Me informó de que habían obtenido ese día una victoria decisiva sobre los rebeldes y que éstos habían sufrido muchas bajas y que les habían tomado muchos prisioneros. Aseguró que no corrían ningún riesgo.

Sin embargo, posteriormente nos enteramos de que D. Adolfo Riquelme había sido ejecutado esa misma tarde del 17 de marzo. Cumplida nuestra misión, el comandante Talhasso inició el viaje de regreso a Asunción.

Posteriormente fuí destinado al cañonero "ROSARIO" por haber sido castigado uno de mis colegas de este buque, el que fué transferido en comisión por orden del almirante O'Connor a otra unidad de la división, lo que motivó otros pases dentro de la misma, pasando otro oficial a la "PINEDO". Pocos días después habiendo ido la torpedera al puerto de Corrientes, salió de allí para el alto Paraná y tuvo la desgracia que explotó una caldera matando dos hombres, por lo que debió ser remolcada hasta Corrientes.

El 4 de abril fué recibido a bordo del cañonero "ROSARIO", el coronel Albino Jara con los honores de Ordenanza, con una salva de 21 cañonazos, siendo agasajado a bordo con un almuerzo por el almirante O'Connor. Saludó a la plana mayor con mucha efusividad y llaneza.

Para la Revista "Caras y Caretas" escribió un mensaje que decía textualmente:

"Asunción, Abril 8 de 1911.

"Al pisar la cubierta del buque de guerra argentino surto en "nuestro puerto, renováronse en mi espíritu las gratas impresio- "nes de las fiestas centenarias del gran pueblo de San Martín".

"ALBINO JARA"

"Para "Caras y Caretas".

Habiendo terminado el conflicto revolucionario, el Ministerio de Marina ordenó el regreso de los buques con excepción del monitor "EL PLATA", que quedó de estación. En un barco de la carrera me trasladé desde Asunción a Corrientes para incorporarme a la "PINEDO", la que fué conducida a remolque desde aquel puerto hasta Río Santiago, adonde llegamos el 29 de abril de 1911. Inmediatamente me dieron nuevamente pase al "9

DE JULIO", donde continué con el cargo de ayudante del Detall y de Artillería.

Aproximadamente en el mes de noviembre de ese año concurrimos con el "9 DE JULIO" a las fiestas que se celebraron en Río de Janeiro en 1911 para el 15 de noviembre, siendo atendidos en la forma singularmente afectuosa y gentil, con que la sociedad carioca y la Marina de guerra brasileña han homenajeado siempre a los argentinos concurrentes a tales fechas.

Salimos a hacer ejercicio de tiro con cañón de pequeño calibre con el guardacostas "INDEPENDENCIA", con los conscriptos apuntadores de la clase 1889. En uno de estos ejercicios, falló el tiro y entonces después de esperar el minuto — largo, por supuesto — que marcaba el reglamento de tiro, procedí a abrir el cierre del cañón, pero apenas di un pequeñísimo giro a la palanca de maniobra, salió el disparo con gran asombro de los presentes. Felizmente, por una precaución natural, me había colocado al costado de la pieza, como si hubiese esperado la salida del disparo, y gracias a ello no tuve la terrible sensación de recibir el retroceso de la pieza en pleno cuerpo.

Al ascender a alférez de fragata el 30 de Enero de 1912, me designaron para prestar servicios en el transporte "1º DE MAYO", cuyo comandante, el entonces teniente de navío César Finoquetto, me ordenó hacerme cargo de la Derrota del buque. El 7 de marzo zarpamos en viaje por las costas del Sur, con término final del viaje en Ushuaia, de donde se iniciaría el regreso.

Entregamos en el curso de la travesía nuestro cargamento para los diferentes puertos de la Patagonia sin novedad. El tiempo, que nos había acompañado muy bien hasta llegar a Punta Dungeness, en el Estrecho de Magallanes, se nos echó a perder completamente y al salir de las bocas del Estrecho debimos hacer frente al violento temporal que se nos presentó y después de capearlo dos días, llegamos a la Isla de Año Nuevo, donde estando entregando la carga que conducíamos para el Observatorio allí establecido, volvió a recrudecer el mal tiempo, que nos obligó a zarpar y dirigirnos a Puerto Cook, en la Isla de los Estados, donde tuvimos un fondeadero tranquilo y seguro contra todos los vientos posibles. Al segundo día de estar en dicho puerto, el comandante resolvió salir para comprobar si el tiempo habría mejorado no obstante las indicaciones contrarias de los aparatos meteorológicos; pero no bien embocamos la salida del puerto, pudimos comprobar la exactitud de nuestras anotaciones meteorológicas: el temporal soplaba con extraordinaria violencia y debimos regresar a nuestro fondeadero. Recién al tercer día zarpamos, encontrando que el temporal estaba amainando, pero como el grueso oleaje nos hubiera impedido continuar la descarga en Año Nuevo, resolvió el comandante entregar el resto de la carga al transporte "PIEDRABUENA" en Ushuaia, para que en el primer viaje que realizara de recorrida mensual, lo entregase a destino.

Por el estado agitado de las aguas del Estrecho de Le Maire, donde el transporte dió los más violentos tumbos, produciéndose varias averías, resolvió el comandante ir a fondear en el puerto de Buen Suceso, sobre la extremidad oriental de la Isla de la Tierra del Fuego. Al día siguiente seguimos viaje para la capital fueguina, llegando el día 4 de abril de 1912. Al pasar por Remolino, vimos un buque recientemente encallado, resultando ser el vapor "SARMIENTO", al que habíamos encontrado en Deseado y en Gallegos, y que había chocado contra una roca en aquel punto, y el capitán lo encalló para evitar su hundimiento. Allí quedó para siempre y su pérdida se había producido el día anterior al de nuestra llegada a Ushuaia.

Regresamos a Buenos Aires después de capear otro violento temporal en las costas patagónicas, llegando al puerto de la capital el 24 de abril. Terminadas las tareas consiguientes a un término de viaje, pedí una li-

cencia de 15 días y el 27 de mayo contraje matrimonio en el pueblo de San Lorenzo, formando mi hogar con mi compañera de las horas felices y también de las difíciles, con la cual el Destino hace 40 años que nos mantiene unidos. Organizamos desde entonces nuestro hogar con la compañía de mis queridos padres, que nos han acompañado hasta el fin de la existencia de cada uno de ellos, etapa de la que quedará constancia en cada caso en esta cortísima reseña de lo que he visto u oído más importante de mi vida.

Estábamos alistando el "1º DE MAYO" para un nuevo viaje al Sur conduciendo una gran cantidad de penados, para lo cual se estaban preparando los lugares más apropiados del buque, cuando llegó la orden de suspender esto y cargar el completo de carbón fuera de carboneras y zarpar directamente para Ushuaia para relevar en el servicio de la Tierra del Fuego, Punta Arenas y Río Gallegos, al viejo transporte "PIEDRABUENA", que necesitaba urgentes reparaciones. A comienzos del mes de agosto zarpamos con aquel destino, pero habiendo dispuesto la Superioridad que yo pasase al "PIEDRABUENA" para el viaje de regreso, por cuanto ya se habían embarcado en el "1º DE MAYO" varios oficiales que habían pedido pasar a aquel destino, se le dió la derrota a uno de estos oficiales, el alférez de navío Francisco Danieri; prestando yo servicios como oficial de guardia y otras tareas correspondientes a mi jerarquía, aunque todo el viaje, por supuesto, mi principal entretenimiento fué el cálculo de la situación del buque diariamente. En Ushuaia me trasladé al "PIEDRABUENA", cuyo comandante era el teniente de fragata Eduardo Scarone — uno de los oficiales más distinguidos que ha tenido nuestra Marina de Guerra y que debió abandonar el servicio por cortedad de visión, falleciendo al poco tiempo — desempeñando las funciones de 2º el entonces alférez de navío Antonio Frigerio — que 13 años después perdió su preciosa vida aplastado por una pluma del transporte "GUARDIA NACIONAL" a la que se le cortó el amantillo en el momento de izar una chata, precisamente cuando el comandante se asomaba a la borda para acelerar la maniobra — y pertenecía a la plana mayor tan reducida del "PIEDRABUENA", el entonces Contador de 3ª y Piloto Esteban Chiappe, hoy capitán de fragata en retiro. Iniciamos el viaje de regreso por los Canales, los que conocía al dedillo el comandante Scarone, y después de una brevísima estada en Punta Arenas, seguimos viaje al Río de la Plata, llegando al puerto de Buenos Aires el 28 de agosto.

A principios de Noviembre fuí destinado nuevamente al crucero "9 DE JULIO" buque insignia de la División Naval que mandaba el capitán de navío Vicente E. Montes, con el que participé en las maniobras navales de ese año, del que fué árbitro general el almirante Barilari, que se embarcó en el crucero "BUENOS AIRES" en Mar del Plata, para trasbordarse al crucero acorazado "GARIBALDI". Terminadas las maniobras, fuí destinado al crucero "25 DE MAYO", que a la sazón se encontraba en la Rada de La Plata adiestrando personal para las escuelas de especialidades de la Armada y teniendo a su bordo la Escuela de Radiotelegrafistas. Efectuamos varios viajes de instrucción con la orden de no alejarnos de la costa, porque el buque había sido descalificado por una comisión inspectora por el mal estado de su casco.

En septiembre de 1913 se me destinó al transporte "GUARDIA NACIONAL" al mando del teniente de navío Arturo V. Nieva, con el cual iniciamos a los pocos días un viaje a muchos puertos del Sur, y conduciendo a bordo 150 penados para el Presidio de Ushuaia. Fué un viaje largo pero en el cual el ambiente a bordo no pudo ser más agradable gracias al comando y plana mayor, en la cual mantenía la alegría reinante el contador Francisco S. Boullosa, actual capitán de fragata en retiro, excelente amigo y gran camarada.

Este viaje fué muy interesante por una tarea pesada que le tocó al buque: levantar un muerto que había fondeado el "GUARDIA NACIONAL" en el viaje anterior, maniobra que fué dificultada constantemente

por los malos tiempos en el puerto donde se realizaba — Comodoro Rivadavia — y en, razón de que los elementos que constituían el muerto: anclas muy pesadas y gruesas cadenas, eran manejadas con cierta dificultad por los guinches y plumas del transporte; logrando al cabo de muchos días de duras tareas, levantar el muerto para ir a fondearlo al lugar preciso indicado por la Superioridad, que era lo que no había sucedido en la vez anterior.

Después de un viaje de casi 3 meses, regresamos a Buenos Aires en febrero de 1914. En el mes de abril el "GUARDIA NACIONAL" transportó a Concepción del Uruguay el comando de la 1ª División de Ejército, el Regimiento 1º de Artillería y otros cuerpos que iban a intervenir en las maniobras de ese año, que tenían por escenario la Provincia de Entre Ríos. Como se recuerda siempre, las torrenciales lluvias que cayeron en la segunda quincena de abril de 1914, transformaron en tremendos bañados la zona de operaciones, con los ríos y arroyos completamente desbordados, poniendo intransitables los caminos, lo que puso bien a prueba el espíritu y capacidad de los jefes, oficiales y clases del Ejército y el alto y patriótico sentimiento que anima al soldado argentino cuando lo requieren las dificultades y los peligros, demostrando nuestros jóvenes conscriptos y los que los mandaban en esas maniobras extraordinarias, que eran dignos sucesores de los que combatieron reciamente por la Emancipación y la Organización Nacional en la tremenda lucha que se entabló para lograr dar a la Patria su categoría de país independiente. El Regimiento 5º de Caballería, al mando de su bravo Jefe, el entonces teniente coronel Mariano Aráoz de Lamadrid, atravesó pantanos, ríos y arroyos desbordados, y después de una bizarra marcha "con lo puesto", se adelantó en forma notable a los demás cuerpos del ejército en maniobras. Al terminar éstas, y concentrarse todo el Ejército en Concepción del Uruguay, se embarcaron en el "GUARDIA NACIONAL" para el viaje de regreso, los Regimientos 14 y 17 de Infantería, y el 4º y el 5º de Caballería, siendo notable la impresión que produjeron los componentes de este último, pues llegaron a bordo cubiertos de barro, pero con un temple marcial extraordinario, que revelaba el alto espíritu de cuerpo inculcado por su Jefe. Uno de dichos regimientos lo desembarcamos en San Pedro, otro en Villa Constitución y los restantes en la ciudad del Rosario.

El 22 de mayo de 1914 salía en el vapor "ZEELANDIA" del Real Lloyd Holandés con destino a Inglaterra, a buscar el buque petrolero "MINISTRO EZCURRA", que se construía en Grangemouth, en Escocia. Después de tocar en Montevideo, Río de Janeiro, Islas de Cabo Verde, Oporto, Vigo, Boulogne-Sur-Mer, desembarcamos en Dover, para trasladarnos al punto donde se construía el buque. Allí permanecimos hasta el 9 ó 10 de julio, en que esperamos, ya el buque disto, para Hamburgo, a cargar material de guerra y de donde zarpamos a los 3 ó 4 días, para Hole-Haven, en las bocas del Támesis, para completar el material bélico que conducimos en los tanques destinados a cargar petróleo. El 19 de julio zarpamos de aquel punto en rumbo directo a las Islas de Cabo Verde, donde al llegar — no teníamos estación R. T. — nos enteramos del estallido de la Confiagración Europea. De aquellas Islas salimos para Bahía, y de este punto para el Río de la Plata, sin haber embarcado combustible y solamente los víveres estrictamente necesarios, en razón de que por haber fallecido el Presidente Roque Sáenz Peña, se había entorpecido el servicio en las oficinas públicas y habiéndonos comunicado la Casa Wilson, que sus contratos con la República Argentina habían quedado cancelados por el estado de guerra en que se hallaba la Gran Bretaña, el carbón que tuviese que proveer era necesario abonarlo en libras esterlinas contantes y sonantes. Como los telegramas enviados a Buenos Aires solicitando el giro del dinero necesario para el pago del combustible no tuviesen rápida respuesta debido a la causa arriba señalada, se resolvió una cotización entre los oficiales y se adquirió el lubricante necesario y continuar el viaje con el carbón exis-

tente, que alcanzaba muy justo para terminar el viaje; pero a la altura de Santa Catalina nos tomó un violentísimo temporal, que no pudimos capearlo por la escasez de combustible y de víveres, y continuamos la navegación por espacio de 4 días, en medio de un grueso oleaje que cruzaba de una banda a la otra del petrolero, y con tan penosa marcha llegamos al Cabo Polonio, donde el tiempo empezó a amainar y proseguimos el viaje a Río Santiago, a donde entramos el 22 de agosto de 1914, "barriendo carboneras" y con un solo capón vivo, por todo alimento restante, después de haber agotado toda la carne salada y víveres de mar de la despensa.

Después de efectuar con el "MINISTRO EZCURRA" el primer viaje a Comodoro Rivadavia para embarcar petróleo para la marina de guerra — en esa época el otro petrolero que hacía este servicio era un buque arrendado, el "WANETA" — viaje en el cual también navegamos quemando carbón, ascendí a alférez de navío, el 10 de octubre de 1914.

Me tocó formar con motivo del fallecimiento del general Julio A. Roca, ocurrido el 19 de octubre de 1914, formación en la que recuerdo estuvimos más de 7 horas en la línea y en el desfile, resultando el acto de las exequias del ex-Presidente imponente, pero singularmente largo.

En noviembre fuí destinado al crucero acorazado "PUEYRREDON", bajo el comando del capitán de fragata TIBURCIO ALDAO. Nos tocó con este buque la misión de vigilar la neutralidad de la República en el conflicto mundial y con motivo de la aproximación de la escuadra alemana del vicealmirante Von Spee, después de su victoria contra la británica al mando del contraalmirante Cradock, en Coronel el 1º de noviembre, dirigiéndose a las Islas Malvinas después de haber carboneado en el Archipiélago de la Tierra del Fuego; varios buques alemanes transformados en cruceros auxiliares trataron de prestar ayuda a dicha escuadra. En tales circunstancias apareció uno de ellos, el "PATAGONIA" en las proximidades del Golfo de San Jorge, recibiendo orden el "PUEYRREDON" de capturarlo por haber violado el límite de nuestras aguas jurisdiccionales. Fué ubicado en Puerto Santa Elena, pero de allí logró zarpar y dirigiéndose al Golfo de San Jorge, le dimos alcance en las proximidades de la Isla Tova, en la parte Norte del Golfo, donde después de haber querido eludir nuestra persecución, paró sus máquinas ante las indicaciones con cañón que le hizo el "PUEYRREDON", siendo conducido a Puerto Belgrano.

En el mes de marzo se transfirió toda la tripulación del "PUEYRREDON", con excepción de Máquinas y Electricidad, al crucero acorazado "GARIBALDI", que se hallaba completamente listo para incorporarse a la Escuadra de Mar. Comandaba el "GARIBALDI", el entonces capitán de fragata Horacio Ballvé, el que ascendió a capitán de navío en el mes de septiembre de ese año.

En el mes de octubre de 1915, después de haber cumplimentado varios períodos de maniobras del programa de ese año, tuvo lugar alrededor del 18 de dicho mes un ejercicio de simulacro entre las dos divisiones de la Escuadra, encabezadas por los acorazados "MORENO" y "RIVADAVIA" — incorporados ese año a nuestra Armada — la primera llamada "División de Entrenamiento" y la segunda "División de Instrucción". Como la maniobra de ambos jefes divisionarios se redujo a tratar de mantenerse en la situación táctica más ventajosa para el mejor aprovechamiento de toda su artillería y la división contraria a anular esta ventaja, el movimiento fué un constante cambio de rumbo, maniobra que dió trayectorias envolventes elípticas. El realizar la tarea de trazar el dibujo de la correspondiente al "GARIBALDI" resultó casi imposible en la "Central de Tiro" de este buque, a mi cargo, y me limité a anotar el rumbo, marcación y distancia para hacer el dibujo después, debido a los elementos toscos de trabajo fabricados a bordo, en oposición a los de los acorazados de reciente fabricación en los Estados Unidos. Terminado el ejercicio se dió al personal del primer trozo una licencia de 7 días incluídos los de viaje. Mi Guardiamarina ayudante quedó encargado de construir la curva con los

datos anotados, pero la construyó tomando los ángulos con signo contrario al realmente utilizado y salió distinta de las de los Acorazados. Esto enfureció a mi comandante, de lo que me enteré al llegar de regreso de mi licencia. Estando de Oficial de Guardia de retén ese día, recién vi al Comandante a las 23.45 horas que llegó de la nave almirante, donde había ido a almorzar con el Comandante en Jefe de la Escuadra. Cuando llegó a la hora antedicha y lo recibí en el portalón, pude apreciar la cólera de que estaba poseído contra mí y me preparé para la grave eventualidad con toda la entereza necesaria para el inevitable choque. Casi de inmediato llegó el Ordenanza a comunicarme que me llamaba el Comandante. No bien descendí en la Cámara de éste, me interrogó con violencia sobre lo que había hecho en la Central el día del simulacro de combate: le contesté que todo se había hecho correctamente con excepción de la construcción de la trayectoria, imposible por la rusticidad de los aparatos empleados, como ya lo había hecho saber. Entonces me enrostró de que eso no era cierto por la diferencia entre las curvas comparadas y como el tono violento aumentaba, resolví asumir una actitud semejante, lo que notado por el Comandante, me dijo violentamente: "¡Alférez: no lo he llamado "para discutir sino para aclarar lo que hay en esto!". Al responderle a sus cargos le manifesté que había simplemente un error de interpretación de ángulos al confeccionar la curva. Ya más calmo me dijo que a las nueve de la mañana siguiente fuese a verlo para ir ambos a la Central de Tiro a construir la curva como yo decía; lo que cumplí, pero al presentarse me ordenó que fuese a la Central e hiciese el dibujo como explicaba, el cual hecho bien resultó exactamente igual al de los Acorazados; pero quiero advertir que exigí que no hubiese sanción disciplinaria para el Guardiamarina, porque fué un error de interpretación y no un descuido y así fué. Contentísimo el Comandante, esa tarde se vino a Buenos Aires con licencia. No había transcurrido un mes, cuando tuvo lugar el concurso de Tiro de Combate de la Escuadra y pese a los aparatos deficientes de la Central y a la diferencia de calidad de cañones, el crucero acorazado "GARIBALDI" colocó en la lona varios impactos más que el acorazado "MORENO", no obstante tener un magnífico Director de Tiro y la última palabra en los elementos para conducir sus cañones. Al terminar el tiro de nuestro crucero acorazado, todavía en "puestos de combate", recibí la orden telefónica de presentarme en el puente. Concurrí de inmediato y el Comandante Ballvé me recibió con un abrazo y las siguientes palabras pronunciadas delante del Comandante en Jefe de la Escuadra allí presente, Vicealmirante Manuel Domecq García, y el Arbitro de Tiro, contraalmirante Manuel J. Lagos: "A Vd. Alférez se le debe una buena parte del notable resultado que acabamos de lograr, por la excelente conducción del fuego con los datos exactos trasmitidos a los cañones desde la "Central de Tiro". Desde ese momento, nuestro brioso y talentoso Comandante me guardó la más real amistad que se forjó en un momento de adversidad en que a pesar de su cólera supo valorar la entereza de su subordinado y que permitió que en el momento de la prueba el ajustado entrenamiento del manejo de los aparatos en la Central, con mis ayudantes, los Guardiamarinas Rómulo R. Roverano y Fidel L. Anadón, nos permitieran contribuir poderosamente para lograr un triunfo sin precedentes en el Tiro de Combate en oposición al acorazado "MORENO" y otros buques, no obstante la vetustez de nuestro barco que hizo honor al pabellón que tremolaba en sus mástiles en ese día inolvidable consagratorio del triunfo de una tripulación reciamente conducida para obtener el más alto grado de eficiencia, con jefes, oficiales, clases, marineros y conscriptos que se comportaron ejemplarmente en el curso de esas inolvidables jornadas, para mí sobre todo, que pasé por los momentos difíciles relatados, unidos a los de orgullosa satisfacción que me deparó la suerte.

Terminado el año de maniobras, pedí por primera y única vez en mi carrera, dos meses de licencia extraordinaria, que me fueron concedi-

dos, y que unidos a los que me concedió gentilmente el Comandante Ballvé conjuntamente con los quince días de licencia ordinaria concedidos por la Escuadra, disfruté por única vez en servicio activo, de casi tres meses de descanso, que los pasé en gran parte en San Lorenzo, en casa de mi suegra, que había enviudado en un viaje que hizo con su esposo, el Dr. José Verd a Marsella, ciudad natal de éste, que murió de un ataque al corazón en el momento de avistar el puerto que tantas veces contempló de niño, el 4 de agosto de 1914.

Al terminar mi licencia fuí destinado a la Comisión del Litoral Marítimo de la Provincia de Buenos Aires, que estaba a cargo del entonces Capitán de Fragata D. Abel Renard, quien me destinó "en comisión" al crucero-torpedero "PATRIA", que mandaba el Capitán de Fragata Joaquín Arnaut, y que tenía por misión inmediata, levantar el cuarterón del Puerto de Quequén. En dicho buque se me designó Oficial de Derrota.

Estábamos efectuando los sondajes para la confección del cuarterón de referencia: el día 28 de abril de 1816, al llegar a las 12 del mismo, el comandante se fué a almorzar y me dejó a cargo del buque, con la orden de que al terminar la línea de sondajes paralelos a la costa, iniciara los perpendiculares, debiendo pasar a 500 metros de la costa, pues como estábamos sondando paralelamente de adentro hacia afuera, los perpendiculares íbamos a iniciarlos de afuera hacia adentro. Llevando la derrota del buque con el estricto cuidado en lo que a situación y rumbo se refiere, cuando llegué a un punto que dobles enfilaciones de puntos bien situados en la carta que me daban estar a 750 metros de la costa, inicié la virada con la idea de pasar a una distancia un poco mayor de la ordenada. Habríamos caído unos 70 grados en la virada —faltando unos 20 para terminar el período de acercamiento— cuando el buque tocó en un bajo fondo, encallando. Inmediatamente subió al puente el Comandante, que en su agitación, no quiso escuchar mi palabra en ningún momento. Paradas las máquinas como estaban, las movió en forma tendiente a desprender el buque de su situación apurada, hasta que lo logró después de algunas marchas hacia uno u otro sentido. Libre el buque de su encalladura, se le pasaron los palletes de colisión, y se inició el viaje de regreso a la Capital, llegando a Dársena Norte el 30 de abril entrando inmediatamente al Dique de Carena. Allí se comprobó que el buque tenía una serie de abolladuras en la parte inferior próxima a la línea de quilla, por muchas de las cuales penetraba el agua que durante el viaje de regreso y mientras estuvimos amarrados en la Dársena, fué necesario achicar con las bombas.

El Ministerio nombró al señor Capitán de Fragata Don Juan Sancassani para levantar la información sumaria correspondiente: primero declaró el Comandante y después yo, y al recibir las primeras preguntas del Jefe Instructor me di cuenta que se me echaba la completa responsabilidad del accidente por lo anteriormente declarado. Expliqué al capacitado jefe a quien se le había encomendado la investigación, cómo había procedido en el "PATRIA" desde el momento en que me recibí de la derrota. Cómo había ajustado todos los elementos de trabajo y cómo los había empleado en todo el tiempo que ejercí el cargo, especialmente todo lo que había hecho en el período inmediato a la encalladura y las órdenes expresas que se me habían impartido. Situé sobre el plano de trabajo que habíamos usado en el puente, las ubicaciones del buque continuamente y la que tenía en el momento de encallar; midiendo las distancias a diferentes puntos y a la línea de la playa. Esta distancia daba, según recuerdo, como 660 metros. El capitán Sancassani recuerdo que me dijo que, a juzgar por lo que yo explicaba, había procedido con toda exactitud de acuerdo a las órdenes que había recibido, pero me previno que todas mis situaciones habían sido controladas desde tierra por las estaciones de los teodolitos que situaban los sondaje de modo que era

necesario esperar las libretas de anotaciones de aquéllas para poder cotejar mi trabajo y que la información que proporcionarían las tales libretas era el fallo supremo sobre mi responsabilidad en el accidente. Fácil es comprender la nerviosidad en que viví todos esos días, y sobre todo, esperando las libretas, que tardaron un par de días en llegar. Nadie supondrá la cara con que el Comandante me entregó las tales libretas y cuál fué mi rapidez para situar los sondajes en toda la marcha del "PATRIA", desde que inició su aproximación a la costa hasta que encalló, y ¡cuál sería mi infinita alegría cuando pude constatar que mis situaciones del buque tomadas con los taxímetros no diferían en 50 metros con las de los teodolitos! Y por fortuna, todavía la situación del "PATRIA" resultaba más lejos de la costa de la que daban mis puntos. Tan pronto me fué posible, me entrevisté con el Jefe de la Comisión, capitán Renard, y conversé sobre lo comprobado y entonces manifestó su satisfacción con respecto a mi comportamiento, y me dijo que me pasaría a otro destino dentro de la Comisión, porque lógicamente no podría continuar en buenas relaciones con el comandante del "PATRIA". Por O. G. Nº 108 del Ministerio de Marina — de fecha 8 de mayo de 1916 — se resolvió que de la Instrucción Sumaria practicada por el Capitán Sancassani se desprendía que el crucero "PATRIA" había sufrido la encalladura mientras efectuaba trabajos de sonda en las proximidades del puerto de Quequén. En el considerando 4º de la Superior Resolución se decía:

> "4º — Que el buque ha varado como consecuencia inevi-
> "table de las órdenes dadas por el señor Comandante, y a las
> "cuales el Alférez de Navío Jacinto Yaben ha dado estricto
> "cumplimiento".

En el mes de junio fuí destinado a una Subcomisión de sondajes establecida en Buque de Fierro — estación "Juancho", en la estancia Macedo de los señores Federico y Alejandro Leloir — donde permanecí hasta el mes de noviembre de 1916, en el campamento establecido en aquel punto, cerca de la costa atlántica.

Pasé a prestar servicios en la Comandancia de Torpedos y Minas de Río Santiago, donde tuve oportunidad de efectuar numerosas salidas en comisión con los antiguos torpederos tipo "CORRIENTES".

En abril de 1917 fuí destinado al acorazado "RIVADAVIA", siendo ascendido a los pocos días a teniente de fragata. Se me dió el mando de la 1ª División que cubría las Torres I y II de 305 m/m., quedando a mi cargo la primera de éstas, y a la de otro teniente la Nº II.

A bordo del acorazado "RIVADAVIA", me sucedió un raro percance, del cual haré un minucioso relato porque el desarrollo del mismo ha sido alterado por completo por desconocimiento de lo que sucedió ese día, que para mí resultó inolvidable. En el curso del relato, solamente debe entenderse de que en el suceso no me correspondió otro mérito que el que naturalmente surge de la predisposición que siente todo ser al verse en peligro para salvar su existencia.

Corría el mes de octubre de 1917, cuando estalló en todo el territorio de la República una huelga general ferroviaria, que paralizó completamente tan importante servicio de comunicación y transporte; repercutiendo casi simultáneamente el movimiento en los Yacimientos Petrolíferos de Comodoro Rivadavia, tanto en los Fiscales como en los pertenecientes a empresas particulares.

Ante esta emergencia, el Ministerio de Marina dispuso que el viejo acorazado "ALMIRANTE BROWN" zarpase para aquel destino, donde permaneció destacado algunas semanas; pero como el movimiento huelguista se hacía más violento, se resolvió que aquel buque fuese relevado por el acorazado "RIVADAVIA", ya que la situación en Comodoro Rivadavia exigía el desembarco de tropa para mantener el orden alterado

y asegurar así el trabajo del personal que no había hecho causa común con el movimiento.

En virtud de lo ordenado, el acorazado se alistó para el viaje. Se encontraba desde un año y medio antes bajo el digno comando del entonces capitán de navío D. Enrique Fliess (fallecido en julio de 1951 en la jerarquía de almirante). Pero simultáneamente con la orden de zarpar para el mencionado destino, la Superioridad dispuso que el capitán Fliess fuese relevado por el de igual jerarquía Carlos Daireaux (hoy vicealmirante en retiro), pero con la expresa disposición de que el cambio de comando se efectuase en navegación, debiendo regresar el comandante saliente en el "ALMIRANTE BROWN".

El 21 de octubre zarpó el "RIVADAVIA" de Puerto Belgrano, alrededor de mediodía. La navegación fué sin inconveniente hasta el día 23, en que en las primeras horas de la mañana empezó a arreciar el viento del Sur hasta que se transformó en un fuerte temporal.

Cerca de las siete de la mañana, después de levantarme y al comprobar por los rolidos y cabeceos del buque el estado descompuesto del tiempo, me trasladé a proa por la cubierta inferior, comprobando que en aquella parte del acorazado, constantemente entraban grandes masas de agua, a consecuencia de los golpes de mar, que desparramándose en el castillo, penetraban por todas las aberturas de la cubierta principal, a causa de que el Oficial de Guardia no había tomado a tiempo las providencias indicadas por los reglamentos para "poner a son de mar" toda aquella sección del buque que estaba a cargo del suscripto. Grandes cantidades de agua penetraban, particularmente por las gateras de pasaje de las cadenas de las tres anclas a las respectivas "cajas de cadenas". Eran éstos tres gruesos chorros de agua que constantemente inundaban las sentinas de la sección proa, en proporciones alarmantes.

Inmediatamente me trasladé al camarote del 2º comandante, capitán de fragata D. Aureliano Rey (fallecido el año pasado en la jerarquía de contralmirante), al que impuse de la situación, con el fin de que le pidiese al comandante, capitán Daireaux, disminuyese la velocidad del buque en forma tal de que no se anegase el castillo, con el objeto de que se pudiesen cerrar todas las boca-escotillas, ventiladores y demás aberturas de la cubierta principal con la finalidad de "poner el buque a son de mar". Esta maniobra se hacía cada vez más difícil porque iba en aumento la fuerza del viento.

Entre tanto me trasladé a mi camarote, donde me puse las botas de goma y el capote de agua, para ponerme a la cabeza del personal de la División que iba a cumplir la tarea: el guardiamarina de mi torre — Héctor Navarro, hoy capitán de navío Ingeniero Naval —, el suboficial de mar Patri y ocho marineros y conscriptos habían sufrido golpes y algunas heridas al intentar poner a son de mar la proa con la velocidad a que iba el acorazado.

El comandante disminuyó la marcha de 10 u 11 millas que llevaba en el momento en que me entrevisté con el 2º, a la de 6 millas, correspondiente a "despacio". Iniciada la tarea de cerrar todas las bocas, ventiladores, tragaluces, etc., del castillo y sección que seguía hacia el centro, a las 8 de la mañana, se terminó cerca de las 10. En estas circunstancias, el capitán Rey preguntó al suscripto en qué forma se había cerrado la boca del ventilador de más a proa del castillo, el que por haber estado colocado — es el que manda aire fresco a la enfermería — había sido arrancado por un golpe de mar de su enchufe sobre el tubo fijo que comunica con el interior del buque.

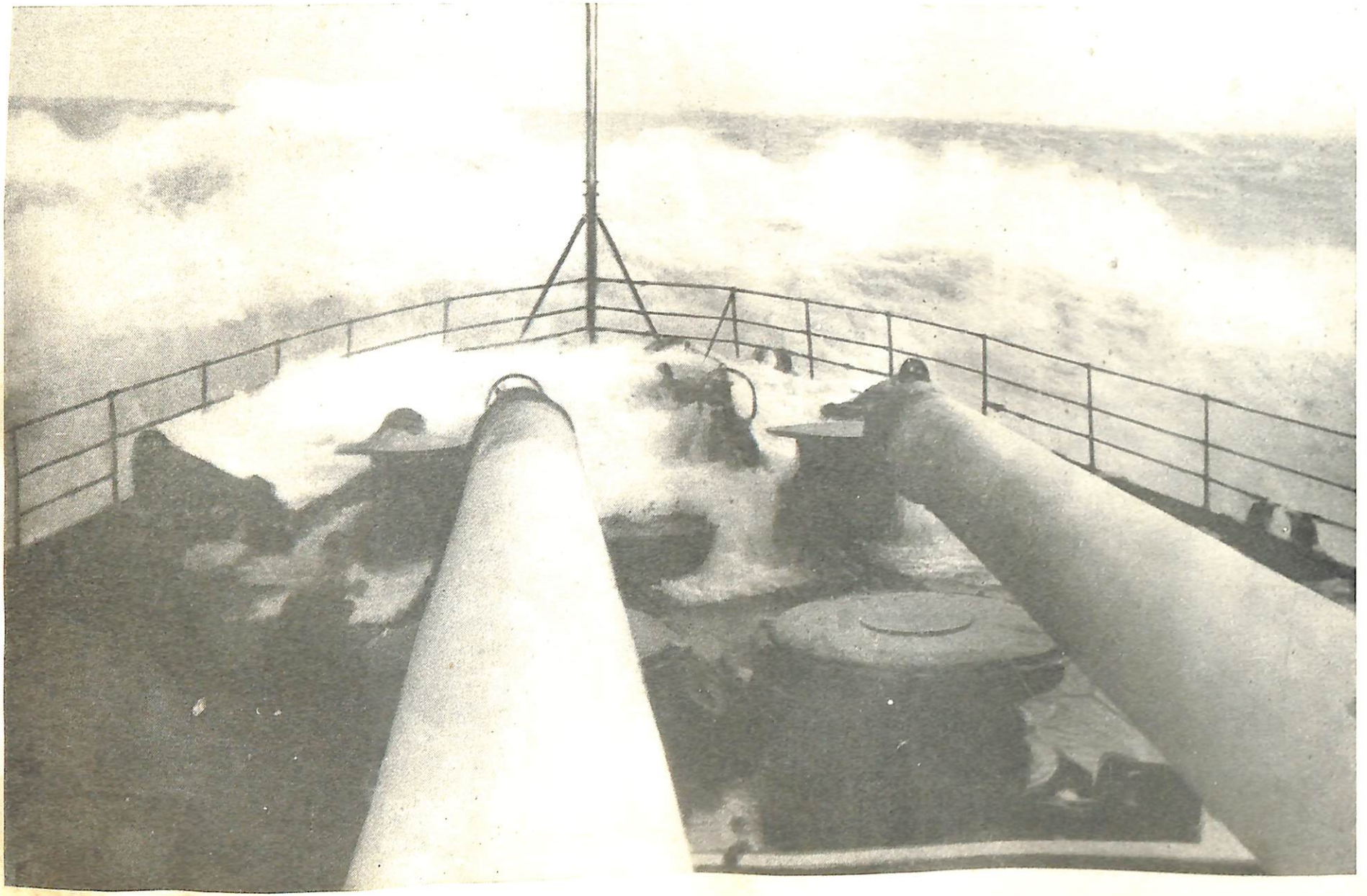
Le contesté al capitán Rey de que se le había colocado una cubierta de lona impermeable, con lo cual estaba asegurado el cierre de dicho tubo. Me respondió que quería ver cómo había quedado, y al dirigirme hacia la proa donde se encuentra dicho ventilador — en forma idéntica en el "RIVADAVIA" y en el "MORENO" —, el 2º, que marchaba bastantes me-

tros detrás mío, me gritó: "¡Guarda, que viene una ola!" También yo había notado el peligro, pero ya era inevitable, pues no podía huirle a tiempo, y encontrándome en el trance próximo al escobén del ancla de estribor, me así fuertemente de la barandilla de esa banda, pero sin soltar una llave inglesa — recuerdo que era de la Torre II — y con la que había estado anteriormente ajustando innumerables tuercas, ya que la situación imponía estar a la cabeza del personal por el evidente riesgo que existía.

Una ola enorme que fácilmente sobrepasó los 10 metros a que se encuentra en ese punto la cubierta del castillo sobre el nivel de la flotación del acorazado, me empapó completamente, pero sin lograr arrancarme de la barandilla. Desgraciadamente, fué seguida de una segunda, que rompió con mayor violencia aún en el pesado casco del acorazado, y que haciéndome abrir las manos que se habían aferrado reciamente a la barandilla, me arrastró al mar, envuelto en la masa acuosa. El capote de agua y las botas me significaron desde ese momento una impedimenta fácil de imaginar. Aparentemente, por las heridas que recibí en la cara y en otras partes del cuerpo — felizmente todas muy leves —, la ola me golpeó con violencia contra las cadenas de las anclas y demás obstáculos de la cubierta, para levantarme después por encima de la barandilla de babor (según algunos testigos, pasé por encima del nervio del toldo de esa banda), arrojándome fuera del buque.

La primera grave dificultad que noté fué que la esclavina del capote me cubrió la cabeza y cara, por lo que me desprendí de este impedimento estando aún debajo del agua. Cuando salí a la superficie del mar tumultuoso, agitado por gruesas olas — fácilmente se explica que su magnitud se acrecentara para el náufrago en una mayor proporción a la real —, observé que el *RIVADAVIA*" se hallaba como a una distancia de 30 a 40 metros, y preocupado si mi caída habría sido observada desde a bordo, mi primera idea fué levantar el brazo derecho varias veces y gritar repetidamente: "¡Hombre al agua!", voces que el Oficial de Guardia en el puente — mi querido amigo el entonces alférez de navío Juan Asconapé, muerto prematuramente en el grado de capitán de fragata — me dijo después que había oído claramente mis gritos, a pesar de que en ese momento aun se hallaba a sotavento del barco. Pronto me di cuenta que se reunía gran cantidad de personal, ansioso de prestar su colaboración en el difícil salvataje que se presentaba. Entonces mentalmente hice "una apreciación de la situación" singularmente grave en que me hallaba, recordando con la rapidez de que sólo es capaz el pensamiento en trances tan difíciles, de que raras veces se recuperan los náufragos caídos al mar en navegación, aun con buen tiempo, porque en general quedan debajo del casco del buque y son víctimas de la hélice. ¡Qué probabilidades tendría yo de ser rescatado en semejantes condiciones! Pensé amargamente en mi joven esposa y en mis queridos padres y calculé el inmenso pesar que mi pérdida les iba a significar y desde ese momento tomé la resolución inquebrantable de luchar hasta el fin, hasta que mis fuerzas se extenuasen. Me mantenía a flote moviendo las piernas en posición vertical — pues las botas de goma hasta cerca de la rodilla estaban llenas de agua — y desplazándome con los brazos, forma de nadar que había practicado muchas veces en la época de mi preparación afanosa para el ingreso en la Escuela Naval, que había realizado en las más duras condiciones físicas, preparando reciamente mi organismo para ser un fuerte servidor de la Nación, en todas las contingencias que el Servicio Naval pudiera exigirme. Esta preparación de mi mocedad indudablemente contribuyó poderosamente para mi salvataje en la trágica aventura que me brindó la suerte.

En efecto, y para mi gran felicidad, en el momento en que pasó la gran ola que me arrastró al mar, se hallaban en el puente los capitanes de navío Fliess y Daireaux, de modo que el buque en tan hábiles manos fué manejado con ejemplar capacidad: se ordenó *"atrás a toda fuerza"* a



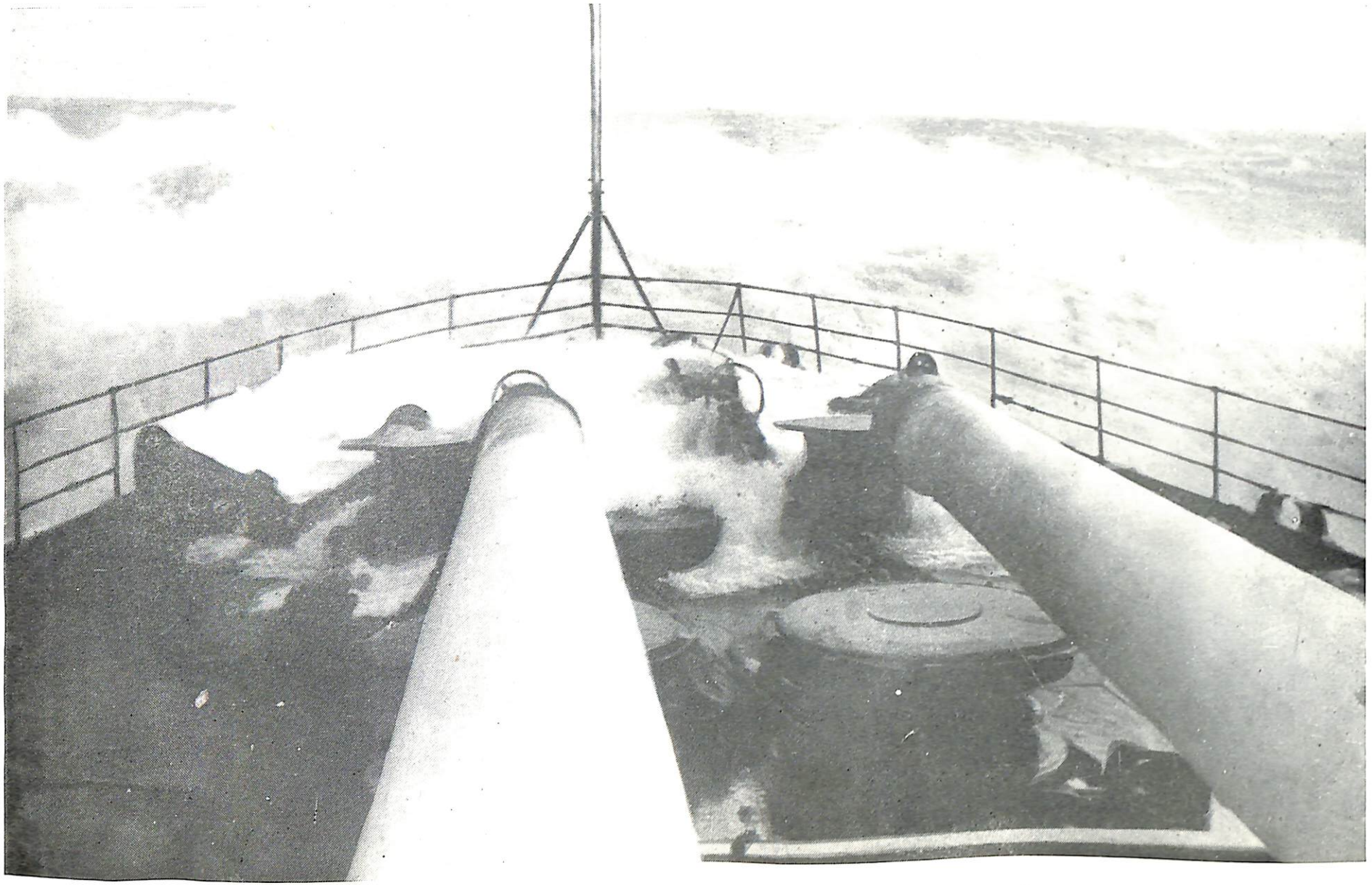
Fotografía de la proa del acorazado Rivadavia tomada durante el temporal que le azotó en las cercanías del cabo Hatteras (EE. UU.), durante las pruebas de artillería realizadas en el año 1914.

tros detrás mío, me gritó: "¡Guarda, que viene una ola!" También yo había notado el peligro, pero ya era inevitable, pues no podía huirle a tiempo, y encontrándome en el trance próximo al escobén del ancla de estribor, me así fuertemente de la barandilla de esa banda, pero sin soltar una llave inglesa —recuerdo que era de la Torre II — y con la que había estado anteriormente ajustando innumerables tuercas, ya que la situación imponía estar a la cabeza del personal por el evidente riesgo que existía.

Una ola enorme que fácilmente sobrepasó los 10 metros a que se encuentra en ese punto la cubierta del castillo sobre el nivel de la flotación del acorazado, me empapó completamente, pero sin lograr arrancarme de la barandilla. Desgraciadamente, fué seguida de una segunda, que rompió con mayor violencia aún en el pesado casco del acorazado, y que haciéndome abrir las manos que se habían aferrado reciamente a la barandilla, me arrastró al mar, envuelto en la masa acuosa. El capote de agua y las botas me significaron desde ese momento una impedimenta fácil de imaginar. Aparentemente, por las heridas que recibí en la cara y en otras partes del cuerpo —felizmente todas muy leves —, la ola me golpeó con violencia contra las cadenas de las anclas y demás obstáculos de la cubierta, para levantarme después por encima de la barandilla de babor (según algunos testigos, pasé por encima del nervio del toldo de esa banda), arrojándome fuera del buque.

La primera grave dificultad que noté fué que la esclavina del capote me cubrió la cabeza y cara, por lo que me desprendí de este impedimento estando aún debajo del agua. Cuando salí a la superficie del mar tumultuoso, agitado por gruesas olas — fácilmente se explica que su magnitud se acrecentara para el náufrago en una mayor proporción a la real —, observé que el *RIVADAVIA* se hallaba como a una distancia de 30 a 40 metros, y preocupado si mi caída habría sido observada desde a bordo, mi primera idea fué levantar el brazo derecho varias veces y gritar repetidamente: "¡Hombre al agua!", voces que el Oficial de Guardia en el puente —mi querido amigo el entonces alférez de navío Juan Asconapé, muerto prematuramente en el grado de capitán de fragata — me dijo después que había oído claramente mis gritos, a pesar de que en ese momento aun se hallaba a sotavento del barco. Pronto me di cuenta que se reunía gran cantidad de personal, ansioso de prestar su colaboración en el difícil salvataje que se presentaba. Entonces mentalmente hice "una apreciación de la situación" singularmente grave en que me hallaba, recordando con la rapidez de que sólo es capaz el pensamiento en trances tan difíciles, de que raras veces se recuperan los náufragos caídos al mar en navegación, aun con buen tiempo, porque en general quedan debajo del casco del buque y son víctimas de la hélice. ¡Qué probabilidades tendría yo de ser rescatado en semejantes condiciones! Pensé amargamente en mi joven esposa y en mis queridos padres y calculé el inmenso pesar que mi pérdida les iba a significar y desde ese momento tomé la resolución inquebrantable de luchar hasta el fin, hasta que mis fuerzas se extenuasen. Me mantenía a flote moviendo las piernas en posición vertical — pues las botas de goma hasta cerca de la rodilla estaban llenas de agua — y desplazándome con los brazos, forma de nadar que había practicado muchas veces en la época de mi preparación afanosa para el ingreso en la Escuela Naval, que había realizado en las más duras condiciones físicas, preparando reciamente mi organismo para ser un fuerte servidor de la Nación, en todas las contingencias que el Servicio Naval pudiera exigirme. Esta preparación de mi sociedad indudablemente contribuyó poderosamente para mi salvataje en la trágica aventura que me brindó la suerte.

En efecto, y para mi gran felicidad, en el momento en que pasó la gran ola que me arrastró al mar, se hallaban en el puente los capitanes de navío Pinedo y Balreaux, de modo que el buque en tan hábiles manos fué maniobrado con ejemplar capacidad: se ordenó *"atrás a toda fuerza"* a



Fotografía de la proa del acorazado Rivadavia tomada durante el temporal que le azotó en las cercanías del cabo Hatteras (EE. UU.), durante las pruebas de artillería realizadas en el año 1914.

las tres máquinas y en seguida "parar" a la de babor, con el fin de evitar que la succión producida por la hélice en movimiento de esa banda me arrastrase debajo del barco: estando atrás las turbinas del centro y de estribor, el acorazado empezó a caer lentamente a esta última banda, razón por la cual me hallé tan apartado de su costado a los pocos instantes de aparecer en la superficie del mar. En las máquinas se hallaba en ese momento a cargo el entonces ingeniero maquinista principal D. Tomás L. Bobadilla — muerto en la jerarquía de capitán de navío —, quien muchas veces me recordó que cuando vió los telégrafos de comando que indicaban "*toda fuerza atrás*", comprendió que algo muy grave sucedería, y personalmente, con la mayor premura posible, dió cumplimiento a la orden moviendo las palancas cambiando la marcha de "adelante" a la de "atrás a toda fuerza", lo que permitió parar la arrancada del buque dentro de la longitud de su eslora.

Pocos instantes después de haber emergido del agua, vi que arrojaban desde a bordo un salvavidas circular de corcho (1), el que cayó en el mar a poca distancia de donde me hallaba. Nadé en la forma arriba mencionada, es decir, manteniéndome vertical y desplazándome con los brazos, hasta que tomé el salvavidas de referencia, el cual, al asirme de él, se me daba vuelta, razón por la cual resolví sumergirme para colocarme dentro del mismo, lo que logré sin mayor dificultad, sintiendo entonces un gran alivio, pues ya no era un problema el continuar flotando con tanto peso como el que llevaba encima.

Casi de inmediato cayó a pocos metros de distancia una driza de las que se emplean para izar las banderas de señales y para las correderas. Como dicha driza quedase flotando, me aproximé a ella y la tomé. Poco después cayó un segundo salvavidas, amarrado éste a una segunda driza; me aproximé y me así de esta última, y ya afirmado sobre ambas drizas, desde a bordo me gritaron que tratara de izarme, pero les respondí que era materialmente imposible hacerlo por el estado de cansancio en que me hallaba, y que, en cambio, me sostendría firme de ambas drizas para que me izaran con ellas desde a bordo, como en efecto lo hicieron: por supuesto, el gravísimo peligro aun existente era de que al aproximarme al casco del acorazado, me estrellase contra el mismo, ya que la mar golpeaba con violencia, y a causa de la maniobra que había sido realizada, la banda en que me hallaba estaba a barlovento. Felizmente, el peligro fué conjurado, porque al izar desde a bordo de las dos drizas, el ascenso se produjo con toda felicidad, porque al ser levantado un poco mi cuerpo, el salvavidas que me había colocado se me corrió a los pies y me los elevó hasta la superficie del agua, haciéndome sumergir por un instante la cabeza, pero como de a bordo seguían cobrando ambas drizas, bien pronto me encontré en el aire, de modo que cuando rompió nuevamente la ola contra el casco, ya no me pudo arrastrar contra éste. Al llegar a la borda de la cubierta correspondiente a la toldilla el señor capitán de navío Fliess me esperaba y me ayudó a pasar dicha borda, a pesar de mi protesta para que no se molestara, contestándome con esa singular bondad que caracterizó su nobilísima personalidad de "*caballero del mar*": "¡No faltaría más, amigo, que le abandonase en semejante trance!", y como le manifestase que lo único que sentía era que se me había hecho pedazos el capote de agua, horas más tarde llegaba su asistente trayéndome un capote que me enviaba tan hidalgo jefe, el que urbanamente devolví agradeciéndole el hermoso gesto, pero expresándole que el destruído era de tela impermeable.

Quiero dejar constancia que en el momento en que iba a ser izado

(1) El Suboficial Mayor Maquinista Tomás Cincunegui afirma haberlo arrojado. Alta en la Armada el 15 de noviembre de 1896, pero a pesar de su edad, presta aún eficientes servicios en el Estado Mayor General Naval, donde al cumplir su medio siglo de carrera naval, se le otorgó una medalla de oro.

desde a bordo por medio de las drizas, el cabo de mar de 1ª Francisco —Sanvicentino— se deslizó por un tangón de la red de torpedos para desprenderme de cualquier parte en que pudiera enredarme al ser izado, lo que felizmente no sucedió porque yo me iba abriendo del costado con los pies, siendo inoficioso el descenso del mencionado Cabo.

Llegado a la cubierta, desde ese lugar dos marineros se pusieron uno a cada costado y apoyándome en ellos, marché para la enfermería, donde de inmediato fuí atendido con singular solicitud por mi malogrado amigo el señor cirujano principal entonces Dr. Belisario Saborido — fallecido en la jerarquía de capitán de fragata —, quien me tomó el pulso, que acusaba 84 pulsaciones: "¡Esto le ha salvado la vida, amigo!" —exclamó el bondadoso doctor Saborido—: su imperturbable serenidad ante el peligro máximo que ha afrontado y que no "ha alterado el ritmo de su corazón". Las heridas recibidas en los choques con los distintos objetos que fuí encontrando a mi paso por cubierta, al ser arrojado al mar, eran felizmente de carácter muy leve; golpe en los labios, que se me lastimaron en forma dolorosa; otro en la nuca; un tercero en la nariz, con una pequeña fractura interior, por la cual he debido sufrir dos operaciones practicadas en el Hospital Militar por el Dr. Nicolás Buasso, en 1920 y en 1923, pero no obstante me ha quedado una dificultad notable para respirar —que me obliga todas las noches a ponerme un remedio que infle las fosas nasales—; un cuarto en la tibia derecha, y un desgarramiento de la pierna derecha del pantalón en forma de "siete", desde la parte alta, producido por alguna punta o gancho, y que llegó hasta el ruedo del mismo, sufriendo una lesión en el escroto que quedó bastante ensangrentado, aunque también en forma superficial, ya que solamente sufrí raspaduras, que si hubieran sido más profundas, pudieron haberme significado un grave mal.

Colocado en una cama de la enfermería, el doctor Saborido me recomendó el mayor reposo, pues temía que se produjera un "shock nervioso", a consecuencia del tremendo golpe: me atendió con una solicitud que no olvidaré jamás, aunándose al cumplimiento de la noble misión profesional la sinceridad del amigo. Continuamente llegaban hasta la puerta de la enfermería mis compañeros de la Cámara de Oficiales y personal Subalterno, para enterarse sobre mi estado, y a través de la rendija de la puerta, el doctor Saborido les permitía echar un vistazo para que comprobaran "de visu" que me encontraba bien. Como a las once y media se retiró el médico, reiterándome sus recomendaciones para que permaneciese en la mayor tranquilidad y reposo; pero a los pocos minutos de irse el doctor Saborido, hice llamar a mi asistente, el conscripto de la clase de 1896, RAUL SCHINARDI (que por dos años me sirvió con toda lealtad en ese cargo y que más tarde lo he encontrado en una cuadrilla de pintores del antiguo F. C. S., trabajando en la zona suburbana de la Capital), y le pedí me llevara otro uniforme, que debía retirar de mi camarote, ya que el que tenía puesto en el momento del accidente, estaba prácticamente destruído. Me vestí con el nuevo traje, y me dirigí a la Cámara de Oficiales, donde mis camaradas estaban almorzando, y en la cual reinaba un ambiente de franca alegría por el feliz desenlace del accidente que había puesto en grave peligro la vida de un compañero. Las bromas de los oficiales me hicieron reír con frecuencia, produciéndome esto pequeñas hemorragias, a causa de que tenía los labios algo partidos por el golpe recibido.

Antes de las 15 horas de producido el accidente, ya cumplía con mis funciones del servicio, pues sólo dejé de hacer una "guardia de mar", en el puente, siguiendo la antigüedad jerárquica. En efecto, el "shock nervioso" que el Dr. Saborido temía, como lo manifestó en su informe al comando del acorazado, no se produjo, y sí, únicamente, como a las 5 de la tarde del mismo día, una hemorragia nasal que duró más de media hora, y en los 10 días subsiguientes, pequeñas hemorragias por igual conducto.

El accidente tuvo lugar el martes 23 de octubre de 1917, a las 10 de la mañana, en el punto geográfico de coordenadas: latitud 44°06'S y longitud 64°36'W — situado exactamente a 30 millas al Este del monte Atlas, en la bahía Vera, donde la carta registra 40 brazas de profundidad. Transcribo a continuación las anotaciones hechas en el Diario de Navegación del acorazado "RIVADAVIA", en la página 17, por el Oficial de Guardia, alférez de navío Juan Asconapé, en el cuarto de 20 a 24 horas astronómicas del 22 al 23 de octubre de 1917:

> "A 20 h. 44 m. se puso la máquina a media fuerza. A 20 h. "57 m. se puso la máquina despacio. A 21 h. 15 m. se cayó al "rumbo 180°. A 22 horas fué arrojado al agua por un golpe de "mar el Tte. Yaben, siendo sacado en seguida. A 22h. 17 m. se "cayó al rumbo 214° con 184,3. A 20 h. 10 m. se perdió de vista "el buque mercante. En el salvamento del Tte. Yaben se perdió "un salvavida circular de corcho. Averías y pérdidas: un ven- "tilador roto, dos calzos de falúa torcidos y rajados, una man- "guera de lona y otra de cuero perdidas, dos repartidores de "incendio torcidos, un soporte de manguera torcido, un tablón "de alefriz rajado, rota una regala de lancha, 5 suestes; se per- "dió un salvavida circular y se rompieron 3 capas de guinches "de carbón. A 23 h. 45 m. se puso la corredera en cero mar- "cando 189'. Se verificó el rumbo, dando bien. — J. ASCONAPE".

El Diario de Navegación nos dice que el viento soplaba con fuerza de 8 del S¼SW, y que el estado del mar era 5 y dirección de las olas NE. y que el rumbo medio a que se navegó en esas horas fué 208°.

La habilísima maniobra del comando del buque fué lo que permitió mi rescate en una forma que seguramente hubiera sido imposible de verificarse, si el acorazado no hubiese sido tan diligente y hábilmente manejado; respondiendo la máquina bajo la dirección personal del ingeniero Bobadilla, con tal celeridad y exactitud, que durante toda la operación de salvataje permanecí constantemente dentro del sector proa-babor, habiendo sido recuperado justamente a la altura de la Cámara de Jefes, es decir, exactamente por el través del buque, pero aun a proa del eje central de éste. Es fácil colegir la singular dificultad que se me habría presentado si la marcha del acorazado hubiese sido anulada recién estando un poco más adelante del lugar donde yo me encontraba. También facilitó mi rescate la caída registrada a las 9 h. 15 m. (21h. 15 m. astronómica) al rumbo 180°, que significó un cambio de rumbo como de 30° con respecto al que llevaba el "RIVADAVIA", y que fué solicitado por el Jefe de Artillería y accidentalmente de Navegación, el entonces teniente de navío D. León L. Scasso — hoy almirante en situación de retiro —, como me lo recordara este distinguido marino en varias oportunidades, especialmente el día que se cumplían 15 años del episodio, el 23 de octubre de 1942, en el "CIRCULO MILITAR" con motivo del homenaje que se le tributaba ese día al Capitán General Bernardo O'Higgins, al cumplirse el Centenario de su natalicio y organizado por el "INSTITUTO SANMARTINIANO": me decía en tal oportunidad el señor Almirante Scasso, que la caída de rumbo a babor fué con el fin de hacer más sotavento a esa banda para poder trincar un tangón de la red de torpedos que se había desprendido y golpeaba fuertemente contra el costado. En tal oportunidad recordaba el almirante Scasso a un grupo de generales, que al aparecer yo en la superficie del agua tenía la cara ensangrentada como consecuencia de los golpes recibidos.

Reitero aquí mi constante agradecimiento a los entonces capitanes de navío D. Carlos Daireaux y Enrique G. Fliess, que con el hábil manejo del acorazado "RIVADAVIA" en esa emergencia contribuyeron en forma decisiva a mi rescate en tan difíciles circunstancias; al Capitán de navío maquinista D. Tomás L. Bobadilla, que con tanta diligencia como

resolución cumplimentó las órdenes del comando para el movimiento de las máquinas; al entonces teniente de navío D. León L. Scasso, que tan oportunamente hizo cambiar el rumbo para la maniobra recordada, facilitando con ello posteriormente las operaciones de mi salvataje; y a todo el personal del "RIVADAVIA" que intervino en forma eficaz y decisiva para asegurar la recuperación de uno de los componentes de su tripulación, muchos de los cuales con frecuencia los encuentro y me recuerdan siempre este episodio para ellos inolvidable (1).

Al día siguiente llegamos a Comodoro Rivadavia, donde a las pocas horas tuvimos la desgracia que al querer izar el Oficial de Guardia, teniente de fragata D. Alberto Coulomb una lancha con 14 hombres a su bordo, la gruesa marejada hizo balancear con violencia la embarcación, saltando el "guarda bote", que cayó desgraciadamente en el centro golpeando mortalmente a los conscriptos Emilio F. Rivolta y Domiciano Pa-

(1) A continuación transcribo el parte del Oficial de guardia sobre el accidente, seguido del parte médico correspondiente: Latitud (44 06' S
"En navegación, Octubre 23 de 1917 Longitud / 64 38' W

"Señor Comandante del Acorazado "RIVADAVIA"

"El Alférez de Navío Juan Asconapé, Oficial de guardia el día 23 de Octubre de "1917, de 8 a.m. a 12 a.m., informa al señor Comandante que en circunstancias de encontrarse el Teniente de Fragata Jacinto Yaben, en la proa del buque, en la banda "de estribor, recorriendo las escotillas y tapas de ventiladores por donde filtraba agua, "debido a un golpe de mar fué arrojado al agua, saliendo por el costado de babor. "Inmediatamente se dió la voz de "Hombre al agua", ordenando V. S. que se encon- "traba en el puente, parar las máquinas; se arrojó un salvavidas que se encontraba "a la altura de la torre 2, se ordenó arriar el bote de guardia y se maniobró con las "máquinas".

"Como el Teniente Yaben pudo tomar el salvavidas que se le arrojó, le fué arro- "jado un segundo a la altura del centro del buque amarrándolo con un cabo a bordo, "el cual, también pudo tomarlo, siendo izado en esa forma a bordo".

"En el momento de caerse al agua el Teniente Yaben, el buque se encontraba "con las máquinas despacio por encontrarse gente trabajando en afirmarse el tangón "de la red de torpedos en la banda de babor".

"En el salvataje se perdió un salvavidas circular de corcho".

"JUAN ASCONAPE"
"Of. de Guardia".

"En navegación, Octubre 23 de 1917

"Señor Comandante del Acorazado "RIVADAVIA".

"El Cirujano de Ia. Belisario Saborido, Jefe del Servicio Sanitario del buque de "su mando, se dirije a V. S. comunicando que siendo las 10 a.m. del día de la fecha, "fué atendido por el que subscribe el Teniente de Fragata Jacinto R. Yaben, el cual "mientras ejecutaba un acto de servicio en la proa del buque, cayó al agua a causa "de un golpe de mar. Presenta pequeñas heridas contusas sin importancia en la región "frontal izquierda, nasal, labial y escroto".

"Aún cuando las heridas son sumamente leves, pongo el hecho en conocimiento "de V. S. por las consecuencias que podría acarrear a dicho Oficial la mojadura y en- "friamiento o el shock nervioso consecutivo".

"BELISARIO SABORIDO"
Cirujano de Ia.

"Comodoro Rivadavia, Octubre 24 de 1917

"Señor Ministro de Marina.

"El Capitán de Navío Carlos Daireaux, Comandante del Acorazado "RIVADA- "VIA", eleva a V. E., a los fines que estime conveniente los partes del Oficial de "Guardia y del Cirujano del buque respecto al accidente de que fué víctima el Teniente "de Fragata Jacinto R. Yaben, el que debido a un golpe de mar fué arrojado al agua "mientras se encontraba en la proa del buque recorriendo las escotillas y tapas de "ventiladores por donde filtraba el agua".

"CARLOS DAIREAUX".
"Comandante"

yeras, que quedaron en estado comatoso, falleciendo a las pocas horas. Ambos pertenecían a mi División.

Después de un mes de estada en Comodoro Rivadavia, al restablecerse la normalidad, regresamos a Puerto Belgrano. En mayo de 1918 llevamos a bordo al Presidente Yrigoyen a Comodoro Rivadavia, que fué a visitar los Yacimientos Petrolíferos. Al regreso a Puerto Belgrano, el acorazado "RIVADAVIA" recibió orden de alistarse de inmediato para conducir a los Estados Unidos de Norte América al Embajador argentino acreditado ante aquel Gobierno, Dr. Rómulo S. Naón. Zarpamos de Puerto Belgrano el 30 de mayo para Río de Janeiro, de donde continuamos viaje, haciendo escala en Pernambuco y después en la Isla Barbados. En el viaje resultaron dificultades notables en las máquinas debido a que perdían los casquetes de los condensadores, lo que impuso una reparación provisoria en las Islas Barbados, y realizada, seguimos viaje a Hampton Roads, que es la primera base naval del Atlántico, donde desembarcó Naón y quedamos algunos días, para continuar viaje a Nueva York. Permanecimos en esta ciudad dos meses y medio, zarpando a últimos de septiembre, en viaje de regreso.

Fué muy interesante la estada en los Estados Unidos, porque en aquellos días se combatía vigorosamente en la parte final de la Primera Guerra Mundial y los submarinos alemanes atacaban a la navegación aliada sin consideración alguna. Por esta causa, en el viaje del acorazado "RIVADAVIA", de regreso, al zarpar de Nueva York, se dispuso que el buque realizase su travesía nocturna con todas sus luces encendidas, bien iluminado el pabellón nacional, pero toda la tripulación "en puestos de combate", al pie de los cañones, cargados los de defensa antisubmarina, por si el buque era confundido con algún acorazado norteamericano, ya que por su construcción era exactamente igual a los de esta nación, y era muy fácil confundirlos, pues lo del pabellón podría interpretarse en este caso especial, como una estratagema. Recuerdo que en el viaje de Hampton Roads a Nueva York, fué torpedeado y hundido el crucero norteamericano "SAN DIEGO", de 14.000 toneladas, por un submarino alemán, habiendo sucedido el ataque con pequeña diferencia de tiempo, en un punto por el cual pasó esa misma noche el acorazado "RIVADAVIA", que en esa oportunidad iba solamente con las luces reglamentarias de navegación y encendidas otras, pero en forma que no habría podido repeler de inmediato un ataque, posible por las características del buque.

Al llegar a Río de Janeiro, nos encontramos con que allí hacía furor la terrible "influenza española", de resultados mortales para los atacados. Los cadáveres estaban insepultos en los cementerios de la ciudad por la enorme afluencia de muertos en esos días. En el buque insignia del almirante Caperton, Comandante en Jefe de la Flota del Atlántico Sur, crucero "PITTSBURG", a las 10 de la mañana de ese día —23 de octubre de 1918— fué izada a media driza el pabellón norteamericano. Fuí enviado a dicho buque para enterarme de la razón de tal medida, y el señor Comandante en Jefe me manifestó que se habían producido 25 bajas dentro de las últimas 24 horas en el "PITTSBURG": por esta causa, el almirante Caperton me manifestó que iba a hacer atracar al costado del acorazado "RIVADAVIA" chatas cargadas con carbón que estaban listas para abastecer a los buques de su escuadra, con el fin de que embarcáramos el combustible necesario con la mayor rapidez posible, a fin de que zarpásemos a la brevedad para tratar de evitar la contaminación de tan grave mal. Así fué, y recuerdo que personalmente, en lo que a mí me competía, estuve en la chata carbonera que nos trasbordó el combustible que tuve que embarcar con mi división, durante toda la faena, que se hizo verdaderamente a "son de guerra", ya que la situación reinante no era muy halagadora. En esta forma, el acorazado pudo zarpar en muy breve tiempo, con destino a Puerto Belgrano, habiendo logrado que la terrible "influenza española" no nos hiciera algún daño.

Estando amarrado el acorazado "RIVADAVIA" en una de las dársenas de Puerto Belgrano (en esa época se le llamaba "Puerto Militar"), se recibió la orden de correrlo a otro punto del muelle, para lo cual era necesario emplear los cables y cabos de amarre, utilizando los guinches de a bordo. La maniobra se realizó estando el suscripto a cargo de la parte de proa con todo el resto del personal del buque en sus "puestos de maniobra", estando a cargo de toda ella el 2º Comandante, capitán de fragata D. Aureliano Rey.

En circunstancias en que estaba completamente teso el cable que corría el buque pasando por los escobenes de proa e iba a rematar en el guinche situado entre las Torres I y II, llegó el 2º Comandante, a quien advertí que no fuese a tocar el guinche mencionado porque el cable que él tesaba, estaba como cuerda de guitarra. Sin embargo, el capitán Rey, llevado por su modalidad personal, le ordenó al que manejaba el guinche, "una vueltita más", que apenas iniciada, cortó el grueso cable de acero, que salió "caracoleando por la boca del escobén", muy cerca de la cual nos encontrábamos: a estribor, el Suboficial de Timonería Leira — que tantas veces sirvió a mis órdenes en varios buques de la Armada, español de nacionalidad — y a babor el que firma. Felizmente, Dios quiso que no nos tocase el caracoleo a ninguno de los dos, lo que hubiese sido de singular gravedad para nuestros frágiles cuerpos. Recuerdo que la cara colorada de Leira, más colorada que de costumbre, me hizo ver mejor que nada la realidad por la que habíamos pasado, y que el buen Suboficial remató con esta frase: "¡De la que nos hemos salvado, señor Teniente!" Y así se lo hice presente al 2º Comandante para que otra vez no fuese tan generoso con el cuero ajeno. Por cierto, fué impresionante cómo pasó entre Leira y yo el chicote furiosamente enardecido con la tremenda estrepada que lo había cortado como a un hilo de coser. ¡También eran 30.000 toneladas de acero que estaban en marcha!

En el mes de enero de 1919 estalló en Buenos Aires la famosa "Huelga sangrienta", que tantas víctimas produjo. Los acorazados "RIVADAVIA" y "MORENO" prepararon sendas compañías de desembarco, que conjuntamente con el personal de otros buques de la escuadra se embarcaron en el crucero "9 de JULIO" para ser trasladados a Buenos Aires; tocándome mandar la del "RIVADAVIA". Al llegar al puerto de esta Capital, el movimiento huelguista ya estaba cediendo, debido a la violencia con que fueron repelidos los ataques de los que estaban en él complicados, de modo que nuestros hombres no tuvieron que intervenir en ningún asunto sangriento, de lo que mucho nos alegramos por lo doloroso que implica el disparar armas contra sus propios conciudadanos. Permanecimos, no obstante, como dos meses en Dársena Norte, alojados en el Hotel de Inmigrantes.

En marzo de 1919 me incorporé a la Escuela de Aplicación para Oficiales, donde seguí el curso de "Servicio de Estado Mayor", terminando a fin de año los programas fijados por la dirección del establecimiento con éxito.

Después de un corto embarque de 4 meses en el crucero acorazado "SAN MARTIN", fuí destinado a fines de abril de 1920 al crucero acorazado "BELGRANO", donde el comandante, capitán de fragata AURELIANO REY me designó Oficial de Derrota. Tomamos parte en el período de maniobras de la escuadra de ese año, pero el hecho más inolvidable lo constituyó para mí — y seguramente para muchos — la noche del 12 al 13 de julio de 1920.

Ese día al zarpar los buques de la Escuadra de Mar para el Rincón, habiendo comprobado que las rosas de los compases de gobierno y patrón estaban desimantadas, le pedí al Comandante cambiarlas y al mismo tiempo proceder — como era imprescindible — a compensar dichos compases, lo que practicamos en el Rincón ese mismo día; no habiendo sido posible efectuar la compensación por el llamado "error de escora", que

tiende a anular el efecto de los hierros verticales del buque cuando éste se encuentra rolando o cabeceando. Terminada la tarea, quedamos en el Rincón hasta la caída de la tarde, en que de acuerdo a las órdenes recibidas, el "BELGRANO" zarpó conjuntamente con el crucero acorazado "GARIBALDI" con destino a Mar del Plata, llevando a remolque en las horas diurnas pequeños blancos para ejercitarse en el tiro de cañón reducido el personal de apuntadores de ambos buques. Ya se podía afirmar desde que salimos al Rincón, que el tiempo estaba completamente alterado y que se aproximaba un temporal que sería de fuerza considerable.

El viento del ESE empezó a arreciar desde que zarpamos ambos buques después de las 17 horas. Cuando empezamos a entrar en la zona de mayor profundidad el oleaje fué creciendo en altura y violencia, y a la hora de marcha ya el buque estaba obligado a enfrentarse al huracán. El Comandante resolvió "correr el tiempo", pero al poco rato de hallarse el buque en esta posición con respecto a la mar, estando los oficiales cenando —por supuesto de pie y en la forma más difícil posible, pues el "BELGRANO" rolaba extraordinariamente y cada momento embarcaba grandes olas— llegó el ordenanza del Comandante a avisarme que éste me llamaba al puente. Al llegar allí después de infinitas dificultades, pues el buque era una verdadera catarata por las olas que embarcaba, el capitán Rey me dijo que el buque se había atravesado a la mar y que quería enderezarlo, pero para ocupar la posición de "capa" en vez de "correr el tiempo". ¿Qué había sucedido? Simplemente, al querer el timonel seguir el rumbo indicado en el compás de gobierno, la rosa de éste sufría fuertes desviaciones producidas por la acción de los hierros verticales del buque debido a los grandes rolidos que éste daba. Proseguí a llevar un compás de bote líquido, que por esta razón era más estable, y lo instalé en la mesa de cartas en la casilla de navegación, donde lo clavé lo mejor que pude, y con él se mantuvo el rumbo de capa, al que de inmediato a mi llegada al puente se había puesto el buque no sin las dificultades inherentes al mal gobierno consiguiente a un temporal de extraordinaria violencia.

Permanecí toda la noche en el puente, vigilando constantemente el rumbo con mi compás de bote, avisándole constantemente al timonel cada vez que el buque se apartaba pocos grados del rumbo ordenado, que era difícil mantener debido al fuerte rolido del buque. A pesar de la altura que nos hallábamos, 11 metros sobre la línea de flotación, las olas rompían con singular violencia y nos mantenían constantemente empapados en el puente. El viento era de una violencia tal, que cuando pretendí tomar su velocidad con el anemómetro, volaron las paletas de éste. La ropa sufría enormemente con la violencia del huracán tan pronto se salía de la protección de los chubasqueros del puente. La casilla de navegación estaba continuamente azotada por el agua del mar que nos mantenía constantemente mojados, al oficial de guardia y a mí; porque desde las 22 horas quedamos solos en el puente con el timonel en la rueda y el señalero de guardia. Desde los primeros momentos habíamos perdido de vista al "GARIBALDI". El mal tiempo azotaba con inusitada violencia: no era posible someterse a la furia del viento huracanado, sin que éste maltratase la ropa y dificultara enormemente para trasladarse de un punto a otro, y así continuó durante toda la noche. Como a las 4 de la mañana del día 13 quedó el buque a oscuras a consecuencia de que habiendo entrado agua en grandes cantidades en la parte de proa por haber dejado el 2º Comandante el cabo de remolque utilizado al salir de la Rada, parte sobre el castillo —la que estaba aun mojada— y el resto enviado al pañol correspondiente, había exigido que quedase abierta un poco la tapa de la escala de bajada a la 2ª cubierta por donde entró constantemente gran cantidad de agua en el curso de la noche hasta que se anegó el cuadrado de proa de 3ª cubierta donde se encontraban los tableros de distribución de la corriente eléctrica, la que por esta causa cesó de proporcionar luz en

el buque. Con toda clase de dificultades se solucionó en el puente la falta de luz para iluminar el compás de gobierno colocando lantias a aceite. El comandante subió al puente alrededor de las cuatro y cuarto de la mañana, al notar que el buque estaba sin luces, haciéndolo con suma dificultad por la violencia del viento. Este empezó a amainar después de las 5 de la mañana y a las 6 ya había pasado al SSO., es decir, Pampero, pero muy sucio, pues empezó a soplar con gran violencia, al extremo que el acorazado "MORENO" —que fondeado a dos anclas la noche anterior entre las boyas 3 y 4 del "Canal de la Manuelita", no se había podido mantener en su fondeadero, habiendo "garreado" como 400 metros a pesar de que debió mantener sus máquinas "adelante despacio" para permanecer sin peligro en ese lugar—, debió zarpar a la madrugada para salir a alta mar para "capear" el temporal que se presentaba con el "Pampero sucio": cruzándose con nosotros, que a la inversa entrábamos a puerto debido a que nuestros víveres se habían perdido en su gran parte por la inundación de la sección proa, como se ha dicho. Al aclarar y cuando fué posible recorrer el buque, pude constatar las graves averías sufridas a causa de la violencia del temporal: la lancha salvavidas Nº 4, de 12 remos, había sido arrancada llevándose uno de los brazos de sus pescantes, que había sido arrancado de su base del costado; quedando el brazo caído sobre la banda de babor, y el cuadernal del aparejo en la parte superior tenía cortado como con tijera las distintas partes del cabo que pasaba por las distintas roldanas de ambos cuadernales. El chinchorro Nº 2, que estaba trincado a la cubierta en la banda de babor, casi debajo del puente, también había sido arrancado; un carretel con 200 metros de cable de acero y unos 2 ½ centímetros de diámetro, fué también arrastrado por la violencia de las olas, así como también las guindolas salvavidas colocadas en el coronamiento de popa y multitud de otros objetos de menor volumen. Muchísimas averías se comprobaban a lo largo del buque, que parecía haber salido de un combate contra enemigos, más que de una lucha a muerte con la naturaleza. En esa noche, también inolvidable para mí, estuve en el puente desde las 19 horas del 12 hasta las 6 de la mañana del 13 de julio, sin abandonar el puente, siempre de pie y alerta, vigilando el rumbo de gobierno con el compás de bote. Más de una vez comentamos con el Oficial de Guardia que en esa oportunidad nos estábamos ganando el sueldo que quizás en muchas otras jornadas nos pagasen en exceso. Me acompañaron en esa noche, los entonces alféreces de navío: Otto Fischer, Juan M. Carranza y Angel Acevedo, que cumplieron los cuartos de guardia de 20 a 24, de 0 a 4 y de 4 a 8, respectivamente.

En el violento temporal de la noche del 12 al 13 de julio de 1920, el crucero acorazado "GARIBALDI" también sufrió muchas dificultades al igual que el "BELGRANO", pues lo tomó en la misma zona que a éste. Esa noche, el vapor italiano "MONTE PASUBIO", de 17.000 toneladas, fué arrastrado por el mar cerca del puerto de Quequén tan lejos en tierra, que allí quedó para siempre: era un buque completamente nuevo y era el primer viaje que hacía al Río de la Plata.

Participamos en las maniobras de la Escuadra de Mar en ese año 1920, que terminó con el tiro de cañón por los buques componentes de la misma, entre los cuales cumplió su parte el crucero acorazado "BELGRANO", que obtuvo excelente resultado en las pruebas.

En el año 1921 me correspondió continuar ejerciendo el cargo de Oficial de Derrota del mismo buque, pero esta vez bajo el mando del capitán de fragata Horacio Oyuela: formando parte el "BELGRANO" desde el primer momento de la Escuadra de Mar y en calidad de buque insignia del Jefe de la 2ª División de la misma, capitán de navío Luis A. Lan.

En pleno período de maniobras, el Ministro de Marina, contralmirante Tomás Zurueta, se trasladó a Puerto Belgrano, donde ordenó que el "BELGRANO" se alistase para hacer un viaje a Méjico, con la finalidad de estar en aquel país para el 27 de septiembre, fecha en que se cumplía el

centenario de la declaratoria de su independencia: zarpamos de Puerto Belgrano con tal objeto el 14 de agosto, habiendo nacido 4 días antes mi única hija, Antonia Esther, sin que me hubiese sido posible salir con licencia para conocerla por estar preparándose el buque para zarpar. Casualmente me encontraba de guardia el 11 de agosto al recibir el telegrama de mi padre dándome la grata noticia y para mayor casualidad era el día de mi cumpleaños: estábamos ocupados en la faena de hacer carbón para zarpar.

El 14 salimos de Puerto Belgrano, pero por el través de Cabo Corrientes se nos ordenó seguir viaje a Montevideo para concurrir allí a los festejos del 25 de agosto, mientras que se disponía que la fragata "SARMIENTO" concurriese a Méjico para la fecha centenaria, pues consultado con calma su itinerario, se comprobó que podría hacerlo sin ninguna dificultad.

Al regresar a Puerto Belgrano, nos incorporamos al período de instrucción de la Escuadra de Mar, de modo que recién pude llegar a mi casa con licencia el 3 de octubre.

Nos encontrábamos con licencia, ya terminado el programa de instrucción de ese año, cuando recibí un telegrama ordenándome el inmediato regreso a bordo del "BELGRANO", con el que zarpamos en seguida para Puerto Deseado, donde permanecimos más de 40 días, sirviendo de C. G. de las operaciones, que se realizaron en la Patagonia con motivo del alzamiento armado de una gran cantidad de forajidos — la mayoría chilenos — que titulándose "huelguistas", mantuvieron toda esa zona en constante alarma, lo que impuso al Gobierno Nacional a destacar el Regimiento 1º de Caballería y otras fuerzas de tierra y también de mar, conducidas una parte por el crucero "9 DE JULIO" hasta Comodoro Rivadavia; otra por el "BELGRANO" a Deseado; y otras enviadas por medio de otros buques de la Armada. La campaña fué larga y sangrienta, pues las fuerzas en operaciones contra esos bandidos procedieron con todo el rigor que acordaban las leyes para esos casos, y perdieron la vida muchísimos *"huelguistas"*. Más tarde se vengaron éstos, dando muerte al teniente coronel Varela, que mandaba el 1º de Caballería en aquella emergencia.

De regreso a Puerto Belgrano a comienzos de febrero de 1922, fuí destinado como Primer Ayudante del E. M. de la 1ª División Naval, bajo el comando del contralmirante Julián Irizar, que enarbolaba su insignia en el acorazado "MORENO".

Intervenimos en tal carácter en las maniobras de la Escuadra de Mar de ese año, que fueron interrumpidas a fines de agosto de 1922, para el acorazado "MORENO", por haber sido destacado este buque para una misión en el extranjero: a su bordo se embarcó la Embajada Extraordinaria que el Gobierno Argentino designó para representar a la Nación en las fiestas del Centenario de la Independencia del Brasil, a realizarse el 7 de septiembre de ese año. El contralmirante Irizar fué designado Agregado Naval a la Embajada y en tal calidad lo acompañé en el cumplimiento de esa misión, como Primer Ayudante. La Embajada iba encabezada por el Dr. Eufrasio Loza, y estaba integrada por otras 32 personas más que viajaron a bordo del "MORENO", que llegó a Río de Janeiro el 6 de septiembre antes de mediodía.

En la hermosa Bahía de Guanabara se concentraron los buques de guerra más potentes del mundo. El crucero de batalla "HOOD", de 45.000 toneladas de desplazamiento, el más grande entonces de la marina británica y de todo el orbe; acompañado por el crucero de batalla "REPULSE". Los acorazados norteamericanos "COLORADO" y "NEVADA". Una escuadra japonesa compuesta de tres importantes unidades, que se hallaba realizando el viaje de instrucción de los cadetes navales ese año, alrededor del mundo, participó en los festejos brasileños; así como también varios buques de guerra de otras naciones.

Fueron extraordinarios los actos realizados en Río de Janeiro con

motivo del magno acontecimiento. Numerosas las fiestas que se celebraron en tierra y en buques extranjeros y brasileños. El acorazado "MORENO" retribuyó por su parte, dando a su bordo una gran matinée danzante. El baile que se dió en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Palacio de Itamaratí, sobrepasó todas las ambiciones de los concurrentes a aquellos festejos. La Embajada Argentina dió por su parte otro baile extraordinario en el "HOTEL GLORIA", que recién se inauguraba; pero de tantas fiestas ninguna dejó un recuerdo más imborrable en mi pensamiento que el baile con que el "CLUB NAVAL" de Río de Janeiro obsequió a sus colegas extranjeros.

Tal baile se fijó para el 15 de septiembre. Del acorazado "MORENO" concurrieron una gran cantidad de jefes y oficiales. El que escribe debió haberse embarcado para concurrir a dicha fiesta, en la lancha del Comandante del buque para trasladarse a tierra, pero creyéndola muy cargada resolvió hacerlo en la de oficiales, que era bastante más grande. Ibamos vestidos de frac para tan trascendental fiesta. Al encontrarnos —como a las nueve de la noche— debajo del puente que une la Isla das Cobras con el Arsenal de Marina, sentimos desde adentro de la cámara una voz violenta de "¡Guarda!", e inmediatamente nos conmovió un terrible choque. La lancha en que viajábamos había sido abordada por un vaporcito de la Escuela de Aviación Naval brasileña, embistiéndola, felizmente, a pequeña distancia de la caldera, que si a ésta la toca, hubiera explotado.

La lancha quedó prendida en la proa del vaporcito, que con la velocidad que llevaba, nos arrastró prácticamente hasta el muelle del Arsenal. La mayor parte de los oficiales se pasaron al vaporcito por la proa, mientras la embarcación argentina estaba incrustada en aquél. Muy pocos quedamos a bordo de la lancha, yo entre ellos, porque al salir de la cámara después del choque, siendo el teniente de fragata más antiguo, iba sentado lo más a proa posible, porque estando colocado de chubasquero —que era cubierto— la salida quedaba hacia popa y todo el pasadizo de la cámara estaba lleno de oficiales de menor jerarquía. Al encontrarme en cubierta pude comprobar con sorpresa que la lancha no se había hundido al desprenderse de la proa del vaporcito porque tocaba en alguna piedra próxima al muelle.

Poco después llegó la lancha del Comandante del "MORENO", y ella aproximó la averiada bien al costado del muelle, y con el concurso de los oficiales que a continuación nombro: teniente de fragata Matías López, ingeniero maquinista de 1a. Luis B. Pistarini e ingeniero maquinista de 2a. Gustavo Lasalle; procedimos a trincarla bien al muelle, lo que nos llevó una buena cantidad de tiempo. Por supuesto, en esta maniobra no sólo participó la dotación de la lancha averiada sino también la de la otra lancha. Cuando estuvo asegurada la primera, entonces nos pasamos a tierra y como a las 11 llegamos al "Club Naval", a cumplir con nuestra misión social después de haberlo hecho integralmente con la profesional, aunque en el proceso de amarrar la lancha a tierra nos habíamos cuidado nuestro aliñamiento, tratando de evitar manchar nuestro uniforme, de modo que después del mal rato pasado, pues fué obra del Destino que la embarcación con el casco casi cortado en dos no se sumergiese gracias a la piedra en que se asentó. La lancha fué echada al Arsenal al día siguiente y allí le fabricaron un cinturón para poder remolcarla hasta el costado del "MORENO", el cual al llegar a Puerto Belgrano la envió al Arsenal donde se le hizo completamente nuevo casco. La razón de la embestida fué la siguiente: el patrón de nuestra lancha tocó una pitada, que quería decir: "¡Voy a estribor!"; pero creyendo que su señal no había sido oída, volvió a repetirla, de modo que el encargado del vaporcito interpretó que eran dos pitadas, que quieren decir: "¡Voy a babor!" y maniobró en consecuencia, produciéndose el abordaje violentísimo.

El 23 de septiembre zarpamos de Río de Janeiro con destino a Puerto Belgrano, reincorporándonos a la Escuadra de Mar. A fin de año el aco-

razado "MORENO" efectuó su tiro de combate con los cañones de 305 y de 152 mm., con un resultado muy halagador. Terminadas las maniobras, fuí destinado a comandar el Aviso "M4", perteneciente al grupo de 10 unidades de este tipo adquiridas poco antes en Alemania, con el que efectué algunos viajes. Había sido ascendido a teniente de navío el 5 de octubre de 1922.

En abril de 1923 fuí nombrado Jefe del Depacho de la Dirección General del Material, cuyo Director General era el contraalmirante Julián Irizar, a cuyas órdenes permanecí hasta fines de ese año, en que lo reemplazó su colega Abel Renard. En enero de 1924 se me designó 2º comandante del transporte "RIO NEGRO", bajo el comando del capitán de fragata Julio Zurueta, buque con el cual nos alistamos inmediatamente para efectuar un viaje por las costas del Sur, con escala en numerosos puertos y destino final Ushuaia.

Realizamos el viaje con toda felicidad, cumplimentando las instrucciones recibidas, llegando en la madrugada del 3 de mayo a las bocas del Río de la Plata, donde, como sucede con frecuencia en esa época del año, encontramos niebla, pero con las atenciones que este estado climático exige, entramos en el canal que termina en el Faro Recalada. El comandante me encargó la dirección del buque mientras él iba a arreglarse para la entrada a puerto, en lo que demoró más o menos una hora, regresando al puente para tomar el mando del transporte. En este momento faltaba poco para llegar al "Codillo", y habíamos navegado sin dificultades pese a la niebla que era un poco cerrada, aunque no completamente compacta. Más bien eran bancos de niebla que pasaban.

Me trasladé a mi camarote para prepararme también para la entrada a puerto: me estaba afeitando y me faltaba sacarme el bigote únicamente, cuando sentí repetidos sirenazos, y asomándome por el "ojo de buey" — que estaba situado a babor, a popa, antes de llegar a la altura de la bodega 4, frente a la salida de las máquinas —, vi que se venía encima del "RIO NEGRO" un barco de grandes dimensiones, que su dirección era a abordarlo precisamente a la altura donde se encontraba mi camarote. Salí de éste con apresuramiento y antes de terminar de recorrer los pasadizos que daban a la cámara y camarotes de oficiales, se produjo el abordaje, tan extraordinariamente violento, que me arrojó a la cubierta con violencia. Me levanté, enseguida fuí a enterarme de lo sucedido: el "RIO NEGRO" habia sido abordado por un buque de la compañía "Nelson Line", llamado el "HIGHLAND LOCK" que iba en plena carga para Montevideo, calando 26 pies. Este barco había estado fondeado en las proximidades del "Codillo" mientra la niebla estaba muy cerrada y acababa de levar para ir a tomar el canal aboyado, cuando de improviso —en medio de la niebla— se avistó con el "RIO NEGRO" que navegaba a 10 millas: por la posición y distancia a que se avistaron se hizo inevitable el choque como una consecuencia irreparable de la corta visibilidad en esos momentos. Fué tan violento el choque, que el "RIO NEGRO" embestido por su banda de babor — a unos diez metros de donde estaba mi camarote — fué abierto literalmente hasta el centro del buque, pasando la roda del "HIGHLAND LOCK" la línea de crujía del transporte y fué detenido en su violenta embestida por el guinche que servía a las plumas de las bodegas 4 y 5 del "RIO NEGRO". El costado de éste quedó abierto todo el ancho de la proa del buque inglés, pero felizmente la avería quedó localizada en la bodega 4, y por menos de dos metros no alcanzó al mamparo de proa de ésta que la separaba del compartimento de calderas, que si hubiera sido alcanzado habrían explotado éstas. Solamente llegaba a éstas un pequeño chorro de agua por algún agujero existente en el mamparo mencionado. Todo esto lo comprobé en el tiempo menor que el necesario para referirlo y le informé al Comandante, manifestándole ser innecesario arriar las embarcaciones, como ya lo había ordenado, pues no existía peligro de naufragio, por estar el "RIO NEGRO" incrustado en la proa del "HIGHLAND

LOCK", debido a que el primero sólo calaba 20 pies y había sido cortado hasta la quilla, y además por estar localizada la avería en la bodega 4, de modo que al quedar desprendido el transporte del otro buque, flotaría calando más por estar inundada dicha bodega.

Los 135 pasajeros que conducíamos de Ushuaia y de otros puntos se trasbordaron al "HIGHLAND LOCK", así como también el contador que se iba a encargar de ellos, que iban a ser conducidos a Montevideo. Entretanto, nosotros seguimos navegando por nuestros propios medios después que nos desprendimos del buque inglés, lo que nos dió bastante trabajo, pues estaba incrustado en el nuestro, habiéndonos arrastrado la corriente bastante desde el punto en que se produjo el choque —entre boyas 11 y 12 del Canal— llegando al día siguiente al Puerto de Buenos Aires, donde tan pronto nos aligeraron parte de la carga entramos a dique seco en Dársena Norte para las reparaciones que inmediatamente se iniciaron. Conservo una fotografía del buque en dique mostrando la gran brecha que le abrió el "HIGHLAND LOCK".

A comienzos de agosto de 1924 llegó el Príncipe Humberto de Saboya, y me correspondió el honor de mandar la Escuela de Mecánica de la Armada en el gran desfile que se realizó en homenaje a Su Alteza.

Estando ya listo el "RIO NEGRO" para realizar un nuevo viaje al Sur, se dispuso que el capitán Zurueta pasase a otro destino y el Ministerio me nombró comandante accidental de este transporte, que debía entregar al Teniente de Navío Rafael E. Ladoux en el Puerto Madryn, quién a su vez debía entregarme el buque petrolero "MINISTRO EZCURRA", para cuyo comando había sido designado titular. Cumplida esta entrega, realicé cinco viajes con este último buque, conduciendo petróleo desde Comodoro Rivadavia a esta Capital: en unos de esos viajes me correspondió proveer dicho combustible al acorazado "MORENO", el 24 de noviembre de 1924, en "Puerto Hambre", en el Estrecho de Magallanes, en el viaje que dicho acorazado realizó a Norte América para ser modernizado y que lo hizo por el Pacífico, porque debió tomar parte en los festejos que se realizaron en el Perú con motivo de cumplirse el 9 de diciembre de ese año, el centenario de la batalla de Ayacucho, que dió término a la dominación española en la América del Sud. Fué como Embajador especial para concurrir a tales fetejos, el Ministro de la Guerra, general Agustín P. Justo, que se embarcó en Valparaíso a bordo del "MORENO" para dirigirse al Callao.

En enero de 1925 fuí destinado a la División Personal de la Base Naval de Río Santiago, donde, entre las varias funciones que desempeñé, se me encomendó la instrucción de un batallón de 600 hombres escogidos, el que debía formar ese año con motivo de la visita anunciada del Príncipe de Gales —más tarde Eduardo VIII— logrando con el excelente plantel de instructores que se me proporcionó, un alto grado de instrucción y rigurosa disciplina, que destacó dicho batallón cuando desfiló con motivo de la fecha patria y a la llegada del mencionado Príncipe, cuyo mando ejercí en tales oportunidades.

Permanecí en el puesto de referencia hasta el mes de febrero de 1926, en que fuí designado 2º comandante del crucero acorazado "GARIBALDI", bajo el comando del capitán de fragata Juan Bonomi, buque escuela de artillería y de entrenamiento, con el que estuvimos navegando con frecuencia para la preparación del personal, alternando con estadas en Dársena Norte con motivo del raid aéreo del comandante Franco, en el cual el "GARIBALDI" sirvió de base para la recepción de los héroes de esa prueba tan arriesgada en esos tiempos. Igualmente nos encontramos en este puerto cuando el raid del mayor Olivero y del señor Duggan; como en la misma forma cooperamos cuando llegó el general marqués de Pinedo en su viaje postrero, que terminó con el incendio de su avión y pérdida en un lago de los Estados Unidos.

En enero de 1927 el crucero acorazado "GARIBALDI" fué designado

buque insignia de una división mandada por el capitán de navío D. Segundo R. Storni, la que se organizó con fines de instrucción, realizando un viaje a Mar del Plata donde fuimos muy bien recibidos y agasajados por todos los centros a los que concurrimos. De regreso de este viaje, el "GARIBALDI" que había cambiado de comandante, ejerciendo el cargo entonces el capitán de fragata Juan Cánepa, recibió la orden de alistarse para ir a Montevideo con motivo del cambio presidencial el 1º de marzo de 1927, en que asumió tan alto cargo el Dr. Campistegui. La Embajada Argentina iba presidida por el Dr. Rómulo S. Naón y la integraban el general José F. Uriburu y otras personas. Al regreso de este corto viaje, fuí destinado al Estado Mayor General de la Armada, como jefe de sección en la División Informaciones.

Permanecí en ese destino hasta el mes de mayo de 1928, habiendo sido promovido a capitán de fragata el 1º de enero de 1928.

En mayo de este año pasé a la Base Naval de Río Santiago como Jefe de la División Personal, cargo que solamente ejercí hasta el mes de agosto de 1928, en que fuí nombrado Jefe de la Sección Conscripción y Reservas de la Dirección General del Personal, con asiento en esta Capital.

Ejerciendo este cargo se me concedió una de las más grandes satisfacciones que he experimentado en mi carrera, y por consecuencia, en el curso de toda mi existencia: se me designó Profesor de Guerra Marítima y de Operaciones Combinadas en el III Curso de la Escuela Superior de Guerra del Ejército, haciéndome así, la Superioridad, cumplido honor a mi tesonera preocupación por los estudios relacionados con el Arte de la Guerra, y en particular a la singular dedicación que le presté a la I Guerra Mundial, cuyas operaciones marítimas estudié con singular detalle y así como también la conducción general de las operaciones en los distintos frentes terrestres, por considerar ya entonces el suscripto, la estrecha vinculación que existía entre el desarrollo de la guerra en los distintos frentes, fuesen estos terrestres o marítimos. Como profesor en la Escuela Superior de Guerra fué que la suerte me deparó conocer al entonces bizarro capitán don Juan Perón, con quién desde el principio se estableció entre los dos la más franca camaradería y singular amistad, pues desde el primer momento reconocí en él un eximio profesional adornado de las más altas y nobles cualidades que adornan a la raza humana. Perfilé en tan distinguidísimo oficial que la Patria contaría en el futuro con un hombre extraordinario, de excelsas condiciones para el Alto Comando, y a cuya superior capacidad militar —ya entonces bien puesta en evidencia con la publicación de sus primeros libros, entre ellos el titulado "EL FRENTE ORIENTAL EN LA GUERRA MUNDIAL EN 1914", que tan alto colocó su hoy ilustrísimo nombre en esa época— se unía una exquisita urbanidad, que exteriorizaba la gran bondad de su espíritu singular, que hoy, con mejores conocimientos de nuestros grandes servidores, comprobamos que es herencia que ha recibido del sabio médico que fué su gran abuelo el Dr. Tomás L. Perón, a cuya superior capacidad profesional unió el más noble altruismo en el ejercicio de su humanitaria profesión, como lo demostró en su extraordinaria vida. Los sentimientos patrióticos que nos animaban en grado sumo, la concordancia de nuestros pensamientos en el orden profesional y sobre todo, una orientación general por el camino recto de ser útil y leal a la Patria, nos vincularon desde el primer momento en que el Destino nos puso en contacto, con los lazos de la más perfecta e inquebrantable amistad. Jamás en ese entonces, pude suponer que el capitán Perón iba a escalar la extraordinaria jerarquía política tan eminente que ha logrado no sólo en el orden nacional sino en el mundial, pues mi pensamiento estaba lejos de pensar sino en que alcanzaría a ocupar los más altos destinos en la milicia en mérito a sus excepcionales calidades naturales, patriotismo y singular capacidad profesional. Por supuesto, me resultó desde el primer instante, un personaje de atracción extraordinaria, que despierta con su sola presencia la alegría

inexplicable que fluye de tratar a un ser dotado tan generosamente por la naturaleza y por su exquisita educación, de las modalidades más atrayentes que puedan adornar al ser humano: afectuosidad, bondad, espíritu siempre listo para el bien y para concurrir en auxilio de todo el que lo necesite, tanto en el orden físico como en el espiritual. Puedo asegurar, bajo mi palabra de honor, que el actual gran Presidente que rige con tanta sabiduría y patriotismo los destinos de la Nación Argentina, no ha variado un ápice en sus calidades espirituales, intelectuales y personales que las que ya exteriorizaba el capitán Perón en la época que la suerte me brindó conocer a tan notable personaje.

En el Ministerio de la Guerra, en el despacho del mayor Pedro Sahores, nos reuníamos dos y tres veces por semana con éste y el capitán Perón, donde por supuesto, conversábamos de temas muy interesantes a nuestra profesión, especialmente de Guerra.

Me fué tarea gratísima el desarrollo de mis cursos de Guerra Marítima y Operaciones Combinadas en la Escuela Superior de Guerra. Ella me significó ocuparme con provecho de las materias profesionales que habían sido de constante atracción y de permanente estudio desde mis primeros años de oficial subalterno. Sentía en mi espíritu un alto deseo de perfeccionamiento superior para que mi Patria pudiese contar, si las necesidades lo exigían, con un verdadero conductor naval. Interpretaba que era la esencia y finalidad de la noble carrera de las armas, de modo que no hubo sacrificio que para lograrlo no realizase. Tesoneramente reuní la más hermosa colección de obras sobre la conducción general de la Guerra y en particular de la Guerra Marítima, logrando formar una preciosa biblioteca, en la cual casi no falta libro que se haya dedicado al estudio de la conducción de la I Guerra Mundial, complementada por la colección de las mejores revistas profesionales en los varios idiomas que poseo o puedo leer. En esta forma, mi cátedra en la Escuela Superior de Guerra creo haberla ejercido con altura de pensamiento y pleno conocimiento de la finalidad por la cual tal materia estaba agregada al plan de estudios de la Escuela, cuyos programas en mi especialidad ajusté a las orientaciones que en esos momentos de posguerra se seguían en las marinas de los países más adelantados del mundo. Esta preparación autodidáctica, a través de muchos años de estudio y aprovechando mis momentos de descanso en los pesados días de ejercicio en los buques de guerra en que serví, casi siempre incorporados a la Escuadra de Mar en operaciones, no significó nunca para mí, sino al contrario, un recreo para mi espíritu, que llenaba de satisfacción cuando iba comprendiendo que el progreso era evidente y que por suerte la vocación natural quedaba profundamente satisfecha con ese esfuerzo que en cualquier parte hubiese sido aplaudido y premiado. Yo recibí esta consagración al ser nombrado profesor del centro de estudios más distinguido en esa época, de nuestro glorioso Ejército. Fué el espaldarazo consagratorio de un esfuerzo largo y tesonero, impuesto solamente por la inquietud de mi espíritu y mi fervor patriótico, ansioso de prestarle a la Nación los más eminentes servicios cuando la situación lo exigiese.

El sábado 6 de septiembre de 1930 tenía clase temprano, como todas las demás semanas ese día, así como también los miércoles. Al llegar a la Escuela Superior de Guerra, en mi viaje desde Bánfield, donde entonces residía, me fuí enterando de los graves sucesos que se habían empezado a producir en esa madrugada. Al llegar a la Escuela, inmediatamente me rodearon varios camaradas amigos y me informaron de la situación en ese momento: el personal de Jefes y Oficiales, de Subdirector para abajo se había plegado al movimiento y al hacerme conocer esto, me manifestaron que podía tomar la decisión que me pareciese mejor, con la seguridad que ella sería respetada íntegramente. Contesté que ya había ido por el camino efectuando "Una apreciación de la situación" y que el movimiento no me sorprendía, pues me parecía desde tiempo atrás inevi-

table y que como argentino deseoso del bienestar de la Patria, me incorporaba con decisión a mis compañeros. Entonces se me informó de que el Director era el único que no estaba de parte del movimiento, y que en atención a la alta estimación personal y profesional que se le tenía en la Institución, se esperaba que resolviese cuando los plegados a la revolución podían salir a la calle pues el general Valotta había pedido a todos los jefes y oficiales poco antes de las 11, de que se le diese esta prueba de atención, mientras él se trasladaba a la Casa de Gobierno para ver cómo estaban allí las cosas. Entretanto, el desarrollo de los sucesos iba imponiendo la aplicación de las medidas más decisivas para que el movimiento no fracasase. Un grupo de jefes se lo hacíamos notar al Subdirector, coronel Miguel Duval, pues podíamos comprobar *de visu* que los regimientos 1 y 2 de Infantería se habían desplegado en tiradores a lo largo de las líneas del entonces Ferrocarril Pacífico, lo que hacía peligrar el avance de la columna a cuya cabeza marchaba el jefe de la revolución, general Uriburu. En tales circunstancias, marchó el teniente coronel Bartolomé Descalzo a avisarle al último del grave peligro que iban a enfrentar si continuaban avanzando con su columna por la calle Cabildo. El general Uriburu, ante esta noticia, resolvió cambiar el itinerario de su marcha para proseguirla por la calle Córdoba, lo que deshizo la preparación táctica que lo esperaba para destruirlo.

Hicimos los mayores esfuerzos hasta que se consiguió que el Regimiento de Granaderos a Caballo hiciese causa común con la Escuela. Allí casi se produjo un grave episodio en el cual me hubiera tocado intervención personal, con el Oficial de Guardia en esos momentos, pero lo anuló la rápida decisión de los demás compañeros que se apoderaron sorpresivamente del que pretendía oponer resistencia. Poco después la Escuela intervenía en la decisión de la tropa del comando de la 1ª División y de inmediato, en camiones, automóviles y demás medios de transporte, nos incorporamos a la marcha de la columna revolucionaria, llegando a la Plaza del Congreso con otros camaradas. Allí, en donde alcancé personalmente a saludar al jefe de la revolución, se producía breves minutos después el hecho insólito —que no ha podido ser explicado satisfactoriamente— que originó el violento tiroteo que no detuvo en nada el avance revolucionario sobre la Casa de Gobierno, y sólo sirvió para darnos el gusto de ver echar cuerpo a tierra al Colegio Militar, oír tronar el cañón y templar el espíritu con el tableteo de las ametralladoras y el fuego de fusilería. Todo lo restante se cumplimentó sin tropiezos hasta la llegada del general Uriburu a la Casa Rosada, donde se impuso, pudiendo anunciar al pueblo esa misma tarde de que asumía el mando provisorio de la Nación.

Asistí al acto solemne de la jura del Gobierno Provisorio el 8 de septiembre y después de él, me trasladé a la Dirección General del Personal —situada entonces en la calle Belgrano 342—, donde el Director, capitán de navío Guilermo Plate, me ordenó me quedase de servicio hasta las 8 de la noche, por si hubiese alguna cuestión que resolver en esas horas. Esa misma tarde, como a las 5, falleció el capitán de navío Guillermo Brown, bisnieto del gran Almirante, el que se hallaba enfermo de cáncer en la cara desde tiempo atrás. Tomé todas las disposiciones reglamentarias para su velatorio y sepelio, y muy cerca de las nueve de la noche, en el momento en que me estaba prendiendo el cinturón de la espada se sintió un violento tiroteo al lado de la Casa de Gobierno. Tratamos de enterarnos de lo que sucedía y de inmediato me puse en comunicación con el Ministerio. El nuevo Ministro, contralmirante Abel Renard, me dijo que la Casa de Gobierno era tiroteada desde el exterior por numerosas fuerzas que disparaban desde varios sectores y que yo tomara todas las medidas de seguridad para evitar que la Dirección General del Personal fuese asaltada. A pesar de esto, le manifesté que trataría de trasladarme a la Casa de Gobierno. Me puse en marcha por el Paseo Colón, acompa-

ñado del empleado Hilarión Moreno, de la Dirección General — que actualmente presta aún sus servicios en Personal Subalterno —, pero por allí avanzamos un poco menos de media cuadra, y al comprobar que el nutrido fuego de fusilería que partía de cuerpos del ejército situados en la parte de la Aduana y que disparaban sobre la Casa de Gobierno, así como una batería de artillería allí instalada que hacían fuego hacia el Oeste y Casa Rosada, comprendiendo que no podría nunca llegar a esta última resolví regresar a la Dirección del Personal, desde donde informé al Ministro de Marina de cuál era la situación de las fuerzas que la atacaban desde el sector SE. y su aparente composición, y que en lo que personalmente me atañía, había resuelto regresar a la sede de la Dirección, donde salvo orden contraria, me quedaría, por la imposibilidad de atravesar la zona de la Casa de Gobierno, donde la violencia del fuego en esos momentos imposibilitada el pasaje. Me ordenó que quedase dispuesto a toda emergencia, en la Dirección General. Con personal de ésta, nos trasladamos a la azotea del edificio, donde pudimos presenciar el interesante panorama que presentaba la parte de la ciudad del lado del Correo Central y adyacencias de la Casa de Gobierno donde el tiroteo era violento; así como también del lado de la Aduana, desde donde con frecuencia disparaba sus cañones la artillería que mandaba el entonces mayor Felix Best. Dos de sus proyectiles se incrustaron en la manzana comprendida entre las calles Belgrano, Defensa, Moreno y Bolívar yendo uno de ellos a perforar un almacén de esta última calle, cruzando la calzada, donde produjo un verdadero desastre de latas de aceite y otros productos comerciales. Parecía un espectáculo de fuegos artificiales que lo presenciábamos con el empleado Peffabet, de la División Personal Superior desde la azotea situada en el techo del 6º piso del edificio. Alrededor de las 10 y media de la noche, o quizá algo más tarde — las 11 — cesó el fuego y entonces se aclaró la confusión que lo había producido, evidentemente ocasionada por camiones envueltos en la oscuridad que pasaron en las proximidades de la Casa Rosada, entre ésta y el Correo Central y después cerca de la Aduana, disparando armas largas para dar la impresión de un ataque reaccionario del elemento desplazado del Gobierno: el efecto fué instántaneo, pues, las tropas que estaban destacadas en los puntos nombrados creyendo en una reacción usaron sus armas, produciéndose la confusión lamentable. Frente a la Dirección General del Personal pasó uno de esos camiones, que acababa de cumplir su misión de alarma y confusión. Esa noche quedé en la Dirección General del Personal de guardia hasta el día siguiente.

En enero de 1931 se me designó comandante del explorador "Tucumán", buque conducido el año anterior de los astilleros británicos donde fué construído y que desarrolló en la prueba — como sus gemelos, el "Mendoza" y "La Rioja" — 40 millas de velocidad. Inmediatamente fuí destacado de estación al Puerto de Mar del Plata, donde permanecí 45 días, teniendo a mis órdenes un aviso y un avión, así como también — por razones de antigüedad — otros buques que allí se encontraban para realizar ejercicios en esa zona marítima.

Estando en Mar del Plata, a comienzos de marzo de 1931 llegó el Príncipe de Gales — más tarde Eduardo VIII — el cual fué recibido por el que esto escribe, al descender del avión en que realizó su viaje. Poco después llegó el crucero de batalla "Repulse" y el portaaviones "Eagle", el que realizó ejercicios de lanzamiento y recuperación de aparatos para lo cual concurrió una cierta cantidad de jefes y oficiales de nuestra Armada, parte de los cuales se embarcaron en el "Tucumán", otros a bordo del portaaviones y los demás en buques especialmente enviados para presenciar las pruebas. Esas resultaron interesantes, pero todos convinimos en reconocer que el buque inglés que realizaba tales ejercicios, era demasiado barco para tan pocos aparatos — 15 en total — pues era el primero que había sido construído para la flota bri-

tánica durante la guerra para llenar la finalidad de su empleo. Su presencia en aguas argentinas respondía a la idea que tenía el Gobierno de S.M.B. de ofrecerlo en venta a los países sudamericanos. El desarrollo de la IIª Guerra Mundial demostró el acierto en que tuvimos de no adquirir un elefante blanco semejante. Era, si mal no recuerdo, el 15 de marzo de 1931.

Terminadas las pruebas del "Eagle", el Ministro de Marina, almirante Renard me impartió la orden de que regresara a Río Santiago, pero poco después me ordenó dirigirme a Ushuaia, a reemplazar al Explorador "Mendoza" en la vigilancia de aquel puerto, pues ya había sido enviado el primer lote de 100 pistoleros que la Policía de la Capital había seleccionado para desterrarlos a aquel punto lejano. A las pocas horas de recibir la orden, me hacía a la mar desde el puerto de Mar del Plata, donde había realizado en los 45 días de estada numerosos ejercicios de lanzamientos de torpedos; de determinación de curvas de giro, diámetros tácticos, curvas de consumos a ciertas velocidades y ejercicios artilleros de entrenamiento del personal; no habiendo sido única la vez en que la violencia de los vientos me obligó a zarpar del puerto para ir a afrontar el mal tiempo mar afuera.

Al partir de Mar del Plata para Ushuaia, el barómetro que marcaba 759 mm, empezó a descender en forma sistemática. Como navegábamos con dos calderas solamente, la marcha normal que desarrollábamos era de 20 millas horarias. Al aproximarnos a la isla de la Tierra del Fuego, el barómetro, que había continuado su descenso, empezó a bajar 4 mm. por hora, de modo que en el pasaje del Lemaire, al llegar a Buen Suceso marcaba 718 mm. y apenas habíamos sobrepasado el cabo de aquel nombre, que estalló una violenta borrasca, de fuerza 11 y que por momentos llegaba a 12, es decir, huracán del S.S.E. Resolví decididamente proseguir la marcha en demanda del Canal Beagle, desarrollando una velocidad de 20 millas por las máquinas, mientras arreciaba la violencia del huracán: el buque avanzaba envuelto en una nube de agua, de nieve, o de granizo, siendo impresionante el aspecto que presentaba el conjunto. No se veía absolutamente nada más que agua y nieve, pero decidí seguir así mientras no se comprobase que el explorador sufría en su estructura. Se comprobó que avanzaba alrededor de 15 millas por hora y como a las tres horas de estar empeñados en esa lucha con la naturaleza, aparecieron entre la bruma nevada los primeros perfiles de tierra, que resultaron pertenecer al Cabo San Pío, extremidad Sud en esa parte, de la Isla Tierra del Fuego. Después fueron presentándose otros puntos de la costa y posteriormente la Isla Picton y más adelante, Isla Nueva. Ya esta situación nos iba proporcionando algo de "sotavento" y paulatinamente se fué facilitando la penosa marcha al buque, que se comportó en la emergencia, magistralmente bien. A las tres y media de la tarde llegábamos a Ushuaia, habiendo cumplimentado la orden del Ministro, de llegar a la capital fueguina con la mayor rapidez posible, contemplando por supuesto, el factor economía, para que el combustible nos alcanzara cómodamente para la estada y regreso. Al llegar a Ushuaia encontré allí a la Fragata "Sarmiento", e inmediatamente fuí a bordo a saludar a su comandante, el entonces capitán de fragata D. Francisco Lajous (hoy vicealmirante en retiro y uno de mis mejores amigos de la Armada). Hice la visita sin ceremonias, aún bastante maltrecho mi uniforme y capote por la dura prueba que había sufrido mi buque hasta tomar el Canal Beagle.

A los 15 días de permanencia en Ushuaia, llegó el explorador "La Rioja" a relevarme, bajo el comando del capitán de fragata Vicente Ferrer. Inmediatamente de ser relevado, inicié el viaje de regreso, siempre con dos calderas, llegando a la Capital de la República a las 72 horas exactas de haber salido de Ushuaia.

Me hallaba incorporado a la flotilla de exploradores, en pleno perío-

do de maniobras en la zona de Mar del Plata, cuando recibí un radiotelegrama del Ministerio ordenándome entregase el comando del "Tucumán" a mi 2º comandante, y me presentase en esta Capital a recibir órdenes. Cumplida tal disposición, se dispuso que pasase a comandar el cañonero "Libertad", con el que debía zarpar en breves días con destino a Ushuaia, donde relevaría al gemelo de aquel buque, el cañonero "Independencia". Después de un viaje realizado con tiempo regular pero felizmente sin tropiezos, llegué a la capital fueguina el 3 de agosto de 1931, donde me hice cargo de la Comandancia Naval de la Tierra del Fuego, reemplazando al capitán de fragata Secundino Odriozola.

Los meses de agosto y septiembre permanecí en aquel puesto, que había adquirido mayor importancia debido a que el Gobierno Provisional había continuado enviando pistoleros de esta Capital para ser allí internados, lo que creó una dificultad en el Presidio, porque antes de recibirse el General Justo del mando constitucional, habían sido internados allí nada menos que 500 maleantes. Por supuesto, no habiendo sido posible ampliar la cárcel para esta gran cantidad de huéspedes, fué necesario tener de a 100 reunidos en locales grandes, solo con custodia exterior. Pero la vigilancia prestada noche y día impidió que se cometiesen delitos de ninguna clase.

Habiendo llegado el 10 de octubre el crucero acorazado "Belgrano" bajo el mando del capitán de navío Juan Manuel Pastor, para reemplazar al "Libertad", al día siguiente entregué a aquel Oficial Superior la Comandancia Naval y en la madrugada del 12 zarpé de Ushuaia con destino a Buenos Aires.

Navegamos sin ninguna dificultad por el Canal Beagle y a las 14h 40 min., por el través del Cabo Buen Suceso, pusimos rumbo aproximadamente al NE. A las 16 horas, estando a cierta distancia de la salida Norte del Estrecho de Lemaire, cambiamos el rumbo para terminar el pasaje de éste; pero a los pocos minutos, no bien llegamos a una marcación NO. del Cabo San Diego, empezamos a sentir los violentísimos efectos de *"tides ripes"* — a pesar de encontrarnos prácticamente en el centro del Estrecho — producidos por el choque de la corriente de marea que corría de Sur a Norte en casi su máxima intensidad, con el oleaje levantado por el fuerte viento del NO. Desde el primer momento, el "Libertad" — ya de muy mal gobierno por la forma de su casco — empezó a dar desvíos de su rumbo de 30 a 40 grados a una y otra banda, embarcando grandes cantidades de agua y rolando y cabeceando en forma notable, movimientos que se iban acentuando a medida que se avanzaba.

Calculé que sólo podía disminuir los efectos mencionados amenguando la velocidad, que en lo que iba del viaje había llegado a 11 ó 12 millas: disminuímos a poco más de 9 millas. La primer dificultad que se nos presentó fué la lancha de desembarco, que en los primeros grandes rolidos que dió el buque, saltó el "guardabote" — pues esta embarcación iba trincada a sus pescantes en vez de haber sido colocada en sus calzos — y empezó dicha lancha a entrar y salir con la facilidad de que lo hubiera hecho un chinchorro, a pesar de ser muy pesada. Costó muchísimo entrarla y poder colocarla en sus calzos: la lancha de desembarco tiene sus pescantes a la altura del puente en la banda de babor y fué una satisfacción el haberla salvado de una pérdida que parecía segura.

Entretanto el buque continuaba en la peor situación imaginable. No se podía pensar en virar porque en cuanto se atravesase los saltos de agua entrarían por las chimeneas en las calderas y apagarían los fuegos de éstas y al quedar el barco "al garete", sería arrojado irremediablemente contra una de las costas que bordean el Estrecho de Lemaire: o sobre la Tierra del Fuego o sobre la Isla de los Estados. Era en verdad un callejón sin salida: en el puente, prendido sobre los travesaños de la barandilla en que se colocan los chubasqueros, el Oficial de Guardia, teniente de fragata D. José Dodero, a estribor observaba todas las novedades y corregía lo

que fuese posible corregir; el que esto escribe estaba colocado en lugar simétrico a babor, también prendido de la barandilla del chubasquero, disponiendo lo que permitiera amenguar el grave trance en que el buque se hallaba. En el puente, fuera de nosotros, estaba el timonel en la rueda del compás de gobierno y el Oficial de Derrota, alférez de navío D. Erasmo S. Piazza. Con frecuencia cambiábamos nuestras impresiones: el buque cada vez más maltratado por los *"tides ripes"*, era un verdadero juguete de éstos; rolaba y cabeceaba en forma desacostumbrada; la torre de proa del cañón de 240 mm. desaparecía bajo los enormes saltos de agua que diferencia este fenómeno del encuentro de la corriente de marea con el viento de dirección contraria, o con la "mar de fondo" que ha quedado después de un violento temporal; con el que corresponde a un verdadero temporal en el mar, libre de las grandes corrientes de las costas: en este último caso la solución más adecuada es "capear" el temporal, o en algunos casos "correr" el mal tiempo, lo que significa buscar la posición de mayor equilibrio para el buque en los ángulos comprendidos de la proa hacia el través en el primer caso, o tratar de buscar dicha posición del mayor bienestar para el barco entre la línea popa hacia el través, es decir, que el buque no pierde tanto la marcha cuando corre el temporal con relación a lo que sucede cuando lo capea, en que su poca velocidad se desarrolla contra la ola que levanta el fuerte viento. En el caso de los *"tides ripes"*, los saltos de agua que produce el encuentro de las corrientes contra las olas proporciona al buque movimientos tan irregulares, análogos a los que se observan cuando se lanza un objeto flotante en una cascada de un río o de un arroyo. El "Libertad" daba la impresión de "que se ahogaba" en aquel caos acuático. No hace mucho tiempo que el capitán de navío contador D. Agustín Suárez — entonces contador de 3ª del buque de mi mando — me decía que con el entonces cirujano principal Anselmo Magnoni — hoy capitán de navío en retiro — estuvieron situando el buque con marcaciones a puntos de la costa, comprobando que por espacio de 20 ó 25 minutos, el "Libertad" no avanzaba absolutamente, lo que promovió en ellos una inquietud muy fundaba porque esto tenía un grave significado para el buque. Al terminar el zarandeo del "Libertad", los rolímetros de éste marcaban 42°.

Felizmente, como a las 17h30 m. se pudo comprobar que el viento, tan variable en aquellos parajes en ciertas épocas del año, tendía a cambiar de dirección, como poco después se pudo comprobar, pasando casi 180° a soplar del cuadrante del Sud, es decir, que aplacaba en esta forma el oleaje que había levantado desde el sector NO. y por lo tanto, la corriente de marea podía surcar las aguas sin el obstáculo que hasta entonces había hallado produciendo los *"tides ripes"*, cesando por lo tanto, este terrible fenómeno, lo que casi de inmediato significó un gran alivio para el "Libertad", que empezó a disminuir sus tremendos rolidos — tanto más peligrosos por la borda tan baja de este buque diseñado para navegar en nuestros ríos y en esos momentos soportando uno de los más peligrosos fenómenos marítimos, en medio de uno de los pasajes más difíciles de todos los mares como es el Estrecho de Lemaire, que todos los profesionales sabemos la cantidad de buques que se han perdido en las costas que lo bordean o en las islas de los Estados o Tierra del Fuego. Al cesar los grandes rolidos y cabeceos y dejar de asaltarlo las olas tan irregulares que querían "ahogar" al "Libertad" pocos minutos antes, se fué restableciendo lentamente el arreglo interno del buque que había quedado totalmente desarticulado en el serio trance en que se había debatido con tan implacable enemigo. Inmediatamente se restableció la velocidad que llevábamos al entrar en los *"tides ripes"*, y se ajustó el rumbo para terminar el pasaje del Estrecho, para una vez por el través de Cabo San Diego, hacer rumbo directo a Península Valdez.

Recuerdo que tan pronto el buque estuvo en franquía del grave trance

por el que habíamos pasado, vino al puente a felicitarme en nombre de todos los oficiales el Cirujano Principal Dr. Anselmo A. Magnoni, por la forma cómo había conducido el buque en tan difícil emergencia. Que ésta era la opinión unánime en la Cámara de Oficiales, pues para todos había sido una situación por demás difícil la que tuvimos que soportar, agravando el caso particular nuestro el tipo de buque en el que navegábamos, que estaba construído para la navegación fluvial, por lo cual la altura de su cubierta sobre la línea de flotación es singularmente baja.

Pasado el grave momento, delegados del personal subalterno y de la Plana Mayor me entrevistaron para pedirme elevase un informe a la Superioridad, diciendo con perfecta claridad la grave prueba que había soportado el "Libertad", acrecentada por su característica de acorazado de río, con artillería de 240 mm. en sus extremos muy pesada para sus condiciones marineras, borda muy baja, chimeneas por consiguiente bajas, muy mala maniobra, y otras características por demás contrarias a las que debe poseer un buque que tenga que afrontar el Estrecho de Lemaire embravecido. Redacté una nota franca y leal a la Institución en la que servía, narrando los sucesos sin la más mínima exageración, tal cual como corresponde a un comandante plenamente consciente de sus responsabilidades como tal.

Del Estrecho de Lemaire navegamos sin ninguna novedad, habiendo recibido en viaje la orden R.T. de reconocer Isla Escondida, variamos oportunamente el rumbo para cumplimentar aquella superior disposición, y desde allí seguimos el camino más corto para arribar al puerto de Buenos Aires el día 18 de octubre a mediodía, es decir, a los 6 días y 6 horas de haber salido de la capital fueguina.

Al presentarme al señor ministro, fuí felicitado por la forma cómo había cumplimentado las órdenes recibidas y presentada la nota que he mencionado, expliqué verbalmente los detalles del pasaje del Estrecho de Lemaire; mereciendo un elogio del señor ministro y del señor jefe de Secretaría, que por tratarse de dos distinguidísimos oficiales de marina, que habían navegado mucho por nuestros canales y costas fueguinas, estaban en condiciones de apreciar los sucesos. Más tarde fué de Jefe de la Secretaría quién no se encuentra en las mismas condiciones de los dos nombrados, y mi nota — que la encontró en un cajón del escritorio — le sirvió de arma contra el que la firmó para esgrimirla con móviles mezquinos, de lo que me enteré desgraciadamente mucho tiempo después. Me devolvió así la vieja simpatía que le profeso desde mi ingreso a la Escuela Naval.

Poco después fuí destinado a comandar el cañonero "Rosario" y en el mes de marzo de 1932 se me designó nuevamente comandante del "Tucumán", que estaba terminando su alistamiento en Río Santiago para tomar parte en las maniobras de ese año. Desgraciadamente a últimos de junio pasó a comandarlo en mi reemplazo un colega que habiendo estado enfermo se había retrasado en llenar tal condición para el ascenso. No obstante mi protesta al señor ministro por este cambio, el pase se cumplimentó y fuí destinado al Estado Mayor General. Fué en estos días, que sufrí la irreparable pérdida de mi querido padre, don Francisco Yaben, que falleció a las 2h45 m. de la madrugada del 29 de junio, en mi casa de la calle Monteagudo Nº 5, en Banfield; víctima de una corta enfermedad que desgraciadamente culminó con un sorpresivo "edema de pulmón" cuando creíamos que saldría del mal trance. Fué para mí un golpe terrible.

Incorporado nuevamente al Estado Mayor General que se hallaba bajo la calificada jefatura del contralmirante D. Segundo R. Storni, este distinguidísimo Oficial Superior me encomendó el estudio de las medidas de orden público que convendría tomar para la represión del comunismo y cualquier alteración que se quisiese realizar contra las instituciones. Para lograr cumplir tal misión se me encargó estudiase por todos los

medios informativos posibles, el desarrollo del comunismo desde sus primeros tiempos, y los procedimientos empleados por esta ideología para la penetración lenta y sistemática en todas partes, trabajo que condensé en un libro que se imprimió en "rotaprint" por orden del señor Jefe del E. M. G. Al mismo tiempo se fijaron las normas para defenderse de tales procedimientos ideológicos, especialmente en las instituciones armadas, y de cualquier alteración del orden público que pudiera producirse.

Terminada esta comisión especial, el Jefe del E. M. G. me designó Jefe de la División Informaciones, cargo que ejercí hasta fines de junio de 1933, en que pasé a prestar servicios en el Estado Mayor de la Escuadra de Mar, como jefe de una de las divisiones del mismo, embarcándome en el acorazado "Moreno", en circunstancias que se encontraban los buques en la zona de Mar del Pata, en período de ejercicios generales. A comienzos de julio llegamos al puerto de la Capital para tomar parte en los festejos de la fecha patria y desfile del día 9. Terminados estos actos, zarpamos para el Rincón a continuar nuestros ejercicios anuales, siendo posteriormente realizados éstos separadamente por las divisiones de acorazados, cruceros y torpederos. Antes de terminar el año, fuí nuevamente designado comandante del cañonero "Libertad", completando así las exigencias de la Ley Orgánica para el ascenso al grado inmediato superior.

A comienzos de enero de 1934 fuí nombrado Jefe de la División Personal de la Base Naval de Puerto Belgrano, donde ejercía el mando en jefe el vicealmirante Abel Renard.

En oportunidades en que hablé sobre distintas cuestiones del servicio con este distinguido Jefe, le relaté el suceso del pasaje del cañonero "Libertad" por el Estrecho de Lemaire, cuando tan sorpresivamente nos tomaron los *"tides ripes"* — pues en el trecho navegado desde el través del cabo Buen Suceso hasta que se cambió de rumbo a las 16 horas reinaba calma en el Estrecho sotaventeada esa parte con la costa fueguina — a pesar de navegar en el centro del mismo; el almirante Renard me refirió que siendo comandante del transporte "Azopardo" y habiendo sido alcanzados por un mal tiempo, navegaba en demanda de la entrada Norte del Lemaire cuando a la distancia pudo comprobar que el Estrecho parecía una sábana blanca de costa a costa, agitadas sus procelosas aguas por el choque de las olas con la corriente de marea, que en el Lemaire tira hasta 9 millas horarias en pleamar. Era aquella una evidente demostración que la zona de *"tides ripes"*, abarcan todo el Estrecho en ciertas condiciones de mar y corriente contraria. Esto también fué comprobado por el teniente de fragata Mouglier, en 1884 u 85, en que estuvo destacado en aquella zona con un pequeño buque, el "Comodoro Py" y que describe el fenómeno como si fuese el Lemaire una ciudad de pirámides constantemente en formación y desapareciendo, encontrándose el relato de un viaje en tales circunstancias, publicado por el "Boletín del Centro Naval" de aquella época.

Entré en clasificación a comienzos de junio de 1934, en que reunió el Tribunal de Clasificaciones, siendo considerado "Apto" para el ascenso a capitán de navío, pero el Ministro de entonces no me colocó en la "lista" que envió el P. E. al Senado en dicho mes. Tan pronto se publicó el decreto con los ascendidos, en los que se encontraban los cuatro que me seguían en el escalafón, presenté mi solicitud de retiro del servicio activo, lo que se me concedió inmediatamente con fecha 13 de julio de 1934 con el beneficio del 20 % del sueldo total de mi jerarquía de acuerdo a lo establecido por la Ley Orgánica en vigencia.

Tan pronto entregué mi cargo en Puerto Belgrano, regresé a mi domicilio para dedicarme a la vida civil, lo cual produjo en mi ánimo una pena que no la podía vencer. Mi primer pensamiento fué continuar en mis tareas de investigación histórica y al escudriñar en los archivos correspondientes, y descubrir los grandes servidores que tuvo la Nación en las

épocas difíciles de su independencia y larga lucha por la organización nacional, me apenó la comprobación de que solamente se conocían algunas figuras próceres, pero que en su inmensa mayoría habían sido cubiertas por el polvo del olvido los más eminentes servicios, que en multitud de casos habían sido rendidos por hombres que habían pasado su vida esgrimiendo las armas para servir con honor a la Patria. Casos en que sumaban medio siglo, y aún más, en constante lucha por la dignidad y la integridad nacional. Consideré que bien valía la pena un sacrificio para registrar esos servicios tan valiosos para la Nación, especialmente, en los que su vida fué de continuo bregar para ver una Patria libre, grande y respetada. De esta idea partió el trabajo extraordinario que condensé después de seis años y medio de tarea que no bajó de las 14 horas diarias, en la obra publicada con el título de "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS", que iniciada su impresión en noviembre de 1937, se terminó con el 5º volumen en agosto de 1940, con un total de 2000 estudios biográficos registrados en 5.500 páginas de texto, adornadas con 1.200 retratos. La publicación de esta extensa y dificilísima obra, se inició con el auxilio de una editorial — la Editorial "METROPOLIS" — cuyo dueño, el Dr. Jaime Iacobacci, de acuerdo a lo que se estipuló en el contrato respectivo, adelantó la suma de 9.150 pesos para empezar la impresión del primer volumen, pero a pesar de que el autor cumplió con todos los términos pactados en dicho documento, no le fué posible lograr un centavo más de la Editorial. Fué necesario que me endeudara con todos los bancos que me fué posible y por las cantidades máximas, y mi gran amigo, el que me instruyó en la Escuela Naval para ser soldado bien templado, mi inolvidable compañero y gran camarada, el teniente de navío — actualmente por cambio de denominación capitán de corbeta — don PEDRO ETCHEPARE, me facilitó la suma de SIETE MIL PESOS, que los fuí devolviendo como pude y cuando era posible, con todas las franquicias que me proporcionó el amigo siempre tan recordado y que ocupará lugar de preferencia en mi corazón agradecido en mi restante existencia. Su retrato enorgullece con su presencia mi escritorio, donde espiritualmente contempla desde el "más allá" que su antiguo subordinado pone todo su tiempo al servicio integral de la Patria.

Haciendo toda la propaganda posible, pues la Editorial Metrópolis desgraciadamente tendía a desaparecer por la gravísima enfermedad que atacó al Dr. Iacobacci — un tumor al cerebro desde dos años atrás — y que lo llevaría al sepulcro cuando estábamos imprimiendo el Tomo III de la obra. Con esfuerzo casi sobrehumano cumplí el mandato supremo de dar a término la publicidad de mi obra, en la que fuí ayudado por gran número de amigos y camaradas, que me adquirieron ejemplares. Así y todo, me encontraba con grandes dificultades para terminar de pagar, especialmente a la señora de Iacobacci, cuando fué al Ministerio de la Guerra mi dilecto amigo, el coronel D. Juan Perón, y con la generosidad innata que le es característica cuando se enteró de mi situación, me proporcionó su poderoso concurso, disponiendo que todos los cuerpos y reparticiones del Ejército que no tuvieran un ejemplar lo adquiriesen, invitando al mismo tiempo, por Boletín Militar, a los señores Jefes y Oficiales a adquirir también algún ejemplar, como lo hicieron muchos de los que no poseían mi obra. Con el magnífico apoyo de Perón, que para mí está grabado en el corazón con caracteres indelebles, logré en breve tiempo saldar todos los gastos que demandó la publicación de los cinco gruesos volúmenes de "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS", que sobrepasaron los 100.000 pesos, como está debidamente documentado en la contabilidad que escrupulosamente ha llevado desde entonces el Contador Fiscal don PEDRO LOUGE, y que existe en mi poder: estando, por supuesto, incluídos en dicha suma, todos los sueldos que hubo que abonarles con cargo a la publicación, a los empleados que utilizó la Editorial Metrópolis para la distribución de la obra, así como también los gastos que

no se pudieran recuperar por su carácter, en dicha distribución, ya fuese en la Capital o en el interior del país. Nadie podrá imaginar nunca la tremenda tragedia que significó para el autor de "BIOGRAFIAS ARGENTINAS Y SUDAMERICANAS" la publicación de la primera edición de esta obra. Hoy la segunda edición, cuenta con el auspicio vigoroso y patriótico apoyo de nuestro insigne Presidente, el señor General de Ejército don Juan Perón, que ha dado las más amplias disposiciones para que tan difícil obra se reedite totalmente y su autor está singularmente agradecido por este gesto de gran amigo que considerando el valor real que tiene para la Nación un trabajo semejante, le ha prestado desde el primer momento todo su poderoso auxilio y espero que el trabajo que se irá dando a luz por volúmenes sucesivos, estará en concordancia con la confianza con que me ha honrado el Jefe del Estado.

El 6 de octubre de 1945 un doloroso accidente me inutilizó por breve tiempo: regresábamos con mi hija procedentes de la Capital Federal donde la había acompañado a que la viese el Dr. Nicolás A. Buasso de una afección a la garganta, cuando al llegar a la estación Hurlingham, siempre con mi impaciente modalidad de apresurarme más de lo debido para descender de los vehículos, antes de que el tren estuviese totalmente parado, empecé a descender del vagón pero al parecer en el último peldaño había alguna materia derramada que fuese muy resbalosa, porque no bien puse un pie sobre él, resbalé violentamente hacia abajo y como me mantenía fuertemente agarrado de la barandilla, al caer, el brazo derecho se dislocó en forma muy dolorosa, pues se me salió la articulación del hombro hacia adelante, saliéndose la cabeza del húmero completamente afuera, lo que significó un terrible dolor. Caí debajo del tren, entre los dos rieles, justamente en el momento en que el convoy detenía su marcha. Por supuesto, mi hija se alarmó al ver lo que me sucedía, pero salido de las vías, lo único que me había pasado es lo explicado. El accidente tuvo lugar a las 16.45 de esa tarde: debí ir con mi hija en un coche hasta su casa, que quedaba unas seis cuadras de la estación, y donde se encontraba mi esposa, que muy alarmada con lo sucedido, salió conmigo para la estación, teniendo que hacer el viaje a pie, pues el coche había sido despachado al llegar. Esperamos en la estación como 45 minutos la llegada del primer tren para Buenos Aires, llegando a la estación Palermo después de las 18 horas, donde en un coche nos trasladamos al Hospital Militar. Como era día sábado, nos dió trabajo conseguir que encontrasen a los que tenían las llaves del consultorio de la especialidad en arreglos de fracturados, dislocados, etc., y también de la sección radiográfica. Tomada la radiografía, resultó que no había fractura sino una dislocación de la articulación. Un médico especialista del ejército que se encontraba en el Hospital conduciendo de Campo de Mayo un subteniente de artillería que se había fracturado un antebrazo, dijo que él me arreglaba la dislocación en un segundo: al efecto me colocaron en una mesa de operaciones y empezó dicho cirujano a forcejear de mi brazo para ponerlo en su sitio, sin ningún resultado; entonces se le sumó el Dr. Day — que era el médico de guardia del Hospital — y como los esfuerzos de ambos, no obstante que el último era un hombre alto y corpulento, no dieran resultado, se le fueron sumando dos practicantes y dos enfermeros, que por medio de tiras de vendaje amarradas al brazo forcejeaban unos en un sentido y otros en otro, y a causa de estos esfuerzos, yo por mi parte ponía en función naturalmente mi fuerte musculatura de hombros. Como fracasara en el arreglo del brazo el esfuerzo mancomunado de estos seis hombres, entonces me dejaron sin haber logrado tampoco descoyuntarme todo el resto del organismo, resolviendo que me harían adormecer para arreglar la dislocación. Pero para ésto debí esperar que lo arreglasen y enyesaran al subteniente fracturado mencionado, pasándome después al IV piso, donde me acostaron en una mesa de operaciones, pero viendo que no venían a atenderme, un enfermero me dijo que en la habitación contigua estaban operando de urgencia a un tenien-

te 1º de Caballería que tenía una peritonitis gravísima, por lo que lo habían conducido desde Mercedes — donde estaba el 15º Regimiento del arma — de modo que debí esperar el término de esta operación para que finalmente me atendiesen. Me dieron una inyección y alcancé a contar hasta 25, y me quedé dormido. Al despertarme ya tenía el brazo en su lugar y debidamente vendado. Me recomendaron el mayor cuidado con los golpes y que volviese a los tres días. Pues esta dislocación — que se complicó como a los 10 días con una quemadura en todo el hombro producida por el horno eléctrico que impidió la continuación de los masajes por unos 15 días — me resultó más penosa de lo supuesto. En total debí concurrir como 100 veces al Hospital Militar, donde en el completo salón de ejercicios físicos para fracturados, dislocados, recuperados, etc., practiqué todos los necesarios, conjuntamente con el tratamiento de masajes y calor, hasta lograr que el brazo quedase como antes del accidente, como sucedió, pues mi temor era de que quedase parcialmente inutilizado y esto saben muy bien para los que han tenido siempre sus fuerzas físicas disponibles para cualquier necesidad de emplearlas que se presente, crea una situación de inferioridad insufrible. Felizmente, quedé como antes, con el brazo bien fuerte.

Fué en esos días, en que me hallaba inutilizado en mi casa de Banfield, cuando se produjeron trascendentales sucesos para la Patria; el golpe del 9 de octubre de 1945, exigiendo la renuncia del coronel Perón, de todos los cargos, y detenido luego, cometiendo la mayor arbitrariedad que registra nuestra historia, fué conducido a la isla de Martín García en tal carácter. Libertado de esta situación por la reacción popular, tuvo lugar esa marcha histórica del 17 de octubre sobre la Capital, en que el pueblo soberano impuso su Líder ante la conciencia nacional, exigiendo en multitud hasta entonces jamás vista en nuestra gran ciudad, la libertad del coronel Perón. Logrado inmediatamente este gran propósito, el extraordinario conductor renunció al ejército para dedicarse de lleno a la lucha por las reivindicaciones populares y nacionales argentinas. Así llegó la jornada histórica del 24 de febrero de 1946 que lo consagró Presidente de la Nación por un sufragio de cifras astronómicas jamás conocidas en la República en ninguna otra elección Presidencial.

Me tocó en esos días memorables de octubre de 1945 presenciar asombrado la marcha popular desde el exterior de la Capital hacia ésta desde mi casa en Banfield con mi brazo derecho fajado contra la caja torácica y cumpliendo la prescripción médica de evitar cualquier golpe que pudiera sacar de nuevo la articulación de su lugar — y ya en los últimos días de esa histórica semana — contemplé con admiración la marcha de toda clase de gente: hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos, procedentes de los puntos más apartados del país, dirigiéndose a prestar el calor de su apoyo franco y leal al gran conductor que desde la Secretaría de Trabajo y Previsión había sabido con su insigne compañera — Eva Perón — dar la sensación a la masa ciudadana de los nobilísimos anhelos de justicia social que animaban e inquietaban su espíritu y fué allí forjando su prestigio enorme que fué infiltrándose en la masa ciudadana para llevarlo en los comicios más limpios de la historia de nuestro civismo, realizados el 24 de febrero de 1946, a la más alta magistratura de la República, eligiéndolo Presidente de la Nación. A su lado, su eminentísima colaboradora y joven esposa, Eva Perón, sería el auxiliar más extraordinario que el ya general Perón encontraría para cumplimentar su gran obra de redención social, fundamentada en los nobilísimos preceptos de la religión cristiana, que por primera vez en la tierra, se ha hecho práctica en su aplicación en este país, durante el gobierno justicialista iniciado el 4 de junio de 1946. La "Doctrina peronista" está cimentada en los más humanitarios principios que se puedan formular y tiende a impedir la explotación del hombre por el hombre, es decir, a nivelar en lo posible, el bienestar social.



4 de Junio de 1952

te 1º de Caballería que tenía una peritonitis gravísima, por lo que lo habían conducido desde Mercedes — donde estaba el 15º Regimiento del arma — de modo que debí esperar el término de esta operación para que finalmente me atendiesen. Me dieron una inyección y alcancé a contar hasta 25, y me quedé dormido. Al despertarme ya tenía el brazo en su lugar y debidamente vendado. Me recomendaron el mayor cuidado con los golpes y que volviese a los tres días. Pues esta dislocación — que se complicó como a los 10 días con una quemadura en todo el hombro producida por el horno eléctrico que impidió la continuación de los masajes por unos 15 días — me resultó más penosa de lo supuesto. En total debí concurrir como 100 veces al Hospital Militar, donde en el completo salón de ejercicios físicos para fracturados, dislocados, recuperados, etc., practiqué todos los necesarios, conjuntamente con el tratamiento de masajes y calor, hasta lograr que el brazo quedase como antes del accidente, como sucedió, pues mi temor era de que quedase parcialmente inutilizado y esto saben muy bien para los que han tenido siempre sus fuerzas físicas disponibles para cualquier necesidad de emplearlas que se presente, crea una situación de inferioridad insufrible. Felizmente, quedé como antes, con el brazo bien fuerte.

Fué en esos días, en que me hallaba inutilizado en mi casa de Banfield, cuando se produjeron trascendentales sucesos para la Patria; el golpe del 9 de octubre de 1945, exigiendo la renuncia del coronel Perón, de todos los cargos, y detenido luego, cometiendo la mayor arbitrariedad que registra nuestra historia, fué conducido a la isla de Martín García en tal carácter. Libertado de esta situación por la reacción popular, tuvo lugar esa marcha histórica del 17 de octubre sobre la Capital, en que el pueblo soberano impuso su Líder ante la conciencia nacional, exigiendo en multitud hasta entonces jamás vista en nuestra gran ciudad, la libertad del coronel Perón. Logrado inmediatamente este gran propósito, el extraordinario conductor renunció al ejército para dedicarse de lleno a la lucha por las reivindicaciones populares y nacionales argentinas. Así llegó la jornada histórica del 24 de febrero de 1946 que lo consagró Presidente de la Nación por un sufragio de cifras astronómicas jamás conocidas en la República en ninguna otra elección Presidencial.

Me tocó en esos días memorables de octubre de 1945 presenciar asombrado la marcha popular desde el exterior de la Capital hacia ésta desde mi casa en Banfield con mi brazo derecho fajado contra la caja torácica y cumpliendo la prescripción médica de evitar cualquier golpe que pudiera sacar de nuevo la articulación de su lugar — y ya en los últimos días de esa histórica semana — contemplé con admiración la marcha de toda clase de gente: hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos, procedentes de los puntos más apartados del país, dirigiéndose a prestar el calor de su apoyo franco y leal al gran conductor que desde la Secretaría de Trabajo y Previsión había sabido con su insigne compañera — Eva Perón — dar la sensación a la masa ciudadana de los nobilísimos anhelos de justicia social que animaban e inquietaban su espíritu y fué allí forjando su prestigio enorme que fué infiltrándose en la masa ciudadana para llevarlo en los comicios más limpios de la historia de nuestro civismo, realizados el 24 de febrero de 1946, a la más alta magistratura de la República, eligiéndolo Presidente de la Nación. A su lado, su eminentísima colaboradora y joven esposa, Eva Perón, sería el auxiliar más extraordinario que el ya general Perón encontraría para cumplimentar su gran obra de redención social, fundamentada en los nobilísimos preceptos de la religión cristiana, que por primera vez en la tierra, se ha hecho práctica en [illegible] aplicación en este país, durante el gobierno justicialista iniciado el [illegible] de junio de 1946. La "Doctrina peronista" está cimentada en los más [illegible] principios que se puedan formular y tiende a impedir la explotación del hombre, es decir, a nivelar en lo posible, el



4 de Junio de 1952

He presenciado con asombro las diferentes etapas de este gobierno extraordinario — las que serán específicamente tratadas en las completas biografías del Exmo. Señor Presidente General don Juan Perón, y la de la que fuera su virtuosísima y excelsa colaboradora doña Eva Perón, que se publicarán en la parte correspondiente de esta obra siguiendo su ordenamiento alfabético —, honrándose las páginas iniciales de este volumen con los retratos de ambos dedicados expresamente para este libro, y sus semblanzas trazadas sobre los puntos más notables de ambas vidas extraordinarias — que ha ido cimentando en un plan quinquenal las obras más estupendas de interés público, que han dado a la Nación 76.000 obras en los seis años corridos de su primer período desde el 4 de junio de 1946 a igual fecha de 1952.

Ha iniciado el general Perón un programa histórico que tiene por finalidad dar a la Patria una sociedad regida por los más justos principios de nivelación social que la señora Eva Perón en su magnífico libro titulado "LA RAZON DE MI VIDA" define en los siguientes términos:

"El objeto fundamental del "JUSTICIALISMO" en relación "con el movimiento obrero, es hacer desaparecer la lucha de cla- "ses y sustituirla por la cooperación entre capital y trabajo".

"El capitalismo, para darle todo al capital, explota a los tra- "bajadores".

"El comunismo, para solucionar el problema, ideó un siste- "ma de lucha que no terminará sino cuando haya una sola clase "social; pero a esto se llega por la destrucción, que es efecto de "una lucha larga, y sin cuartel, entre capital y trabajo".

"El Justicialismo, en cambio, quiere también llegar a una "sola clase de hombres: la de los que trabajan. Esta es una de las verdades fundamentales del peronismo. Pero no quiere llegar "por la lucha sino por la cooperación".

"No queremos una sola clase proletaria sino una sola clase "de hombres desproletarizados que vivan y trabajen dignamente".

"Que los obreros ganen para vivir honradamente como per- sonas humanas y que los patrones se conformen con ganar tam- "bién como para mantener la industria, progresar y vivir digna- "mente, pero no principescamente".

"No queremos que nadie explote a nadie y nada más. Eso "es lo que Perón ha querido asegurar a su pueblo y ha quedado "asentado en la nueva Constitución".

La señora Eva Perón en otro punto de su notable libro, recalca el sentido humanitario y cristiano de la doctrina peronista, diciendo al respecto:

"Nadie más que Perón le muestra a la humanidad un nuevo "camino, dándole una nueva esperanza. La humanidad cree que "todo le ha salido mal y que ya no hay ninguna solución para "sus males. Incluso cree que el mismo cristianismo ha fracasa- "do... Y Perón le dice francamente: "No. Lo que ha fracasado "no es el crisiatnismo. Son los hombres los que han fallado apli- "cándolo mal. El Cristianismo no ha sido todavía bien probado "por los hombres porque nunca el mundo fué justo... El Cris- "tianismo será verdad cuando reine el amor entre los hombres y "entre los pueblos; pero el amor llegará solamente cuando los "hombres y los pueblos sean justicialistas".

"Sí. Esto es tal vez demasiado idealismo. Pero... al mun- "do le hace falta una esperanza... Y una esperanza siempre es "así: una idea lejana... que misteriosamente Dios convierte en "realidad!"

En otro lugar de su difundida obra, la señora Eva Perón se refiere a un capítulo de las memorias inéditas del general Perón, en el que explica las causas que lo han llevado al alto sitial que hoy ocupa, detallando, los sucesos producidos desde los días sombríos de octubre de 1945 y el despertar popular en la jornada histórica del día 17 de aquel mes extraordinario, diciendo al respecto:

"Todo lo demás lo hizo la Providencia... pero la decisión la "puso el pueblo... su decisión fué "la ayuda que el pueblo le "prestó al Destino".

"Allí están las razones de mi elección".

"Dos decisiones en dos momentos providenciales".

"Pero para que haya una decisión en un momento providen- "cial es necesario estar ya preparado para eso".

"A mí me preparó la vida misma: mi hogar paterno, mi ni- "ñez en la Patagonia bravía, mi carrera militar, mi vida en la "montaña, mis viajes por Europa... Todo eso me acostumbró a "vencer. Vencer a la naturaleza es más difícil que conducir y "dominar a los hombres, y a mí me tocó muchas veces luchar "con las fuerzas naturales y vencerlas".

"Todo esto me preparó para que empezara a sentir profun- "damente la suerte de mi pueblo".

"Esto me preparó para el momento de la decisión".

"Para que el pueblo, a su vez, tomara en octubre de 1945 la "decisión de salvarme y darle luego la conducción de sus des- "tinos, también fué necesario realizar una tarea de preparación".

"Esta tarea consistió en algo así como un despertar".

"Desde 1943 a 1945 el pueblo fué despertando de un viejo "letargo que ya duraba más de un siglo". Pero durante ese siglo "había vivido de sus viejas glorias. No pudo olvidar la hazaña "de sus Granaderos por medio Continente. No pudo olvidar su "vocación por la libertad y la justicia. Por eso me resultó fácil "despertarlo. Me bastó insistir en los viejos temas de la hora "inicial de su vida: la justicia, la libertad, la independencia y "la soberanía".

Y a estos cuatro puntos fundamentales de la existencia humana — de acuerdo a los sagrados preceptos de nuestra Religión Católica — el General Perón les ha dado la categoría que correspondía. Ha dictado una Constitución Justicialista que asegura el derecho ciudadano sin distinción de clases ni de sexos. Ha logrado satisfacer en grado sumo el anhelo público, para que el pueblo esté contento y disfrute del bienestar en una proporción que antes no conoció. Ha asegurado la independencia económica del país, cortando de raíz las trabas que a ellas se oponían: nacionalizando los ferrocarriles y demás servicios de transportes terrestres y aéreos; creando una formidable flota mercante — que hoy está próxima al millón y medio de toneladas — que conduce nuestros productos a los puertos más distantes del planeta en el momento en que los fletes marítimos han alcanzado su máximo nivel de tiempo de paz; nacionalizando los servicios telefónicos; cancelando totalmente la deuda externa que tenía bajo su servidumbre la riqueza nacional desde un siglo y cuarto atrás; librando a los productores de las trabas que significaban los consorcios extranjeros que acaparaban en esta tierra generosa todo lo que producía, como sucedía con las firmas de Bunge y Born, Dreyfus & Cía., etc., como si a este respecto fuésemos colonias extranjeras. Finalmente, siguiendo una política exterior firme, donde se escucha ahora con respeto y atención la palabra de nuestros representantes, al mismo diapasón que la de los de otras naciones viejas y poderosas.

Perón ha dado cumplimiento integral al propósito que alimentaron los Congresales de Tucumán — que fué la misma inquietud que aguijoneó

el espíritu del Héroe de los Andes para la realización de su estupenda empresa de emancipación trascontinental, y también la de Belgrano cuando creó la bandera celeste y blanca, que es el símbolo augusto de nuestra soberanía — al proclamar la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata: rompió los vínculos que aún nos ligaban con las naciones más poderosas del orbe y que trababan nuestra libertad económica; y así, con toda razón y justicia, nuestro eminente Presidente pudo proclamar solemnemente el 9 de Julio de 1947, en la Histórica Casa de Tucumán, la independencia económica de la República Argentina.

Al cumplimentar el General Perón aquel propósito, se ha adelantado en ese sentido a todas las demás naciones sudamericanas y centroamericanas, que mantienen lazos estrechos de sujeción económica — y por ende política — con los Estados Unidos de Norte América y otras grandes naciones. Perón encaró este problema vital para la existencia presente y futura de la República, con visión genial de verdadero estadista y de gran patriota.

Extraordinarios resultaron los actos celebrados en toda la Nación con motivo del Centenario del fallecimiento del general San Martín, principalmente, el extraordinario desfile realizado el 17 de agosto de 1950 en que millones de ojos argentinos pudieron comprobar el estado de preparación de nuestras fuerzas armadas y el modernísimo material de guerra con que han sido equipadas en este Gobierno Justicialista. Fué una jornada memorable para todos los argentinos, en consonancia con la fecha histórica que se celebraba.

El 28 de septiembre de 1951, tuvo lugar el canallesco movimiento subversivo y me expreso así, porque creo que todo hombre que viste el glorioso uniforme de nuestras fuerzas armadas debe alimentar sólo propósitos caballerescos y jamás criminales como fueron los que forjaron los dirigentes de ese conato rebelde. Cumpliendo con mi deber, inmediatamente que tuve conocimiento de lo que sucedía, me trasladé a la Casa de Gobierno, donde permanecí desde pasadas las 10 hasta las 18 horas, listo a empuñar un fusil — que nunca falta — si la necesidad lo hubiese exigido en defensa del orden y la legalidad.

Presencié en esas horas de expectativa, con asombro, la extraordinaria concentración popular en la Plaza de Mayo, a la que concurrieron los ciudadanos en forma resuelta en protección de su Líder, con vertiginosa rapidez y dispuestos a todo lo que fuese necesario. Felizmente, el movimiento tan descabelladamente dirigido, fracasó totalmente desde el primer instante. A las 15 horas el General Perón dirigió la palabra al pueblo expresando su satisfacción por el calor patriótico revelado en la emergencia y anunciando a la República el feliz desenlace de los sucesos.

En las elecciones practicadas el 11 de noviembre de 1951 el pueblo de la República — en comicios realizados con la mayor legalidad imaginable — volvió a elegir Presidente de la Nación para el período de 1952 a 1958 al General Perón, por una inmensa mayoría de sufragios. El voto popular proclamó con anterioridad la fórmula Perón-Evita, que en los comicios habría logrado una mayoría abrumadora, pero la Jefa Espiritual de la Nación, dió un patriótico ejemplo de renunciamiento el 22 de agosto de 1951, en que rechazó la vicepresidencia que se le brindaba, pronunciándose en esta forma con un gesto realmente sanmartiniano. La fórmula consagrada por el plesbicito del 11 de noviembre, fué: Perón-Quijano — la misma de los comicios de 1946 — pero desgraciadamente el Vicepresidente electo nuevamente, falleció antes de poder dar cumplimiento al voto popular de iniciarse en tal alto cargo en el segundo período para el cual había sido elegido.

Desgraciadamente para la Patria, la salud de la señora Eva Perón había ido declinando constantemente de tiempo atrás, debido en gran parte a su despreocupación personal en lo que atañía a su propia persona, trabajando excesivamente en su despacho de Trabajo y Previsión, aten-

diendo con ejemplar tesón y generoso desprendimiento, cuanto problema de bienestar se le presentaba por las infinitas personas que la han visitado en su alto sitial en demanda de protección para mejorar su situación, tanto física como espiritualmente, así como también la constante atención que prestó a todos los problemas de mejoramiento social que ha planeado la humanitaria institución que lleva el nombre de su incansable fundadora: la "FUNDACION EVA PERON".

Su mal estado de salud impuso el 6 de noviembre de 1951 que se le practicase una operación de la mayor importancia en el Policlínico "PERON" que desde esa época se puso al servicio público en Avellaneda — una de las más bellas y completas realizaciones del plan integral de auxilio físico a los que padecen de cualquier clase de mal — habiendo así podido cumplir la infatigable luchadora por el bienestar de su pueblo con el deseo que expresa en su libro: que ha planificado todos los establecimientos para atender la salud de los enfermos con el confort que ella misma hubiera deseado tener en caso necesario. Así fué: el 30 de agosto de 1952, se inauguró el Policlínico "EVITA" en el pueblo "4 de Junio", con la presencia del Exmo. Señor Presidente General Perón y allí pude admirar la magistral creación del sentimiento humanitario de la mujer extraordinaria cuyo nombre lleva aquel estupendo establecimiento dotado de todas las comodidades imaginables para los enfermos y del instrumental más notable que se pueda pedir en estos momentos para las distintas especialidades médicas y de cirugía.

Asistí a la solemne jura del Ministerio Nacional en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno al iniciar el General Perón su nuevo período de gobierno, el 4 de junio de 1952. Allí, a pocos pasos de distancia, pude ver por última vez a la infatigable Eva Perón: su exterior revelaba el progreso del mal inexorable, al cual venciendo ella con su voluntad de acero, se impuso ese día la obligación de acompañar a su eminente esposo en todos los actos de esa jornada histórica. Por supuesto, ese esfuerzo habrá sido de malísimas consecuencias para la ilustre enferma, pero ¿quién iba a vencer ese espíritu inigualable? El mal físico en nada abatió ese día su deseo de ver por última vez a su pueblo por el cual había realizado los sacrificios más extraordinarios, trabajando en forma tal que debilitando su fuerte naturaleza, dió paso al mal físico que debía abatirla inevitablemente no muchos días después de aquella jornada en que acompañó al Líder al asumir por segunda vez el mando constitucional de la República.

El 26 de julio de 1952, Eva Perón pasó a la inmortalidad a las 20h25m. Jamás en la historia se ha presenciado un dolor más hondo y desgarrador que el de nuestro pueblo desde el instante en que se conoció tan infausta nueva. Fué una congoja que sólo habiéndola visto se puede suponer. Inmensas olas humanas querían ver por última vez a la hermosa Evita, que había derramado a torrentes en su pueblo todos los beneficios que su espíritu generoso y caritativo por esencia pudo obtener para los pobres, para los necesitados, para los niños que fueron la alegría que le sirvió para reparar sus fuerzas que se agotaban en el trajín de la vida diaria cumpliendo su misión apostólica.

Yo que presencié grandes homenajes a esclarecidos personajes de nuestra historia, como Mitre, Las Heras, Pellegrini, Roca, etc., con motivo de sus exequias, no vi nunca, ni aproximadamente, una masa popular semejante congregada para rendir el tributo de su admiración y respeto a tan ilustres hombres. Era estupenda la muchedumbre humana que se esforzaba por penetrar en el Palacio del Ministerio de Trabajo y Previsión para rendir el tributo de su dolor a la gran benefactora del pueblo, a su ilustre abanderada que tanto luchó por el bienestar general de todos — que es el bienestar de la Patria — que al fin cayó herida de muerte por el exceso de trabajo que demandó el cumplimiento de su evangélico apostolado, cumpliendo como hasta ahora nadie en la tierra, los



4 de Junio de 1952

diendo con ejemplar tesón y generoso desprendimiento, cuanto problema de bienestar se le presentaba por las infinitas personas que la han visitado en su alto sitial en demanda de protección para mejorar su situación, tanto física como espiritualmente, así como también la constante atención que prestó a todos los problemas de mejoramiento social que ha planeado la humanitaria institución que lleva el nombre de su incansable fundadora: la "FUNDACION EVA PERON".

Su mal estado de salud impuso el 6 de noviembre de 1951 que se le practicase una operación de la mayor importancia en el Policlínico "PERON" que desde esa época se puso al servicio público en Avellaneda — una de las más bellas y completas realizaciones del plan integral de auxilio físico a los que padecen de cualquier clase de mal — habiendo así podido cumplir la infatigable luchadora por el bienestar de su pueblo con el deseo que expresa en su libro: que ha planificado todos los establecimientos para atender la salud de los enfermos con el confort que ella misma hubiera deseado tener en caso necesario. Así fué: el 30 de agosto de 1952, se inauguró el Policlínico "EVITA" en el pueblo "4 de Junio", con la presencia del Exmo. Señor Presidente General Perón y allí pude admirar la magistral creación del sentimiento humanitario de la mujer extraordinaria cuyo nombre lleva aquel estupendo establecimiento dotado de todas las comodidades imaginables para los enfermos y del instrumental más notable que se pueda pedir en estos momentos para las distintas especialidades médicas y de cirugía.

Asistí a la solemne jura del Ministerio Nacional en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno al iniciar el General Perón su nuevo período de gobierno, el 4 de junio de 1952. Allí, a pocos pasos de distancia, pude ver por última vez a la infatigable Eva Perón: su exterior revelaba el progreso del mal inexorable, al cual venciendo ella con su voluntad de acero, se impuso ese día la obligación de acompañar a su eminente esposo en todos los actos de esa jornada histórica. Por supuesto, ese esfuerzo habrá sido de malísimas consecuencias para la ilustre enferma, pero ¿quién iba a vencer ese espíritu inigualable? El mal físico en nada abatió ese día su deseo de ver por última vez a su pueblo por el cual había realizado los sacrificios más extraordinarios, trabajando en forma tal que debilitando su fuerte naturaleza, dió paso al mal físico que debía abatirla inevitablemente no muchos días después de aquella jornada en que acompañó al Líder al asumir por segunda vez el mando constitucional de la República.

El 26 de julio de 1952, Eva Perón pasó a la inmortalidad a las 20h25m. Jamás en la historia se ha presenciado un dolor más hondo y desgarrador que el de nuestro pueblo desde el instante en que se conoció tan infausta nueva. Fué una congoja que sólo habiéndola visto se puede suponer. Inmensas olas humanas querían ver por última vez a la hermosa Evita, que había derramado a torrentes en su pueblo todos los beneficios que su espíritu generoso y caritativo por esencia pudo obtener para los pobres, para los necesitados, para los niños que fueron la alegría que le sirvió para reparar sus fuerzas que se agotaban en el trajín de la vida diaria cumpliendo su misión apostólica.

Yo que presencié grandes homenajes a esclarecidos personajes de nuestra historia, como Mitre, Las Heras, Pellegrini, Roca, etc., con motivo de sus exequias, no vi nunca, ni aproximadamente, una masa popular semejante congregada para rendir el tributo de su admiración y respeto a los ilustres hombres. Era estupenda la muchedumbre humana que se esforzaba por penetrar en el Palacio del Ministerio de Trabajo y Previsión para rendir el tributo de su dolor a la gran benefactora del pueblo, abanderada que tanto luchó por el bienestar general de la Patria — que al fin cayó herida de muerte en el campo de trabajo que demandó el cumplimiento de su evangelizando como hasta ahora nadie en la tierra, los



4 de Junio de 1952

preceptos de la Religión Cristiana. Y esta masa popular que forcejeaba por rendir tan justo homenaje de agradecimiento a quien tanto había hecho por todos ellos, no era una muchedumbre común en la que más se advierte la curiosidad que otra cosa: era una enorme ola de gente completamente acongojada, que presa del dolor más grande que se ha podido exteriorizar, se esforzaba por ver y contemplar los gloriosos restos de la que con tanta justicia se le llama ahora "La mártir del Trabajo". Sólo se puede dar una idea de la realidad habiendo presenciado en el velatorio levantado en el Ministerio de Trabajo y Previsión en sencillo estilo, pero imponente ambiente, el incesante paso de la masa popular, disciplinadamente ordenada en dos hileras que desfilaban por ambos lados del féretro — lo que daba una persona por segundo, según el cálculo que repetidas veces hice en las numerosas oportunidades que permanecí en el velatorio por horas de tiempo — en donde se percibía en todos un dolor místico, sobrenatural, incontenible, que a cada instante estallaba en sollozos y en los casos de personas de temperamentos más débiles, no lo resistían y caían víctimas de tan conmovedor sentimiento. Fué necesario desde el primer momento en que conducido el féretro al velatorio preparado — lo que tuvo lugar el día 27 de julio a las 11 horas — establecer servicios de atención urgente por la Fundación que lleva el nombre de la ilustre muerta. Presencié numerosos casos de personas que caían fulminadas por el intenso dolor que embargaba su espíritu, a las que de inmediato atendían las enfermeras y servicio médico mencionado, con una rapidez y una modalidad ejemplares. No sólo señoras sufrían un mal semejante, consecuencia de su inmensa congoja: muchísimos hombres también pasaron por igual trance y muchos de estos casos fueron mortales, siendo el más lamentable el del señor General de Brigada D. JUAN ESTEBAN VACA, Director de la Escuela Superior de Guerra, que en la noche del 27 de julio sufrió un derrame cerebral como consecuencia de las emociones sufridas en esa jornada memorable: conducido al Hospital Militar Central, falleció en el trayecto. Organizada la cámara mortuoria en el Círculo Militar, el Excmo. Señor Presidente de la Nación, no obstante su gran dolor por el fallecimiento de su ilustre esposa, concurrió al velatorio del General Vaca en las primeras horas del día 28, rindiendo así el homenaje que su agradecido y noble sentimiento imponía al leal servidor que había caído víctima de la extraordinaria congoja que agitaba todos los espíritus realmente argentinos. Por mi parte en la mañana del 28 concurrí al velatorio del noble General y amigo dilecto fallecido, con quien nos vinculamos con todo el afecto que se saben profesar hombres dotados de las mismas calidades personales en lo que respecta a la lealtad de sentimientos y afectuosidad amistosa. Fué un gran amigo y un hidalgo caballero, por quien tuve la más alta estima y su muerte significó un gran dolor, que se unía al que a todos nos doblegaba en esos momentos inolvidables de nuestra existencia.

El día 27 concurrí al velatorio de la señora Eva Perón dos veces: la primera con dos capitanes de fragata del Servicio de Informaciones Navales en representación de éste; la segunda, con la Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos en pleno, que concurrió a rendir el tributo de su admiración, respeto y dolor intenso a la extraordinaria dama que tanto bregó por el bien de su pueblo. El día 28 concurrí — como en todos los casos por la tarde — y permanecí mucho tiempo contemplando y admirando el extraordinario espectáculo de la inigualada congoja pública ante los restos inanimados de la Jefa Espiritual de la Nación, de la estupenda mujer que había logrado en tan corto tiempo tan fascinante poder espiritual.

Desde el primer momento fué sorprendente la afluencia de ofrendas florales al edificio de Trabajo y Previsión, donde se velaban los restos de la abnegada Jefa Espiritual de la Nación: en los primeros días quedó transformado todo el contorno del palacio en un bosque florido, la afluen-

cia del público no disminuyó en esas jornadas primeras en que reinó tiempo muy lluvioso y destemplado.

Con el Padre Hernán Benítez comentábamos la mística religiosa que afloraba del sentimento universal de inenarrable pena. Era un respeto y una veneración dolorosísima la que revelaba esa inmensa muchedumbre al desfilar ante la imagen física de la "Abanderada de los Trabajadores", que se había impuesto tan hondamente en la masa de su pueblo: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, niños y ancianos, de todas las clases. El desfile continuaba con la misma intensidad que el día anterior y no sólo se realizaba a ambos lados del féretro, sin ninguna interrupción, sino que se había duplicado estableciendo otro desfile por la rotonda superior, que queda encima de la cual se encontraba arreglado el velatorio. Era tal la afluencia pública, que la Policía ya no daba más por el cansancio extraordinario que le significaba esa tarea ímproba de contener un pueblo ansioso de cumplir con su único pensamiento en ese instante: "Ver a Evita".

Precisamente esa misma tarde llegó el Excmo. Señor Presidente poco después de encontrarme allí, y entonces pude en un leal y emotivo abrazo, transmitirle la honda congoja propia y de mi familia por la irreparable pérdida sufrida, por la cual toda la Nación estaba transida de dolor. Con su exquisita gentileza, me agradeció profundamente conmovido mis expresiones de pesar.

Entonces el cuadro de dolor que contemplábamos se detuvo un momento en su proceso acostumbrado: ordenóse detener el ritmo del desfile humano por un breve tiempo para que pasara todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante nuestro Gobierno frente al féretro que guarda los preciosos despojos de Eva Perón. Me significó una profunda emoción este desfile de extranjeros de alcurnia intelectual y cultural que rendían así su emotivo homenaje ante la Jefa Espiritual de la Nación, cuya singular prestancia e inquieta personalidad admiraron tantas veces en tiempos más felices y dichosos para el pueblo argentino que el de estos momentos. Fué una muda pero singularmente expresiva demostración del Cuerpo Diplomático, en homenaje a la gran mujer que conquistó tan extraordinario ascendiente en todas partes con su actuación sin par, difundiendo los altos sentimientos cristianos que exteriorizaban los sentimientos congregados en su noble espíritu.

Detrás del desfile del Cuerpo Diplomático siguió otro no menos notable, pero por demás patético e impresionante: el de un grupo de inválidos de ambos sexos que en una forma u otra, eran llevados por el camino que seguían normalmente las hileras de desfile de la masa popular, por ambos lados de la ilustre muerta, y que iban a rendirle el testimonio de su inmenso dolor ante la irreparable pérdida para la Nación. Demás está decir que la gran mayoría de los que desfilaban imprimían un beso en el féretro que contenía los restos de Eva Perón.

En el desfile de esa tarde presencié lo que ya había visto en casi todas las demás oportunidades en que concurrí y en que estaba presente el General Perón: al llegar a las proximidades del ataúd, todas las personas que pasaban por el costado donde se encontraba nuestro Gran Presidente, saludaban a éste con una profunda emoción y gran dolor: el General con esa urbanidad exquisita que es su extraordinaria característica y el más atrayente don con que la Naturaleza, tan generosa con su persona, le ha brindado, atendía a todos con igual gentileza, exteriorizando su agradecimiento por la concurrencia al velatorio y en todos los casos en que se produjo en su presencia un desgarrante suceso de personas que el dolor las abatía, él con toda su natural generosidad y cordialidad humana, se apresuraba a brindar personalmente su auxilio hasta la llegada de las personas encargadas de este servicio especial de que ya se ha hecho mención. Igualmente, no pasaba un niño por sus inmediaciones en ese extraordinario desfile, sin que Perón les prodigase un palmoteo cariñoso y les estampase un beso y en los casos de niños de menor



4 de Junio de 1952

cia del público no disminuyó en esas jornadas primeras en que reinó tiempo muy lluvioso y destemplado.

Con el Padre Hernán Benítez comentábamos la mística religiosa que afloraba del sentimento universal de inenarrable pena. Era un respeto y una veneración dolorosísima la que revelaba esa inmensa muchedumbre al desfilar ante la imagen física de la "Abanderada de los Trabajadores", que se había impuesto tan hondamente en la masa de su pueblo: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, niños y ancianos, de todas las clases. El desfile continuaba con la misma intensidad que el día anterior y no sólo se realizaba a ambos lados del féretro, sin ninguna interrupción, sino que se había duplicado estableciendo otro desfile por la rotonda superior, que queda encima de la cual se encontraba arreglado el velatorio. Era tal la afluencia pública, que la Policía ya no daba más por el cansancio extraordinario que le significaba esa tarea ímproba de contener un pueblo ansioso de cumplir con su único pensamiento en ese instante: "Ver a Evita".

Precisamente esa misma tarde llegó el Excmo. Señor Presidente poco después de encontrarme allí, y entonces pude en un leal y emotivo abrazo, transmitirle la honda congoja propia y de mi familia por la irreparable pérdida sufrida, por la cual toda la Nación estaba transida de dolor. Con su exquisita gentileza, me agradeció profundamente conmovido mis expresiones de pesar.

Entonces el cuadro de dolor que contemplábamos se detuvo un momento en su proceso acostumbrado: ordenóse detener el ritmo del desfile humano por un breve tiempo para que pasara todo el Cuerpo Diplomático acreditado ante nuestro Gobierno frente al féretro que guarda los preciosos despojos de Eva Perón. Me significó una profunda emoción este desfile de extranjeros de alcurnia intelectual y cultural que rendían así su emotivo homenaje ante la Jefa Espiritual de la Nación, cuya singular prestancia e inquieta personalidad admiraron tantas veces en tiempos más felices y dichosos para el pueblo argentino que el de estos momentos. Fué una muda pero singularmente expresiva demostración del Cuerpo Diplomático, en homenaje a la gran mujer que conquistó tan extraordinario ascendiente en todas partes con su actuación sin par, difundiendo los altos sentimientos cristianos que exteriorizaban los sentimientos congregados en su noble espíritu.

Detrás del desfile del Cuerpo Diplomático siguió otro no menos notable, pero por demás patético e impresionante: el de un grupo de inválidos de ambos sexos que en una forma u otra, eran llevados por el camino que seguían normalmente las hileras de desfile de la masa popular, por ambos lados de la ilustre muerta, y que iban a rendirle el testimonio de su inmenso dolor ante la irreparable pérdida para la Nación. Demás está decir que la gran mayoría de los que desfilaban imprimían un beso en el féretro que contenía los restos de Eva Perón.

En el desfile de esa tarde presencié lo que ya había visto en casi todas las demás oportunidades en que concurrí y en que estaba presente el General Perón: al llegar a las proximidades del ataúd, todas las personas que pasaban por el costado donde se encontraba nuestro Gran Presidente, saludaban a éste con una profunda emoción y gran dolor: el General con esa urbanidad exquisita que es su extraordinaria característica y el más atrayente don con que la Naturaleza, tan generosa con su persona, le ha brindado, atendía a todos con igual gentileza, exteriorizando su agradecimiento por la concurrencia al velatorio y en todos los casos en que se produjo en su presencia un desgarrante suceso de personas que el dolor las abatía, él con toda su natural generosidad y cordialidad humana, se apresuraba a brindar personalmente su auxilio hasta la llegada de las personas encargadas de este servicio especial de que ya se ha hecho mención. Igualmente, no pasaba un niño por sus inmediaciones en ese extraordinario desfile, sin que Perón les prodigase un palmadeo cariñoso y les estampase un beso y en los casos de niños de menor



4 de Junio de 1952

edad que desfilaban en el brazo de sus progenitores, les facilitaba a éstas con su actitud siempre generosa y dispuesta a concurrir en auxilio del necesitado. Esto lo han visto millones de ojos argentinos y la Historia ha recogido ese gesto de nuestro incomparable Jefe de Estado, con una manifestación que conquista el afecto universal, porque es la exteriorización de los más bellos sentimientos que pueden concentrarse en el corazón humano.

Los días 29 y 30 de julio concurrí nuevamente al velatorio, siempre dentro de las mismas horas para comprobar que el fervor popular no había decaído en lo más mínimo y continuaba el incesante desfile con el extraordinario impulso de los días anteriores. En la noche del 30 ya iba yo con la terrible pena de que mi anciana madre, doña Margarita Leis de Yaben, estaba en las últimas horas de su nobilísima existencia. En el velatorio, en la noche del 30 de julio, así se lo hice saber al señor coronel D. Jorge Balloffet, Jefe de la Casa Militar del Excmo. Señor Presidente de la Nación, a quien manifesté, que la autora de mis días había entrado en agonía. Esa misma noche, a las 2,35 de la madrugada del 31 de julio expiró lenta y santamente, como vivió, entrando su espíritu en la región de los privilegiados porque jamás alimentó en su larga existencia el más mínimo mal contra nadie. El Destino quiso que el Dr. D. Carlos J. Pedemonte, altruísta profesional, que ha ejercido la medicina como un apostolado, fuese el mismo que atendiese a mi querido padre en sus días postreros, y veinte años después, a mi inolvidable madre. Los atendió en ambos casos, con notable cuidado y con la capacidad médica que es su gran característica. Son servicios que jamás se olvidan.

La muerte de la autora de mis días, no me permitió concurrir al velatorio de la señora Eva Perón hasta el lunes 4 de agosto, por la cantidad de visitas que concurrieron a expresarme sus sentimientos por el gran dolor que me afligía. La tarde del 4, comprobé que el calor popular y la inmensa congoja que había despertado en la masa del pueblo la muerte prematura de la Jefa Espiritual de la Nación seguía exactamente el mismo ritmo del primer momento. Y en esta forma prosiguió sin interrupción, los días subsiguientes: 5, 6, 7 y 8 de agosto. Contemplé en todos ellos, en las varias horas que permanecía en el velatorio esa inmensa muchedumbre presa de una mística religiosa, sobrehumana, que realizando los más grandes sacrificios para llegar hasta el féretro que guarda los restos venerados de la extraordinaria mujer que ha sabido introducirse tan profundamente en el alma de su pueblo, tenía que hacer colas de 15 cuadras —y aún más en algunos días— para, paso a paso, ir llegando hasta el palacio del Ministerio de Trabajo y Previsión, y allí ir penetrando por los dos pasajes que marcaban las enfermeras de la Fundación y las de la Cruz Roja, hasta penetrar en el velatorio y llegar hasta la ilustre muerta, en cuyo féretro rara era la persona que no depositaba besos impregnados de dolor y de ternura. Y siempre veíamos a nuestro Gran Presidente, dominando su congoja en momentos en que pasaban personas que le exteriorizaban su pesar, que él atendía con esa exquisita gentileza y bondadosa prestancia, que tanto admiran los que lo conocen: invariablemente acariciando a los niños que sin cesar, desfilaban en brazos de sus madres, agradecía el general Perón profundamente el sacrificio que significaba para cada una de estas madres el estar 15 ó 16 horas con sus criaturas en brazos, para poder mostrarles a éstas la *querida Evita,* que había sacrificado su joven y hermosa existencia por atender al extremo las necesidades de su pueblo.

Se explica que estas extraordinarias esperas para poder llegar a desfilar ante la ilustre muerta, hayan producido tantos casos de descomposturas —algunas mortales— en personas que por su resistencia física no han podido realizar el esfuerzo, o en las que han padecido de alguna violencia, como en el caso ya citado del inolvidable General Vaca.

El entusiasmo popular por ver al objeto de tan mística veneración,

no decayó en un ápice, desde el 27 de julio a mediodía hasta la mañana del 9 de agosto en que fueron trasladados al Congreso de la Nación. Con el ritmo que le calculé varias veces, en distintos días, al desfile popular, por ambos costados del féretro —una persona por segundo—, daría por día un total de 86.400, y en los 14 días, sumarían 1.209.600; pero como por la parte superior del velatorio desfilaba igual cantidad de gente, esta cantidad se duplica y llega a la extraordinaria cifra de 2.420.000 personas en números redondos. Esto es simplemente asombroso.

En el traslado desde Trabajo y Previsión al Congreso, fué extraordinaria la concurrencia popular a través de todo el trayecto, pero con orden religioso admirable. Jamás vi tanta disciplina en una masa tan grande. El viaje se hizo lentamente, siendo conducido el féretro en una cureña especial que arrastraban personal designado por la C. G. T., y el séquito que acompañaba a la ilustre muerta, encabezado por el Excmo. Señor Presidente de la Nación, sus familiares y todos los miembros del P. E. y de los Poderes Legislativo y Judicial, seguidos de gran cantidad de altos jefes de las fuerzas armadas, masa elegida del pueblo, etc., fué simplemente extraordinario, de contornos impresionantes.

En el velatorio que se organizó en el Congreso en el centro del Salón de la Constitución Justicialista empezó nuevamente el desfile popular con las mismas características del que presencié asombrado tantas veces en Trabajo y Previsión. La mística popular de carácter netamente religiosa en su aspecto, continuaba con el mismo fervor que el primer día. Este ha sido un suceso que por lo extraordinario no se volverá a ver jamás. Allí se organizó igualmente que en Trabajo y Previsión, la columna que desfiló incesantemente ante los restos de la ilustre muerta. Se repitieron las escenas de incontenible dolor en la masa popular que se presenciaron en las dos semanas en que el féretro estuvo depositado en Trabajo y Previsión. Por la noche del 9 se realizó la marcha de antorchas organizada por la C. G. T. Millares y millares de antorchas sostenidas por manos encallecidas en el trabajo se alzaron hacia el cielo como otros tantos hachones encendidos que iluminasen el féretro donde descansaba Eva Perón.

El domingo 10 de agosto se dispuso la realización de las imponentes exequias: a las 13,30 de ese día ya era casi imposible pasar por las aceras de la Avenida de Mayo. Mientras tanto, las tropas disponían ya las formaciones de honor y se ultimaban los preparativos para el momento en que habría de comenzar la ceremonia, que se perfilaba simplemente de una imponencia jamás vista.

Masas de pueblo, dispuestas en dos apretadas columnas que seguían todo el trayecto de la Avenida, flanqueando la calzada, estaban constituídas en una buena proporción, por personas de condición humilde. En sus manos mostraban flores, que luego, al paso del cortejo, formarían alfombra en la calle. También comenzaban a ocuparse los balcones de edificios públicos y casas de departamentos, mostrando las familias que desde allí presenciarían el paso del féretro, también grandes cantidades de flores. En ningún momento la policía y los encargados de mantener el orden debieron actuar con energía, pues el público —lo mismo que el día anterior, durante el traslado desde Trabajo y Previsión— tuvo un comportamiento ejemplar, colaborando así, en gran medida, a que el acto revistiera el máximo de solemnidad, sin que ninguna nota insólita lo empañara.

Al mismo tiempo sumaban muchos millares las personas que ocuparon posiciones en la Plaza de Mayo, cuyos jardines fueron cubiertos por la multitud. También era considerable el público en el Paseo Colón, y el que cubría lugares estratégicos en el parque del mismo nombre. Centenares de personas aparecían arracimadas en edificios en construcción y en la esquina de Paseón Colón y Chile, donde existe un gran estrado.

Frente al edificio de la C. G. T., también aparecían llenos de público las partes bajas del edificio en construcción de la Fundación Eva Perón, el que aparecía cubierto con millares de coronas, al punto que éstas formaban una única perspectiva en el amplio frente. En todo el trayecto desde Chile hasta Azopardo, se habían dispuesto crespones que cubrían en lo alto el espacio de acera a acera. A las 14 hizo acto de presencia un escuadrón del glorioso Regimiento de Granaderos a Caballo, el que formó desde Chile hasta Azopardo, disponiéndose a lo largo del paseo.

En este último lugar había emplazado un gran retrato de la señora Eva Perón el que fué cubierto literalmente de flores. En toda la zona era tan densa la multitud, que desde poco después de las 13 era difícil transitar, e imposible hacerlo, minutos más tarde.

El edificio de la C. G. T. había sido ornado con banderas argentinas, crespones y el escudo peronista. La escalinata de acceso al edificio estaba cubierta de flores y allí se ubicó la guardia de Granaderos a Caballo. Entre las numerosas coronas que cubrían el frente enviadas por los sindicatos de la capital y el interior de la República, se destacaban las que fueron remitidas por organizaciones gremiales de Chile, Bolivia y otros países americanos. En el centro una gran cruz formada con flores, de tres metros de alto, indicaban la adhesión de la Unión Tranviarios. Prácticamente desde una altura de tres pisos, la escena mostraba un manto de flores que ocultaba totalmente el frente.

Desde las primeras horas de la mañana se percibió en el recinto del Palacio Legislativo una actividad intensa, dado que en las primeras horas de la tarde se procedería a trasladar los restos de la Jefa Espiritual de la Nación hacia el local de la Confederación General del Trabajo. El personal de seguridad y del Congreso prestaron su decidida colaboración para el libre encauzamiento de los que pugnaban por ver por última vez los restos de la extraordinaria mujer muerta en la plenitud de la vida. Cada vez que el Excmo. Sr. Presidente de la Nación se hizo presente en la capilla ardiente, volvieron a repetirse las escenas de honda congoja que tantas veces presenciamos en los días anteriores. A intervalos, el general Perón recibió el saludo de representantes diplomáticos extranjeros, oficiales superiores, y jefes y oficiales de las fuerzas armadas y altos funcionarios.

En la mañana del día 10, el general Perón permaneció en distintas oportunidades en la capilla ardiente, para alternar tales períodos con momentos de descanso en el salón Eva Perón del Congreso, donde permaneció hasta las 11,07, en que abandonó dicho Palacio para trasladarse a la residencia presidencial en compañía del gobernador de la provincia de Buenos Aires y del Dr. Mendé. A las 12,30 se cerraron todos los accesos a la capilla ardiente.

A las 14.30 entró en la capilla mortuoria el Presidente de la Nación vestido de uniforme, observó allí 7 minutos de meditación, tras lo cual, el Cardenal Primado, monseñor Copello, asistido por los padres Albino Mensa y Oscar Villena, rezó un responso y bendijo el féretro. Fueron instantes de hondísima emoción — que personalmente la compartí con todos por estar allí presente — vivida por el núcleo reducido allí concentrado.

A las 14,45 empleados fúnebres procedieron a cerrar la caja y envolver a la misma con la bandera argentina. "En esos instantes — anota "LA RAZON" — se vió que el general Perón enjugaba una lágrima y "agachaba la cabeza, agobiado por su intenso dolor. También, varios de "los presentes, entre ellos el señor Juan Duarte, no pudieron contener "el llanto".

Tras 10 minutos, cerrado ya el féretro, de meditación, 8 lacayos levantaron la caja mortuoria y seguida ésta por el general Perón y los presentes, se dirigieron a la salida principal del Congreso que da a la Avenida Entre Ríos.

"Se observó aquí también — anota "LA RAZON" — que "las enfermeras de la Fundación Eva Perón que, como decíamos, "hacían guardia, lloraron amargamente".

"Entre una doble fila de cadetes de las tres armas — dice "LA RAZON" —, presentando saludo, el féretro fué sacado de "la capilla ardiente, cruzó el gran hall de las banderas y salió "a la gran terraza. La vista que presentaba desde allí la plaza "del Congreso, con los soldados formados y el enorme público "apostado, era impresionante".

"Se ubicó el féretro sobre dos soportes e inmediatamente "sobre una pequeña plataforma se inició la serie de discursos "cuyos textos damos en lugar aparte".

"En primer término — prosigue "LA RAZON" — hizo uso "de la palabra el embajador de Italia, doctor Augusto Arpesani, "en su carácter de decano del cuerpo diplomático extranjero "acreditado en nuestro país. Luego lo hizo el Ministro del In- "terior, señor Angel G. Borlenghi, en representación del Poder "Ejecutivo. Seguidamente en nombre del Poder Legislativo, "habló el Presidente de la Cámara de Senadores, contralmirante "Alberto Teisaire. Luego lo hizo el Presidente de la Corte Su- "prema de Justicia, doctor Rodolfo G. Valenzuela, en nombre "del Poder Judicial. Después habló la senadora nacional, se- "ñora Juana Larrauri, por el partido Peronista Femenino. Lue- "go lo hizo el Presidente de la Cámara de Diputados, Doctor "Héctor J. Cámpora en representación del partido Peronista, y "finalmente, el secretario general de la C. G. T., señor José G. "Espejo, en nombre de todos los trabajadores del país".

A las 16,15, terminada la serie de discursos, se escuchó un toque de clarín, al final del cual fué descendido el féretro por la larga escalinata, siempre entre una doble fila de cadetes de las fuerzas armadas. La amplia escalinata del Congreso estaba ocupada, además del Presidente de la Nación, por sus familiares y ministros del P. E., por legisladores, altos funcionarios de la administración pública, miembros del secretariado de la C. G. T., miembros de la Corte Suprema de Justicia, gobernadores de provincias y legisladores provinciales.

A las 16,20 la banda del Colegio Militar inició la ejecución de la marcha fúnebre de Chopin y un minuto más tarde, el cortejo emprendía el camino hacia el local de la C. G. T.

Abría la marcha una gran carroza alegórica, coronada por la sigla de la Confederación General del Trabajo. En letras de bronce se leía un pensamiento de Eva Perón: "Para comprender a los trabajadores hay que amar profundamente a los humildes". En la parte anterior, sobre un fondo de claveles blancos, había sido formado un gran corazón de flores rojas. Otra de las leyendas decía: "Mis tres grandes amores son la Patria, el pueblo y Perón". En la parte posterior, también con flores rojas, había sido formado el nombre "Evita", y sobre dos grandes manos extendidas ardía una llama votiva. A esta carroza, que estaba flanqueada por obreros ataviados de blanco, con brazaletes de luto, seguía una segunda del Sindicato de Petroleros Unidos, coronada por una gran lámpara votiva, con una leyenda en la que se leía: "Eva Perón, la llama de tu recuerdo estará siempre encendida en nuestros corazones".

Desde esta carroza, flanqueada por una doble hilera de obreros de azul, eran arrojadas flores que iban alfombrando el camino que seguía el cortejo. Este era iniciado por una sección de motociclistas que precedían al jefe de las fuerzas de honores. Al mismo tiempo, sobrevolaban constantemente el trayecto escuadrillas de 20 cazas y los grandes aviones de bombardeo, con los que se hizo presente la aeronáutica.



4 de Junio de 1952

"Se observó aquí también — anota "LA RAZON" — que "las enfermeras de la Fundación Eva Perón que, como decíamos, "hacían guardia, lloraron amargamente".

"Entre una doble fila de cadetes de las tres armas — dice "LA RAZON" —, presentando saludo, el féretro fué sacado de "la capilla ardiente, cruzó el gran hall de las banderas y salió "a la gran terraza. La vista que presentaba desde allí la plaza "del Congreso, con los soldados formados y el enorme público "apostado, era impresionante".

"Se ubicó el féretro sobre dos soportes e inmediatamente "sobre una pequeña plataforma se inició la serie de discursos "cuyos textos damos en lugar aparte".

"En primer término — prosigue "LA RAZON" — hizo uso "de la palabra el embajador de Italia, doctor Augusto Arpesani, "en su carácter de decano del cuerpo diplomático extranjero "acreditado en nuestro país. Luego lo hizo el Ministro del In- "terior, señor Angel G. Borlenghi, en representación del Poder "Ejecutivo. Seguidamente en nombre del Poder Legislativo, "habló el Presidente de la Cámara de Senadores, contralmirante "Alberto Teisaire. Luego lo hizo el Presidente de la Corte Su- "prema de Justicia, doctor Rodolfo G. Valenzuela, en nombre "del Poder Judicial. Después habló la senadora nacional, se- "ñora Juana Larrauri, por el partido Peronista Femenino. Lue- "go lo hizo el Presidente de la Cámara de Diputados, Doctor "Héctor J. Cámpora en representación del partido Peronista, y "finalmente, el secretario general de la C. G. T., señor José G. "Espejo, en nombre de todos los trabajadores del país".

A las 16,15, terminada la serie de discursos, se escuchó un toque de clarín, al final del cual fué descendido el féretro por la larga escalinata, siempre entre una doble fila de cadetes de las fuerzas armadas. La amplia escalinata del Congreso estaba ocupada, además del Presidente de la Nación, por sus familiares y ministros del P. E., por legisladores, altos funcionarios de la administración pública, miembros del secretariado de la C. G. T., miembros de la Corte Suprema de Justicia, gobernadores de provincias y legisladores provinciales.

A las 16,20 la banda del Colegio Militar inició la ejecución de la marcha fúnebre de Chopin y un minuto más tarde, el cortejo emprendía el camino hacia el local de la C. G. T.

Abría la marcha una gran carroza alegórica, coronada por la sigla de la Confederación General del Trabajo. En letras de bronce se leía un pensamiento de Eva Perón: "Para comprender a los trabajadores hay que amar profundamente a los humildes". En la parte anterior, sobre un fondo de claveles blancos, había sido formado un gran corazón de flores rojas. Otra de las leyendas decía: "Mis tres grandes amores son la Patria, el pueblo y Perón". En la parte posterior, también con flores rojas, había sido formado el nombre "Evita", y sobre dos grandes manos extendidas ardía una llama votiva. A esta carroza, que estaba flanqueada por obreros ataviados de blanco, con brazaletes de luto, seguía una segunda del Sindicato de Petroleros Unidos, coronada por una gran lámpara votiva, con una leyenda en la que se leía: "Eva Perón, la llama de tu recuerdo estará siempre encendida en nuestros corazones".

Desde esta carroza, flanqueada por una doble hilera de obreros de azul, eran arrojadas flores que iban alfombrando el camino que seguía el cortejo. Este era iniciado por una sección de motociclistas que precedía al jefe de las fuerzas de honores. Al mismo tiempo, sobrevolaban constantemente el trayecto escuadrillas de 20 cazas y los grandes aviones de bombardeo, con los que se hizo presente la aeronáutica.



4 de Junio de 1952

A continuación del vehículo que conducía a los jefes de los efectivos de las distintas armas presentes en la ceremonia, seguía el Comandante del Regimiento de Granaderos a Caballo —teniente coronel Guillermo Humberto Gutiérrez y su escolta, precedido por el abanderado de la unidad, escoltado por un escuadrón.

El símbolo patrio aparecía enlutado por un crespón. La lentitud de la marcha y la brillantez de los uniformes que cubrían todo el primer plano, dieron a la escena una imponencia indescriptible. Contrastando con el día gris de la víspera, brillaba un sol radiante, cuyos rayos hacían refulgir las armas de las tropas que rendían honores. Más atrás, llevada por obreros, seguía la cureña sobre cuyo armazón había sido colocado el féretro cubierto por la bandera nacional con el sol, de acuerdo con la jerarquía de Presidente de la Nación en ejercicio con que eran tributados los honores. La escoltaban una triple hilera de cadetes de todos los institutos de las fuerzas armadas, enfermeras de la Fundación Eva Perón y alumnos de la Ciudad Estudiantil y escuelas de aprendizaje. A pocos metros de la cureña, encabezaba la columna ciudadana el Presidente de la Nación general Juan Perón de uniforme y descubierto, quién tenía a su lado en la primera fila a familiares y colaboradores inmediatos. Seguían Ministros del Poder Ejecutivo, ministros de la Suprema Corte de Justicia, altos jefes de las fuerzas armadas y funcionarios. Cerraba la marcha otra sección de enfermeras, un escuadrón de Granaderos y una unidad motorizada.

De inmediato, detrás de un triple cordón de soldados de la gendarmería, avanzaba la masa del pueblo. Emergían de la inmensa multitud, millares de pequeños estandartes con la sigla C. G. T. y grandes banderas argentinas y de los países hermanos, anunciando la presencia de delegaciones de trabajadores que se habían asociado al dolor nacional. Las banderas se hallaban enlutadas con crespones y, en algunos casos, aparecían unidas. Tal como ocurrió con la bandera que llevaban los marinos chilenos del vapor "Arauco" y de uno de los centenares de gremios del interior de la República representados en el homenaje. Era tan extraordinario el público, que al iniciarse la marcha del cortejo, ansioso por plegarse a las filas de los que seguían al féretro, forzaron los cordones policiales en las proximidades del Congreso. No obstante, pronto se restableció el orden. Una banda de la Escuela Militar, a medida que se desplazaba la columna ejecutó la marcha fúnebre de Chopin, cesando al enfrentar a las distintas bandas ubicadas en el trayecto. En estas ocasiones, los tambores enlutados marcaban un pausado redoble.

Al enfrentar la comitiva fúnebre los diversos sectores del trayecto las tropas alineadas presentaban sus armas. Refulgían sobre las bayonetas las luces de la tarde espléndida, pero el detalle se perdía en la multitud de banderas que ondeaban en los edificios y en los crespones que los enlutaban. Una sensación de infinita congoja sobrecogía a la muchedumbre. Se escuchaban aquí y allá voces de adiós y rumor de plegarias. Ojos empañados y el resbalar de lágrimas dijeron del intenso dolor de un pueblo que había perdido la abanderada de sus horas mejores. Así se recorrió el trayecto hasta la Avenida de Mayo. Al enfilar la gran arteria la escena adquirió aspectos majestuosos. Desde los altos balcones comenzaron a caer flores. Algunas dispersas. Otras en verdaderos ramilletes a los que se habían colocados cintas de luto. Caían en números incalculables, hasta formar, en ciertos momentos, una verdadera cortina multicolor que parecía descender del ancho ámbito de un cielo azul abierto. También de las apretadas filas ubicadas detrás de la formación militar, partían incesantemente y bien pronto cubrieron la calzada con un manto que atenuaba el rumor de las ruedas de la cureña, de la caballería y de los pasos de la muchedumbre dolorida que ya colmaba, como un mar sin horizontes, la ancha avenida.

Hubo algún movimiento de avance aquí y allá, por parte del públi-

co pero fué prontamente reprimido, con frecuencia por propia voluntad de cada uno de quienes lo integraban. Esos oleajes propios de las grandes muchedumbres indicaban el anhelo de todos por hallarse cerca, lo más cerca posible, de la Jefa Espiritual de la Nación. Expresaron también un sentimiento ansioso de traducirse en respetuoso y solemne homenaje, más allá de las exteriorizaciones, con fervor de alma, con las promesas que se formulan para perpetuar el recuerdo de las grandes figuras. La magnitud de la escena se acentuó en intensidad cuando el cortejo enfrentó la rotonda de la avenida 9 de Julio. El público allí desbordaba por calles, jardines, y aceras y se extendía muchas cuadras hacia la avenida Belgrano y la Plaza de la República, la mayor parte de esa multitud se hallaba alejada de la calzada que habían formado los cordones de tropas, de manera que no podía manifestar sus sentimientos en igual forma que los que se encontraban en primera línea.

Fué entonces cuando una iniciativa individual halló amplio eco en todos. Pronto se alzaron centenares, millares de pañuelos que ondearon agitados lentamente sobre el mar de cabezas, a manera de adiós de un pueblo a la mujer que le había dedicado todas sus horas, y que ahora le ofrendaba su vida... Siguió adelante la comitiva fúnebre, y nuevamente, al ser enmarcada por los altos edificios de la Avenida de Mayo, comenzó a caer la lluvia de flores. Fueron esos instantes de honda emoción con el sello de una congoja infinita.

La escena se fué renovando para adquirir majestuosa imponencia al enfrentar el cortejo la Plaza de Mayo, cuyos jardines se hallaban totalmente ocupados. En este lugar fué posible advertir que muchas personas agitaban lentamente pequeñas banderitas enlutadas. La ofrenda de las flores, las voces de adiós apenas musitadas, las lágrimas y las oraciones, fueron acompañando el féretro hasta el edificio de la Confederación General del Trabajo. En las adyacencias no había quedado un solo claro. Sin embargo, nadie intentó pasar los cordones policiales ni la formación de Granaderos a Caballo que cubría las tres últimas cuadras del trayecto rindiendo honores. A las 17,56 llegó el cortejo, siendo descendido poco después el ataúd.

En los umbrales del edificio se hallaban reunidos en pleno el secretariado de la central obrera, integrada por el titular, señor José C. Espejo y los señores Florencio Soto, Isaías Santín, Humberto Gruppi y Armando Cabo, a quienes acompañaban los miembros del consejo directivo. El féretro, en una ceremonia solemne, fué conducido hasta el primer piso del local, donde por expresa resolución de la Jefa Espiritual de la Nación, sus restos descansarán hasta tanto sea construído el monumento, en cuya cripta reposarán definitivamente.

Allí aguardaban, junto al túmulo ubicado en el centro del recinto, los representantes del cuerpo diplomático, de las cámaras legislativas, de ambas ramas del Partido Peronista, de la Fundación Eva Perón y los secretarios generales de diversos sindicatos de la capital y el interior, del país. A las 18 se rezó una misa en **memorian**, en el recinto funerario.

Mientras se realizaba la triste ceremonia, la emoción se acentuaba en las calles. Ya la cabeza de la manifestación cívica que siguió al cortejo se había detenido al llegar a destino y otro tanto fueron haciendo los que la seguían de manera que la totalidad del trayecto, calzadas y aceras, estaba totalmente cubierto por una densa multitud, cuyo número sin precedentes, resultaba incalculable.

El pueblo quedó en suspenso cuando los 21 cañonazos de la salva de homenaje anunció el instante de las exequias. De inmediato, al finalizar la salva, un corneta tocó silencio, que como un eco de bronce, fué seguido por otros toques que recorrieron toda la formación. El inmenso corazón de Buenos Aires y de toda la República pareció entonces detener su latido en la hora suprema de la despedida.

"Los ilustres despojos de Eva Perón —anota "La Razón"—, "dormían ya su último sueño, pero allí quedaba, vibrante como "un toque de clarín, su espíritu de luchadora infatigable, de "defensora de los humildes, de abanderada de la justicia. Eva "Perón descansa en paz, mientras su memoria sigue latiendo, "custodiada por la guardia de honor de todo un pueblo que jamás la olvidará".

En los momentos de llegar al término de estas notas de lo que han visto mis ojos, en todos los ámbitos de la gran ciudad porteña se encuentra a cada paso el retrato de la noble abanderada cuyo espíritu flota sobre los corazones argentinos, con la siguiente inscripción

"Eva Perón - Eterna en el alma de su pueblo".

A continuación se transcribe los discursos pronunciados en las exequias de la señora Eva Perón:

DEL EMBAJADOR DE ITALIA

El embajador de Italia, señor Giustino Arpesani, en nombre del cuerpo diplomático, pronunció la siguiente oración fúnebre:

Excelentísimo señor presidente: Es con profunda emoción que tomo la palabra en este tan penoso momento para ser el intérprete de la participación de todos los colegas jefes de las misiones acreditadas en este país, a vuestro dolor, excelentísimo señor presidente, por la prematura desaparición de vuestra ilustre esposa, la señora Eva Perón.

Todos nosotros, aquí presentes, hemos conocido la electa Dama que consagró años, tan breves como henchidos de fervor apasionado, a vastas obras que permanecerán como testimonio de su amor para con su país y de su desvelo en favorecer la dignificación de aquella parte del pueblo que más necesita ayuda, asistencia y amparo. Su alma alcanza ahora la vida ultraterrena.

Las grandes masas de pueblo que durante su vida exaltaron la figura de Eva Perón le han rendido en estos días de duelo nacional, el homenaje de la expresión patética de su angustiado afecto. Ellas saben ahora que en la luz de la eternidad y de la realidad suprema, su acción de ayer y su largo sufrimiento final se han trasmutado en plegaria de amor para el bien de todo el pueblo argentino. Y su memoria será honrada a través de la realización de un siempre más fraternal espíritu de humana cohesión y a través del trabajo que proporciona segura luz a los hombres y llevará todavía más en alto la noble Nación Argentina.

Vos, señor presidente que la habéis tenido como compañera dinámica y fiel de vuestra labor sabéis que encontraréis el consuelo más alto para vuestro dolor en la continuación de su obra y de vuestra misión de gobernar a este joven y gran país, que exalta los mejores valores del espíritu humano en una colaboración anhelante hacia los fines de la justicia y de la paz.

Todos nosotros recordamos la sonrisa que acompañaba a la señora Perón al organizar y prodigar su ayuda maternal y fraternal a los humildes, en una inquietud de búsqueda de progresivas mejoras materiales y morales del pueblo, en una acción infatigable que bien puede decirse ha sido en gran parte viviente solidaridad cristiana.

Y queremos inclinarnos reverentes ante su último sufrimiento que parece haya sido en los misteriosos designios de la Providencia como una dádiva que permitiera a la noble señora desaparecida poder ofrendar un testimonio severo y admonitor de su participación en aquella que es la sublime y eterna ley del dolor terrenal, que hermana a todos los hombres en la resignación y en la esperanza.

A vos, excelentísimo señor presidente, llegue por mi intermedio la expresión de hondo pesar de todos los representantes diplomáticos aquí reunidos que, mientras rinden el postrer homenaje a la memoria de vuestra electa esposa, os confirman con ánimo deferente que se sienten profundamente solidarios con vos, con su corazón y su conmovida participación en esta hora de vuestro dolor y de duelo para la Nación Argentina.

DEL MINISTRO DEL INTERIOR

El ministro del Interior, señor Angel Borlenghi pronunció la siguiente oración fúnebre:

En este intenso, magno instante todos los corazones caben en el puño de la fatalidad. Nuestra estremecida condición humana, cae de rodillas, aun a sabiendas de que debiera majestuosa unirse al Himno con que la Eternidad recibe a quien ha de guiar desde el ámbito infinito la redención del hombre argentino.

Lo reconocemos y no nos sonroja el confesarlo: desde hace quince días nuestro pueblo llora inconsolable la muerte de Eva Perón.

¡Llora este intrépido pueblo que conquistó y sustenta, ante los colosos de hoy, su Independencia Económica. Su Soberanía Política y su Justicia Social!

¡Llora este valeroso pueblo que ante las demoníacas fuerzas que pugnan por encadenar el futuro, enarbola gallardo los pendones de su amor por la humanidad!

¡Llora este fuerte pueblo; sí, pero como lloran las montañas que ofrecen a la naturaleza el turbulento caudal del nuevo río cuando las parte el cataclismo!

Es que, digámoslo también, llorar por Eva Perón es virtud reservada a los fuertes, a los valerosos, a los que luchan en la singular empresa de la solidaridad entre los hombres.

Por mandato de mis colegas de gabinete, ministros civiles y militares, vengo a expresar este dolor que nos traspasa el alma.

¡Eva Perón: Mártir del Trabajo. Eminencia de la Justicia, Santa de la Protección, Cielo de los Humildes, Horizonte de los Desamparados, Sol de los Ancianos, Hada de los Niños! Para iniciar nuestras palabras, podríamos decir todo esto y mucho más. Y diríamos verdad. Pero Eva Perón rebasaba y trascendía cuanto título pretendiera ser el continente de su gloria. Preferimos comenzar, entonces, con esas dos palabras con que la llamaban los trabajadores.

¡Dos palabras tan sencillas y que, sin embargo, expresan todo un mundo de afecto y homenaje!

¡Compañera Evita!

Compañera, sí: porque al alcanzar la más ambicionada de las posiciones, Eva Perón siguió sintiéndose una igual del más humilde de los descamisados. Compañera, sí; porque al entregar todas sus horas a la ayuda de los necesitados, Eva Perón demostró que prefería, por sobre todas las cosas, la compañía del desposeído. Compañera, sí; porque ante la bifurcación del camino, optó por acompañarnos en la reivindicación frente a la injusticia. Y compañera, sí; en fin, porque al jurar como tantos trabajadores dar la vida por Perón y por la Patria, en su ardorosa vocación, no se sentó en espera de la oportunidad, sino que transformó en oportunidad, la tarea de todos los días, que es la más difícil y terrible de las barricadas.

Bálsamo y aliento, consuelo y ayuda, elixir y apoyo del pobre, del paria, del triste, Eva Perón era la estrella que brillaba en el cielo de todas las esperanzas.

Frágil y suave, como la espuma que corona la ola, pero con voluntad de peñasco y tenacidad de mar, su mística energía sirvió a esta generación, desde la ciudad de leyenda para la primavera de la vida, hasta el tibio retiro para los años otoñales.

Pero, la acción de Eva Perón no caía sobre las gachas cabezas como

humillante limosna. No. Su acción se recibía con la mirada alta. Su ofrecer era un restituir. Sus manos eran la secular revolución del hombre con aspecto de lirio. No hacía beneficencia, hacía justicia. No repartía las migajas del festín. Era un manantial del peronismo que lavaba viejas culpas de la sociedad, reparando legítimas reclamaciones insatisfechas, pagando la antigua deuda que la sociedad tenía y que jamás había cumplido con sus niños, con sus ancianos, con sus humildes.

Es que Eva Perón era fundamentalmente Peronista. La mejor discípula de Perón. En su mirada se reflejaba todo el amor de Perón por la causa del pueblo. Por lo mucho que comprendió a Perón amó tanto a los humildes. Por su fervorosa consagración a la doctrina de Perón, Eva Perón pudo realizar tanta obra de justicia. Por su fanática adhesión a los altos ideales peronistas, Eva Perón recorta hoy sus alas sobre el cielo limpio de la consideración de los pueblos del mundo.

¡Su vida fué una enseñanza inolvidable de que lealtad a Perón es lealtad al pueblo, a la justicia, al bien y a la verdad!

¡Su consagración a la causa de Perón la consagra arquetipo de la Nueva Argentina!

¡Su insobornable acción en defensa de las conquistas obreras y del enaltecimiento del sindicalismo, ya nos anuncian, con precisión, qué pedestal exigirán las estatuas del futuro!

Contribuyó decididamente, a dar esa gravitación, esa fuerza, esa jerarquía que hoy ostentan los sindicatos obreros argentinos.

¡La patria y la multitud la tendrán siempre presente con sus dos brazos en alto, como un marmóreo árbol enraizado en el corazón de Perón!

Ahora, cabe al arte plasmar las sublimes escenas a que daba lugar su abnegada acción. Escenas como las que se desarrollaban a diario en la histórica Secretaría de Trabajo y Previsión, donde la excelsa compañera, en luminosas jornadas mitigaba las consecuencias de un siglo de injusticia social.

Saldo lúgubre, difícil. Porque hay que extraer las espinas una a una. Caso por caso. Dolor por dolor.

Además de remediar el sufrimiento, es necesario sentir con el que sufre. Más que una ayuda material, el afligido postula una pupila donde pueda ver espejada su alma y compartida la pena que lo ahoga.

Rostros tajeados por la necesidad. Ojos vencidos por la bruma de la desdicha. Manos gastadas de llamar a puertas sordas. Espaldas curvadas bajo el peso de la iniquidad. Almas destrozadas por el taco del vejamen. Niños con esa expresión de espanto que da la tristeza sin claros. Llaga, miseria y puños crispados. Ni perfumes, ni sonrisas. Y en medio de ese imponente haz de la tragedia, como una visión de sueño, grácil y fina como el tallo de una flor, con todo el esplendor, el rango y la juventud para reinar en los salones, una mujer dando cara a la lacra, abrazándose a ella, restañando heridas, besando niños, enjugando lágrimas y haciendo suyos todos los pesares, cuya mágica mano convierte en dicha.

Este cuadro que ha de menester el mañana para desentrañar las fuentes de la perfección social, podría denominarse simplemente así: "Evita".

Pero los vívidos y múltiples fulgores en que la dulcísima compañera se manifestó como el talismán de los desamparados no tienen cabida sino en esa perfecta obra que fué su propia misión.

¿Cómo podrán olvidar las mujeres de todo el mundo, que Eva Perón, además de conquistar los derechos cívicos para las mujeres de su país, dió una pauta universal, al orientar su acción en manifestaciones estrictamente femeninas? Porque no trató de modificar el alma de la mujer con la política, sino que modificó a la política con la influencia del alma exquisita de la mujer.

En la orquestada organización del gobierno, Eva Perón era el diapasón de la pureza del Movimiento Justicialista. Quien no afinaba con ella, desafinaba seguramente con el tono popular del Peronismo. Era el oro sin

aleaciones. . Su privilegiada consustanciación con los descamisados la hacía el tronco que une a la copa del árbol con la tierra, el puente entre Perón y sus obreros.

Eva Perón era la piedra de toque para probar la repercusión de cualquier gestión de Gobierno. Si ella sonreía, era seguro que sonreirían los millones de trabajadores. Si su mirada no se alegraba era indefectible el rechazo popular de la medida.

¡Singular quintaesencia del sentir y del pensar de la comunidad. Eva Perón nos marcaba, como a sensible aguja de una perfecta brújula, el eterno norte de la razón del pueblo!

Era el corazón de los corazones. Como esas caracolas que ponen en el oído de los niños todo el ruido del mar; para nosotros, la inolvidable compañera, sintetizaba en su voz el llanto, el suspiro, la risa y el canto de todo su pueblo.

Por sentirse una auténtica trabajadora, cumplía con inconmovible lealtad la tarea de todo peronista de defender a Perón hasta con la vida, de protegerlo, de luchar por él.

Así la frágil, la alada, la leve tornábase por su idealismo en el más formidable escudo de nuestro líder.

Se puede ser bueno a lo resignado, haciendo el bien y llorando por el mal. Pero, hay otra manera de ser bueno, a lo bravo, a lo heroico. Cuando además de hacer el bien se lucha contra el mal hasta vencerlo para imponer lo bueno. Esta es la más difícil de las bondades. Requiere ese valor de saber que el camino tiene barro y soportarlo, de saber que el mal lucha y enfrentarlo, de saber que en tal demanda se puede dejar la vida y ansiar en lo más profundo del corazón el magnífico premio de los verdaderamente buenos: morir por la justicia.

Eva Perón fué buena así.

La mano que vendaba al herido empuñaba el arma para enfrentar al heridor. Era santa y guerrera.

Su indignación frente a la injusticia fué la misma en el llano que en la cumbre. Por eso desdeñó la poltrona y doliera a quien doliera, agitó a los cuatro vientos, implacablemente, el verbo de su recia verdad.

¡Irreemplazable centinela de la dirección primigenia que señalara al movimiento Peronista el impulso de la jornada de Octubre!

¡Sublime luchadora que dejaba a jirones su vida en la batalla de cada minuto, con la bandera de la Patria, y de Perón, por la justicia contra la injusticia!

Con espíritu de sacrificio buscaba situarse en el sector más batido por el enemigo. Y no se contentaba con hacerse blanco del contrario. También lo desafiaba y salía a contraatacarlo. Juzgaba que mientras el fuego se dirigía a ella se desviaba de Perón y de sus descamisados.

¡Mujer única a quien la Providencia le otorgó el don de ser, a un mismo tiempo, plaza y avanzada, corazón y brazo, blasonado broquel e incontenible lanza del Justicialismo!

Mientras Perón rompía cadenas, Eva Perón curaba los tobillos lacerados: mientras Perón encabezaba la caravana hacia la cumbre, Eva Perón refrescaba las sienes del cansado; mientras Perón enaltecía la tarea en cada brazo, Eva Perón daba un juguete a cada niño; mientras Perón organizaba un más alto sentido de la vida, Eva Perón hallaba el más alto sendero hacia la muerte.

Es que Perón y Eva Perón se completaban en la gesta como se complementan en nuestra bandera el blanco y el azul. Cual tuvo la vieja heráldica un águila con dos cabezas, ostenta el joven blasón un alma con dos corazones. Así, en la fabulosa empresa de lograr la felicidad del pueblo, Eva Perón, impuso para sí jornada de sacrificio. Y al alba, cuando Perón dejaba su casa, ella recién regresaba. ¡Eran como el Sol y la Luna en el firmamento de la Patria.

"Alguno de los dos debe estar despierto en la vigilia que impone la Argentina Nueva...".

Ahora, uno de los centinelas va a ocupar su puesto en el atalaya infinito.

Frente a la desaparición de la insustituible Eva Perón y en medio de indescriptibles expresiones de dolor y de homenaje de gratitud el pueblo, desolado se formula esta pregunta:

Y ahora, ¿qué hacemos?

Y ante el interrogante angustioso en el que vibra trémula la ansiedad de millones de argentinos, nosotros sobreponiéndonos a nuestro propio dolor, por encima de nuestro sufrimiento, contestamos:

¡Seguir a Perón, apoyar a Perón, servir incondicionalmente a Perón!

Porque el pueblo argentino tiene siempre a su líder, a su incalculable defensor, al forjador de esta esplendente Argentina, al creador de la doctrina que posibilitó ese milagro que se llamó Eva Perón.

Y donde haya una injusticia, allí estará Perón para repararla donde un soberbio pretenda avasallar al débil, allí estará Perón para impedirlo, cuando alguien intente agraviar la dignidad y la independencia de la Patria, allí estará Perón como abanderado y símbolo de nuestra grandeza nacional; cuando alguien trate de detener o retrotraer a la Revolución Peronista, allí estará la incorruptible decisión de Perón para evitarlo.

Por eso, el pueblo, con su intuición infalible ante la tremenda realidad de la desaparición de Evita, le recomienda: "¡Cuídese mi general! ¡Que lo necesitamos más que nunca, mi general!"

Venerada Jefa Espiritual:

En nombre del gobierno y pueblo argentino, os decimos:

En la hora suprema nuestro valor contiene el pesar, porque es preciso, imprescindible, que sellemos ante tu muerte ese pacto de corazones que nos unió en tu vida.

Ante tu tumba los hombres y mujeres civiles y militares, ancianos y niños que constituimos el invencible pueblo argentino, ofrecemos este solemne juramento:

¡Juramos por la Patria y por ti, Eva Perón, luchar por la continuación de tu obra que es la felicidad del pueblo, de los trabajadores de los humildes!

¡Juramos por la Patria y por ti, Eva Perón, luchar por esta Argentina Justa, Libre y Soberana!

¡Juramos por la Patria y por ti, Eva Perón, luchar por Perón, ser leales a Perón, dar la vida por Perón!

Eva del Trabajo:

¡En este desolado instante del adiós te evocamos en el hervor de tu trajín, en el esplendor de tu pasión, enclavada en mitad de este siglo veinte como un lírico volcán sembrando los igneos sueños de las multitudes, como un símbolo de paz en pleno campo de Marte pugnando por el triunfo de la pureza entre los poderosos que se superan en el terror, como un mensaje de Dios en el apogeo de la borrasca señalando la ruta a los timoneles enloquecidos.

¡En mitad del siglo, en el fondo de los pueblos y en la vanguardia de la historia! ¡Así estás Eva Perón con tu corazón en llamas!

Excelsa compañera Evita: Bajo el augusto pliegue de tu estandarte que es lucha pero no es odio, que es fanatismo pero no es rencor, que es infinita bondad, pero bondad activa y heroica, marcharemos nosotros, nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos. Tu inmolación no ha sido vana. Puedes en tu eterno sueño, descansar en paz, que tus obreros, tus descamisados, tus grasitas, seguirán por la senda que aprendieron con Perón y contigo. Dulcísima Eva Perón: Esta Argentina de todos tus desvelos tierra feraz donde sembraste tu martirio, florece en la eterna gratitud del pueblo. ¡Sea esta gratitud el ramo que perfume por los siglos de los siglos tu sepulcro de luz! ¡Eva Perón que estás en el cielo... ¡Eva Perón que sigues en el pueblo!

DEL CONTRALMIRANTE ALBERTO TEISAIRE

El presidente provisional del Senado contralmirante Alberto Teisaire, dijo:

Se ha plegado la bandera de nuestra gloria; han silenciado los clarines guerreros; se han detenido angustiadas las masas trabajadoras, han callado todos los corazones argentinos.

Eva Perón duerme en el seno de la Eternidad.

Tajando el alma, desgarrando ilusiones, destrozando sentimientos, ha golpeado la amargura a toda la Nación.

Un pueblo agradecido y feliz ha sido sacudido en lo más íntimo de su ser y ha caído de rodillas en una oración suprema, ahogada su garganta por el sollozo de una profunda congoja.

Triste, muy triste, está la Patria en esta hora de inmenso dolor nacional.

Es que se abate con Eva Perón la más grande heroína civil.

Se extingue con su vida la más desesperada ansia de amor, la más empinada expresión espiritual, la más recia y fecunda vocación de sacrificio, la más pura voluntad de abnegación.

La República, en religioso reconocimiento, siente en el alma este desgarrón terrible que así ciega una maravillosa fuente de justicia, de verdad y de belleza.

Señora del Renunciamiento: alentaste en la tierra para hacer más dulce los días de los otros. Para todo dolor fuiste la seguridad de un amanecer. Con generosidad evangélica te consagraste a dignificar el mundo.

Tu vida es una permanente y victoriosa afirmación espiritual. Tu existencia noble y breve está tocada por la gracia de la Divinidad. Tus horas se cuentan por tus realizaciones. Cada una de tus obras es un canto de amor.

Tus ojos de iluminada penetraron el reino de las sombras; tu alma inmensa fué una lámpara que alumbró el destino de los humildes y los desheredados; tu voz, un cilicio para los histriones de la redención popular. A tu conjuro se deshicieron en hilachas las construcciones de la maldad y la arquitectura del odio.

Y mientras la luz de tu espíritu se hacía claridad en la vida de tu pueblo, tu carne se abatía consumida en la llama de tu propio fervor. Sentiste, sin duda, el rigor de las vigilias, el cansancio de la marcha sin tregua, sin permitirte el descanso porque el camino era largo y tenías que atestiguar el grandioso amanecer para la Nación y para el pueblo de tus desvelos.

Jefa Espiritual de la Nación: tu obra está lograda. Con Perón forjaste la Nueva Argentina. La hazaña de tu vida corona la cabeza de la República, proyectando sobre tus sienes veneradas, la gloria del laurel.

Tú fuiste alegría de las almas de los ancianos y de los niños; tú enseñaste a los hombres el lenguaje del bien y del amor; tú sacrificaste tu propia vida en holocausto de los más débiles; tú, fiel centinela de la suerte de la Nación, descansa a la manera de los héroes, mientras tu antorcha continúa encendida.

La atmósfera de la Patria está poblada de tu dulce presencia.

El pueblo entero, que te venera como un símbolo de todo lo bello y noble que tiene la existencia, ha desplegado sin cesar, en interminables

columnas, rindiéndote el sincero homenaje de cada hogar que sintió la presencia de tu bondad infinita y en todos los corazones un motivo de gratitud.

De este pueblo son los legisladores nacionales que no han venido a despedirte. A las heroínas no se las despide; han venido a saludarte, a proclamarte, a aclamarte y a exaltarte a la gloria, mientras cada uno de sus corazones se ha convertido en un sagrario.

Señora Eva Perón: los legisladores nacionales inclinamos nuestra frente ante el dolor de nuestro jefe, el general Perón mientras el pueblo está de pie, como un ideal, junto a tu memoria. Ella y la vida de Perón son nuestra bandera, y antes que arriarla o entregarla entregaremos nuestra propia vida.

Todos cumpliremos tu mandato: "Luchar con Perón", porque estamos convencidos de que sólo así seremos dignos de tu vida; de que sólo así seremos dignos de tu sacrificio.

Que tu inmortalidad sea felicidad del cielo como lo es en la tierra y que tu corazón amanecido dicte a los ángeles un nuevo mensaje de ternura.

DEL DOCTOR RODOLFO G. VALENZUELA

El presidente de la Suprema Corte, doctor Rodolfo G. Valenzuela, pronunció la siguiente oración:

En nombre del Poder Judicial de la Nación y de la Corte Suprema. En nombre de los jueces, de los empleados y obreros de la administración de justicia y de los padres, las esposas y los hijos de esos servidores del país, vengo a rendir el último tributo a estos despojos sagrados en que se encarnó la Patria.

Es la justicia una voluntad constante y perpetua de dar a cada uno lo que es debido. Nunca seremos más justos los intérpretes de la ley, que al dar a Eva Perón lo que ahora le es debido: la íntima y recogida despedida a un ser a quien se ha querido mucho, a un ser inolvidable, y el homenaje definitivo a quien mereció, en una comunidad esencialmente democrática, el cariño limpio, entrañable y permanente de su pueblo.

Fué Eva Perón un milagro en nuestra vida civil. Cuando llegó el pueblo encontró su verdadera voz para cantar la argentina resonancia de su nombre. Cuando se fué, en la noche, ese pueblo rezaba junto a las verjas de la casa en que vivió, húmedas de lluvia y de lágrimas.

Nadie como ella logró conmover al gran juez de nuestros actos, a esa multitud rumorosa, rugiente, clamante, soberana y humilde, cuya voluntad es la voluntad de Dios. Y de esa identificación absoluta con su pueblo, de tal comunidad de ideales y emociones, de pensamientos y de obras, resulta la influencia trascendental de Eva Perón en la vida argentina, su gravitación sobre las soluciones políticas, sociales, jurídicas, culturales y espirituales de la Nación.

Una gran sombra se tiende ahora sobre la tierra de los argentinos; sobre las escuelas, sobre las fábricas, sobre los hogares, sobre los campos donde está germinando el grano, sobre las almas en que están germinando siempre las esperanzas.

Y en medio del silencio, recuerdo las palabras de amor para los niños, la encendida proclama en la plaza pública, la exclamación dolida ante el dolor ajeno, la frase amistosa en la tertulia familiar; todos los acentos de Eva Perón, hoy callados para siempre.

Y entre todas sus obras, pienso en sus escuelas, en sus policlínicos, en sus hogares de tránsito, en su Ciudad Infantil, en sus ancianos, en su Fundación, en sus mercedes. Pero pienso más en la labor que su espíritu generoso realizó en la esencia misma de la nacionalidad.

Ella demostró que siempre, siempre hay esperanzas.

Que el amor engendra el amor.

Que la solidaridad humana es algo más que una frase hermosa.

Que la adhesión de una gran causa, la lealtad con sacrificio, el renunciamiento, son el plasma vitalizador de nuestra raza.

Que el pueblo es uno, y que cada uno de sus hijos lleva en sí un valor trascendente.

Ella demostró que sin pasión nada es posible, y con su ejemplo quemó en el ardor de su pasión, ante el altar de su pueblo, los dones que una mujer común no cedería jamás, aún a costa de su vida: la juventud, la gracia y la belleza.

Es la influencia espiritual de Eva Perón, sobre las ideas y los ideales, sobre los pensamientos de nuestros días, sobre las tendencias que agitan

a la humanidad, lo que se proyecta más allá de nuestras fronteras, lo que perpetuará su nombre, lo que dejaremos en manos de nuestros hijos.

Ella poseía la inquebrantable fe de un misionero, la bravura indomable de un soldado fanático, la pasión avasalladora de un político y la suave ternura de una mujer enamorada.

Esta figura extraordinaria es la oferta argentina a la reivindicación del hombre, a la salvación del mundo.

Ella es nuestra guía y nuestro ejemplo.

Los jueces argentinos echamos de menos un código de amor incomparable, un estrado de serenidad, de buen juicio.

Echamos de menos a un dulce magistrado de ojos tiernos, de consoladora palabra, de gesto animoso, bajo cuya frente despejada y limpia bullían los altos pensamientos, y en cuyo corazón se escondían increíbles reservas de comprensión y de fe.

Eva Perón: inclinados sobre tu silencio, acogidos por tu sombra viviremos para abrevar las aguas de un manantial inagotable de pureza de corazón, de elevación del alma, de sacrificio y de renunciamiento. Y tu nombre estará con nosotros cada vez que debamos dar una decisión que pueda reparar una injusticia.

Abra ahora la patria los brazos amantes que la ciñeron hasta el postrer minuto, para dejarla reposar sobre los terrones de su tierra querida.

Abra ahora los brazos que aprendieron de ella los movimientos de la más honda y conmovedora ternura evangélica, para abrigar a quienes, unidos a Eva Perón por los lazos de la amistad y la familia, sienten que el hogar está vacío y triste.

Y tienda la patria sus brazos para estrechar las manos del ilustre varón que lleva en su entraña el dolor más grande, porque ya no encontrará en los ojos de la compañera de sus luchas, la única y mejor recompensa de sus triunfos y el permanente aliento para sus grandes empresas.

Mientras doblan las campanas de todos los templos de la Patria eleva el Pueblo sus preces y su voz gigantesca va cobrando el nombre de Eva Perón el acento de un cántico que servirá para arrullar el porvenir de nuestros hijos, consolar a los tristes y alentar a los hombres.

El Pueblo que cubrió con flores su último camino y recordó para ella las hondas plegarias de la infancia, no ha de olvidarla jamás.

Eva Perón: reposa en paz, la Patria velará tu sueño.

DE LA SEÑORA JUANA LARRAURI

La senadora nacional Juana Larrauri, dijo:

Aquí estamos frente a usted, señora Eva Perón, pueblo, gobierno, países cercanos y distantes, hombres y mujeres de todas las razas y de todos los credos, de todas las condiciones y de todas las procedencias sociales, sumidos en el mismo dolor.

Usted ve, señora, desfilar a su pueblo con los ojos llenos de lágrimas y el corazón estrujado por el dolor. Usted puede medir, desde el primer descanso que se dió a sí misma, la hondura de su desesperanza y el peso de su orfandad.

Jamás, señora Evita, en la historia del mundo tantos lloraron con tantas lágrimas una pena tan honda de su corazón. Y como usted, en su vida, no hizo distingos para derramar el bien, no hay en su adiós diferencias para evocarla, enaltecerla y llorarla desde el alto mirador de sus merecimientos excepcionales.

Fué, por sobre todas las cosas, la entrañable ternura de esta nueva hora que dió a la nacionalidad la noble artesanía de forjar su propio destino con la justicia, la nobleza, el desprendimiento y el dolor, el sobrehumano valor de la propia inmolación que aprendió de su ejemplo, bien amada y dulce guía, Señora.

El Partido Peronista Femenino, que se creó al calor de su ansiado amor al pueblo y a Perón, no le dice adiós, Señora, para nosotros no ha muerto ni morirá jamás, Señora. Muere quien parte con las manos vacías. Y usted lleva en las suyas, como un tesoro sin igual, el desgarrado corazón.

Muere quien pasa por la vida sin luz, y usted es una antorcha permanentemente encendida para iluminar nuestro camino y conducirnos hacia el porvenir. Muere quién no supo despertar en el alma de su pueblo y de su época los ecos grandiosos de su obra sin ejemplo y de su sacrificio sin igual.

Mueren los pequeños, y es usted señora, la imagen de la grandeza. Usted vivirá para siempre en nuestro corazón y en la heroica magnitud de su ejemplo, y en su apasionado juramento, que renovamos en este instante de singular gravedad y de dolor.

Juramos, como usted lo quiso, señora, amor y lealtad a Perón; amor y lealtad hasta la muerte. Lucharemos por él y por su causa hasta derramar la última gota de sangre. Y le juramos, por Perón, señora, que será usted siempre nuestra presidenta; que será usted siempre nuestra jefa y que será usted siempre nuestra luz y guía.

¡Hasta siempre señora!

DEL DOCTOR HECTOR J. CAMPORA

El presidente de la Cámara de Diputados, doctor Cámpora, expresó:

Palpitante de hondo, inmenso, entrañable dolor, el pueblo argentino ha asistido a la vertiginosa extinción de una vida que le dió hasta el último y supremo latido sus venturosos y magníficos frutos, y contempla conmovido y absorto, con silenciosa y profunda emoción, el ocaso en el cielo de la patria, de un astro quemado en el incendio de su propia luz, que ha traspuesto el horizonte visible atraído por el vértigo misterioso del infinito, para seguir alumbrando, por los siglos de los siglos, con la estela resplandeciente de su rastro, las nuevas rutas de la patria nueva, de la que fué paladín, artífice y apóstol.

Las magistrales realizaciones de Eva Perón quedan en su valorización integral para los biógrafos que puedan columbrar, desde vertiles lejanías la obra, la grandeza y la filosofía de su vida, porque esa magnífica individualidad es espiritualmente representativa de lo actual y de lo venidero, cuya protección y cuyo alcance, por su contenido de valores sociales y de categorías espirituales, no podemos sospechar las generaciones presentes. Pero sí podemos afirmar bien sus contemporáneos que fecundó la República como un campo, la aró en mil surcos y sembró a voleo semillas de oro, gérmenes de cultura, de civilización y de felicidad. Y así la vimos, como un auriga antiguo, por todos los caminos de la patria, azuzando hasta el paroxismo los corceles de su carro triunfador y fulgurante, quizá porque hubiera intuído la brevedad en el tiempo de sus días.

Considerada su personalidad desde el punto de vista más subjetivo, fué una gran intensificadora de vida: la concentró por dentro en profundidad de afectos y agitada por torrentes de nobilísimas pasiones la difundió por fuera en triunfantes expansiones de amor a la patria, de amor a los pobres y desamparados, de amor al pueblo que trabaja y que sufre y que constituye la inagotable substancia de la Nación, de amor a los niños, a las mujeres y a los ancianos, de amor a los peligros, al sacrificio y a la gloria.

Fué la mujer integral. La dulce hermosura de su alma armonizaba con la femenina belleza de su fisonomía exterior; su apostura y señorío, era belleza en movimiento.

Sin estudios metodizados, fué una intelectual que, con extraordinaria flexibilidad mental y penetración de pensamiento tuvo golpes de vista y aciertos de vidente en la orientación instintiva con que daba solución rápida a los problemas sociales y políticos, buceando siempre en la gran raíz de la vida popular la savia fecundadora de sus energías. Oradora de las muchedumbres las electrizaba sin retórica con la irradiación magnética que tienen las naturalezas de enérgico tipo sentimental y práctico a la vez, que amalgaman el raro consorcio de la profunda espiritualidad con la acción intensa que llevan hasta el frenesí, el heroísmo y el martirio.

Sus dotes políticas le otorgaron una psicología que le permitió el conocimiento, casi instantáneo, de las personas que trataba y con la envergadura del águila y la gracia de las flores, el suave pero incontrastable ritmo de su voluntad envolvía a la gente, arrasaba las resistencias, allanaba los contrastes en una sola onda de triunfo, pero tan digno, tan elevado, tan noble, que la derrota no causaba agravios porque era afable, generosa,

superior y, porque esa voluntad suya pesaba en el radio de su influencia, como un acorde armonioso suena en el oído.

Pudo así decirse alguna vez, con toda exactitud, que el general Perón, podría prescindir de todos sus colaboradores — tal es su capacidad de trabajo, la grandeza de su genio y la potencia de su acción —, pero nunca de la que aportaba a sus tareas Eva Perón.

La muerte es destino, sólo es posible desearla o temerla; pero nunca parece tan implacable y trágica como cuando aniquila el genio o la grandeza en plena fecundidad y en plena acción bienhechora. Parece, en este caso, un cruel sarcasmo que subleva la voluntad contra las fuerzas mecánicas que destruyen a ciegas inapreciables valores humanos. Pero es entonces, cuando devora un cuerpo la tierra que es capaz de santificarla, que nos queda algo que hacer a quienes sobrevivimos; ejecutar los imperiosos mandatos del grandioso apostolado que nos enseñara en vida y nos lega como ejemplo. El ejemplo de una excelsa voluntad indomable puesta de por vida al servicio del bien.

Juremos proseguir las enseñanzas y la obra, al borde mismo de la tumba de la mujer argentina por antonomasia, cuyo corazón debiera conservarse, para darnos la ilusión de que escuchamos los latidos que acompasaron su ascensión a todas las azules idealidades.

Peronistas: Debemos ser y seremos los ejecutores testamentarios de Eva Perón. Ella en numerosas oportunidades expresó en asambleas públicas su testamento oral, que por lo demás está implícito en todos y cada uno de los actos de su vida: cuidar al general Perón, el conductor único, el inspirador y ejecutor material o espiritual de cuanto de noble y de grande se ha realizado en la República. En este tristísimo y duro trance de su vida debemos rodearlo estrechando nuestras filas y demostrarle que, con nuestro amor a la patria, con nuestra disciplina partidaria, con nuestro trabajo tesonero, con la honradez de nuestra conducta pública y privada, con la unión moral de nuestros corazones y la material de nuestros brazos, puestos al servicio integral de sus patrióticos y clarividentes designios, realizaremos cuantos esfuerzos y sacrificios sean necesarios para endulzar y aminorar en lo posible el amargo y terrible golpe del destino que le arrebata su entrañable esposa, leal amiga y sin par colaboradora en las arduas tareas de conductor y gobernante.

Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación, sembradora de justicia, manantial de bondades, productora de belleza y de nuevos valores espirituales, mártir sublime del amor al pueblo, protectora infatigable de la debilidad sin ayuda, creadora de un nuevo evangelio social, numen tutelar de la República, madre nuestra:

Pudo la muerte abatirte, pero en el postrero y supremo minuto has debido saber que no la merecías, ni la merecíamos, como sabrás, desde la inmortalidad infinita en que ya reposas, que las flores del pueblo argentino no se marchitan, que sus ofrendas nunca prescriben y que descansarás acunada siempre al arrullo del inmenso y férvido amor del alma popular.

Queda así expresado, en estas palabras, el sentimiento del Consejo Superior del Partido Peronista.

DEL SEÑOR JOSE G. ESPEJO

El secretario general de la C. G. T., señor Espejo, dijo la siguiente oración fúnebre:

Señor presidente, compañeros:

Jamás en la historia de los tiempos, tesoro más preciado, fué puesto bajo la custodia de los trabajadores.

Y jamás, desde que el mundo es mundo, hubo trabajadores más dispuestos, a cuidar ese tesoro, más que a sus propias vidas, decididos a ofrendarlas en su defensa.

En el transcurso de muchas jornadas de lucha, y de acción de este gran movimiento reivindicador, que ha iniciado Perón, hemos dicho y hemos repetido. La vida por Perón dispuestos a caer por sus ideales, que son los ideales del pueblo y de la Patria.

Y la primera que ha caído, la primera que nos ha señalado con su ejemplo, que las palabras se asientan en la irrenunciable voluntad de su cumplimiento, ha sido ella, nuestra guía, nuestra conductora, nuestra Abanderada: Eva Perón.

Ha caído como la más valiente entre los valientes, sin abandonar la bandera que un día tomó entre sus manos, para llevarnos a la muerte o a la gloria, que son hermanas inseparables de los elegidos del destino.

Por eso, hoy se cumple su voluntad. Y, merced a ese designio, esa casa que hasta ayer era la Casa de los Trabajadores, se ha convertido en el más augusto de los sagrarios que haya conocido la humanidad.

Esa casa de los trabajadores, permanecerá siempre abierta, para todos los que quieran venir a reverenciar el recuerdo de Evita, y a impregnarse en el espíritu de su ejemplo inmortal.

Estará abierta para los hombres, que en las fábricas, los campos, los comercios, los mares, las montañas y las minas, laboran con su esfuerzo la grandeza de los pueblos.

Para las gloriosas fuerzas de la Patria.

Para las mujeres que dignificó Evita.

Para los educadores y los niños.

Para los hombres de negocios, la banca y las finanzas.

Para los ancianos y los humildes.

En fin, para todas las mujeres y los hombres de la Argentina y del mundo, que quieren llegar, en largas procesiones que, sin duda, vendrán a expresar el homenaje de su gratitud, de su emoción y de su solidaridad inmarcesible a Eva Perón.

Nimbada por la gloria de su grandiosa epopeya; ceñida su frente con la corona del martirio, auroleada su faz por el signo de los héroes, Eva Perón está donde siempre quiso estar y donde estará eternamente: al lado de Perón y de sus trabajadores.

Eva Perón no ha muerto. Podrá haber dejado de existir, pero sobrevive en sus obras y en sus ejemplo, como una realidad indestructible, y como un símbolo eterno para el pueblo.

Eva Perón no habrá de morir jamás para nosotros.

Es como un modelo, sobre el que debemos inspirarnos, en nuestra acción diaria, y un mandato que por siempre nos ha de guiar en nuestra lucha, en pos de los ideales que iluminaron su maravillosa existencia.

Bien está que la sede de la Confederación General del Trabajo sea el sitial de la transfiguración eterna de Eva Perón.

Bien está que de hoy en más sea el Santo Sepulcro Cívico, meta de peregrinajes emocionados, faro luminoso para la fe de los sufrientes, templo de todas las ansias insatisfechas, refugio de dolor, y alivio de la desgracia.

Bien está que así sea, porque de este modo se corona el ciclo de la grandiosa e inigualable epopeya que, para admiración del mundo, vivió la más grande y más excelsa mujer de la tierra.

Bien está que así sea, porque resulta exigencia histórica que continúe imperando entre la sencillez del trabajador quien fué madre de los humildes.

Bien está que así sea, porque la flor de esforzada santidad ciudadana, que siempre fué Eva Perón, enraizó tan profundamente en esta entraña doliente de la Patria — que era el trabajador argentino — que resulta imposible concebirla en otras tierras, o en otros ambientes ajenos a la dura fatiga, extraños, al esfuerzo productor.

Bien está que así sea, porque el itinerario grandioso de esta solemne Vía Crucis redentora de Eva Perón, nació en el ajetreo del trabajo, donde recurrió la insigne abanderada para liberar a la patria escarnecida, en la prisión del Hombre que quería liberarla.

Allí fué la compañera Evita, segura de su misión extraterrena, segura de que la sencillez se transforma en alud, que empuja la majestad del ideal.

Segura de que los humildes tienen riquezas anímicas insobornables. Segura de que los trabajadores, consubstanciados ya con lo que se presentaba, como emanación perfecta de la Justicia Social, darían por ella su vida, sin otra razón que la del agradecimiento.

Su obra era ayuda social, inmensa e indiscutida, su fervorosa acción en pro de los humildes, su incesante y agotadora tarea para llevar la felicidad a todos sus semejantes, se ensambla, armoniosa y magistralmente, con su prédica, y su acción valiente y monitora, en favor del derecho de los trabajadores y de la Justicia Social.

Ella sola contribuyó a elevar las condiciones de vida y de labor de la masa obrera, y a conceder a la Confederación General del Trabajo, y al sindicalismo argentino, el papel preponderante que hoy ocupa en la vida nacional.

Fué la amiga fiel, la sostenedora inclaudicable de la causa de los trabajadores, y esta acción ejemplar, que eternamente será recordada por nosotros, fué orientada por el sentimiento que predominó, alto y firme como una bandera, durante toda su vida: Su indignación ante la injusticia.

Allí, entre los obreros de la patria, se inició esa parábola maravillosa e insuperable, que inscribió en la historia la gesta de Eva Perón.

Su alma, cáliz purísimo que contenía la esencia de todas las bondades, no podía equivocarse en la elección del rumbo.

Presentía, toda sabiduría, de predestinada, que debía volcarse, toda dulzura y toda amor, entre aquellos que carecían de protección y amparo.

Como el Rabí de Galilea, sabía que su camino, el glorioso camino de la Suprema Abnegación, la llevaba a los confines en donde el pueblo lloraba la orfandad de la justicia.

Por eso, brillando en su frente la luz que anunciaba al mundo el nacimiento de una nueva mística social, se encaminó a los pobres y se adueñó de sus almas para hacerlas converger, poseídas de santa indignación, a la plaza de Mayo, que desde entonces es doblemente histórica.

Su vocación cristiana, la encaminó a la gloria de un 17 de octubre, y al renunciamiento de un 22 de agosto. Presentía que su gloria estaba más allá de la tierra. Y prefirió ser estrella para iluminarnos desde los

cielos. Todo lo tuvo, juventud, belleza, poder, dones que derramó generosamente, para aliviar las penas de los humildes, de los desheredados; para convertir en buenos a los malos, y para hacer más buenos a los buenos. Todo lo dió por sus hermanos, dentro y fuera de la patria, y se reservó para sí, la gota más amarga, más dolorosa, pero la más sublime; la del martirio. Sabía ella, que así sellaba por siempre la suerte de sus descamisados. Porque en el martirio de Eva Perón se encierra, por divino designio, la eternidad de su obra y la perennidad de su mística.

Y, de hoy en más, la Confederación General del Trabajo, se convierte en el santuario, que cobijará a la mártir de todos los sacrificios. Ante sus reliquias veneradas, inclinarán sus frentes los obreros para decir sus plegarias de gratitud.

Inclinarán su frente los humildes y los poderosos para abrevar en su ejemplo el supremo secreto de la vida, que nada vale sin ideales. Inclinarán su frente, y doblarán sus rodillas, los dolientes y los triunfadores; aquéllos para aliviar su dolor; éstos para imitar su humildad. Bien está, compañera Evita, madrecita de los pobres, hermana de los humildes, dulce amparo de los desvalidos, tierna samaritana de todas las gracias, mártir del trabajo.

Bien está, que hayas querido permanecer inmortal y triunfante en este tu paso hacia la gloria eterna, junto a tus hijos predilectos, junto a la humildad hecha esfuerzo, junto a la pobreza por ti redimida, junto al obrero por ti liberado, junto a los hombres, niños y ancianos, por ti enaltecidos.

Bien está, que hayas elegido tu casa de siempre, porque ahí tu reposo tendrá las vibraciones que tú enseñaste, las bellezas que tu soñaste, las armonías y las bondades que dieron tu esencia; y que diste en holocausto de un ideal que nosotros, trabajadores de esta tierra, tendremos por lábaro y por guía.

Bien está, que no hayas querido abandonarnos, porque así nuestras existencias tendrán razón y sentido.

Desde hoy, Mártir de los supremos renunciamientos, los trabajadores viviremos en perpetua adoración de tus reliquias, junto al hombre que te eligió por abanderada, junto al hombre que tu elegiste por símbolo, junto a la Patria, que hoy te cuenta entre sus glorias más puras.

Bien está, que así sea. Te lo dice el corazón de seis millones de obreros convertidos en apóstoles decididos de tu credo.

Seis millones de obreros que hoy levantan reverentes sus ojos hacia ti, para implorar la gracia de tu perpetua protección desde la inmortalidad que Dios te concedió, porque la ganaste con la voluntaria ofrenda de tu sangre, generosa y redentora, sangre preciosa, que nos liberó de la opresión. En el momento solemne de recibir sus restos mortales en nombre de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina, yo afirmo, que el mejor homenaje que podemos rendir a Eva Perón, el que ella, desde el más allá aceptará con mayor emoción y agradecimiento será el de proseguir sin descanso y fanáticamente la obra por la que ella dió su propia vida. Ella quemó su vida, en su apasionado afán de realizar el bien, ella hizo el milagro de llevar a cabo, en pocos años obras que hubieran insumido el esfuerzo de muchas generaciones. Y ella dejó una mística, un impulso y un ejemplo. Y en esa obra y en esa mística, y en ese ejemplo, sobrevive Eva Perón.

Consolidar esa obra, mantener como una llama votiva a esa mística, seguir inflexiblemente ese ejemplo, es el mandato que Eva Perón nos deja y que nosotros los trabajadores juramos cumplir.

En el desgarramiento interior que su muerte física nos produce, el espíritu de Eva Perón nos señala, como siempre, los caminos de nuestro deber.

Ella ha dejado surcos abiertos, en el vasto campo de la sociedad humana donde sembró a voleo las semillas fecundas de sus mejores obras.

Ella abrió rutas de luz, para los más altos ideales, donde depositó su pasión peronista.

Ahora, a nosotros nos cabe el insigne honor y la altísima misión de preservar las semillas que Evita sembrara para que prosigan dando sus generosos frutos. Nos toca ahora custodiar los ideales que ella depositara, para que continúen iluminando la marcha triunfal de la Nueva Argentina de Perón.

La conciencia plena de esa responsabilidad, nos ayuda a superar esta hora de inenarrable dolor, porque, por encima nuestro, más allá de nuestra propia vida, está el mandato de Eva Perón, que hemos de respetar y cumplir, como la misión más sagrada de nuestro destino.

Dar la vida por Perón; éste es el mandato supremo y postrero de Evita, por cuyo cumplimiento ella velará desde los cielos, luminosa y eternamente como una estrella.

Eva Perón, con su intuición de iluminada, sabía como nosotros sabemos con inmodificable certidumbre que cuando ella se fuera, sólo Perón quedaría como insubstituible líder de la Nueva Argentina.

Solo él como constructor insobornable de la Justicia Social.

Solo él como consuelo de los humildes.

Solo él como ayuda de los necesitados.

Solo él como impulsador del sindicalismo.

Solo él como defensor de los intereses del pueblo.

Solo él como adalid de los derechos femeninos.

Solo él para afrontar y realizar la tarea gigantesca que hacía Evita, añadiéndola a su propia y ciclópea tarea.

Y para nosotros, los trabajadores y el pueblo argentino, nos queda la honrosa misión de llevar a cabo una parte de la acción que cumplía Evita, como escudo del general Perón, como barrera contra la que se estrellarán las acechanzas de los enemigos de Perón: como fieles soldados para mantener despejados el camino y cubiertas las espaldas de nuestro líder, a fin de que él pueda continuar desarrollando su labor incomparable en pro de la grandeza de la patria y de la felicidad de los habitantes.

Este, es el mandato de Eva Perón.

Y en este momento solemne, renovamos el juramento de eterna lealtad que los trabajadores le hicimos y renovamos el juramento de perenne fidelidad al hombre que amó por encima de los límites humanos, precisamente porque él amaba al pueblo, que hoy llora su ausencia insustituible. Señor presidente: como secretario general de la Confederación General del Trabajo en nombre de todos los trabajadores de la patria, al recibir a Eva Perón por su voluntad y que vos nos entregáis como una gloria inmortal del movimiento que conducía, yo juro, en nombre de los trabajadores, ante vos señor, ser custodio hoy, mañana y siempre, de Eva Perón, y responder de ella más allá de nuestras propias vidas.

Inmortal compañera de todos los momentos: serás por siempre nuestra guía, nuestra antorcha, nuestra abanderada, por los siglos de los siglos. Hasta siempre, señora.

De "La Nación" del 27 de julio de 1952:

LA PERSONALIDAD Y LA OBRA DE LA SEÑORA EVA PERON

Conmueve hoy profundamente al país la muerte de Eva Perón. En las calles metropolitanas, en todas las ciudades y pueblos de la República, en cualquier lugar del territorio nacional en que un núcleo humano haya seguido con fe en su palabra y en sus hechos los últimos seis años argentinos, a aquel sentimiento de dolor ha de sumarse una sensación de perplejidad. Y mientras la inmensa masa de sus partidarios la llora, su alejamiento definitivo no puede dejar indiferente al resto de la sociedad, tan amplio lugar ha ocupado ella en la existencia argentina de los tiempos recientes. Es que Eva Perón — objeto de exaltaciones antes nunca suscitadas entre nosotros por una personalidad femenina, acaso porque ninguna, antes, tampoco, adoptó las modalidades de su acción avasalladora, y blanco, asimismo, de oposiciones tan hondas como la solidaridad de sus partidarios — ha constituído, en su breve paso por la vida colectiva de la Nación, un acontecimiento cuya dilucidación y juicio corresponde, desde luego, al futuro, pero ante el que nadie pudo, sin duda, permanecer impasible. Muere en plena juventud. Su obra y, más extensamente, todo un movimiento que la reconoció su abanderada, pertenecen aún a los hechos del día. Entre sus más recientes intervenciones — la aclamación de su nombre, por una multitud, en el llamado Cabildo Abierto del Justicialismo; su renuncia a la candidatura a vicepresidenta de la República; su condenación del movimiento del 28 de septiembre; su mensaje político de las vísperas electorales y sus frases de combatiente ansiosa de volver a la lucha; sus palabras del 1º de mayo; su paso por la Avenida el 4 de junio, y hace muy pocos días la consagratoria entrega del collar de la Orden del Libertador — y esta hora de su inmovilidad, de su silencio, no existe, pues, la perspectiva necesaria para fundar un juicio al que esté ajena la ecuación personal de quien lo formule. Cabe, eso sí, señalar ya, con una seguridad que no espera rectificaciones, el carácter excepcional de su figura, revelado a través de sucesos que se reflejaron sobre ella o en los que ella fué una voluntad decisiva. Nadie podrá olvidarla al evocar este período. Su nombre queda al frente de una fundación de ayuda social e inscripto, dentro y fuera del país, en calles, en plazas, en el título de una de las nuevas provincias, en una declaración legislativa que la proclamó Jefa Espiritual de la Nación y en una ley del Estado que ha dispuesto erigirle monumentos recordatorios en la Capital Federal y en todas las capitales de provincia. Queda unido a iniciativas y campañas como la del sufragio femenino o a declaraciones destinadas a postular principios que le fueron caros.

Queda, por sobre todo, vinculado al del general Perón, su esposo, con lazos de tan particular significación que no ha sido dable observarlos hasta hoy en otros gobernantes. Es que aquí la esposa era, también, la colaboradora y la gestora de una política, la conductora de un movimiento de masas, inseparable en la evocación de éstas de la figura del jefe del Estado, que es su "leader". De tal suerte, aunque alejada Eva Perón de los episodios finales de la última lucha electoral y ya gravemente enferma el dia de los comicios, fué su presencia la que, secundando a la del primer mandatario, elaboró el resultado de la elección de noviembre. Las bo-

letas del Partido Peronista mostraron su efigie junto con la del candidato a la primera magistratura. Le ratificaron así su adhesión quienes no pudieron elegirla y que refirmaban con su voto la unidad que, poco antes, ella misma había definido en su libro "La Razón de mi Vida": "...yo no era ni soy nada más que una humilde mujer... un gorrión en una inmensa bandada de gorriones. Y él era y es el cóndor gigante que vuela alto y seguro entre cumbres y cerca de Dios. Si no fuese por él, que descendió hasta mí y me enseñó a volar de otra manera, yo no hubiera sabido nunca lo que es un cóndor ni hubiese podido contemplar jamás la maravillosa y magnífica intensidad de mi pueblo. Por eso ni mi vida ni mi corazón me pertenecen y nada de lo que soy o tengo es mío. Todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que pienso y todo lo que siento es de Perón'.

En estas frases apasionadas queda registrado el tono de su actuación de los últimos años, desde el instante mismo en que contribuyó por primera vez con su voz a la campaña peronista de 1945. Porque ya entonces advertíase su presencia. Se la había visto aparecer en la primera fila en la manifestación del 1º de mayo de ese año, se la sabía compenetrada del sentido de todas las reformas que el entonces vicepresidente de la República lanzaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Al lado del coronel Perón estuvo el 9 de octubre, separándose de él únicamente por la imposibilidad de seguirlo en el momentáneo alejamiento de Martín García. Movióse activamente en la sombra durante los cortos días de esa separación y junto a él volvió a estar el día 17, acompañándolo hasta la hora en que él apareció ante la multitud en los balcones de la Casa Rosada. Cuanto hizo en el curso de esa semana decisiva como animadora de los partidarios lo recogerán, sin duda, más tarde, las crónicas minuciosas.

Baste decir ahora que afectos y desafectos en momento alguno la desvincularon de la realidad de los acontecimientos. En días, en horas, ella había conquistado un primer plano de naturaleza excepcional en la vida cívica del país. Toda la acción preelectoral la vió luego al lado de su esposo, y, elegido éste presidente de la República el 24 de febrero de 1946, comenzó para María Eva Duarte de Perón —que pronto reduciría su nombre al de Eva Perón— una nueva etapa de realizaciones, de luchas y de ensueños. Se lo comprobó apenas iniciada la nueva Administración, cuando se vió a la "compañera Evita", como la llamaron los dirigentes sindicales y ella misma gustó llamarse, intervenir activamente en asuntos del Estado, especie de puente tendido entre los sectores populares que la amaban y el jefe del Gobierno, asegurando a aquéllos el acceso a la atención del magistrado y permitiendo a éste una dedicación más directa a los asuntos oficiales. Instaló entonces su despacho en la antigua Secretaría de Trabajo, convertida por ella en centro de una labor inusitada y en meta de visitas formales de los embajadores extranjeros para quienes se convirtió en norma protocolar acudir a saludarla apenas terminada la presentación de credenciales. Esa función de la esposa fué definida por ella misma: "Así el pueblo puede estar seguro de que entre él y su Gobierno no habrá divorcio posible. Porque en este caso argentino, para divorciarse de su pueblo, el jefe del Gobierno deberá empezar por divorciarse de su propia mujer!" Palabras son éstas que revelan un temperamento. Su acento explica el porqué de una permanencia activa en el Ministerio de Trabajo desde la mañana hasta la madrugada del día siguiente, la intervención directa en múltiples cuestiones, el cotidiano diálogo con centenares de personas movidas por alguna esperanza, el enérgico consejo a los gremios, la decisión de recorrer, de noche, las estaciones de los ferrocarriles paralizados por una huelga para recriminar a los obreros en su actitud.

Empleó entonces el lenguaje directo, enérgico, de sus arengas más apasionadas, en las que nunca dejó de instar a la lucha en favor de los

principios que fueron la razón de su existencia. De ahí su constante evocación del 17 de octubre. De ahí también sus advertencias severas aun en la jubilosa proclamación de la victoria. Comunicó ese ánimo al Partido Peronista Femenino, que fundó tras de ser consagrados los derechos políticos de la mujer. De las nuevas ciudadanas adheridas a su tendencia hizo propagandistas entusiastas, militantes activas y fervorosas. Así se extendía la labor proselitista que había desarrollado en los sectores obreros, a los que se dirigía no con la discriminación minuciosa de un programa de gobierno, sino con frase cortante, defendiendo o atacando según las circunstancias y afirmando en todo momento una fe absoluta en la razón de ser de su movimiento. Ni la más mínima duda filtróse nunca en su prédica.

"¡Sí, soy peronista, fanáticamente peronista! —declaró a través de su libro —, pero no sabría decir qué amo más: si a Perón o a su causa; que para mí, todo es una sola cosa, todo es un solo amor; y cuando digo en mis discursos y en mis conversaciones que la causa de Perón es la causa del Pueblo y que Perón es la Patria y es el pueblo, no hago sino dar la prueba de que todo, en mi vida, está sellado por un solo amor." Este fué, constantemente, el nivel emocional de su acción. Cada vez que le tocó hablar en público antepuso a todo la exaltación del gobernante con quien compartió el destino. Hoy, ante su muerte, cobran mayor relieve las palabras que escribió hace poco, cuando, al expresar que se sentía madre del pueblo de la República, dijo que hacía lo que toda madre hace en su hogar: luchar por la felicidad de los suyos. "Yo sé —agregó— que, como cualquier mujer del pueblo, tengo más fuerzas de las que aparento tener y más salud de la que creen los médicos que tengo". Y como en un presentimiento de su próximo fin, añadió: "Tal vez un día, cuando yo me vaya definitivamente, alguien dirá de mí lo que muchos hijos suelen decir, en el pueblo, de sus madres, cuando se van, también definitivamente: "¡Ahora recién nos damos cuenta de que nos amaba tanto!"

Serán muchos, de un extremo a otro de la República, quienes lo repitan en esta hora de congoja para sus espíritus atribulados. Entretanto, aun los que combatieron su acción aceptarán, sin duda, la verdad incontrastable de que en un país donde otras mujeres gravitaron en los destinos nacionales, en la formación de una personalidad argentina, ninguna alcanzó su influencia, determinada, en gran parte, por los medios de que dispuso, pero también y sobre todo por la fuerte reciedumbre de un temperamento decidido a pesar sobre los hechos de su tiempo.

EVA PERON HA MUERTO

La República está de duelo. El pueblo argentino todo, en lo que tiene de más noble y de más puro, llora la pérdida de la mujer más extraordinaria que la Patria ha conocido.

"El gobierno de la Nación, que es la expresión auténtica del pueblo, conturbado por la desgracia irreparable, solidario con el dolor sin límites que surge del fondo del alma popular, señala ante el presente y ante la historia la actuación incomparable de EVA PERON en favor de la grandeza del país, de la felicidad de los humildes, de los ancianos y de los niños, y del enaltecimiento de los trabajadores.

"De ella recibió la Patria la lección ciudadana, cuando junto a las legiones de "descamisados" enfrentó a la reacción oligárquica el 17 de octubre de 1945 y aseguró la continuidad de la Revolución que consolidó la grandeza de la Nación Argentina, forjando su libertad económica, su soberanía política y su justicia social".

"De ella, recibió la mujer el apoyo, el estímulo y la orientación, que hicieron posible la formación de una conciencia y una voluntad femenina al servicio de la Nación, alcanzando el derecho al voto y a su intervención en la vida nacional.

"De ella recibieron los niños, la alegría que nunca conocieron; los ancianos, la paz y la seguridad que siempre se les negó; los humildes, la felicidad que jamás se les dispensara.

"De ella, recibieron los trabajadores los Derechos y la dignidad por los cuales siempre lucharon, y gracias a ella el sindicalismo alcanzó en el país la jerarquía, el prestigio y la gravitación que ostenta, como su conquista más alta.

"De ella, se recibió el ejemplo maravilloso de su renunciamiento, cuando ungida por el pueblo, consagrada por la ciudadanía argentina, resignó todos los honores, para proseguir desde el llano su lucha y su trabajo en bien de la patria y de la dicha de sus habitantes, que constituyó la "Razón de su Vida".

"EVA PERON deja, al país y al pueblo, como herencia inapreciable de su generosa existencia, una obra que no tiene parangón en la historia del país ni del mundo: Hogares escuela, Policlínicos, Viviendas obreras, Ciudad Infantil, Hogares para ancianos, Clínicas de readaptación infantil, Hogares de tránsito, Ciudad estudiantil y universitaria, Proveedurías, Colonias de vacaciones, Escuelas de enfermeras, realizadas a través de la benemérita Fundación que lleva su nombre, con amor y "Poniendo junto al alma de su pueblo, su propia alma".

"EVA PERON se ha hecho acreedora, como ninguna persona, al bien de la patria y a la gratitud del pueblo.

"Ella recibió, en vida, expresiones altísimas de este sentimiento de gratitud. A ella, el Congreso Nacional, en mérito a su obra extraordinaria la declaró Jefa Espiritual de la Nación.

"A ella el Gobierno Nacional resolvió levantarle, en vida, un monumento que sea la expresión del infinito agradecimiento y de la solidaridad y lealtad ilimitadas del pueblo argentino.

"A ella le fueron conferidos por numerosos países las distinciones más altas, que sólo disciernen a los que consideran merecedores de tales honras.

"A ella los pueblos de la tierra le hicieron llegar la manifestación de su cariño y de su admiración.

"A ella se le honró y quiso como a ninguna mujer, y ninguna mujer fué tan digna de este sentimiento.

"Ahora, EVA PERON ha muerto.

"El Gobierno de la Nación, en mérito a su vida excepcional, prematuramente tronchada para ofrendarla al bien de sus semejantes, considera que deben rendírsele los máximos honores que la Nación y el pueblo argentino pueden tributar a sus hijos más preclaros y dilectos".

(*De la resolución dada en Acuerdo General de Ministros del* 26 *de julio de* 1952.)

"MI ULTIMA VOLUNTAD"

"Quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo.

"Esta es mi voluntad absoluta y permanente y es por lo tanto mi última voluntad.

"Donde esté Perón y donde estén mis descamisados allí estará siempre mi corazón para quererlos con todas las fuerzas de mi vida y con todo el fanatismo que me quema el alma.

"Si Dios lo llevase del mundo a Perón, yo me iría con él, porque no sería capaz de sobrevivir sin él, pero mi corazón se quedaría con mis descamisados, con mis mujeres, con mis obreros, con mis ancianos, con mis niños para ayudarlos a vivir con el cariño de mi amor; para ayudarlos a luchar con el fuego de mi fanatismo, y para ayudarlos a sufrir con un poco de mis propios dolores.

"Porque he sufrido mucho; pero mi dolor valía la felicidad de mi pueblo... y yo no quise negarme —yo no quiero negarme—, yo acepto sufrir hasta el último día de mi vida si eso sirve para restañar alguna herida o enjugar una lágrima.

"Pero si Dios me llevase del mundo antes que a Perón, yo quiero quedarme con él y con mi pueblo y mi corazón y mi cariño y mi alma y mi fanatismo seguirán con ellos, seguirán viviendo en ellos haciendo todo el bien que falta, dándoles todo el amor que no les pude dar en los años de mi vida y encendiendo en sus almas todos los días el fuego de mi fanatismo que me quema y me consume como una sed amarga e infinita.

"Yo estaré con ellos para que sigan adelante por el camino abierto de la justicia y de la libertad hasta que llegue el día maravilloso de los pueblos.

"Yo estaré con ellos peleando en contra de todo lo que no sea pueblo puro, en contra de todo lo que no sea la raza de los pueblos.

"Yo estaré con ellos, con Perón y con mi pueblo, para pelear contra la oligarquía vendepatria y farsante, contra la raza maldita de los explotadores y de los mercaderes de los pueblos.

"Dios es testigo de mi sinceridad, y El sabe que me consume el amor de mi raza que es el pueblo.

"Todo lo que se opone al pueblo me indigna hasta los límites extremos de mi rebeldía y de mis odios.

"Pero Dios sabe también que nunca he odiado a nadie por sí mismo, no he combatido a nadie con maldad sino por defender a mi pueblo, a mis obreros, a mis mujeres, a mis pobres "grasitas", a quienes nadie defendió jamás con más sinceridad que Perón y con más ardor que Evita.

"Pero es más grande el amor de Perón por el pueblo que mi amor; porque él, desde su situación de privilegio supo llegar hasta el pueblo, comprenderlo y amarlo. Yo, en cambio, nací en el pueblo y sufrí en el pueblo. Tengo carne y alma y sangre de pueblo. Yo no podía hacer otra cosa que entregarme a mi pueblo.

"Si muriese antes que Perón, quisiera que esta voluntad mía, la última y definitiva de mi vida, sea leída en acto público en la Plaza de Mayo, en la Plaza del 17 de Octubre, ante mis queridos descamisados.

"Quiero que sepan, en ese momento, que lo quise y que lo quiero a Perón con toda mi alma y que Perón es mi sol y mi cielo. Dios no me permitirá que mienta si yo repito en este momento una vez más: "no concibo el cielo sin Perón".

"Pido a todos los obreros, a todos los humildes, a todos los descamisados, a todas las mujeres, a todos los niños y a todos los ancianos de mi patria que lo cuiden y lo acompañen a Perón como si fuese yo misma.

"Quiero que todos mis bienes queden a disposición de Perón como representante soberano y único del pueblo.

"Yo considero que mis bienes son patrimonio del pueblo y del movimiento peronista, que es también del pueblo, y que todos mis derechos, como autora de "La razón de mi vida" y de "Mi mensaje", cuando se publique, sean también considerados como propiedad absoluta de Perón y del pueblo argentino.

"Mientras viva Perón, él podrá hacer lo que quiera de todos mis bienes: venderlos, regalarlos e incluso quemarlos, porque todo en mi vida le pertenece, todo es de el, empezando por mi propia vida, que yo le entregué por amor y para siempre de una manera absoluta.

"Pero después de Perón, el único heredero de mis bienes debe ser el pueblo y pido a los trabajadores y a las mujeres de mi pueblo, que exijan, por cualquier medio, el cumplimiento inexorable de esta voluntad suprema de mi corazón que tanto los quiso.

"Todos los bienes que he mencionado y aun los que hubiese omitido deberán servir al pueblo, de una o de otra manera.

"Quisiera que se constituya con todos esos bienes un fondo permanente de ayuda social para los casos de desgracias colectiva que afecten a lo pobres y deseo que ellos lo acepten como una prueba más de mi cariño.

"Deseo que en estos casos, por ejemplo, se entregase a cada familia un subsidio equivalente a los sueldos y salarios de un año, por lo menos.

"También deseo que, con ese fondo permanente de Evita, se instituyan becas para que estudien hijos de los trabajadores y sean así los defensores de la doctrina de Perón, por cuya causa gustosa daría mi vida.

"Mis joyas no me pertenecen. La mayor parte fueron regalos de mi pueblo. Pero aun las que recibí de mis amigos o de países extranjeros o del General, quiero que vuelvan al pueblo.

"No quiero que caigan jamás en manos de la oligarquía y por eso deseo que constituyan, en el museo del Peronismo, un valor permanente, que sólo podrá ser utilizado en beneficio directo del pueblo.

"Que así como el oro respalda la moneda de algunos países, mis joyas sean el respaldo de un crédito permanente que abrirán los bancos del país en beneficio del pueblo, a fin de que se construyan viviendas para los trabajadores de mi patria.

"Desearía también que los pobres, los ancianos, los niños, mis descamisados sigan escribiéndome como lo hacen en estos tiempos de mi vida y que el monumento que quiso levantar para mí el Congreso de mi pueblo, recoja las esperanzas de todos y las convierta en realidad por medio de mi Fundación, que quiero siempre pura como la concebí para mis descamisados.

"Así yo me sentiré siempre cerca de mi pueblo y seguiré siendo el puente de amor tendido entre los descamisados y Perón.

"Por fin quiero que todos sepan que si he cometido errores los he cometido por amor y espero que Dios, que ha visto siempre mi corazón, me juzgue no por mis errores, ni mis defectos ni mis culpas, que fueron muchas, sino por el amor que consume mi vida.

"Mis últimas palabras son las mismas del principio: quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo.

"Dios me perdonará que yo prefiera quedarme con ellos, porque El también está con los humildes y yo siempre he visto que en cada descamisado Dios me pedía un poco de amor, que nunca le negué."

PALABRAS DEL JEFE DEL ESTADO

Terminada la lectura de la voluntad postrera de la señora de Perón, se adelantó el primer mandatario de la Nación, quien leyó estas palabras:

"Compañeros: Esta es la voluntad de Eva Perón. Yo he de ejecutarla al pie de la letra. Para ello ha de constituirse la Fundación Evita, colateral de la Fundación Eva Perón, que se destinará a cumplir los fines señalados por la señora de Perón. Esa Fundación Evita capitalizará la totalidad de los bienes de la testamentaría ya iniciada y que comprende muchos millones de pesos provenientes de los beneficios obtenidos en la venta del libro "La razón de mi vida", de lo que produzca la edición póstuma del nuevo libro "Mi mensaje" y de los demás bienes señalados en la correspondiente declaratoria de herederos.

"Con este capital, convenientemente administrado, se arbitrarán beneficios para ponerlos a disposición de los humildes en la forma indicada anteriormente.

"Las numerosas alhajas que el pueblo, los amigos y algunas naciones extranjeras regalaron a Eva Perón, serán destinadas al Museo que se instalará en su monumento, a cuyo efecto han sido entregadas a la comisión correspondiente. Desde allí servirán de garantía para préstamos a familias humildes que deban construir su propia vivienda.

"Nosotros, los justicialistas, tenemos la obligación de entregar al pueblo todo lo nuestro, porque no concebimos los bienes sino en función social.

"Que el ejemplo de Eva Perón nos ilumine siempre para que jamás nuestro corazón sea dominado por el egoísmo o la avaricia.

"Este 17 de Octubre, de recuerdo a la ilustre compañera desaparecida, es también una lección peronista para todos los argentinos buenos o malos, ricos o pobres, humildes o encumbrados.

"Que esta lección de desprendimiento inicie en la patria una nueva tradición de grandeza, que destruya para siempre lo que pueda quedar en nosotros de materialismo y sordidez.

"Eva Perón, aun muerta, nos sigue iluminando con la excelsitud de sus virtudes ciudadanas y personales. Que nosotros no la olvidemos y sepamos imitarla siempre, es cuanto pido al pueblo en nombre de los valores superiores y permanentes de la patria."

NUESTRA POSICION IDEOLOGICA SE BASA SOBRE EL SENTIDO HUMANISTA DE SU DOCTRINA. HABLO EL GENERAL PERON ANTE LOS UNIVERSITARIOS CHILENOS Y ECUATORIANOS

El primer magistrado, general Perón, recibió esta mañana, a las 10h30', en la Casa de Gobierno, a una numerosa delegación de estudiantes chilenos y ecuatorianos pertenecientes a diversos establecimientos educacionales de ambos países, que se hallan visitando nuestro territorio. La presencia del general Perón en el Salón Blanco, a donde llegó acompañado por los ministros de Educación y de Asuntos Técnicos, el jefe de la Casa Militar y el edecán de servicio, fué calurosamente recibida.

A continuación, el jefe del Estado saludó personalmente a cada uno de los profesores y estudiantes presentes, ubicándose en un estrado.

Seguidamente, en nombre de los estudiantes chilenos, habló el profesor Humberto Torres Ramírez, de la Facultad de Derecho de Concepción, Chile, quien expresó: "En nombre de las delegaciones de Chile que hoy visitan esta casa presidencial, expreso a Vuestra Excelencia los más sinceros sentimientos de nuestra admiración. También quiero manifestar el agradecimiento por la deferencia especialísima que ha tenido con nosotros al recibirnos en esta audiencia. Es para nosotros un motivo de orgullo haber sido objeto de esta deferencia, Excelentísimo señor. Chile conoce vuestra obra, de tal manera que la admiración que quería manifestar lo es también por la obra que realiza en bien de los humildes. Debemos expresarle también que la desaparición de vuestra ilustrísima compañera ha repercutido también más allá de las fronteras, Excelentísimo señor: nuestras historias son comunes y estimo que hay actos promisorios para la comunidad futura. Esperamos que la historia en común se prolongue para el bienestar de nuestros pueblos".

Posteriormente habló en representación del estudiantado ecuatoriano, el ingeniero Jorge Albornoz Bustamante, decano de la Facultad de Ingeniería Agronómica y Medicina Veterinaria de Quito, Ecuador. El visitante manifestó: "Constituye un timbre de honor el poder dirigiros la palabra en esta oportunidad, en representación de la Facultad de Ingeniería Agronómica y Medicina Veterinaria, de la Universidad Nacional Central de Quito, Ecuador. Este honor se acentúa más cuanto habíamos anhelado en todo momento conocer personalmente la dignísima persona del señor general Juan Domingo Perón, presidente de la digna República Argentina. Quiero en estos momentos, excelentísimo señor, presentar el atento saludo de todos y cada uno de los miembros de la delegación que representan dignamente a la Facultad de mi decanato.

No puedo por menos que expresar, como el señor que anteriormente usó de la palabra, el sentimiento que embarga al pueblo ecuatoriano por el deceso de vuestra dignísima esposa, honra de América.

Al despedirnos quiere que conservéis la presente insignia, que os entrego en nombre de la Facultad que presido, como testimonio del afecto que une a nuestros dos pueblos".

Al término de estos conceptos, el ingeniero Albornoz Bustamante hizo entrega de un banderín de esa casa de estudios al general Perón, confundiéndose con el primer magistrado en un estrecho abrazo.

HABLA EL PRESIDENTE

Finalmente, hizo uso de la palabra el general Perón. La exposición del jefe del Estado fué seguida con singular interés por los universitarios chilenos y ecuatorianos, que rubricaron con su aplauso diversos pasajes del discurso. El general Perón dijo:

"Señores: yo deseo que mis primeras palabras sean para agradecer la amabilidad que ustedes han tenido al llegar a esta casa, para darme a mí la inmensa satisfacción de poderles estrechar la mano.

Las delegaciones estudiantiles de Chile y Ecuador que en estos momentos visitan Buenos Aires, saben bien que sus visitas resultan muy gratas para nosotros, porque los sentimos cerca, no sólo geográficamente, sino también muy cerca de nuestros corazones.

Podrán observar que, para el pueblo argentino, son ustedes verdaderos hermanos; así los consideramos y así los sentimos. En consecuencia, deseo que los días que ustedes permanezcan entre nosotros sean de absoluta felicidad para todos ustedes. Para ello nosotros pondremos todo cuanto esté de nuestra parte, a fin de atenderlos y ofrecerles lo poco que podemos ofrecerles de todo corazón.

Voy a aprovechar que se encuentran aquí para decirles algo sobre nuestras cosas que, probablemente, les resulten interesantes.

En nuestro país se está viviendo una etapa un tanto extraordinaria, como consecuencia de una revolución que hemos provocado hace ya casi ocho años y dentro de la cual se han acentuado formas determinativas de una nueva orientación en el orden económico, en el orden político y en el orden social.

A ustedes, señores profesores y alumnos, que están realizando estudios de todo orden, pero más que nada, en el sentido humanístico, les ha de resultar muy interesante el que les muestre algo del interior de todo este movimiento, que es lo más difícil de descubrir en los movimientos de esta naturaleza.

Comenzaré diciendo que esa revolución para nosotros tiene un profundo sentido humanista que ha sido nuestro punto de partida. Sobre ese sentido hemos construído una doctrina y, sobre esa doctrina, hemos realizado toda la transformación de nuestro país. Yo quiero solamente en esta ajustada síntesis de acontecimientos decir el mayor número de cosas en el menor número de palabras para no distraerlos en su tiempo y permitirles que sigan haciendo sus visitas, cosa que nos es tan grata.

Nuestro país, en realidad de verdad, estaba en una situación económica muy difícil: muy difícil. No porque faltaran medios económicos, sino porque vivíamos un grado de dependencia tal que todo lo que nosotros pensábamos que era nuestro, desgraciadamente no era nuestro.

En el orden político: porque todas las formas se habían alterado. Aquí las elecciones para la determinación de las autoridades, estaban más bien en manos de las buenas combinaciones eleccionarias que en el voto de los ciudadanos.

En el orden económico: era tan extraordinario nuestro grado de dependencia, que toda la riqueza argentina estaba en posesión y en usufructo de otros países que no eran precisamente el nuestro. Yo les he de explicar esto en pocas palabras.

En 1944, cuando iniciamos este movimiento, un inmenso sector de la economía argentina estaba constituído por grandes consorcios internacionales. Ellos nos provocaban, en el orden de nuestra riqueza, un fenómeno extraordinario, y dos cifras solamente bastará para darles una evidencia absoluta de cuál era ese estado económico.

Solamente hasta 1946, en los últimos años del decenio 1936-1946, la República Argentina había perdido en su comercio internacional, por

las diferencias de precio entre la importación y la exportación, 21 mil millones de pesos, lo que equivale a decir que de la riqueza argentina, se exportaba anualmente, en servicios financieros, el 40 % de su total, o sea alrededor de 5 mil millones de pesos. Con el resto tenía que vivir el país.

Me dirán ustedes: ¿en qué se iban esos 5 mil millones y en qué se habían ido los 21 mil millones? En los servicios financieros de la atención de los servicios públicos. Los ferrocarriles nos costaban de 120 a 150 millones por año, en servicios financieros; el gas, 10 millones; los teléfonos, de 120 a 150 millones; los seguros, 150 millones; los reaseguros, 50 millones; en la comercialización de la cosecha, más o menos, perdíamos unos 1.000 a 1.200 millones anuales, porque la comercialización la hacían compañías financieras internacionales; los transportes insumían 500 millones de pesos anuales, porque no teniendo marina mercante propia teníamos que pagar por fletes extranjeros, que se lo llevaban en divisas; y, 500 millones, más o menos, en el transporte aéreo. Además de eso, todos los servicios de puertos, elevadores —carga, descarga y transbordo—, la deuda externa, por la cual pagábamos 850 millones al año en amortización e intereses.

Bien: eran 5 mil millones. Nosotros producíamos anualmente alrededor de 10 a 12 mil millones de pesos en las cosechas y nuestro trabajo del año. De eso teníamos que mandar 5 mil millones al exterior solamente en servicios financieros y ustedes se imaginarán lo que quedaba para que el pueblo argentino viviera durante el resto del año.

Esto nos llevaba a una situación de explotación de tal orden que, el pueblo argentino, cuanto más trabajaba más necesidades tenía, más miseria soportaba y más injusticias se cernían sobre él.

EXPLOTADOS Y EXPLOTABLES

Cuando nosotros nos hubimos de hacer cargo de esto, empezamos a protestar contra los capitalistas argentinos. Indudablemente, eso era un poco injusto, porque el capitalista argentino explotaba a sus obreros porque, a su vez, él era explotado por el capitalismo internacional. De manera que tampoco nuestros capitalistas, es decir, los hombres de capital del país, eran los culpables de esa explotación. En último análisis, el culpable de eso era el gobierno que había permitido tal estado de cosas, que había permitido que todas esas cosas que debieron ser argentinas, hubiesen pasado a los consorcios internacionales para que ellos, mediante eso, explotasen a nuestros capitalistas y éstos, a su vez, se vieron obligados a explotar a nuestro pueblo.

Hoy, señores, en el mundo, ya los pueblos no soportan este tipo de explotación: de manera que para nosotros el dilema era bien claro: o resolvíamos ese problema o vendría aquí la disolución, la lucha, el comunismo, cualquiera; el que tuviese oportunidad de capitalizar todo ese inmenso descontento que había en el país.

Nosotros entendimos que esta revolución del pueblo argentino no era una revolución política más, para cambiar dirigentes, gobernantes o dos o tres políticos. Con eso no resolvíamos nada. Desde la independencia hasta nuestros días habíamos tenido varias revoluciones y siempre se había resuelto el problema cambiando a los hombres; el panorama seguía igual y al poco tiempo venía otra revolución. Entendimos que el problema que había que resolver era el económico y el social; el político no interesaba. Cualquier hombre que se hiciera cargo del gobierno debía resolver este problema.

No sé si por suerte o por desgracia, la Providencia me designó a mí.

que viví ese problema. Cuando llegué al gobierno en 1946, se me planteó un grave dilema: o resolvía ese problema o debía irme del gobierno. Resolví llevar eso adelante. Claro, para poder realizar esa justicia social era necesario que el gobierno recuperase todos esos bienes que representaban los servicios financieros que eran cinco mil millones de pesos; había que comprar los ferrocarriles, formar una marina mercante que no teníamos, comercializar la cosecha, pagar toda la deuda externa, renovar toda la maquinaria industrial que en cinco años de guerra se había gastado totalmente. Además, debíamos nacionalizar todo el sistema financiero del país, Banco Central, seguros, reaseguros. Todo eso significaba filtraciones al exterior.

Bien; cuando puse todo eso sobre la mesa y dije "esto es lo que hay que hacer", francamente yo no era muy optimista. Eso representaba, por lo menos, una inversión de cincuenta a sesenta mil millones de pesos a pagar en cinco años. Reuní, como lo hacen los hombres de gobierno, a una gran cantidad de técnicos y les planteé el problema: "Yo tengo que hacer esto porque si no lo hago, fracaso".

¿Qué me aconsejan ustedes? Me aconsejaron muchas cosas, ninguna de las cuales era realizable en aquel momento. Pero uno tuvo la franqueza de decirme: "Vea, general, usted necesita 60 mil millones de pesos, pero no tiene un centavo; ¿y cómo quiere comprar todo eso sin un centavo?" Yo le dije lo que correspondía decirle en ese momento: "Vea, amigo, si yo tuviera los 60 mil millones para comprar, no lo llamo a usted, técnico, para que compre. Lo que se trata aquí es comprar por 60 mil millones de pesos sin desembolsar un centavo. Si eso no lo puede hacer usted, técnico, lo voy a intentar hacer yo que no soy técnico".

LA GRAN OBRA

Para no hacer muy largo esto, voy a resumir diciendo que han pasado seis años y nosotros hemos comprado los ferrocarriles y los hemos pagado totalmente sin quedar debiendo un centavo; hemos comprado el gas, que es ahora argentino, lo hemos pagado y no debemos un centavo; además, hemos construído una marina mercante que se está acercando al millón y medio de toneladas, que nos acerca a las primeras marinas mercantes del mundo; hemos pagado toda la deuda externa y no debemos un centavo al exterior; hemos nacionalizado todo el sistema financiero, creado los seguros y reaseguros argentinos —ayer se votó la última ley que nacionaliza los reaseguros—; comercializamos toda nuestra cosecha y el chacarero, que antes recibía seis pesos por el quintal de trigo, recibe hoy alrededor de sesenta; lo que enviábamos al exterior —el 40 % de nuestra explotación anual— en servicios financieros, ha quedado reducido en el año 1951 solamente al uno por ciento, todo el resto está aquí.

Todo ese programa se ha cumplido en una forma absoluta e integral. Hemos tenido la mala suerte de tener dos malas cosechas, en las que no hemos alcanzado a obtener el trigo necesario para nuestro propio pan y, además, habíamos perdido ya dos medias cosechas; sin embargo, aquí todavía eso no se ha hecho sentir en forma absoluta.

Todo este programa absolutamente cumplido nos ha permitido alcanzar nuestros únicos objetivos que sostenemos como las tres grandes banderas de toda nuestra acción de gobierno: la justicia social, la independencia económica y la soberanía política.

Yo hoy puedo afirmar, en nombre de la República Argentina, que nosotros constituimos un país socialmente justo. Nuestros trabajadores están satisfechos, contentos, tienen el grado de bienestar material necesario y la dignidad suficiente para sentirse argentinos.

Además, somos absolutamente independientes en el orden económico. La independencia económica en la República Argentina es un hecho desde que nosotros la manejamos de acuerdo con nuestra propia voluntad, sin someternos en absoluto a ninguna presión ni a ninguna indicación. En el orden político seguimos una norma exactamente igual.

Nosotros mantenemos nuestra soberanía, y ésa será la última bandera que se ha de arriar en nuestro país. Todo ello nos ha permitido, señores, formar una doctrina propia que nosotros llamamos justicialista, porque ha sido elaborada y montada sobre la justicia integral de nuestro país.

Nosotros consideramos al hombre en sus verdaderos valores; no lo queremos ni explotado por las fuerzas individuales ni insectificado por las fuerzas colectivas. En este país tenemos la pretensión de que el hombre disfrute de un grado de libertad compatible con su función social. Esa es nuestra posición y es la que sostenemos en el orden ideológico en todo el mundo.

Nosotros no estamos ni con el comunismo ni con el capitalismo; tampoco estamos en contra de ellos. Nosotros estamos con nuestra posición ideológica justicialista porque creemos que el hombre, no explotado, ni indignificado, ni insectificado, encuentre en ello la única manera de adquirir su verdadera dimensión en altura. Así lo entendemos y así lo practicamos, sobre todo.

Nosotros no sabemos, como nadie lo puede saber a ciencia cierta, cuál será el desiderátum final de nuestro sistema y de los sistemas que se esgrimen en este momento en distintas partes del mundo, en los que una desventurada humanidad se debate por la resolución de ese problema. Pero sí podemos decir que, hasta ahora, nosotros vamos bien. Y vamos tan bien, que vivimos en un país que es feliz y cuyos habitantes, en su mayoría, están contentos y, sobre todo, están contentos los pobres, que siempre estuvieron descontentos. Los ricos, por su parte, se defienden bien.

Cuando yo reúno aquí a industriales y comerciantes, suelo preguntarles: "Díganme, ¿no están ustedes ahora mucho mejor que antes, sin pelear con los obreros, sin huelgas, sin ninguna de esas cosas?". "Sí, señor —responden —, pero la disciplina en las fábricas..." Y yo les digo: "En cuestión disciplina yo soy perito, pues durante 40 años he estado sometido a la disciplina más férrea, que es la militar, y durante 40 años he impuesto esa disciplina. Pero ¿con qué finalidad se han instalado ustedes? Me imagino que con la finalidad de producir y de ganar dinero". "Sí, señor" —me dicen —. Y yo les pregunto: "Y díganme, ¿ganan más ahora o ganaban más antes?". "Ahora ganamos más", responden. "Y entonces, ¿para qué quieren la disciplina?"

DIGNIDAD DE LOS OBREROS

La gente está acostumbrada a maltratar a los obreros, a tratarlos como animales, olvidándose de que esos hombres tienen la misma dignidad que cualquier otro, tenga o no dinero, porque el grado de dignidad es el mismo para el que tiene mucho como para el que tiene poco.

No se conforman con que hay que respetar al hombre, que hay que darle en la sociedad el lugar que debe él tener, con todos sus derechos, a pesar de que haya necesidad de imponerle también todas sus obligaciones.

Bien, al principio se enojaron un poco los industriales, productores y comerciantes, pero ahora se están conformando ellos también. Ya están tranquilizándose; se están haciendo amigos míos, y ya, muchos, siguen mis consejos. Algunas veces, cuando les va medio mal me vienen a pedir

consejo. De manera que eso me da la sensación de que estamos entrando en el verdadero terreno en que queremos entrar.

Los justicialistas entendemos el gobierno, no como el arte de obligar, sino como el arte de persuadir. Nosotros pensamos que siempre es mejor persuadir al hombre que obligarlo. Por eso nuestro gobierno no se reduce a leyes que fríamente obligan a la población para su ejecución. No, previamente hacemos prédica para convencerlos. Muchas veces ellos mismos vienen a pedirnos las leyes que les damos. Así aseguramos el cumplimiento de nuestras leyes. Ya estamos presenciando el fenómeno que nunca hemos presenciado en este país, el pueblo que, mediante una sola palabra orientadora, se pone a cumplir.

Es natural que el derecho a ser obedecido hay que ganárselo en el corazón de los hombres por la persuasión, más que por la ley y por las instituciones. Es mejor gobernar sobre el corazón de las personas que gobernar a base de policía, de leyes, de ejército, etc.

Señores, sobre esto yo podría hablarles no digo días, sino semanas enteras. Hace diez años que no vivo sino para esto.

Se imaginarán ustedes cuántas cosas podría contarles de todos estos pormenores de gobierno, pero yo prefiero que esas cosas ustedes las pregunten en la calle, a la gente pobre, al mozo que los atiende en el hotel, al que les lustra los zapatos..., ellos saben la verdad, son los únicos que saben toda la verdad porque la sienten en carne propia.

Quizá hay algunos que no estén de acuerdo con nosotros, pero por cada uno en desacuerdo se encuentran cien de acuerdo. Así es la historia del mundo. Dios, con ser Dios, tampoco tiene a todos de acuerdo con El, y El es Dios. ¡Qué voy a tener yo la pretensión de que todos estén de acuerdo conmigo!

Nosotros optamos por el método más viejo del mundo: por la predicación. Predicamos, somos realizadores y tenemos verdaderas legiones de predicadores.

No pretendemos hacer un movimiento personalista, aunque indudablemente, la iniciación de todos los procesos orgánicos son gregarios, especialmente en nuestros pueblos. Hemos debido aceptar ese gregarismo inicial para después poder transformar nuestra fuerza en una institución. Por esa razón estamos realizando y estamos predicando, y nuestra prédica llega a todas partes donde podemos ser oídos. No es un proceso nuevo, es el proceso del mundo. Aún dentro de nuestra religión —sabemos bien—, cuando Cristo vió llegada su última hora llamó a sus apóstoles y les encargó lo que nosotros encargamos todos los días a nuestros predicadores: "Vayan y prediquen nuestra doctrina".

Nosotros no hacemos propaganda, hacemos prédica; al que le gusta entra, y el que no la acepta la resiste. Afortunadamente, son muchos más los que entran que los que la resisten, porque se está predicando con la razón.

Por otra parte nuestro movimiento por ser profundamente humanista y profundamente cristiano — como lo anunciamos en nuestra propia doctrina —, se expande en todos los medios, precisamente por esa persuación, más influenciada por los sentimientos que por el sentido de la gente.

En este sentido, señores, tenemos — sin duda — la más inmensa satisfacción en la realización de nuestros designios.

Prosiguió diciendo el general Perón, que en muchos casos, quizá, los hombres de su gobierno cometían errores, "pero Dios sabe que en todo ponemos siempre nuestra conciencia para gobernar con buena intención y los errores que se cometen cuando se tiene buena intención son, — continuó — los únicos que perdonan los hombres y también la providencia.

Señaló también que el objetivo de su gobierno es "realizar la felicidad de nuestro pueblo y además, vamos también pensando en realizar la gran-

deza de nuestra nación. Si cumplimos acabadamente o no nuestros anhelos lo dirá solamente el tiempo".

Después, el general Perón mantuvo con los estudiantes un breve diálogo en el cual los visitantes expresaron sus deseos de visitar determinadas partes del país. El primer mandatario accedió a esas solicitudes prometiéndoles que se les iba a facilitar en todo, sus deseos. Y los invitó a visitar la editorial del Ministerio de Educación donde se imprimen publicaciones para y de los estudiantes argentinos, como así también la Escuela Superior Peronista "en la que nosotros impartimos un poco de enseñanza sobre conducción y ciencia política, a nuestros dirigentes".

El jefe del Estado finalizó sus palabras expresando: "Solamente quiero deciries que se sientan aquí como en su propia casa. Manden y hagan lo que quieran".

Antes de retirarse, numerosos estudiantes, como testimonio de simpatía hacia el Presidente de la Nación, le hicieron entrega de obsequios regionales de sus respectivos países.

De "La Razón" del 19 de Septiembre de 1952

HABLO EL PRESIDENTE GENERAL PERON EN LA ESCUELA NACIONAL DE GUERRA SOBRE SINDICALISMO AL INAUGURAR UN CURSO ACERCA DE LA MATERIA

En la Escuela Nacional de Guerra cumplióse esta mañana el acto inaugural del ciclo de conferencias que pronunciara el ministro de Asuntos Técnicos, doctor Raúl A. Mendé, cuya primera disertación, que tendrá efecto mañana, versará sobre el tema "Sindicalismo". La disertación de hoy estuvo a cargo del primer magistrado, general Perón, quien llegó en compañía de los ministros de Defensa Nacional, general Humberto Sosa Molina, y de Asuntos Técnicos, doctor Raúl A. Mendé.

Ya se encontraban en la Escuela Nacional de Guerra otros miembros del Poder Ejecutivo, así como jefes y oficiales de las fuerzas armadas y funcionarios y legisladores. Después de ser recibido por el director del establecimiento, general Aguirre, y demás autoridades, el general Perón pasó al salón donde tuvo lugar su disertación. En primer término hizo uso de la palabra el general Sosa Molina.

HABLA SOSA MOLINA

El ministro de Defensa Nacional pronunció un discurso, en uno de cuyos conceptos dijo:

"Bien saben los señores cursantes que el objeto de las exposiciones y trabajos que promueven las actividades que cumplen cada día es lograr, por el conocimiento, una identificación consciente, un doctrinamiento integral para pensar y obrar de común acuerdo en función de los objetivos que la Constitución señala, con el propósito de acrecentar la felicidad presente y desarrollar los bienes que han de procurar en forma cabal la grandeza de la República. Esa actividad orgánica racionalizada, ha de ser practicada y enseñada como toda doctrina. Esa doctrina, que hemos denominado Justicialismo, se apoya en el sindicalismo, ambas son fuerzas consolidadas en su acción y en su prestigio. Son paralelas e interdependientes, al servicio del Estado y en beneficio de la felicidad de los argentinos y de la causa humana".

HABLA EL GENERAL PERON

Finalizadas las palabras del general Sosa Molina, ocupó la tribuna el general Perón, quien expresó:

Señores: yo deseo que mis primeras palabras sean para agradecer cuanto ustedes están realizando aquí en bien de una mayor capacitación para los altos funcionarios de la dirección y conducción de las actividades de gobierno; y, en segundo lugar, las amables palabras que termina de pronunciar el señor ministro de Defensa Nacional, quien, con su perse-

verante acción, ha posibilitado y llevado adelante el desarrollo de estos cursos de la Escuela Superior, que han sido una vieja aspiración de las fuerzas armadas, donde podamos conjuntamente analizar todos los problemas que nos conciernen, tanto al gobierno como a los órganos de la defensa, cooperando y coordinando todas las acciones que emergen de la necesidad de una acción de paz y de una acción de guerra.

Es indudable que de esta compenetración, de esa colaboración y de esa coordinación, todos tendremos algún provecho que recibir. Pero el mayor de esos provechos estará destinado a la defensa de los supremos intereses de la Nación, que en la paz o en la guerra imponen a sus ciudadanos la permanente abnegación y el sacrificio que presupone el servicio directo a la Nación.

La inauguración de la cátedra de sindicalismo es, en mi concepto, una conquista real de los estudios para el aprovechamiento de todos los factores que influirán en la defensa del país en la paz y en la guerra.

GOBIERNO Y CONDUCCION

El gobierno, señores, no es sino uno de los aspectos de la conducción. A menudo se ha dicho — y en muchos casos con cierta extrañeza — de Napoleón y de César, que además de haber sido grandes conductores de ejércitos fueron también grandes políticos, como si la conducción de ejércitos fuera una cosa distinta de la conducción de pueblos o de naciones. La conducción es una sola en todos sus aspectos: es una de las ramas de las artes que califica y posibilita a los hombres el realizar un trabajo artístico en la conducción, conducción que recorre todas las gamas. No podríamos decir que un pintor — que es otra de las ramas del arte — pinta bien solamente una cosa, que se ha unilateralizado en su arte para pintar una sola cosa. Eso no es un artista, eso no es un pintor. Si es pintor pinta todo. De la misma manera, la conducción es indivisible, porque es un arte integral que universaliza y no sectariza. Los que sectarizan son la negación del arte, y la conducción es un arte, un arte que presupone una dirección, una técnica, pero que también presupone, además de eso, que es la parte inerte del arte una parte vital: un artista. Y el artista es por antonomasia la universalización del arte y no la sectarización de lo técnico a una actividad.

Decir que un hombre es solamente un conductor de ejércitos es decir una cuestión unilateral. El conductor lo es de todo, o de lo contrario carece de la conducción suprema del arte. Por esa razón, quien aprenda a conducir debe aprender a conducir todo: debe ser un artista de la conducción. Si se unilateraliza será solamente un técnico de la conducción, pero no un conductor.

De la misma manera, si tuviéramos que concebir un pintor que solamente pinta hombres de uniforme, ése no es un pintor. Si es pintor, pinta todo, y cuando aprendió a pintar todo pinta mejor él al hombre de uniforme que como lo pintaba el que se tecnificó y se especializó en eso.

Por eso, el conductor, de acuerdo a la concepción clásica del arte de la conducción, es conductor en todo o no es conductor de nada. Por eso yo no encuentro extraño que Napoleón, que fué uno de los más grandes conductores de la historia, brilló en los campos de batalla y también brilló en el gobierno de su país; del mismo modo que Julio César, que fué también uno de los más grandes conductores, brilló en la conducción de la guerra y también en la conducción de su país, dando comienzo al más grande imperio que han conocido los tiempos.

Por eso, señores, al considerar el problema de la conducción debemos pensar que es un gravísimo error enseñar una conducción unilateralizada. La conducción es una actividad del arte, y se enseña a conducir todo. Esto, hoy, desde el punto de vista de la conducción militar, es más veraz y más cierto que nunca, porque hoy no se conducen ejércitos en las guerras, se conducen naciones y pueblos, y el pueblo debe de tener la ductilidad y la amplitud de concepción que impone la conducción de pueblos en la guerra, y no de actividades unilateralizadas.

Por esa razón, señores, esta clase de estudios superiores está destinada a ampliar ese panorama, diríamos a desnaturalizar la conducción para universalizarla, dentro del concepto real de lo que debe ser un artista en la conducción, quien debe conducir cualquier cosa, porque los principios que rigen la conducción de una cosa son los mismos principios que rigen la conducción de las demás cosas: son comunes. Está la técnica y la misma se aprende en muy pocos días para el que está en el dominio de la teoría. Sí, ahora, adentro tiene un poco de artista en la conducción, el panorama se completa, porque esto de la técnica y de la teoría se adquiere; en cuanto a lo de artistas y de locos, todos tenemos un poco, según el viejo concepto que rige esta clase de actividades. Es cuestión de poner en combinación una y otra cosa para alcanzar a comprender y a penetrar el problema de la conducción.

Por eso, señores, a menudo, cuando uno concibe la conducción con este orden integral, piensa inmediatamente en el gobierno. Yo le oía decir hace poco al señor ministro de Defensa una cosa que es absolutamente real. No hay diferencia entre el gobierno de paz y el gobierno de guerra. El gobierno de guerra, no es nada más que la continuación del gobierno de paz. Cambia en algunos aspectos la conducción, manteniéndose en otras la misma conducción que se llevó en la paz. Este pasaje es el que posibilita la universalización en los conocimientos generales de la conducción que hoy, más que nunca, es una imposición de las formas, tanto para los hombres del gobierno como para los que se especializan en la conducción de algunos sectores de la actividad nacional.

El gobierno, señores, está obligado a conducir las distintas fuerzas que actúan dentro del país y entre ellas las más importantes, que son las económicas, las sociales y las políticas.

Yo echo una mirada sobre algunos países, que a menudo tomamos como ejemplo en sus organizaciones institucionales y pienso cómo puede gobernarse un país donde las actividades no están en lo económico, en lo político y en lo social directamente subordinadas a la conducción del gobierno. Yo entiendo que el gobierno es uno, y que esa actividad se extiende con influencia sobre las fuerzas que actúan dentro del país para darle unidad de concepción y unidad de acción. Eso es el gobierno, en mi concepto. Y para ello ha de mediar una organización del gobierno, del Estado y del pueblo, que permita hacer efectiva esa unidad de concepción y esa unidad de acción.

Las formas para realizarlo son extraordinariamente importantes y ninguna de ellas ha de ser tan importante como el fondo mismo que resuelve el asunto fundamental de gobierno para la Nación.

Y ello implica, señores, de una manera absoluta, la necesidad de ese tipo de organización dentro de la cual el sindicalismo representa un 80 % en la actividad del material humano para la producción y para la lucha. Si eso escapa al gobierno, nos vamos a encontrar en casos como una huelga metalúrgica, que en el momento más crítico puede paralizar durante meses la actividad absoluta en la confección de materiales para la defensa.

FORMAS DEMOCRATICAS

Señores: no sé si las formas democráticas imponen ese tipo de anarquía en el gobierno, en cuyo caso yo no estaría con tales formas democráticas, porque las formas democráticas han de ser para favorecer al país y para favorecer al pueblo, y no para perjudicarlo en sus propios designios. Cualquier otra forma que resuelva el problema, a mí, como conductor, me resultará siempre más apropiada que aquellas que llevan a la disolución y a la anarquía. Los países no pueden vivir sistemas que permitan la disolución y la anarquía de su propio pueblo.

En general, el capitalismo, en su organización y desenvolvimiento, cometió el más grave de los errores que pudo cometer, cuando en vez de asociar a su esfuerzo al sindicalismo naciente en el mundo se le puso enfrente, lo combatió y trató de destruirlo.

Las cosas de la vida son favorables o desfavorables, según una circunstancia: que uno sea capaz de ponerla con medios adecuados a su favor o en su contra. Es como cuando nosotros, los militares, realizamos el estudio del terreno. Muchas veces un curso de agua o una zona intransitable es un grave obstáculo para nosotros. Otras veces es un apoyo extraordinario, conveniente según lo hayamos sabido aprovechar o no hayamos sido capaces de aprovecharlo.

Lo mismo pasa con el sindicalismo. El capitalismo, en el mundo, está en vías de ser destruído, y el factor que gravita en esto es simplemente su oposición al sindicalismo. Es indudable que las viejas organizaciones políticas van siendo paulatinamente reemplazadas por las nuevas organizaciones gremiales, y este es un movimiento que el mundo ya no tiene fuerzas para detener, porque él ha llegado a ser tan extraordinario en la conciencia social de los pueblos, se ha extendido en tal magnitud por el mundo, que antes de volver a las antiguas formas ya superadas, prefieren ir al comunismo, que es también una triste solución, pero que es la única que les queda a los pueblos que encuentran cerrado el camino de la justicia y de la verdadera libertad.

Este es un proceso que está viviendo el mundo, y es una cosa natural. Observen ustedes que la organización política es una organización circunstancial. La organización gremial es una organización casi de derecho natural, como la familia. De manera que eso es lo permanente. Las otras tienden a ir desapareciendo, y si no observen ustedes de un siglo a esta parte, en que la predominancia de la organización política era absoluta, hasta nuestros días, donde las organizaciones políticas van siendo cada día menores frente al avance de la organización sindical.

El régimen fascista y el régimen nacional-socialista trataron de aprovechar estos sistemas, haciendo organizaciones estatales con los sindicatos. Grave error. Le quitaron lo único bueno que podía tener el sindicalismo, que es su desenvolvimiento en un medio natural de libertad. Sometido al Estado, muere como algunos pájaros cuando uno los mete en una jaula, porque no viven puestos en cautiverio. Esa lucha del sindicalismo fracasó en las corporaciones famosas de esos sistemas que fueron un intento de aprovechar el sindicalismo en servicio del Estado, causa por la cual los llevó al fracaso.

Esa organización sindical de que hablamos, al servicio de la Nación, es la fuerza más extraordinaria que puede utilizarse en el gobierno social, porque es indudable que organizado el sindicalismo en beneficio y en servicio del país, favorecido con la acción gubernamental, adquiere, diríamos, el dominio, el gobierno, la organización y el desenvolvimiento total de la mayor parte del pueblo.

¿Por qué le hemos de poner en contra el gobierno, como ha sucedido hasta ahora; por qué lo hemos de poner en contra del capital; por qué favorecer una lucha que lleva a una destrucción total de los valores mediante huelgas y sacrificios de todo orden en lo económico?

JUSTICIA SOCIAL

Es indudable, señores, que para lograrlo al sindicalismo al servicio del país hay que cumplir una sola circunstancia: asegurarle un desenvolvimiento justo en sus actividades y satisfacer esa justicia social que es lo único que pide el sindicalismo. Mientras otras organizaciones piden toda clase de privilegios, el sindicalismo pide una sola cosa: justicia. ¿Quién le puede negar el derecho de ser tratado con justicia? Y cuando tiene esa justicia están a favor del Estado y no en contra de él. Yo podría citarles, por ejemplo, no lo que se ha realizado en ninguna parte, sino lo que nosotros estamos realizando. Cuando en 1944 llegué a la Secretaría de Trabajo y Previsión, el sindicalismo estaba en nuestro país prohibido y muchos de sus dirigentes —alguno está por aquí— estaban presos en Villa Devoto. Cuando estudiamos el problema y escuchamos a esa gente, nos dimos cuenta que tenían la más grande razón del mundo. Ellos no reclamaban sino lo que les correspondía y en toda esa discusión reclamaban que se les autorizase a asociarse con fines lícitos, porque es un fin lícito el que tiene cada hombre de defender sus intereses profesionales.

Pero, ¿qué es lo que había ocurrido en nuestro país? La Constitución Argentina establece que todo ciudadano tiene el inalienable derecho de asociarse con fines lícitos, de manera que esa organización estaba comprendida dentro de ese derecho. Pero como esa interpretación debía hacerla la Suprema Corte de Justicia, cuando estalló una huelga los metieron presos a todos y los procesaron por asociación ilícita, confirmando la Suprema Corte ese fallo.

Los metieron presos a todos y disolvieron los sindicatos que habían sido sometidos a esa parte de la justicia. En consecuencia, privados de sus derechos primarios acordados por la Constitución —pero que le habían buscado la vuelta para que la Constitución, en ese sector, no se cumpliese—, ellos estaban perseguidos, tenían que reunirse formando sociedades casi secretas para la defensa de sus propios intereses.

¿Podría darse un caso de injusticia mayor, cuando todos los demás se reunían a vista y paciencia de todo el mundo para defender, quizás, intereses y privilegios espurios que no se comparaban jamás a la necesidad de discernir justicia sobre esa pobre gente?

LA GRAN CONQUISTA

Fué así que, reconociendo la verdad y propugnando la justicia, nosotros nos reunimos en la Secretaría de Trabajo y Previsión con una cantidad de personas y establecimos el primer decreto-ley que fijaba el régimen legal de las asociaciones profesionales. Esa fué una conquista extraordinaria para el sindicalismo argentino, porque desde ese día podían reunirse como cualquier otro para la defensa de sus intereses, sin incurrir en asociación ilícita y sin verse perseguidos por la policía, sino amparados por la ley.

Todas las huelgas que se producían cesaron con ese solo hecho. Vean si había comprensión, buenas intenciones, buena fe y confianza en esos

dirigentes hasta entonces con altos prontuarios por comunistas y anarquistas, pero que, en verdad, eran tan comunistas y tan anarquistas como yo o cualquiera de ustedes.

El régimen legal de asociaciones profesionales — que fué el anticipo de los Derechos del Trabajador, que en su art. 10 establece los derechos de asociarse con fines lícitos para la defensa de los intereses profesionales — fué el punto de partida o, diremos así, la fe de bautismo legal para el funcionamiento del sindicalismo argentino.

¿Qué pasó desde entonces hasta nuestros días para juzgar si esa medida fué acertada o no? Hasta entonces las huelgas en la República Argentina destruyeron más valores que todos los accidentes que puedan haber ocurrido, pérdidas de cosechas y todas las pérdidas que pudo haber tenido la República Argentina. Había un índice medio de casi un 20 % permanente y, en los últimos tres años, nosotros hemos conformado los índices más bajos del mundo en conflictos gremiales, con el 0,09 por ciento, acaso único en las estadísticas del mundo.

Señores: quiere decir que nosotros con esa sola medida hemos conformado un estado de cosas que no implica la lucha de un sector grande de argentinos contra otro sector grande de argentinos, donde el perjudicado fundamentalmente es el país, porque de cada huelga la pérdida de valores refluye directamente sobre la economía del país además de refluir sobre el bolsillo de cada uno de nosotros.

En esto, señores, el desconocer la ventaja que implique el asegurar la paz social en el país es lo mismo que desconocer la importancia del sindicalismo para la vida interna de la Nación. Por otra parte, los sindicatos no son, como muchos creen, cuevas donde se conspira todo el día para ganar mayores salarios, trabajar menos y perjudicar en forma directa o indirecta a los patrones y a la Nación. El sindicalismo, cuando se encara honradamente, cuando llena realmente las funciones, es un auxiliar extraordinario del gobierno.

Sobre esto les voy a decir en pocas palabras cuál es la hermenéutica general del desenvolvimiento actual de los sindicatos argentinos en su relación con el gobierno y con el sistema para que lo penetren.

Cuando nosotros conformamos el régimen justicialista, pensamos que hasta ahora la experiencia había demostrado que las organizaciones políticas fueron siempre insuficientes para sostener los gobiernos, porque eran fuerzas aleatorias, porque eran fuerzas fluctuantes donde los intereses reales de la Nación y del pueblo jugaban un factor muy secundario; más bien interesaban los intereses de los comités, de los caudillos políticos que se ponían contra el gobierno cuando no les daban un puesto o no los favorecían en forma directa o indirecta. Por eso, los gobiernos aun procediendo bien, perdían su predicamento y caían frente a una oposición o frente a un movimiento revolucionario; porque nadie tenía interés en sostener una situación que no le atañía en forma directa.

Nosotros dijimos: estas fuerzas políticas podrían ser mucho en apoyo y consolidación del gobierno, pero mucho más son las organizaciones sindicales cuando ellas han conseguido poner paralelamente la acción del gobierno y la acción sindical a establecer el sindicalismo. Por eso creamos dos columnas: una es la sindicalista y otra la justicialista.

Y yo les digo a ustedes, señores, que si hoy, por ejemplo, el sindicalismo abandonase al justicialismo... el justicialismo se vendría abajo por falta de apoyo... pero no le arriendo la ganancia al sindicalismo cuando hubiera abandonado al justicialismo; con toda seguridad que pocos días después caería el sindicalismo.

Esto ha hecho que haya una base de sustentación por mutuo apoyo, que no le permita al sindicalismo abandonar al justicialismo e, inversamente, que no permita a éste último quitar el apoyo al justicialismo.

Se sostienen ambas por una compenetración y por objetivos comunes, y porque saben que cualquiera de ellos que caiga, cae inmediatamente la otra.

En eso, señores, reside la verdadera fuerza de nuestro sistema. Es indudable, señores, que cuando lo hicimos, lo hicimos pensando muy profundamente en esta circunstancia. Nuestro apoyo como sistema está basado, precisamente, en esas dos fuerzas: la política —que representa al justicialismo— y la sindical que representa al verdadero sindicalismo.

Para que este sindicalismo pueda desenvolver su acción paralelamente al gobierno, es menester que sea libre. Nosotros no tenemos desde el gobierno ninguna imposición hacia el sindicalismo. Tenemos, sí, un acuerdo: y cuando yo voy a tomar una medida de gobierno los consulto, y cuando ellos van a tomar una medida sindical, me consultan. En eso van ellos en ganancia, pero yo voy en una ganancia extraordinaria porque me aseguro un apoyo político que de otra manera no tendría nuestro sistema. Porque estamos los dos defendiendo un mismo objetivo, que es el objetivo de la Nación; y ellos lo saben, y en el preámbulo de cada declaración de las organizaciones sindicales está colocado que el interés supremo que se defiende es la Nación.

Y cuando un sindicalismo se organiza sobre estas bases, es inconmovible. Es inconmovible, como todas las instituciones de bien público, porque todos estamos dispuestos a defenderlo hasta con nuestra propia vida.

LA DEFENSA

Esta declaración y base de nuestra organización sería insuficiente si en los hechos nosotros no lo realizáramos acabadamente. Por eso, cuando yo hablo del sindicalismo a los propios dirigentes, les encargo que tengan sus organizaciones para la defensa de los intereses profesionales; y, también, que agreguen la mutualidad, que hagan sus cooperativas, sus proveedurías y hagan sus escuelas sindicales. ¿Por qué les digo eso? Porque con eso el Estado y el sindicato pasan a ser una misma cosa. Los intereses profesionales los defendemos nosotros desde el gobierno con los propios Derechos del Trabajador colocados dentro de nuestra Constitución. De manera que estamos realizando la misma tarea. ¿Cómo vamos a estar enfrentados? No, marchamos paralelamente.

Cuando les hablo de mutualidades, que presupone tener su atención médica, su dentista, su maternidad, etc., ¿qué es lo que les estoy pidiendo? Los estoy ayudando, señores, a que tengan hospitales, policlínicos, y atiendan la salud física de todos sus asociados; porque si no lo hacen ellos lo tiene que hacer el gobierno. Si ellos hacen esa función con sus asociados mientras el gobierno lo hace con todos los demás, ¿cómo vamos a poder estar en pugna? No, si también marchamos del brazo, realizamos una tarea que es común a ellos y común al gobierno.

Cuando les hablo de sus proveedurías para la defensa del poder adquisitivo de su salario, mediante una obra social del sindicato, pues, les estoy propugnando un aumento indirecto en su salario, desde que con esas organizaciones ellos defienden el poder adquisitivo. ¿Acaso no hace lo mismo el gobierno con las comisiones de agio y represiones de todo orden de la policía económica? Ellos realizan lo mismo desde allí, desde sus proveedurías; entonces, señores, realizando la misma tarea en ese orden, ¿cómo vamos a estar enfrentados? No, marchamos también paralelamente.

Cuando les hablo de la escuela sindical, que está destinada a elevar la cultura social del pueblo, ¿no se trata, acaso, de lo mismo que nos-

otros estamos realizando, en el Estado: la tarea que se cumple mediante el funcionamiento de miles y miles de escuelas que realizan lo mismo?

Entonces, ¿cómo vamos a estar uno frente a otro? Marchamos también de acuerdo y paralelamente. El secreto, en mi concepto, de la organización sindical, está en barrer de ella todas las deformaciones que el capitalismo y el comunismo metieron dentro de esas organizaciones. Cuando esas organizaciones estén libres de eso, en cada país serán instrumentos de bien público, que servirán en forma directa al pueblo, y en forma directa e indirecta a la propia Nación.

Esta organización, señores, es una organización al servicio de la Nación, y nosotros la hemos conseguido mediante una sola circunstancia: dándole al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios, no dejando que se transforme el Estado en un instrumento de explotación de su propio pueblo. Cuando el pueblo siente sinceridad y lealtad en el gobierno, ese pueblo, el 85 por ciento de la población, es el que nosotros llevamos a la guerra y los hacemos matar contentos, porque defienden lo que es de ellos; pero no irán contentos ni felices a defender un sistema de explotación y miseria, así sea en nombre de la patria o de cualquier otra circunstancia.

Señores: yo puedo decir, con el conocimiento que me da la compulsa de los sistemas sindicalistas del mundo entero, sean éstos organizaciones de tipo capitalista o comunista. No creo que en el mundo haya en este momento un movimiento sindical mejor organizado, más serio y más responsable que el movimiento sindical argentino. Esto se debe nada más que a la bondad del pueblo argentino. No tendremos dirigentes sabios, porque la mayor parte de todos esos sabios, salvo raras y honrosas excepciones, eran tan sabios como sinvergüenzas.

Cuando se perdió la dirección de esa gente que estaba al servicio, o de los intereses capitalistas, mediante una paga, o de los intereses comunistas, mediante otra paga, y empezaron a actuar los verdaderos dirigentes del movimiento sindical, los que siempre obraron con sinceridad y lealtad con su masa, desde ese momento desaparecieron todas las deformaciones, todas las anarquías y todas las incomprensiones. Se unieron en una gran central obrera que representa, hoy, para el Estado, toda una garantía de responsabilidad, porque no piden lo que no deben pedir, porque comienzan a comprender el equilibrio que es necesario mantener dentro de la comunidad. Y ellos son los principales defensores de ese equilibrio, porque el día que se pierda, los primeros perjudicados van a ser ellos, y en esto, el interés tiene una importancia extraordinaria.

Señores: habría mucho que decir sobre el aspecto sindicalista. Prefiero que racionalmente el profesor de la materia, con gran conocimiento y capacidad sobre este tópico, puede desarrollar un programa en distintas sesiones. Yo sólo he querido mostrar "de esta clase de botones, un solo botón", poniendo en evidencia cuál debe ser la concepción moderna del sindicalismo, que muchos han aprovechado mal porque han querido hacer de él un instrumento de designios no confesables, porque el fascismo, el nacional-socialismo, el capitalismo y el comunismo han manipulado al sindicalismo como instrumento de designios que no pueden confesar. Nosotros hemos preferido persuadir leal y sinceramente, utilizando esa fuerza de aglutinación extraordinaria que es el sindicalismo en beneficio del Estado, del país y del pueblo. Lo hemos conseguido porque hemos sido sinceros y hemos sido leales con ellos. Ya se ha terminado en el mundo el tiempo de "los vivos": ya estamos todos avivados; de manera que el que cree que mediante engaños puede obtener los designios que no obtiene mediante la sinceridad y la lealtad, vive en estos tiempos equivocado y no conseguirá jamás por vías tortuosas lo que pudo conseguir por medios leales y sinceros.

Los obreros son hombres simples; los dirigentes son hombres también sinceros y simples, sin ninguna complicación, pero que entienden muy bien lo que les conviene y lo que no les conviene. Ya les han hecho tanta clase de maniobras que ellos desconfían hasta cuando uno, con sinceridad y lealtad, les lleva algo que les conviene. Lo estudian muy bien, lo consultan entre ellos y preguntan, en último análisis: "Bueno, pero qué es o que se va a conseguir con esto, y cómo se lo va a conseguir". Ustedes no tienen una idea de ello. Cuando el mismo Consejo Económico les habla en términos técnicos sobre el problema, ellos saben qué es eso y lo traducen a términos simples y fáciles, pero dando la impresión absoluta de que penetran, conocen y comprenden los alcances de cada uno de esos problemas.

Hoy, como digo, el gobierno impone más bien persuadir que obligar. Una cosa es el mando y otra el gobierno. En el mando no hay nada que persuadir: hay que obligar directamente, pues no hay tiempo para dar explicaciones; pero en el gobierno hay mucho tiempo, y no hay necesidad de obligar: es siempre más conveniente persuadir, porque entonces se anda más rápido.

En estos tiempos en que el mundo vive una etapa de su desenvolvimiento donde todos los equilibrios han sido rotos o están por romperse, el obligar es una cosa peligrosa; en cambio, el persuadir es siempre más constructivo, más rápido y más provechoso. Nuestro gobierno se decide por esto: persuadir antes que obligar. Claro, señores, que esto reza para los que cumplen la ley; no para los que delinquen contra ella. Contra ésos no solamente obligamos, sino que obligamos violentamente. Pero a quienes quieren entrar preferimos persuadirlos.

Yo quiero terminar estas breves palabras sobre lo que es para mí la concepción del sindicalismo argentino. No hablo de otros ni me interesan; hablo del sindicalismo argentino, porque lo conozco profundamente en su organización y, quizá, en cada uno de sus hombres, porque los vengo siguiendo desde hace siete años, hablando con ellos y penetrando sus verdaderas intenciones, su manera de actuar y sus condiciones personales. Como presidente de la República —quizá el primer presidente que se ha preocupado de organizar un gobierno, de organizar un Estado y de organizar un pueblo—, debo confesar que entre todas las organizaciones que he realizado, la que me parece más fructífera para el Estado y para la Nación, como para el pueblo, la que me llena de mayor orgullo es, sin duda, la organización del sindicalismo argentino; porque sé que eso dará al país y, especialmente al pueblo, las satisfacciones más extraordinarias en todos los órdenes, ya sea en tiempo de paz como en tiempo de guerra.

Porque, señores, cuando seis millones de hombres, que son los que pelean —esos son los que pelean, porque de los que están fuera no hay muchos que lo hagan—, sientan el llamado de la patria, tengan la seguridad de que si ellos la sienten como la están sintiendo, no se van a quedar nunca en sus sindicatos ni en sus casas: ésos son lo que van a ir adelante.

Muchas gracias.

De "La Razón" del 24 de Septiembre de 1952